

EL CÍRCULO Y LA ESPIRA

Juan Manuel
Gómez Encarnación



Universidad de Guadalajara

EL CÍRCULO Y LA ESPIRA

Primera edición, 2021

D.R. © 2021, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad 203, delegación Ixtapa
48280 Puerto Vallarta, Jalisco, México

ISBN: 978-607-571-238-3 ebook

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

Juan Manuel Gómez Encarnación

EL CÍRCULO Y LA ESPIRA



Universidad de Guadalajara

2021

I

(Sevilla de Andalucía, primavera de 1517).

Un disparo de arcabuz cambió la vida a Gonzalo de Mérida cuando don Gome De Los Monteros lo sorprendió en el lecho de su hija, doña Ana, durante aquella madrugada de abril de mil quinientos diecisiete. Los jóvenes se habían conocido en el Patio de los Naranjos de la catedral sevillana de Santa María, el miércoles de ceniza. Desde entonces, mediante alcahueterías de la dama de compañía de la niña, se las arreglaron para hacerse llegar dos o tres cartas y otros tantos recados verbales, que fueron suficientes para que ella le concediera una cita y él se atreviera a burlar el muro de la casona.

Gonzalo sabía de la fama de picapleitos de los hermanos de Ana, que por cualquier pelo en la sopa destripaban a punta de florete al más pintado; y del estigma de matón del viejo Gome, al que rumores le achacaban no pocas calaveras, dando pie al refrán “no deis Gome por bueno”. Sin embargo, “por esos ojos moros bien vale sacar el dos de bastos para buscar el as de oros”, diría en más de una ocasión Gonzalo a su hermano gemelo Martín; y más, había agregado que “por la doncella de los míos sueños, bien que he de echar el cuero al agua”.

Desde el primer encuentro doña Ana se había rendido a las miradas del cazador de amores que era Gonza-

lo, y bastaron unos días para que accediera a franquearle el paso a su alcoba.

—Espero a vos por la madrugada, cuando el segundo canto de gallos, —le había dicho la niña—. No os preocupéis por los perros, que es asunto de María Engracia.

Por eso, a la hora acordada el mozo penetró en la alcoba de Ana y ella, en su vida para siempre. El viejo terrateniente, que había despertado por las urgencias del cuerpo, escuchó murmullos que lo despabilaron. Arma en mano irrumpió en la alcoba de su hija, sorprendiendo a la pareja embelesada entre besos y abrazos. Un instante de embarazo del dueño de la casa, provocado por la sorpresa, permitió a Gonzalo saltar el balcón. Justo en el momento, don Gome disparaba, hiriéndole en un hombro. El estruendo rompió a la noche su atmósfera de cristal, encendió voces de alarma y el ladrido de los perros; los ajenos, porque los propios no aparecieron sino hasta el día siguiente, provocando el ataque bilioso de don Gome. El escándalo persiguió al muchacho durante minutos, que le parecieron horas, por un callejón estrecho que lo condujo al río. Amparado bajo un árbol pensó en su situación y decidió no volver al hostel donde vivía por temor a que le cazaran. Afiebrado por la herida, buscó la luz de la luna para comprobar la presencia de una mancha de sangre en la camisa. Estuvo atento a los ecos del barullo, que rebotaban desde calle arriba. Cuando sintió que los ánimos se apaciguaban, encaminó cauteloso hacia casa de Helena la Cíngara, regenta de suripantas y su maestra en amores. Helena lo recibió con un ¡Ave María purísima! ¿Pero qué os han hecho, bien mío? ¡Mirad por Dios cómo venís!

Entonces, él le contó a trompicones su aventura.

—¡Qué bruto sois! —reclamó ella—. ¿Pero cómo os ocurre enredaros con esa gente?

—La niña bien vale el riesgo, —quiso justificarse el mozo.

—¡Tonterías! —tronó Helena—. Ninguna mujer vale lo que vuestro pellejo. Que gracia no es hallarlas tetonas sino lecheras. Ya veréis como al amanecer han de buscaros hasta bajo las piedras. Tendréis que largaros muy lejos, pues esos matones querrán mostrar a los cuatro vientos vuestra piel en bastidores.

Un segundo disparo escuchó Gonzalo mientras la Cíngara le curaba. El eco llegó aleteando a sus oídos como ave de mal agüero; anidó en su pecho en la forma de un presentimiento que no supo esclarecer entonces. A Helena este segundo disparo le arrancó un escalofrío y un ¡Sangre de Cristo, son esos malvados!

—Sí —afirmó él—, parece trueno de la misma arma.

Helena salió de casa al amanecer y Gonzalo no volvió a mirarla sino hasta después del mediodía. Cuando regresó, se mostraba avejentada y llorosa.

—¿Qué os pasa, porqué esas lágrimas Helena?

—Como he dicho, buscan a vos hasta en debajo de los cantos. Por ello, nada más anocheciendo, he de acompañaros a puerto, que ya agencíé transporte.

La mujer se gastó la tarde en dar instrucciones a dos o tres mozos de su servicio y en arreglos de ropas y petaquillas. Esa misma noche, con el mayor de los sigilos y bajo el amparo de cinco espadachines de confianza, Helena acompañó a Gonzalo hasta el puerto de Sanlúcar de Barrameda; al encuentro ineludible con su destino.

La Cíngara cultivaba amistad con altos funcionarios de la Casa de la Contratación de Indias. No le fue difícil conseguir la venia para que su pupilo abordara el primer navío hacia lejanas tierras; haciéndolo además con nombre falso. La mujer de todo desconfiaba y daba por hecho que de enterarse, De Los Monteros serían capaces de seguir a su ofensor al Nuevo Mundo.

En Sanlúcar Helena y Gonzalo gastaron sus pólvoras de amor durante dos días con sus noches. Permanecieron en el hostel, en angustiosa espera de la nave que llevaría al mozo hacia lo desconocido. No desperdiciaron ni un instante. Nunca olvidaría Gonzalo esas noches en Barrameda. Aquellas horas en que la desbordada amante le prodigó piropos, tiernas caricias y le hizo suyo de maneras antes no gozadas. Pareciera que Helena estaba dispuesta a agotarse, convencida de que para ella no habría más amor luego de esas dos noches. Lamía el cuerpo de su pupilo y le acariciaba con palabras: “No tendré más a mi ángel de los bucles de oro”... Y cuando él le propuso “venid conmigo, Helena, huyamos juntos”; ella se apresuró a decir “Nunca amor, tarde o temprano nos encontrarían; he de hacerles frente de una vez, antes que este fuego tome vuelo y a todos envuelva”.

Gonzalo no entendió pero confió en ella, seducido por su voluntad de hierro.

—Guardad esta carta Gonzalo mío. Prometed no leerla sino hasta pasar Canarias. ¡Prometedlo! Cuando Dios preste licencia y haya conducto, habré de escribir otras. Sé que preocupa a vos no haberos despedido de Martín y de los padres vuestros. Dejad esto en mis manos. Haré lo conveniente y os pondré al tanto con las cartas mías.

Sacó de su bolso un grueso cinturón, repleto en su interior de monedas de oro; lo tendió hacia el mozo y volvió a hablar:

—Tomad estos ducados. Suma digna de vos. Suficiente para iniciar la vida nueva. Hacedlos producir. Buscad una mujer que a vos merezca y olvidaos de mí, amado mío.

Callaron. Lloraban. Se fundían en prolongados besos.

La carabela Santa Martha zarpó con la primera brisa de la mañana. Gonzalo había velado la noche anterior en el regazo de su amante. Esa mujer que ahora levantaba su brazo desde el puerto, en señal de torturante despedida. Los ojos le ardían pero no los despegó de Helena hasta dejar de verla. Cuando a la distancia la perdió, bajó a su camarote con el propósito de reponer al sueño el tiempo escatimado. El vaivén de la embarcación pronto le venció y durmió hasta entrada la tarde. Lo despertó una pesadilla con tintes de desolación que le hizo saltar del lecho. Sombras de desamparo lo invadieron. Se miró solo ante su suerte, echado del terruño y arrastrado por las circunstancias hacia rumbos desconocidos. Dejaba atrás ilusiones, estudios, padres y la hacienda que ya no administraría al lado de su hermano. Se alejaba también de doña Ana, hermosa niña de su perdición; del terrible don Gome y sus hijos, “ese par de espadas que ni con terciá matas”, recordó el decir de Helena, cuando le advirtiera del instinto carnicero de De Los Monteros. Atrás quedaban también las noches de juerga con los amigos y ¡ay! las noches de fuego con la Cíngara.

Durante los últimos días la presencia amorosa de Helena le había atenuado la turbulencia de los hechos.

Ahora, rodeado de gente desconocida, la soledad le mondaba los huesos. Como aves de rapiña, una bandada de pensamientos sombríos se abalanzaba sobre él. ¿Qué sería de sus padres? ¿Tendrían conocimiento de los hechos desgraciados, de su herida, de su huida? ¿Los volvería a ver? ¿Sobrevivirían a su regreso? ¿Regresaría? y ¿Qué sería de su hermano Martín? ¿Darían con él los Monteros? ¿Correría peligro ahora? En ese momento lo estremeció el recuerdo del segundo disparo, el que escuchara desde la casa de Helena, cuando ella le curaba. Entonces decidió abandonar el camarote porque sentía que se atormentaba sin remedio. Ya en cubierta, la contemplación de las aguas y los graznidos de gaviotas lo distrajeron. La brisa lo aliviaba del sofocamiento pero, al encaminarse a popa, con la visión de la costa alejándose paulatinamente, retornó la tortura. Un pensamiento lo habitó, revelándole que como a un árbol lo habían desarraigado de la tierra, que lo habían echado como a un apestado, como a un leproso. Su huida le humillaba, le menospreciaba honra y estima. Sentía hervir su sangre, reprochándole su cobardía y exigiéndole enmienda. Esa sangre que en sus venas corría y venía de ciertos caballeros de la familia, distinguidos en las guerras de Reconquista, de quienes su padre le hablara cuando niño. Ahora Gonzalo era presa de la ira. Sintió un dolor en el vientre y alfilerazos en los testículos. Sobre la cubierta de la Santa Martha juró regresar para ejercer venganza en los que le echaban. Hizo esfuerzos por liberarse de sus tormentos y se entregó al ensueño, dejándose anegar por los recuerdos de Helena.

La había conocido un año antes, casi a su llegada a Sevilla. Ciudad a donde los llevara su padre, a él y a

Martín, para emprender estudios de latín, gramática y números. Don Miguel de Mérida los había instalado en la hostería de un amigo de la infancia. Luego, había regresado a su estancia de ganados y tierras de cultivo en la cercana Santiponce. En el albergue, los gemelos pronto cayeron en la gracia de jóvenes más corridos de mundo y mayores que ellos, que apenas cumplían los dieciséis. A ellos se unieron, en correrías nocturnas. Con trucos de maquillaje y bigotillos postizos, una tarde lograron burlar la vigilancia de Los Jardines de Babilonia, el burdel de la Cíngara. Su dueña recibió personalmente a la parvada de pajarillos ávidos de diversión y de aventuras. Helena gustaba de gozar mozuelos, pues estaba convencida de que la juventud que exudaba, aún a sus treinta años, se adquiriría cual la peste, por contagio. Y en esa ocasión, con el rostro radiante de vida y de salud, la hermosa mujer los instaló en uno de los mejores lugares diciendo “quiero que no perdáis detalle de la función especial que la casa ofrece esta noche”. Y la función fue una pasarela con doncellas eslavas, anunciada con bombos y platillos por el agorero del antro. Las jóvenes mujeres, ataviadas con telas vaporosas, incendiaron los ánimos de la clientela. Mas, la parte principal estaba por venir, personificada por la propia Helena. Ésta, ejecutó una danza flamenca con tal soltura y voluptuosidad que “bien pudierais despertar a un muerto”, le había susurrado a manera de piropo el cabecilla del grupo de mozuelos. Habría algo más. La sorpresa de la noche. Consistía en poner a la suerte, para disfrutar sin costo, a la dueña de la casa. Para ello en el centro del salón cubrieron con ligero lienzo los ojos de Helena, quien luego de giros y tanteos iría a caer en los brazos del afortunado. El juego,

amenizado por arpegios de guitarra, creó una atmósfera de suspenso y puso de puntas los pelos de los asistentes. La codiciada Helena, con ojos vendados y brazos extendidos se encaminaba hacia un rumbo y otro, fingiendo perder el equilibrio por instantes; alimentando expectativas e inyectando de emoción a aquella fantasía. Al fin dirigió sus pasos hacia la mesa de los mozuelos y cayó sobre las piernas de uno de ellos. Ruborizado, Gonzalo se halló de pronto inmerso en carcajadas, gritos de júbilo y en los brazos magníficos de Helena. La mujer le había echado el ojo cuando recibió a los muchachos en la puerta de entrada, donde ella preguntó al jefe de la palomilla ¿Y el de los bucles de oro, qué...? Y el cabecilla había contestado “es quinto real”, porque sabía que a la Cíngara le encantaban los donceles, “los que aún no pecan son mi sopa preferida”, solía expresar la mujer. Por ello, cuando Helena cayó en las piernas de Gonzalo le dijo, “enhorabuena ángel mío, me habéis ganado”. Volteó hacia el jefe de la palomilla y guiñando un ojo sentenció “en ocasiones es necesario darle una mano a la fortuna, ¿no creéis?”, y provocó el alud de carcajadas en el grupo.

—Venid ángel mío —le había dicho Helena tomándole la mano—. Dejaos conducir en vuestro primer viaje a los sedosos musgos de Venus.

Gonzalo no se preguntó quién era aquella que de manera extraña hablaba. Sucumbió tan sólo a sus humores de mujer dispuesta. Y Helena, que se excitaba hasta el delirio con la presencia de los donceles, estaba encantada. Así es que esa noche, de la mano lo condujo a su recámara para iniciarlo en las artes de su particular tauromaquia: la fiesta brava en el lecho; donde ella era

diestra torera y él, novillo primerizo, “pero no reculón”, como había presumido la mujer desde que le mirara por primera vez. Porque la corrida había iniciado desde entonces, desde el arribo de los mozuelos a Los Jardines de Babilonia, cuando ella le propinara el primer puyazo con miradas rebosantes de coquetería. Porque a Helena le habían fascinado los rulos de oro de Gonzalo y el clavel reventado de sus labios juveniles.

El segundo tercio de la corrida lo había gastado la Cíngara en la danza flamenca. Con sus formas de Afrodita había clavado algunas banderillas de colores al muchacho, alborotándole hasta las médulas. No obstante, las más aplaudidas y toreras —dos banderillas dos— se las había endilgado cuando cayó en sus piernas, inundándole con sus fragancias de hembra en celo y violentándole la sangre. Así es que, cuando ella lo condujo hasta su lecho, Gonzalo estaba más que dispuesto para el último tercio, el de la muerte. Una muerte de amor que nunca olvidaría por el resto de su vida. Porque el torito resultó de casta, como lo había supuesto Helena. Pues si bien se dejó hacer la faena, no había bajado la cerviz hasta la aurora. Y a la hora de la verdad, cuando la mujer empuñó el filoso acero, en honor a su bravura, no le dejó solo en el arrastre. A la par que le clavó la espada del clímax hasta la empuñadura, se dejó coger en franco por los pitones imposibles de Gonzalo. Cuando el amanecer los sorprendió rendidos, el ruedo del amor lucía manchado, si no en la sangre de Gonzalo, sí en leche y azúcar.

—Sois más dulce que panal de miel, —le había mimado Helena—. Sabroso más que el queso fresco sois, ángel de amor.

Estos recuerdos acudían a Gonzalo sobre la cubierta de la Santa Martha y le aliviaban de su soledad. Helena había sido para él amante, amiga y mentora, ahora lo veía. Recordó también que aquella primera noche le había confesado nunca sentirse amada por hombre alguno. “Presiento que con vos será diferente”. También le prometió, “mientras dure lo nuestro, nadie más ocupará mi lecho”. Pero nunca lo ató, antes lo alentaba a conocer el mundo y a otras mujeres, porque sabía que el muchacho empezaba a vivir y consideraba injusto que se encadenara a una mujer corrida. Tan sólo le pedía que compartiera con ella los años frescos que le restaban.

Con los días él conocería de la vida de ella: madrileña por nacimiento, desde joven había sido asediada por los hombres a causa de su hermosura. Había dos que le atraían. Uno maduro y el otro joven. Del primero le fascinaban su porte sereno y confiado; del otro, su frescura y ojos de aceituna. Ella dudó en inclinarse por uno de ambos. Hasta que un tercero terminó enamorándola, la sedujo y abandonó al tiempo, rompiéndole el corazón y las ilusiones. “La vida termina decidiendo por vos si no os atrevéis a tomar las riendas”, le había advertido la Cíngara a Gonzalo.

Cuando el seductor la abandonó, su ingenio y encanto la sacaron a flote. Con artes de adivinación despelucaba por igual a moros y a cristianos. “La mayoría de los hombres —le había dicho a Gonzalo— comprometen empeños en mundos imaginarios, y dormidos agotan su existencia”. De ahí le había venido el mote de la Cíngara, confió al muchacho. Le contó también de cómo conoció a un viudo rico y decrepito, al que rescatara de la tumba para regalarle algunos años más

de vida, con los encantos de su juventud. El viejo generosamente le fue donando una fortuna, mientras ella tenía que complacerle en su único capricho: “Dejadme, bella Helena, tan sólo aspirar los perfumes de café, clavo y canela de vuestro coño”. Y dicho así, clavaba entre las piernas de ella su nariz ganchuda de cernícalo. A la muerte del anciano, Helena mudó a Valencia donde conoció a Nicoletta la Florentina, una señorona de la vida alegre. Ella le había confiado los secretos del negocio de burdeles. Le había enseñado a refinar el habla y el trato con los hombres y a declamar poemas italianos. Cuando se liberó de la tutela de la Florentina y se instaló por su cuenta en Sevilla, centro del movimiento económico de la época y efervescencia universal del amor comprado, Helena incrementó fortuna. Cultivó influencias entre funcionarios de la corte, miembros de la nobleza, militares y comerciantes. Penetró en todos los círculos sociales, logrando acceso a los chismes y secretos de las familias más almidonadas. Con limosnas generosas y favores alcanzó la amistad de curas y obispos. Pero no descuidó su relación con pícaros y pillos, que en más de una ocasión le sacarían de apuros.

Hasta aquí llegó Gonzalo en sus recuerdos. Reparó en que había dejado en el camarote su petaquilla. También había olvidado su bolso de gamuza, conteniendo la faja de cuero con las monedas que Helena le había obsequiado. Bajó tan a prisa como pudo. El hombre entrado en años que con él compartía el camarote estaba echado en su litera, absorto en la lectura de un libro amarillento.

—¡Por Dios Santísimo! ¿Qué leéis?, —preguntó Gonzalo, conteniendo el aliento y disimulando su verdadera preocupación.

—A Erasmo ¿Por qué?

—Creí que leíais novelas de caballeros, el Amadís, por ejemplo. Sabed, tengo un hermano que gusta de ellas y desearía escribirlas.

—Bien por él, es sana afición. Enhorabuena regresáis. El cuidado de vuestras pertenencias y las propias no me ha dejado abandonar estancia, por temor a que nos roben. Ruego a vos correspondáis velando mis haberes mientras salgo a cubierta para echar un ojo.

Gonzalo cerró el camarote tan luego salió su compañero. Contó una a una las monedas de oro, cayendo en cuenta que era una fortuna. Revisó el resto de sus pertenencias y, al encontrarlas intactas, agradeció al cielo por la honradez del veterano. Un hombre de fiar, pensó. Recordó a la Cíngara diciéndole:

—Llegando a destino comprareis un caballo. Siempre he gustado de los bien montaos, y más de los galanos como vos. Dudo que haya quien iguale en guapura.

Gonzalo despertó de su ensueño al escuchar los pasos de su compañero, que regresaba al camarote.

—Eh, hombre —dijo—, acudamos a la mesa que están sirviendo la cena.

Fue entonces que se acordó de la carta de Helena y de su promesa de no leerla hasta pasar Canarias. ¿Qué contendría la misiva?, se preguntó.

Luego de tomar los alimentos y ya de regreso en el camarote, Gonzalo confió sus penas al compañero. El veterano le escuchó pacientemente. Luego dijo:

—También yo he caído en desgracia. Cometí el error de hablar en contra de un obispo y me han tildado de hereje. Heme aquí y ahora huyendo del Santo Oficio. Tarde nos percatamos de que la vida nos arrastra.

Entrados en confianza, Gonzalo preguntó:

—¿Y cuál es vuestro nombre? ¿Cómo os llamáis?

—El nombre nada importa. Llamadme solamente el Alquimista. Lo que sí he de deciros es que otro asunto más me trae a Indias, ya os lo confiaré en su momento.

Esa noche Gonzalo no pudo hacer las paces con el sueño. Las escenas del hecho infortunado revoloteaban en su mente sucediéndose en cascada. Recordó cuando Helena le había preguntado ¿Cómo os ocurre enredaros con esa gente? y él había afirmado “La niña bien vale el riesgo”, y ella gritó “¡Tonterías! Ninguna mujer vale lo que el pellejo”... Y recordó también que no se atrevió a confesarle a Helena, a la mortificada Helena de aquel momento, lo que creía de doña Ana De Los Monteros: que no era una mujer común, sino la doncella de sus sueños. La mujer cuya visión le había despertado por vez primera durante una madrugada lejana, allá en su natal Santiponce, seis años atrás, cuando él tenía tan sólo once de edad. Había despertado entonces con el miembro viril en firme y húmedas las bragas. Desde entonces la hermosa lo acompañaba en sueños. Se le presentaba como heroína de aventuras eróticas en parajes desconocidos, ciudades exóticas, regiones heladas o desiertos calcinantes; en épocas pasadas, tiempos presentes o por venir. Sueños que lo despertaban de súbito y le dejaban excitado. Sueños en los que ambos luchaban por concretar su amor. Lucha que siempre terminaba en desencuentro, pues él llegaba en ocasiones siendo un anciano cuando ella apenas niña o viceversa. O en que ambos llegaban a conocerse cuando estaban al borde de la tumba y les quedaba tan sólo la promesa de coincidir en la reencarnación siguiente. Por eso, cuando Gonzalo

vio por vez primera a doña Ana De Los Monteros, en el Patio de los Naranjos, el miércoles de ceniza, se dijo ¡Jesús Cristo! ¡Es ella en carne y hueso!

II

(Occidente de la Nueva Galicia, otoño de 1547).

Soy Xicote, nacido en México Tenochtitlan trece años antes de su caída. Fui bautizado con el nombre cristiano de Juan Bautista. Los acontecimientos me han tenido por mucho tiempo en esta apartada región de Aztlán, como así la llamamos los naturales; perteneciente ahora al Reino de la Nueva Galicia, según los castellanos.

Pronto habré de partir a mi tierra natal, para encontrarme con Miguel de Jesús, mi sobrino; hijo de mi hermana Flor del Alba, bautizada con el nombre cristiano de María Inés, y del caballero español don Gonzalo de Mérida.

Miguel de Jesús recién ha regresado de España. Según misiva que se me ha hecho llegar, desea verme para que le narre los acontecimientos de la caída del reino de Moctezuma, tal como los vieron mis ojos.

Durante mi existencia, he vivido muchos años entre los castellanos. He aprendido a hablar, a escribir y leer en su lengua. Conozco sobre su religión, costumbres y algunos aspectos de su pensamiento; otros los he intuido.

Aunque no me considero un hombre viejo, por tranquilidad había tratado de olvidar algunos hechos desagradables de mi pasado. Ahora debo hacer esfuerzos

por rescatarlos, ante el próximo encuentro con mi sobrino. Al parecer, está interesado en conocer detalles acerca de los pasos de su padre en estas tierras.

Líbrenme los dioses de que yo aspire a reconstruir lo sucedido como lo hacen los frailes cristianos. O a la manera de nuestros antiguos pintores de libros, que gracia y virtud se necesita para ello, y de las cuales carezco. En cuanto a su demanda por mis relatos, he de narrar sólo los hechos que mis ojos vieron; nunca los que la imaginación o los sentimientos me aconsejaren.

Trataré ahora de reconstruir, a manera de ensayo, los terribles acontecimientos que viví entonces, cuando era sólo un niño:

La primera vez que escuché acerca de los extranjeros fue durante la ceremonia de presentación de los niños a dios Quetzalcóatl, en la explanada de la pirámide de Cholula. Yo había nacido nueve años antes en la capital del reino de Mexica. Debido a una misión militar conferida a mi padre Océlotl, guerrero jaguar y jefe de un destacamento militar del uey tlatoani Moctezuma, mi familia se había mudado a la ciudad sagrada.

Recuerdo de la ceremonia el patio atestado de niños, vestidos con los colores del dios, formados en largas filas y atentos a las órdenes de los instructores. El sol, en el primer cuarto de su recorrido, nos acariciaba tíbiamente. La brisa acarreaba perfumes de hierbas silvestres, de la salvia y de la chía. Al fondo, los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, con sus coronas de nieve, imponían límite al cielo y a la tierra. Barrera indispensable para la existencia de esta era del quinto sol, cuya permanencia estaba poniéndose en duda recientemente por sus temerosos pobladores.

Los padres de los niños, con rostros severos y a un costado del patio, observaban la representación del sacrificio divino y escuchaban el discurso de los sacerdotes. En la cúspide de la pirámide, más alta que el templo Mayor de Tenochtitlan, según decían los viejos, algunos hombres hacían sonar caracoles y teponaxtles. Cantos y danzas, ejecutadas por jóvenes incansables, complementaban el ritual.

La ceremonia me había parecido eterna. Terminó cuando el sol se encontraba en lo más alto de su recorrido. Las sandalias que para esa ocasión estrenaba, con sus correas de cuero de coyote parecían empeñadas en destrozarme los pies. Las había comprado mi padre en el mercado de Tlatelolco, durante su reciente visita a la capital. Cuando la ceremonia finalizó y los mayores se hicieron cargo de sus hijos, me descalcé, tratando de aliviar mis torturados miembros.

Mi progenitor me tomó del brazo e iniciamos el retorno a casa. Un amigo suyo le detuvo para darle una noticia, urgente dijo, acerca de seres extraños, mitad hombre y mitad bestia, que habían sido avistados por los correos del emperador en las costas del oriente. Luego y quizá debido a mi presencia, continuaron hablando en lengua poco conocida por mí y noté que mi padre se interesaba bastante en el asunto. La gravedad de su rostro de guerrero se fue trocando en asombro a medida que la plática avanzaba. Sin notarlo mi padre, su mano que atenazaba mi brazo, al igual que su boca y sus ojos, se abría cada vez más y me dejaba en libertad; así, como se deja libre a un pajarillo al abrir su jaula de carrizos. No le di importancia a lo poco que logré entenderles. En esos tiempos se contaban tantas maravillas que, una

más, venía tan sólo a repetir la misma historia. ¡Qué equivocado estaba!

Océlotl, atolondrado por la charla del hombre, no se dio cuenta cuando me separé de su lado. Penetré en la multitud y dirigí mis pasos hacia la escalinata de la pirámide. Al pie de ésta se encontraba una estela de piedra caliza, enorme, que desde el inicio de la ceremonia había halado mi atención. La pieza, clavada al piso, tendría la altura de dos hombres. Me parecía, por su forma, gigantesca lengua de venado. Había esperado impaciente el fin del acto religioso para correr hacia el objeto de mi fascinación. Era tanta mi curiosidad.

Esta tenacidad por descubrirlo todo correspondía al nombre que se me había impuesto al nacer, Xicote. El nombre del animal que visitó primero nuestra casa luego de mi nacimiento. Mi tona protector, según las creencias del pueblo mexica. Un avispón que cuando se acerca una persona o un animal a su nido, no descansa hasta hundir su aguijón en el intruso. Mi padre decía que Xicote me venía a propósito porque era yo un preguntón irremediable. Todo lo quería saber, y no descansaba hasta satisfacer mi curiosidad. Y como era comedido y me acercaba a los viejos para ayudarles en sus quehaceres, ellos correspondían contestando mis preguntas.

Tiempo después comprendería que mi curiosidad había sido cultivada, primero en el Calmécac, el gran colegio mexica, y después por mi familia. Inculcada con un propósito ignorado por mí entonces: convertirme en pieza del sistema de espionaje del uey tlatoani Moctezuma. Era yo, sin saberlo, parte de su gran oreja, extendida desde el palacio en Tenochtitlan hasta el rincón más ale-

jado del señorío del Anáhuac. Caería en cuenta entonces del por qué mi padre estimulaba en mí el deseo de saber, de preguntar, de escudriñar todo. Del por qué mi familia me permitía andar libre por donde quisiera, investigando, viendo, indagando, para luego sutilmente hacerme confesar lo averiguado.

Llegué ante la estela y alcé el rostro para mirarla detenidamente. Era una piedra delgada, rectangular hasta cierta altura y rematada en su parte superior por un triángulo. A lo largo de sus bordes verticales, esculpidos en bajorrelieve ascendían cuerpos entrelazados de serpientes, enmarcándola hasta la base del triángulo, donde doblaban en ángulo recto. Dentro del triángulo miré otras figuras esculpidas: un águila con sus alas extendidas hacia abajo se entrelazaba con las garras de un jaguar boca arriba, formando un círculo. Aquellos animales no parecían librar una batalla porque denotaban sus rostros un acoplamiento feliz. ¿El abrazo amistoso de dos rivales? ¿Un abrazo amoroso entre dos enemigos mortales? Aquello me sorprendía por su rareza y contradicción. Me propuse indagar su significado con mi madre, en cuanto la tuviera enfrente.

Descubrí otra figura en el centro del círculo que formaba el enlace de los dos animales. Desde donde me encontraba no podía percibirla claramente, por lo que me acerqué, subiendo algunos escalones. Mi intención se frustró pues la figura estaba deteriorada al grado que había perdido sus perfiles; pero descubrí tras de la estela una cavidad estrecha. Me aguijoneó la tentación de asomarme por allí, aunque tendría que saltar sobre el pasamano de la escalinata. Antes de hacerlo, eché un vistazo hacia donde se encontraba mi padre. Él seguía

interesado en su charla e ignoraba mi ausencia, lo que me animó a librar la barrera de piedra.

Rodeé la estela y me acerqué al resquicio. Quise averiguar si cabría por ahí mi delgado cuerpo y al probar resbalé por una pendiente tan larga como tres brazadas. Al tocar fondo comprendí que había caído en una trampa. Tras reponerme de la sorpresa alcé mi rostro para mirar el rayo de luz que penetraba por la grieta. Intenté una y otra vez subir por donde había caído pero no pude. El pasadizo era inclinado y liso. El silencio y las sombras me intimidaban, pero mi curiosidad era tan poderosa como el miedo. ¿Encontraría la forma de salir? me preguntaba.

Sentía rodillas y manos lastimadas por los intentos de escape. No insistí. Esperé sentado, reponiendo fuerzas. Poco a poco mis ojos fueron acomodándose a la penumbra y caí en cuenta de que me encontraba en un corredor estrecho, limitado por dos muros inclinados. De tramo en tramo, rayos de luz como los que en ese momento me iluminaban, penetraban desde arriba.

Decidí caminar sobre aquel piso adoquinado y frío. Bajo el siguiente chorro de luz levanté la vista y descubrí una grieta semejante a la que había traspuesto. Al voltear hacia el muro interior descubrí que el haz iluminaba un nicho. Éste albergaba la escultura de un águila en picada, representación del sol crepuscular. La miré detenidamente. Había conocido esta simbología en el Calmécac de Tenochtitlan durante mi corto período de estudiante. Era yo uno de los pocos privilegiados que habían tenido acceso al colegio supremo gracias a los méritos militares de sus padres.

Seguí caminando y encontré que el siguiente chorro de luz iluminaba un nicho idéntico al anterior, ocupado por una escultura diferente. Se trataba ahora del dios-jaguar Tezcatlipoca, el siempre joven, el amigo-enemigo, portador del espejo humeante. Me estremecí pues me encontraba frente a la deidad más terrible de los mexica, cuya contemplación casi nos estaba prohibida a los internos del colegio. Me alejé tan pronto como mis dolidas piernas lo permitieron y en el siguiente sitio iluminado tomé alientos.

Encontré otro nicho allí, conteniendo al dios-perro Xólotl. Según la tradición éste había acompañado a Quetzalcóatl en su viaje al Mictlán, la región de los muertos, cuando bajara en busca de los huesos sagrados para dar vida a la humanidad de esta nueva era llamada el Quinto Sol. Allí estaba Xólotl, el gemelo de Quetzalcóatl, con sus llagas y miembros torcidos.

Caminando descubrí una calzada tan ancha como dos veces mi estatura, que descendía en mínima pendiente hacia donde supuse era el corazón de la pirámide. Al transitarla llegué a un recinto amplio, circular y de alto techo por el que penetraba un torrente de luz de mayor grosor que los anteriores. Desde el centro del piso brotaba un manantial, cuyas aguas desbordaban un contenedor de piedra y corrían por un canalillo. Me entretuve observando el frío lugar y de pronto, a un costado del contenedor, descubrí una estela tan alta como la que había contemplado en el exterior. Me acerqué para apreciar el bajo relieve que la adornaba. En ella descubrí los símbolos del agua y del fuego, trenzados como si fueran dos serpientes en posición vertical, vomitando un corazón humano.

Esto me llenó de asombro. ¿Por segunda vez dos contrarios en abrazo estrecho? Afuera en la estela de la escalinata el águila y el jaguar; aquí, entrelazados el fuego y el agua. ¿Qué significaba esto? Tendría que preguntarle a mi padre, a mi madre o a los ancianos. A mi padre no —rectifiqué—, nada le agradará saber que ando profanando los sagrados lugares y contraviniendo los ordenamientos religiosos. A los ancianos tampoco. Mi madre me había advertido en alguna ocasión que “no todo debe confiarse; hay secretos que es mejor no revelar”. Me contaba de casos en que algún espía del señor Moctezuma llegaba a palacio para darle a conocer una noticia extraordinaria, como era su deber, y luego el emperador ordenaba que le dieran muerte. Así evitaba que el desgraciado la anduviera divulgando. Ahora entiendo lo que entonces no, que una noticia extraordinaria en lengua del pueblo multiplicaba su rareza en proporciones inimaginables. Que constituía una amenaza para el mundo mexica, cuya paz y permanencia descansaban en la fe de los gobernados hacia el señor Moctezuma y su naturaleza divina; la fe en su poder para conservar el mundo. Por eso, cualquier rumor extraño podría alterar los ánimos en la gente y sacudir el trono del monarca.

Pensé en los agoreros que habían surgido en los últimos años y a quienes se debía la difusión de funestos augurios. Era gente viciosa, al decir de mi padre, que se atragantaba de hierbas sagradas y por ello sufrían visiones. Decidí conservar en secreto mi incursión en la pirámide. Bueno, si acaso a mi madre le daría a saber, o a mi abuelo.

Reparé en el tiempo transcurrido. Debía buscar una salida. Mi padre estaría buscándome, enfadado por

mi actitud incorrecta. Recordé que en una ocasión, merodeando por los alrededores de la pirámide, había descubierto un arroyuelo brotando de ella. Una corazonada me hizo pensar que se trataba de estas aguas que veía correr ahora, conducidas por el canalillo. Lleno de esperanzas penetré en ellas, con intenciones de seguir su curso. Apenas si cubrían la mitad de mis piernas. A medida que me alejaba de la fuente, la oscuridad se hacía más densa. Al principio cabía de pie en aquella especie de caverna pero se fue estrechando tanto que hube de avanzar arrastrándome. El recorrido me parecía eterno y el frío insoportable. Por fin, gracias a los dioses, divisé la claridad al fondo. La esperanza por liberarme de aquella prisión accidental retornó a mi corazón.

Un bosque de ahuehuetes me dio la bienvenida al mundo de la luz. La corazonada me había salvado. Tiritando busqué un claro y me tendí al sol para secar mis ropas y aliviarme del frío. Elevé una oración a Quetzalcóatl, aprendida de mi madre, implorando su perdón por mi atrevimiento. Una vez repuesto, me alejé del lugar.

El recorrido hacia mi casa pasaba por la explanada donde se asentaba el mercado de Cholula. Era de tarde cuando llegué allí. Los comerciantes habían levantado sus vendimias y tenderetes pero la plaza estaba llena de gente. Pensé que algo acontecía y decidí acercarme. Al centro de la plaza había un templete de piedra donde, en ocasiones, voceros del señor de Cholula o del de México gritaban avisos a la población. Me escurrí entre la multitud y llegué hasta el borde mismo de la elevación cuadrangular. Encaramado ahí se encontraba un hombre de figura estafalaria. Tenía los ojos de fuego y el cuello casi a reventar. Arengaba a los presentes. Tenía el pelo enma-

rañado y en sus ojos, el brillo tornasol de la obsidiana. Vestía sucio taparrabo y de uno de sus hombros colgaba un bolso de hilos de mexcalli. Sus brazos y piernas lucían pintadas de anillos rojos, amarillos y negros que le daban el aspecto de una serpiente coralillo. La multitud lo escuchaba, fascinada por sus gesticulaciones. Sólo su voz imperaba sobre el silencio de los congregados. Dueño del escenario, se desplazaba hacia un lado y otro, hacia atrás y hacia adelante, ejerciendo dominio en los presentes.

—¡Tiemblen! —gritaba—. ¡Los tiempos han llegado a su fin! ¡Se escuchan ya las terribles risotadas de Tezcatlipoca, el traicionero! ¡Las montañas se desprenden y navegan en los mares del oriente! ¡Tiemblen mortales, que muere el Quinto Sol! —y apuntaba su brazo huesudo hacia la muchedumbre.

La uña larga y mugrosa de su dedo índice, como si pudiera alcanzarlos, causaba sobresalto en los presentes. Éstos escurrían el bulto, cual si los embistiera la punta de una lanza.

El discurso del hombre era variado en tono y fuerza. A ratos suave y dulce, como queriendo adormecer a los presentes. Pero tan pronto se confiaban, soltaba frases tronantes como rayos, provocando que los oyentes se llevaran las manos a la cabeza, como buscando protegerse de un alud de piedras. En ocasiones avanzaba hasta el borde del templete y cuestionaba a alguien en especial. Lo penetraba con su mirada de gavilán y parecía traspasarlo con su índice mugriento y trémulo.

—¡Tú, macehual!, —exclamaba—, ¿te crees acaso digno de la compasión de Tezcatlipoca? ¡Dime! ¿Te crees merecedor de ello? ¡Contesta!

Al aludido se le descomponía el rostro, se le iba el color y casi caía en desmayo. Yo observaba atentamente al orador sin perder detalle alguno, pendiente de cada uno de sus gestos; pendiente de sus muecas, de sus miradas, de cada una de sus palabras. Atento a sus cambios de voz, al movimiento de sus brazos y piernas, a sus avances y retrocesos por el templete.

Recordé al coyote, ese animal astuto que caza codornices con el rabo. Las mira fijamente cuando están fuera de su alcance, sobre las ramas de los árboles. Levanta y gira suavemente su cola hasta que, embriagadas por el movimiento, las aves caen adormecidas en sus fauces. Así veía yo al vagabundo adormecer a la multitud, con suaves y lentas frases; más luego, con gritos desgarradores mortificaba sus corazones. Hubo un momento en que su discurso pareció alcanzar la cumbre. Avanzó grotescamente y cual si fueran dardos, disparó atronadoramente estas frases:

—¿Están dispuestos a ofrendar sus carnes para salvar al sol? ¡El sol se muere, indignos! ¡Ya Tonantzin anda llorando por sus hijos en las noches de luna! ¿Están dispuestos?

Y dicho esto, sacó de su bolso una navaja de obsidiana y la mostró ostentoso. Nos cubrió silencioso con su mirada de fuego. Luego, volvió a gritar:

—¿Están dispuestos, macehuals? ¡Entonces, muramos!, —y se cortó de un tajo las venas de uno de sus brazos.

Chorros de sangre saltaron hacia la multitud, que postrada de rodillas aullaba inconsolable.

Abriéndose paso a codazos y empujones, la escolta del orden irrumpió en la plaza y arrancó al orador del

templete, arrastrándolo seguramente hacia las mazmorras.

Quando llegué a casa, empezaba a anochecer. Mi madre, preocupada por mi tardanza, corrió a abrazarme.

—¿Dónde has estado, hijo mío? Tu padre te buscaba.

No le confíe de mi incursión a la pirámide. Lo dejaría para después. Sólo le platiqué lo del hombre en la plaza. Ella me escuchó pacientemente pero su rostro denotaba angustia.

—¿Qué sucede, madre?

—Tu padre ha tenido que partir. Nuestro señor Moctezuma ha requerido de su presencia. ¡Ay!, hijo mío —sollozó—, han llegado noticias terribles desde Xicalanco.

Pensé en Xicalanco, la ciudad fronteriza del señorío, en los límites con los pueblos del Potonchán, en las costas del oriente. Xicalanco, la hermosa tierra de Xóchitl, nuestra querida nana y cocinera. Ella siempre me hablaba de su tierra natal, del imponente mar, de su hermosa laguna y del sabor inigualable de sus caracoles. Ningún peligro podría venir de esa región divina, pensé.

Miré a mi hermana Flor del Alba que, a la luz de una tea, bordaba figurillas en un blanco huipil. La adiviné acongojada y la abracé. Me percaté de su llanto. Era dos años mayor que yo. Mi madre hubo de verme sereno, porque me preguntó:

—Xicote, ¿es que no conoces el miedo?

Esa noche permanecí en vela hasta la madrugada. Había abandonado mi lecho y subido a la azotea. Hacía frío. El cielo estaba limpio y cuajado de estrellas. Lo estuve contemplando mientras pensaba en la incursión a

la pirámide y me formulaba las mismas preguntas ¿Qué significaba el abrazo feliz de los contrarios águila y jaguar? ¿El enlazamiento del agua y el fuego dando vida a un corazón humano? Esto me entretenía esa noche en la azotea de mi casa cuando algo sucedió en el cielo que hizo volar mis pensamientos como pajarillos asustados: una lluvia abundante de estrellas. Aquello me pareció extraordinario y regocijó mi corazón. Mas luego pensé que algunas personas estarían temblando de miedo al contemplar el fenómeno.

Los presagios, al decir popular, se estaban presentando con frecuencia. Pensé en el hombre pintado de la plaza, en su frase “los tiempos se acercan a su fin”. Desde que tenía memoria había escuchado lo mismo. También lo habían escuchado mis padres y abuelos. Pensé que la ola de augurios era algo pasajero, como las plagas de langostas, sequías, inundaciones. Recordé cuando en una ocasión, tendría cinco años de edad, le había preguntado a mi abuelo paterno ¿Es cierto que el mundo se va a acabar? Él contestó sonriendo, “ocúpate de vivir; sólo se acaba el mundo para quien va muriendo”.

Desde la azotea de nuestra casa divisaba siempre la gigantesca pirámide sobresaliendo a todas las construcciones. Esa noche la miré con otra actitud pues conocía parte de sus secretos. La admiré, con jubiloso respeto. Me parecía enfundada en la noche oscura y silenciosa. La contemplé, iluminada apenas por algunas teas de pino encajadas en sus paredes y por otras que coronaban su cúspide orgullosa. ¿Cuántos atados de años habrían pasado desde su construcción? ¿Sería verdad que era obra de gigantes, de seres de edades anteriores que precedieran a los hombres? ¿Qué otros secretos guardaba?

¿Qué significaban sus símbolos extraños y contradictorios? Estas y más preguntas revoloteaban en mi cabeza. Me prometí llevar a cabo futuras incursiones en ella.

Volvía a mi mente Xicalanco, la tierra de Xóchitl, nuestra vieja nana. Partera de mi madre, operadora durante mi nacimiento y el de mi hermana. Había llegado hacía años y quedado entre nosotros como parte de la familia. Era una mujer sabia, que aconsejaba a mi madre y a nosotros, sus hijos; amorosa y notable cocinera; conocedora de las plantas medicinales y de hierbas aromáticas que utilizaba en la cocina.

Por ella conocí gran parte de la tradición oral de mi pueblo, de su transitar por siglos, desde el desierto del norte hasta su arribo al Anáhuac, el valle de los lagos, el Valle de México. Este conocimiento se complementaba con los relatos de mi abuelo, de mi padre, de mi madre y lo aprendido en el Calmécac.

De Xóchitl aprendí también los secretos del *temazcalli*, el baño de vapor que con frecuencia se practicaba en la familia. Ella lo dirigía cuando se tomaba en forma grupal. Porque también mi padre solía tomarlo en solitario cuando precisaba menguar sus ánimos, alborotados en veces por su gran responsabilidad como jefe militar.

Durante sus explicaciones previas al baño caliente, llegué a escucharle a Xóchitl que el *temazcalli* era como penetrar al vientre de la madre tierra. Era purificarse en ella, salir fortalecidos por su amor y protección. Aunque cada ocasión era diferente en sus motivos. A veces se trataba de un sacrificio a alguno de los dioses. En otras, de un ofrecimiento por la sanación de un miembro de la familia o la comunidad.

Recuerdo de una ocasión cuando dijo que cada uno de nosotros era como la rama de un árbol, pero que nuestra fortaleza estaba en el tronco, y éste era la familia. En esos términos hablaba cuando el ofrecimiento era por la ciudad México-Tenochtitlan y sus cuatro barrios. Y cuando se oraba por el señorío del Anáhuac aludía a sus tres poderosos brazos: México, Texcoco y Tlacopan, la triple alianza.

¡Ay Xicalanco, cuánto deseaba conocerlo! Si era tan hermoso y apacible como los labios de Xóchitl lo pintaban, ningún peligro podría venir de allá. Ni de alguna otra parte. Pues ¿qué podría amenazar al poderoso pueblo de Mexitli, el dios primordial, el dios vegetal del mexicatl, habitante de México-Tenochtitlan? Nada ni nadie se atrevería en contra el otrora dios Mexitli, cuya morada la encontrarán los abuelos en la planta de mezcalli. Planta que tantos beneficios les prodigara en su peregrinar por el desierto. El antes humilde dios Mexitli, ahora devenido en iracundo dios Uitzilopochtli, su advocación guerrera, el terrible colibrí siniestro. El que insuflara de bélico espíritu a la raza, poniendo como símbolo de su virilidad y su valor al quiote, el tallo de la planta de mezcalli, el falo vegetal, erguido, enhiesto. El que había ordenado a su pueblo: “sepárense de los azteca”; de la gran corriente a la que ellos pertenecían, la azteca, los que venían de Aztlán, la tierra de la blancura, de las garzas y de la espuma del mar. “Ya no serán azteca sino mexica”, les decía cuando les hablaba a través del ave tohuí: “Vámonos, vámonos de aquí”. Cuando andaban en busca de la señal divina; en busca del lugar donde habrían de fundar la ciudad de Tenochtitlan, en honor

de su guía, guerrero y sacerdote Tenochtli. Ciudad a la par designada como México, por devoción a Mexitli.

Entonces ¿qué podría amenazarnos?

Bueno... eso pensaba yo esa noche, sobre la azotea de nuestra casa, cuando un viento helado me obligó a bajar, apresurado, en busca del tibio lecho.

Hasta entonces pude dormir.

III

—¡Gran Canaria a la vista!, —gritó el gaviero, marinero vigía de la carabela Santa Martha.

Gonzalo se resistía a despertar de un dulce sueño en el que doña Ana le enjugaba el rostro con sus labios de grana y acariciaba su cabellera. Soñaba que yacían sobre un campo engramado, a orillas del Guadalquivir, bajo la sombra de los álamos. Él, tendido completamente de espaldas y ella a su lado sentada, llenándole de besos el rostro. Él ofreciéndole tiernas promesa de amor mientras la niña se despojaba del jubón y le ofrecía sus senos en flor. Fue entonces cuando a Gonzalo le pareció percibir el perfume de rosas de la niña y hasta escuchar el coro de los ángeles. Pero al despertar, cayó en la cuenta de que era el trino de las aves en alboroto por las primicias del alba en la isla. Se sentó al borde del catre, aturdido y con el miembro viril enhiesto.

Restregó sus párpados y descubrió a el Alquimista que, a la luz de una vela de cera, se encontraba extasiado en la lectura de su libro amarillento.

—Buen día os dé Dios y la Santísima Virgen María, —saludó Gonzalo.

—Buen día también para vos, amigo mío, —contestó el compañero de camarote.

—Al parecer hemos llegado a Puerto ¿no es así?

—Sí. Por lo escuchado, hemos llegado a Las Palmas de Gran Canaria.

Al escuchar de su compañero la última palabra, Gonzalo recordó la carta de la Cíngara; así como la recomendación de no leerla hasta llegar a este punto.

Con ánimos apenas contenidos y mal disimulados, buscó entre sus cosas la misiva. Desplegó el legajo temblando de emoción. Cerró los ojos. Respiró profundamente, haciéndose conjeturas sobre el contenido del escrito. ¿Por qué tanto misterio el de Helena? ¿Qué habría quedado por decir luego de los intensos días en el hostel de Sanlúcar, durante los cuales ella se derramara de amor para consolarle y aliviar el tedio de la espera a la Santa Martha? Buscaba y rebuscaba en los acontecimientos, tratando de encontrar los motivos de la carta. Respiró profundamente y empezó a leer.

Gonzalo Mío:

Cuando leáis esta carta estaréis fuera de peligro. Ello consolará en poco mi corazón, pues de la pérdida de vos nada ha de aliviarle. Me siento obligada a contaros los hechos que no conocisteis en su momento y son del interés vuestro. He decidido hacerlo mediante letras y no frente a vos, por temor a que fuerais a cometer otra locura y a complicaros más la vida. Por eso ahora, lejos vos De Los Monteros, he de deciros que la misma noche desgraciada don Gome y sus hijos, por informes arrancados a persona alguna de su casa o por su olfato de perros de presa, andando en vuestra búsqueda dieron con Martín, a quien han confundido con vos y han dado un tiro de arcabuz, dejándole por muerto. Nomás al amanecer, un mozo de mi parcialidad fue a casa y me

enteró de los hechos. No quise despertaros, ni enteraros creí conveniente. Salí rumbo al hostel para procurar remedio a vuestro hermano. Con diligencia y discreción le he puesto en manos de un médico amigo. Su vida no corre peligro, pues ha dicho el médico que en pocos días estará bien. Ahora toca ocuparme de aplacar la furia de don Gome para que no la siga en contra de Martín, si se enterase de que salvó la vida. Sé que vais con dolor y pena de no haberos despedido de los padres vuestros. Tened confianza en mí, que sabré consolarles y procurarles paz. Os prometo que he de apagar la sed de venganza De Los Monteros en contra de vuestra familia. Lo juro y en ello empeño mi alma. En cuanto a vos, Gonzalo mío, os aliento a que encaréis vuestra suerte con valor y entereza; con fe en Dios Nuestro Señor y en su santa voluntad. Tan luego haya conducto enviaré otra carta para informaros de vuestros padres, del estado de Martín y otras cosas de incumbencia. Esperadla, que llegará tan pronto cuando Dios lo disponga. Deseo a vos buenaventura, que he de rezar a diario por ello. Va todo mi amor en estas letras. Cuidaos mucho, Gonzalo de mi corazón.

Helena.

Con el rostro descompuesto, Gonzalo terminó de leer la misiva de la Cíngara. El compañero advirtió su aflicción y trató de consolarle. Al preguntarle por el motivo de su congoja, el muchacho mostró la carta. El hombre, tras leer miró a Gonzalo y descubrió sus ojos anegados. Con gesto paternal puso su mano en el hombro del mozo y dijo:

—A fe mía que habéis encontrado mujer de oro, Gonzalo. Dejad todo en manos de ella, que según veo, sabrá poner arreglo a los problemas vuestros.

—Pienso que la he encontrado y perdido a la vez; como he perdido a mis padres, a mi hermano, a España...

—Más no la vida, muchacho, que poca cosa no es. Y agradecido habíais de estar. ¡Levantad ánimos! ¡Echaos pa'lante! que no es de hombres llorar por lo que remedio no tiene. Sé lo que digo, mozo. Sé lo que sentís, que a mí también la vida me ha arrastrado. Y heme aquí, como he dicho antes, huyendo de la hoguera. Entended desde ahora que la vida nos vive, Gonzalo. No la vivimos, no. Desde adentro, desde nuestra sangre nos impone marchar por sus propios caminos. Estemos pues atentos para que dichos senderos no vayan en la contra nuestra.

—Siento que el deber mío era quedarme, encarar a estos desalmados. Si hubiera sabido entonces lo de mi hermano Martín...

—¿Y qué hubierais sacado de ello? ¿Morir destripado cual ratón en ratonera? ¿Perecer ante enemigo tan poderoso y fiero, impío y diestro con la espada? Dejad de torturaros. Consolaos ahora de que, con vida, albergareis esperanza de vengaros. Aquietad tu corazón, no comáis ansias, pues no por mucho madrugar amanece más temprano. Que la venganza, cocinada a fuego lento, más dulce habrá de resultaros.

—No podré perdonarme que a Martín haya caído la desgracia por la culpa mía. Pobrecillo, sin tenerla ni saberla.

—Apechugad con varoniles ánimos la situación, que vuelta atrás no tiene. Haced rostro a los hechos con

entereza y humillaos ante la voluntad de Dios. Sólo él sabe por qué dispone así las cosas. Que entre más candentes sean las pruebas a que nos somete, más han de servir de forja al acero de nuestros corazones. Olvidaos por lo pronto de eso. Que lo mal pasado, mejor pisado debemos dejar. La fortuna da vueltas y un día por venir habrá de mostraros su mejor cara. Al tiempo, ya lo veréis.

Gonzalo no pudo hablar. El compañero, conmovido por su dolor le había abrazado, haciendo descansar sobre su pecho la testa del muchacho. Cuánto bien le hacía ahora a Gonzalo este gesto paternal. ¿Volvería a abrazarlo su padre alguna vez? ¿Volvería a sentir los brazos de la madre? ¿Volvería a pisar la sagrada tierra natal de Santiponce? ¿Regresaría algún día de este viaje incierto hacia exóticas regiones? Hondos suspiros lo liberaron de la fugaz evocación.

El Alquimista habló de nuevo:

—Es hora de que salgamos a cubierta. La brisa fresca renovará de ánimos el alma, tonificará el cuerpo y terminará de despertaros. ¡Arriba, compañero! que quedarnos entre los aires viciados de la noche habrá de atriciarnos más.

Subieron ambos. Afuera les esperaba el alba, con un cielo en el que se difuminaban las últimas estrellas. En el oriente, pinceladas de oro y carmesí anunciaban al sol, al as de oros, como llamaban los tahúres al astro rey.

El Alquimista adelantó unos pasos a Gonzalo. El muchacho pudo advertir en el hombre sus ojos húmedos. Lejos estaba de pensar Gonzalo que el abrazo de consuelo recibido de su compañero, le había removido a éste también los sentimientos. Que le habían removido

las añoranzas por el hijo perdido. ¿Viviría aún el vástago que buscaba ahora? ¿Estaría en Indias, como su corazón de padre presentía? Gonzalo le siguió, confiado. En el mundo que recién dejaba quedaban todos sus afectos. El vacío interior que lo embargaba, se paliaba en parte por la amistad y consideraciones recién encontradas.

La salida del sol les había sorprendido en cubierta. El movimiento de la tripulación se intensificaba, pues según lo había mandado pregonar el capitán, la nave permanecería en puerto durante dos días. Habría que abastecerse de agua fresca y alimentos y esperar al resto de la flota. Era ésta la única escala para enfilarse definitivamente hacia la isla de Cuba. Era ésta también la única oportunidad de Gonzalo de Mérida para retornar a Sevilla si su espíritu, vulnerable entonces, se lo hubiera imperado. Pero advirtió en la mirada serena de su compañero la sinceridad de las palabras con que hacía unos momentos le había alentado. Gonzalo experimentó entonces una sensación de seguridad, ausente en los últimos días. Se abandonó definitivamente a su destino. Esbozó una sonrisa de confianza, que fue correspondida por la de el Alquimista. Ambos acudieron a la mesa, los primeros alimentos estaban ya dispuestos.

Luego del desayuno, a los pasajeros se les permitió bajar a puerto por algunas horas. Gonzalo y el Alquimista deambularon por las calles del poblado. Casi al mediodía, cuando el sol empezaba a soltar su reciedumbre, buscaron el amparo de una taberna, a donde beber un vaso de vino.

El lugar lucía desierto. Eran ellos los únicos clientes. En aquel ámbito de discreción, el compañero preguntó a Gonzalo:

—¿Y qué tan diestro sois en el manejo de la espada?

Al muchacho la pregunta le tomó por sorpresa; pero al recordar la primera conversación de la mañana, luego de la lectura de la carta, comprendió que el tema era obligado. Gonzalo había declarado su intención de vengar lo acontecido en su hermano. No contestó de pronto. El cuestionamiento le remontó a sus años de infancia. En la casa paterna, uno de los caballerangos de la hacienda de su padre, el habilidoso Melquiades, en los ratos libres que dejaban las faenas del campo, practicaba con él y con Martín el arte de la esgrima con espadas de madera. Años después, ya establecidos en Sevilla, realizaban ejercicios frecuentes de este tipo con los compañeros de la palomilla.

—Os hice una pregunta, amigo, —volvió a la carga el Alquimista.

—Perdón, que me he distraído. Es poco el mío dominio en el manejo de las armas. He dedicado más el tiempo a la gramática y a los números.

—Pues la vida os obliga, más ahora que nunca, a manejar la espada. Es cosa de vida o muerte. Y más que a donde vamos, según entiendo, hay mucha acción. Además, si como me habéis confiado, persistís en vengaros de vuestros enemigos, y considerando lo experimentados que son, según contáis, no queda de otra que volveros un diestro en el fierro.

—Así lo entiendo. He de aplicarme en ello en cuanto llegue a Indias.

—No sabemos lo que el destino nos reserve en llegando allá, pero si hubiera ocasión, podría enseñaros algunos trucos de espadachines.

—Me gustaría y os agradecería.

Comieron en el lugar y, ya en charla de sobremesa, el Alquimista habló así a Gonzalo:

—También yo tengo mis penas que contaros. Hacerlo no nos las quita de encima, pero uno siente alivio al compartirlas.

—Venga de ahí, amigo, que toca a mí ahora escucharos.

—Habéis de saber que, hace tiempo participé en una guerra del reino, en el Mediterráneo. Era yo un muchacho con una esposa joven y un hijo pequeño. La guerra se prolongó por varios años y cierta escaramuza resultó en mi cautiverio. Cuando algunos de mis compañeros de armas retornaron al pueblo donde vivía, dieron a mi esposa la triste noticia de que me habían matado. Después supe que la pobre habíase consumido con los años y había partido de este mundo, dejando al hijo en condiciones de valerse por sí mismo. Cuando al fin me liberaron, llegué a mi pueblo. Visité la tumba de mi esposa y prometí de rodillas encontrar al hijo que, según noticias, habíase alistado en Castilla con el ejército real. Él era lo único que tenía en el mundo, además de la casa de mis padres, la cual vendí para buscar al hijo ausente. Es un joven, tal vez de vuestros años. La edad en cuando más se necesita al padre. ¿Podréis entender ahora la estima que a vos tengo?

—Lo que agradezco, amigo.

—He recorrido Castilla, León, Andalucía y todos los pueblos donde los informes y las corazonadas me han indicado que se encuentra. Tal vez, si llegara a encontrarle, no le reconociera, ni él a mí, pues dejé de verle cuando era muy pequeño. Pero confío en el llamado de la sangre y en la santa misericordia de Dios. He aquí el

motivo por el cual decía a vos que estoy camino de Indias. Esta es mi historia, amigo Gonzalo.

—Gracias por confiarla. Permitidme amigo que ahora sea yo quien os abrace. Que Dios misericordioso alivie vuestra alma y de mí no se olvide.

Ya en camino de regreso hacia la embarcación, Gonzalo pensaba en los días de infancia al lado de Martín, su inseparable compañero de juegos y andanzas. De las horas de retozo en las aguas frescas del Guadalquivir, donde solían bañarse a casi diario durante el verano. De los agradables momentos de pesca de barbos y cachos con anzuelos de hueso y cuerdas de hilaza. De las incursiones furtivas, en lomos de sendos caballos, a las ruinas de Itálica, la ancestral ciudad construida por los romanos, dos siglos antes de Cristo. Recordó el rostro amoroso de la madre, sus besos, sus abrazos, su calor. Recordó el rostro adusto de su padre, don Miguel, y de su empeño en procurarles una preparación escolar. ¿Qué pensará ahora mi padre de éste su hijo insensato? se preguntaba. ¿Lo habré defraudado? De lo que no dudaba, era del severo dolor que había causado a su familia. Trató de evadir los abrasivos pensamientos, traer a la mente otros más gratos.

Entonces fue que recordó a su caballo Palomo, en el que se enseñara a montar, cabalgar y correr en pelo. Y si en el manejo de la espada era entonces una mesa coja, pensó, en manejar el caballo era casi un maestro. Recordó también la recomendación que le hiciera la Cíngara de comprarse un buen caballo; lo que haría sin duda, pensó. Se hizo la promesa de crear riqueza y de prepararse para el regreso, al encuentro de sus enemigos y al cariño de los suyos.

Recordó a sus compañeros de la palomilla en Sevilla ¿De qué forma les afectaría este suceso desgraciado? ¿Los volvería a ver? ¿Volvería a disfrutar de su amistad, de sus bromas? Era posible que los hubiera perdido, pero le consolaba en algo el haber encontrado a el Alquimista, un hombre de fiar y seguramente un gran amigo. Recordó también las noches en Los Jardines de Babilonia, los versos entre sus muros de adobes y... las dulces noches entre los albos muslos de Helena. El súbito palpitar de su miembro tras las bragas lo sacó del ensimismamiento.

No obstante, esa noche volvió a soñar con Ana De Los Monteros. Se soñó jadeante, corriendo por un callejón estrecho y, desembocando en una plazoleta. De tres callejuelas concurrentes brotaban, acechantes y con las espadas desenvainadas, don Gome De Los Monteros y sus hijos Isidro e Hilario. Se acercaban, lo rodeaban. Él tan sólo armado con su espada de madera de la infancia. En un giro del sueño, los enemigos se convertían en personajes de la baraja española, aquella con la que muchas veces observara a la hermosa Helena despelucara a incautos. Don Gome era el rey; el fiero Isidro, el caballo y el desalmado Hilario, la sota. Los tres lanzaban espadas hacia Gonzalo. En el trayecto hacia su presa, los filos se multiplicaban, ya no eran tres, sino treinta, trescientos... Antes de alcanzarle, las delgadas hojas se entrelazaban, tejiéndose en jaula iridiscente; dentro de la cual doña Ana, entre cortantes rejas, extendía hacia el amante sus brazos promisorios. La jaula era una esfera que giraba y tomaba altura hasta perderse en el firmamento. Estruendosas carcajadas De Los Monteros enmarcaban el prodigio. Se angustió cuando Isidro le echaba el caballo encima. Despertó jadeante y empapa-

do en sudor. Sentó al borde del camastro. Se mesó los cabellos. Consideró que eran las altas horas de la noche. Salió a cubierta para respirar el aire fresco. Todo era calma y silencio en la población dormida. En el puerto, el tímido oleaje apenas sí bamboleaba a las embarcaciones.

Alzó la vista al cielo. Sobre los travesaños de las velas dormitaban las gaviotas. Ante la ausencia de la luna, las estrellas escarchaban el luto de la noche. En un rincón del firmamento descubrió lo que parecía ser un disco adornado de luces. ¿O era la filosa esfera donde se encontrara doña Ana hacía tan sólo unos instantes? Se restregó los párpados. ¿Era posible ahora que la imagen onírica traspasase las fronteras de la realidad? De súbito, le pareció ver que el disco o esfera o lo que fuera, se disparaba fugaz y se perdía en el infinito, seguido de una cauda luminosa.

¿Se había dormido nuevamente, ahora sobre la cubierta de la Santa Martha?

Nunca lo sabría. Pero la visión aquella le había erizado los cabellos de la nuca. Un escalofrío le sacudió. Recordó algunas consejas y leyendas de su pueblo en las que se hablaba de las brujas como bolas de fuego, salvando distancias a gran velocidad, en las noches oscuras. ¿Sería el alma en pena de una de tantas desgraciadas, incineradas por la Inquisición en la plaza de Sevilla?

Acudió a su memoria la vivencia terrible que sufriera en su tierna infancia; cuando las autoridades reales obligaran a los habitantes de Sevilla y pueblos aledaños a presenciar la quema de brujas en la plaza de armas. Recordó que eran tres las desdichadas, de pelo enmarañado, el rostro descompuesto y ojos desorbitados. Atadas cada una a un poste, ante el montículo de leños. La

gritería burlesca de la plebe y el llanto inútil de las condenadas habían sobrevivido a su infancia como girones de ecos lejanos.

Miró, muy a pesar de su madre, cuando se encendieron las piras. Vio las llamas, lenguas que abrasaban los cuerpos desmayados; volutas de humo, bolas de fuego que subían y se desvanecían, ante las exclamaciones de la multitud, que veía en éstas, prueba de la culpabilidad de las ejecutadas.

¡Brujas! ¡Brujas!, gritaba la masa enardecida; mientras la madre de Gonzalo y de Martín, con las palmas de las manos cubría los ojos de sus críos y daban la espalda al espectáculo.

Era el momento de las bolas; bolas de terror en las gargantas de Gonzalo y de su hermano, bolas de dolor en la garganta de la madre, bolas de odio y de poder en los corazones de los inquisidores y del imperio.

La situación se le tornaba incómoda a Gonzalo esa noche de pesadillas y de ascenso nocturno a la cubierta de la Santa Martha. Sentía que las estrellas eran miríadas de ojos de las condenadas del Santo Oficio. Sufrió repentino el estremecimiento total. Una onda de frío le caló hasta las médulas. Sintió miedo en la cubierta, miradas acechantes tras la oscuridad, resuellos misteriosos confundidos con su respiración. Temió de que le fueran a tocar, le murmuraran; de que le apareciera flotando una cabellera enmarañada. Sintió miedo y decidió abandonar la cubierta.

Se persignó y encomendó su alma al Señor. Bajó al camarote donde el Alquimista roncaba plácidamente, sin advertir la incursión solitaria de su compañero.

Cuidándose de no despertarlo, se tendió en su camastro. Estuvo un rato en vela, intentando conservar la mente en blanco. Logró conciliarse con el sueño en la alta madrugada, pero ya no volvió a soñar.

Al día siguiente, las ojeras lo delataban. El Alquimista preguntó:

—¿Habéis tenido mala noche, amigo?

Gonzalo tardó en dejar el lecho. Trataba de despertarse por completo. Como reflujo estomacal le volvieron las escenas de la pesadilla reciente. Recordó que al día siguiente de la quema de brujas, ya en su natal Santiponce; su madre les habló de un Jesús Cristo diferente al de los inquisidores.

—Jesús es amor, perdón, misericordia; hijos míos. Será mejor que olvidéis lo de Sevilla.

El padre, que entraba a casa y alcanzó a escuchar, reclamó a la madre:

—Cuidaos de que no os escuche el vecino. Las cosas no están como para divulgar enseñanzas de gnósticos.

A Gonzalo había pesado la intervención de don Miguel. Ahora lo veía. Ya habría oportunidad, pensó, de preguntar a la madre acerca de aquella plática inconclusa.

IV

Mi padre tardó meses en regresar de Tenochtitlan. Durante sus ausencias, nada faltaba en casa. Como familia de alto jefe militar teníamos privilegios: un grupo de guerreros velaba por nuestra seguridad de día y de noche, recibíamos regalos de los principales de la ciudad, los cholultecas nos miraban con respeto... Además, contábamos con la presencia de mi abuelo paterno, guía y cabeza del hogar cuando no estaba mi padre. Sin embargo, la presencia de éste era para mí fortaleza y confianza.

Regresó durante una tarde en que el crepúsculo teñía de fuego las cúspides de los volcanes. Miré su rostro grave, ensombrecido de preocupación. Saludó con palabras floridas a mi madre y a mi hermana. Acaricié mi pelo. Ordenó a la servidumbre la preparación del *temazcalli*, el baño sagrado de vapor que había al fondo del patio trasero de la casa. Se disponía a orar y asear su cuerpo. Me ordenó que fuera en busca del abuelo, pues quería hablarle.

Luego de cumplir sus órdenes, subí a la azotea a contemplar el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, vigías eternos de la capital del señorío del Anáhuac. Recordé la leyenda, tantas veces escuchada de labios del abuelo durante los primeros años de mi infancia, en la que el Popocatepetl era valiente guerrero en duelo, que hacía

guardia ante el cuerpo inerte de su amada, la hermosa princesa Iztaccíhuatl, la mujer blanca.

Mi abuelo era Totohuey, pájaro grande, en náhuatl; llamado así por su estatura singular. Había llegado al Valle de México cuando aún era niño, en compañía de su familia, desde el desierto del norte, tierra de fieros cazadores. Después de largo peregrinar habían arribado al Anáhuac los Totohuey, los pajarotes. Cuando yo tenía tan sólo cinco años de edad, el abuelo me contaba relatos de viejos. Todas las tardes esperaba ansioso su regreso desde el embarcadero. Ahí trabajaba: recibía y enviaba las canoas llenas de mercaderías que hilvanaban las rutas de Tenochtitlan a Texcoco, Xochimilco y otras ciudades ribereñas. Recuerdo su figura, bañada por la luz del atardecer, avanzando sobre la calzada. Yo salía a su encuentro, radiante de alegría. Él me tomaba entre sus brazos para recorrer así los últimos pasos hacia el hogar. Después de beber una infusión caliente de hierbas, “para espantar el frío”, decía, subíamos a la azotea y contemplábamos la luna, las estrellas y el lago dormido. Allí, sobre sus largas piernas escuchaba las narraciones: leyendas, relatos maravillosos, fábulas de animales y seres extraordinarios.

Como un suspiro pasaron por mi mente los recuerdos y reparé de pronto en que mi padre habría de platicar con el abuelo. No tardarían en reunirse en la sala. La comezón me urgía por conocer las nuevas de Tenochtitlan. Quería saber de los problemas que ensombrecían el rostro de mi padre. Bajé discreto y dirigí mis pasos hacia el lugar del encuentro. La noche había caído y el pasillo que conducía al sitio lucía en penumbras, alumbrado apenas por un par de astillas de pino encendidas. No fue difícil

escurrirme inadvertidamente. Encontré la sala deshabitada. Padre y abuelo no llegaban aún. Me oculté en un rincón, tras cortinas de algodón, provenientes, pensé, de Xilotepec o de Tochpan, reinos tributarios del señorío del Anáhuac. Esperé impaciente la entrada de mis seres queridos. No tardó en llegar mi padre, en compañía de un mozo del servicio. Éste encendió algunas teas más y se alejó. Mi padre tomó asiento donde siempre lo hacía cuando tenía conversaciones importantes: sobre un lecho rectangular, formado por petates de tule encimados y cubiertos por lienzos de algodón. No esperó mucho a Totohuey. Llegó casi tras de él. Mi padre se incorporó respetuoso y besó la frente del abuelo. Luego recitó un breve discurso:

—Bienvenido seas, padre mío; dador de mi existencia, luz de mi entendimiento, alegría de mi corazón.

—Los dioses te den larga vida y fortaleza, poderoso Océlotl, hijo mío; orgullo de mi sangre y honra de mi nombre.

Hasta entonces sentaron uno frente al otro, sobre el rectángulo acolchado. Regresó el mozo del servicio con una vianda que consistía en sendas jícaras llenas de una bebida caliente, que supuse era la preferida de mi padre, hecha de aromáticas hierbas, espigas de milpa y miel blanca; también panecillos de maíz y bledos. Todos ellos de sabor exquisito, cocinados por las sagradas manos de nana Xóchitl. Se me hizo “agua la boca”, como decimos los mexica. Me encantaba aquella bebida dulce, llamada lágrimas de Xilonen, nuestra Señora del maíz tierno. El mozo desapareció y mis viejos iniciaron ¡por fin, oh dioses!, su conversación:

—Te advierto preocupado, Océlotl. ¿Son graves los sucesos en Tenochtitlan?

—Muy graves, padre mío. De eso deseo hablarte.

—¿Siguen pesando en el ánimo de nuestro señor Moctezuma las noticias del oriente?

—No tanto las noticias. Lo preocupante son sus efectos. El pueblo está alborotado, temeroso.

—Pero nada de lo que se dice se ha comprobado.

—Hace más de quince años que los rumores corren y propician el crecimiento de la Cofradía del Caracol. Tras el miedo de la gente se agazapa el peligro, como una fiera en acecho. La esperanza en el regreso de Quetzalcóatl ha hecho que más hombres y mujeres abracen la antigua creencia y se alejen de la devoción a Uitzilopochtli, bienhechor del mexica. Es esto la amenaza cierta.

Callaron, como para pensar, como para razonar sobre lo que habían hablado. Daban pequeños sorbos a la infusión de las jícaras y mordían los panecillos. Desde el escondite, cuidándome de no ser advertido, había escuchado claramente todo. Si una cosa daba por verdad, era que tenía los oídos muy aguzados. Lo había comprobado desde temprana edad. Escuchaba a distancia como nadie. Mi madre hacía bromas de mi buen oído cuando en ocasiones se refería a mí como “orejas de coyote”. Me arremoliné en el rincón. Por vez primera escuchaba referencias a la Cofradía del Caracol. La curiosidad me consumía, pero me consolé: más tarde, con toda confianza podría preguntarle al abuelo acerca de ese asunto, sin temor a que Océlotl se enterara de mi oculta presencia, lo que me hubiese costado una reprimenda. La última frase de mi padre, “amenaza cierta”, quedó zumbando en mis oídos. ¿Qué podría ser una amenaza cierta para

el señorío de Moctezuma, abundante en guerreros, fuertes y valientes? ¿Quiénes se atreverían contra la Triple Alianza, el estado más poderoso desde los tiempos del Tolteca; tan fortificado en sus fronteras, tan extendido por los cuatro rumbos del mundo? ¿Qué podría amenazar al pueblo mexicana, protegido por Uitzilopochtli, el invencible dios-sol, quién con sólo quererlo lanzaría su rayo mortífero y haría saltar en mil pedazos las montañas, como volcanes en erupción? ¡Nada puede amenazar al señorío del águila!, pensé. Pero, ahí estaban las palabras de mi padre, en quien confiaba ciegamente y quien hablaba de nuevo:

—Desde que descubrimos la existencia de la Cofradía, lo sabes padre mío, tratamos de destruirla, pero ha sido imposible. Son astutos y escurridizos. Tan sólo hemos atrapado algunos. Ni la tortura logra que denuncien a sus correligionarios. La situación es tal, que todo mundo es sospechoso: nobles, militares, sacerdotes... la Cofradía pudo haberse deslizado, cual venenosa serpiente, hasta el seno del Consejo Supremo. Sólo así nos explicamos su avance ilimitado. En contrapeso a este progreso, callado y traicionero, el reino ha impulsado el culto a Uitzilopochtli en los pueblos sojuzgados. Se ha ordenado la construcción de nuevos templos dedicados a dios-sol en Cholula, Huetzonzinco y la propia Texcoco; en donde se supone ha renacido el viejo culto. Se han realizado ejecuciones secretas de altos personajes, sospechosos de pertenecer a esa clandestina hermandad. Pero al parecer, nada los intimida. Los rumores llegados del oriente han mermado la devoción a Uitzilopochtli. Día con día más hombres y mujeres se abrazan a la vieja creencia tratando de salvarse de un desastre que

tienen por cierto acontecerá. Estos rumores favorecen a la Cofradía y socavan los cimientos de la Triple Alianza. ¡Traidores es lo que son, los miembros de esta parcialidad! ¡Rastreras víboras en pos del trono! ¡Farsantes y engañadores, que enarbolan antiguas creencias para esconder sus verdaderas intenciones! Mas sus días están contados, pues poco a poco la red de espionaje, tendida en el reino entero, está dando sus frutos. La gran oreja del uey tlatoani todo lo oye, todo lo escucha; pues hasta las piedras hablan. Yo mismo en este viaje a la capital he llevado una lista nutrida de traidores; descubiertos con ayuda de mis colaboradores y mi hijo Xicote. Traidores, quién lo iba a imaginar, entre los que se dicen amigos. Vamos cayendo sobre ellos.

Mi padre volvió a callar. Ambos aprovecharon el silencio para degustar la dulce bebida. Yo pensaba en sus palabras referentes a mi persona. Reparé en las preguntas que él a diario me formulaba al respecto de mis relaciones con la gente de la ciudad. Me estremeció un escalofrío. ¿A cuántas personas buenas y confiadas había yo delatado sin proponérmelo? ¿Cuántos amigos por mi boca estarían a punto de ser ejecutados?

Mi padre continuó:

—Hemos sabido que a lo largo y ancho del territorio mexica, “los poetas de la luz”, que así se hacen llamar, se aparecen de repente, en lugares públicos. Declaman poemas y lanzan proclamas exaltando a Quetzalcóatl, anunciando el fin del Quinto Sol y despotricando contra los sacrificios de esclavos y prisioneros de guerra. Algunos de estos locos han corrido con mala suerte pues los hemos atrapado. Pero los más, amparados tras máscaras y disfraces, logran escapar confundándose entre

la multitud, antes de que los guardias les echen garra. Como enjambres de abejas se multiplican estos voceros del fin del mundo. Esparcen a los cuatro vientos lo que han dado en llamar “malas señales”. Son tan descarados estos poetas de la luz que hasta a mi señor Moctezuma han involucrado en sus embustes. Hace días inventaron que, por el rumbo del lago de Texcoco, unos pescadores habían encontrado un pájaro raro, con un espejo de obsidiana incrustado en su cabeza. Que al llevarlo a palacio, el emperador había mirado en el espejo una maravilla: el cielo estrellado a pleno día y guerreros sobre venados enormes y sin cuernos. ¿Podrá creerse esto, padre? ¡Al propio emperador...! Esto lo supe, primero, de boca del mismo señor de México, quien casi ríe al reconocer que esos hipócritas son capaces de todo con tal de salirse con la suya. Luego de la entrevista con mi señor Moctezuma, fui al mercado de Tlatelolco a fin de comprar algunas cosas para la familia. Allí la gente platicaba lo del pájaro, cual si fuera verdad. Me percaté de que algunos habían escuchado el cuento, y al platicarlo, aumentaban detalles; aprovechaban la ocasión para agregar de su cosecha. Disfrazado fui, como siempre lo hago, y escuché dos veces el cuento. En la segunda versión los guerreros del espejo ya no iban montados en gigantescos venados, sino en seres monstruosos, provistos de alas. ¡Oh, dioses! Por la vehemencia mostrada en sus embustes casi me convencen. A mí, a quien el señor Moctezuma había confiado: “Océlotl, lo de la garza... o lo que sea es pajarucho, por Tlaloc que no es verdad; antes, me sabe a burla”.

Mi padre y mi abuelo se soltaron en carcajadas. Luego, éste preguntó:

—Y el señor de México... ¿cómo se encuentra? Hace tanto tiempo que no le miro.

—En variadas ocasiones he tenido la oportunidad de estar frente a uey tlatoni. Había observado siempre la gravedad, la serenidad en su rostro. Ningún gesto en su cara que delatara emoción o pensamiento. Todo él como tallado en piedra. Tan sólo sus ojos vivaces, sus ojos que asoman desde el fondo y lanzan miradas agudas como espinas. Mas, en esta ocasión se ha permitido alguna broma, una sonrisa. Siempre había estado frente al gran señor en compañía de otros jefes del ejército mexica, miembros del Consejo Supremo o altos sacerdotes. Pero esta vez me ha distinguido con el honor de hablar a solas conmigo. Ha ordenado a los miembros de su guardia que se retiren, ha impedido la presencia de alguien más.

—Océlotl, guerrero jaguar, bravo jefe —me dijo Moctezuma—; poderoso puntal del ejército mexica; largo ha sido tu viaje. Toma asiento, da descanso a tus miembros. Dime, ¿cómo están las cosas en Cholula? ¿Cómo marcha la tarea que se te ha confiado?

—¡Oh!, mi gran señor, —contesté—, agradezco vuestras palabras, mismas que no merezco. Beso la tierra que pisas. No soy digno de mirarte. Bien van las cosas en Cholula. He dado informe al guardián de la Casa de los Dardos. Mas, haré lo mismo ante ti, mi señor, si así lo ordenas.

—No es necesario. Todo lo sé. Mi interés es otro. ¿Sabías que en mi lejana juventud tu padre salvó mi vida?

—No, mi gran señor. Mi padre nunca me habló de...

—¡Claro! Extraño sería lo contrario. Tu señor padre es un hombre íntegro. Nunca incumpliría una promesa. Por esa razón cuenta con la amistad del señor de México. Por ello eres jefe de las fuerzas de la Triple Alianza en Cholula. ¿Lo sabías?

—No, mi señor, no lo sabía. Creía que...

—Sí. También por tu valor, por tus hechos de guerra. Pero la mayor de las razones se encuentra en mi amistad y reconocimiento a tu padre Totohuey.

—Mi señor, esto me enorgullece.

—El propósito de este encuentro tiene que ver con esa historia de juventud. Pide a tu padre que te la cuente, que ahora no lo puedo hacer yo. Tan sólo he de decirte que las habilidades de tu padre, así como su venturoso atrevimiento, me pusieron en manos de un curandero para salvar mi vida. Este curandero se llama Teuhtli, de nombre humilde, pero es un ser extraordinario y sabio como no he conocido otro. Luego de aquella lejana experiencia, le he tenido en varias ocasiones a mi lado; pues es gran consejero y múltiples servicios ha prodigado al estado mexicana y a mi familia. Mas, tiempo hace ya que no le miro. He mandado en su busca y no le encuentran. La última ocasión en que le vi, me confió su propósito de realizar un viaje hacia el poniente. Y como no he sabido de él, temo que haya muerto. Tu padre Totohuey sabrá encontrarlo. Por ello, Océlotl, quiero que le digas que tengo gran necesidad de la presencia de Teuhtli. Que vaya Totohuey en su busca y le entregue el mensaje.

—Será como lo has dispuesto, mi gran señor, —le dije—. Moctezuma guardó silencio. Con su mirada me

indicó que la charla había concluido. Hice la reverencia debida a su majestad y salí del recinto.

Así habló mi padre Océlotl. Así contó de su visita a México-Tenochtitlan, de su entrevista con el señor Moctezuma. El abuelo escuchaba atento y silencioso. Yo, mal aplacaba mis emociones en el oscuro escondite. Las palabras de mi padre me habían colmado de innumerables preguntas. ¡Oh dioses! Qué comezón la mía. Interminable resultaba la charla de mis viejos. Deseaba que la entrevista terminara ya, para, a escondidas de mi padre, ir a la habitación del abuelo y flecharlo con mil interrogantes. Finalmente, y para mi regocijo apenas contenido, el abuelo dijo:

—Así se hará. Iré a buscar a Teuhtli. Te pido que dispongas el viaje a las faldas del Popocatepetl. Necesito la compañía de treinta jóvenes guerreros.

Se pusieron de pie. Se despidieron con dulces palabras y se alejaron cada cual a su aposento. Yo permanecí en el lugar, prudentemente oculto, mal aplacando mi impaciencia. Sentía un gavilán sediento de libertad revoloteando dentro de mi pecho. ¡Oh Tláloc! ¿Algún día podría aliviarme de la curiosidad, de la necesidad punzante de saberlo todo?

Entré de puntillas y sin anunciarme a la habitación del abuelo. Al fondo, envuelto en las penumbras, el viejo meditaba. Su voz me sorprendió:

—Pasa Xicote. Deja ya de esconderte.

—Abuelo, no me escondo; entro con discreción para no interrumpirte.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Haz estado escuchándonos, pequeño zorro.

—¡Abuelo! ¿Es que todo lo hueles?

—Acércate, sé claramente a lo que vienes. Empieza a aguijonearme con tus preguntas. ¿Sabías que eres como el mal del pinto? Una vez que te presentas, no tienes remedio. Acabemos pronto, estoy cansado y posiblemente mañana emprenda el viaje, cuyos motivos conoces.

—Abuelo... ¿Qué es la Cofradía del Caracol? ¿Por qué preocupa al señorío de México? ¿Por qué la gente anda alborotada con el fin del mundo? ¿Quién es Teuhtli? ¿Cómo es él? ¿Por qué lo quiere ver nuestro señor Moctezuma? ¿Porqué...

—¡Eh, eh! despacio mi niño, de una en una... que no el pájaro chachalaca se come a puños los capulines. Con calma, pequeño zorro. Empezaré por Teuhtli. Ya has escuchado como se expresa de él Moctezuma. Teuhtli es un hombre sabio, estoy de acuerdo en eso. Escucha ahora la historia, tal como la vieron mis ojos:

Hace muchos años, cuando yo era un guerrero en plenitud, fui escogido para formar el grupo que habría de acompañar a los jóvenes que recién terminaban su formación en el Calmécac; durante su viaje hacia los bosques del Popocatépetl.

El contingente llevaba la finalidad de cumplir con los ejercicios preparatorios para la guerra, que el colegio imponía a los alumnos graduados. Entre las prácticas a realizar en esa ocasión se incluían tácticas de ataque y de defensa, reconocimiento del terreno y la caza de un puma vivo. Después de algunos días de actividades en el monte, habiendo cumplido las tareas propuestas, iniciábamos el viaje de regreso. El joven Moctezuma, como sobrino del entonces señor de México, Ahuítzotl, iba al frente del grupo, al lado del sacerdote maestro. Recuerdo que los jóvenes iniciados venían felices, entonando

himnos y loas a los dioses. Cuatro valientes guerreros, que marchaban a la zaga, cargaban sobre sus hombros la jaula de maderos con la fiera cautiva. Caminábamos en descenso por un angosto sendero, trazado seguramente por pisadas de venados y jabalíes, cuando, al tocar el fondo de una cañada, el trino melodioso de un ave cautivó nuestros oídos. Con ademanes, el joven Moctezuma ordenó detener la marcha y guardar silencio. Escudriñé con la mirada el follaje hasta dar con la fuente de aquel dulce canto. Si su trino era encantador, no lo era menos su estampa y su plumaje. Se trataba de una avecilla desconocida por mí. Me imperó el deseo de atraparlo vivo, hiriéndolo con levedad en una de sus alas, sin poner en riesgo su vida. Igual impulso, al parecer, sedujo al joven príncipe, quien, buscando ángulo propicio para el tiro de su cerbatana, salió unos pasos de la brecha, internándose entre la hierba, sin despegar la vista del pajarillo. De pronto un agudo grito de dolor nos sacudió a todos. Miramos al príncipe dolerse de una de sus pantorrillas. Dos hilos de sangre le corrían hacia el tobillo. Miré al suelo y me percaté de que el sobrino del emperador había sido atacado por una serpiente.

—¡Es xiuhcacóatl, la serpiente de anillos de fuego!,
—gritó uno de los jóvenes.

Y sí, se trataba de ésta, venenosa en extremo. Me apresuré a matar al animal con una vara. Con mi pederrial hice dos cortes sobre la mordedura, chupé y escupí varias veces la sangre del joven Moctezuma. Practicando lo aprendido cuando niño, en los desiertos del norte, abrí en canal a la serpiente y la até sobre las heridas. Sin pensarlo dos veces, sin consultar a nadie, pasando por la

autoridad del sacerdote maestro y del jefe del grupo de guerreros, cargué en mis hombros al joven Moctezuma.

—¡Démonos prisa!, —ordené al contingente atónito, que me obedeció sin objeción.

Caminábamos de prisa. Sentía al joven príncipe casi inconsciente y ardiendo en fiebre. Algunos hombres preparaban una parihuela con varas largas y lienzos para llevar al enfermo con cierta comodidad. La veredilla desembocó en un patio desnudo. Al fondo de éste había una choza. Al llegar no advertimos a nadie. El lugar parecía deshabitado y mudo. Mas luego lo vimos: bajo un árbol enorme que había al final del patio y a un costado de la choza, se encontraba un hombre erguido, inmóvil, con los pies juntos y los brazos unidos a los costados. Tenía cerrados los ojos, estaba como dormido, como ausente de este mundo. El sol, a la mitad de su recorrido, filtraba sus rayos entre el follaje y lo atrapaba con una red de luz y sombras. Ésta le daba un aspecto extraordinario, la imagen de un hombre-jaguar. Me estremecí. Recordé las creencias del desierto acerca de los nahuales; hechiceros terribles con el poder de convertirse en animales. Advertí el temor en mis compañeros, en sus desorbitados ojos y su respiración alterada. El príncipe debió notar nuestra turbación porque preguntó entre lamentos: ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Entonces reaccioné, grité ¡Eh, hombre! ¡Necesitamos ayuda! ¡Eh, despierte!

Una bandada de pájaros disparó desde el árbol y espantó al silencio, desatando en su vuelo el escándalo del bosque. El hombre pareció despertar y nos miró. Caminó hacia nosotros. Las manchas de luz y sombra desaparecían a medida que se acercaba. Poco a poco iba perdiendo la imagen mágica que nos había hechizado

y se nos presentaba completamente iluminado por el sol. Era, lo veíamos ahora, un hombre común, como yo, como todos nosotros. Común en todo, salvo en la mirada. Nos contempló sereno, como contempla el gran lago de Texcoco a las estrellas. Nosotros, urgidos por la preocupación de hacer algo por el joven príncipe, volvimos a caer en el hechizo, ahora de su mirada, misteriosa y profunda. Pero yo, que era al parecer el único capaz de tomar iniciativa, quise darle cuentas de lo que pasaba y alcancé tan sólo a balbucear:

—Lo ha mordido una...

—Lo sé —me interrumpió el hombre—, lo veo.

Empezó a dar indicaciones. Nos ordenó que sostuviéramos a la víctima de pie, apoyando sus brazos en los hombros de dos guerreros; que separásemos la pierna afectada; que diésemos agua al herido mientras él, con movimientos ligeros, movimientos que antes no le hubiéramos creído capaz de realizar, arrancaba de la herida a la destripada serpiente. Entró a su choza, trajo mecates y con ellos ató fuertemente la pierna de Moctezuma a la altura de la ingle y también sobre el tobillo. Enseguida, con navaja de obsidiana abrió aún más las heridas. Empezó a sobar con firmeza desde la ingle hasta la mordedura y, desde el tobillo hasta el mismo lugar. Ante el dolor del príncipe, vimos cómo la sangre negruzca fluía por las heridas. El hombre nos ordenó que lo metiéramos a la choza, que lo acostásemos en una estera cubierta con petates de tule. Durante los dos días siguientes fuimos testigos de los movimientos del curandero. Entraba con hierbas, salía y en la hornilla del patio realizaba cocimientos, preparaba cataplasmas a base de manteca de animalillos salvajes, según decía. Me pidió

que le acompañara a una caverna cercana. Allí movió una piedra y destapó un pozo, sacó una olla, cuya boca estaba cubierta con heno. “Es nieve —me dijo—, la he traído hace algunos días del Popocatépetl; será de utilidad para atacar la fiebre”. Más tarde, de una canasta, de las tantas que tenía colgadas de las paredes de la choza, sacó una serpiente igual a la que había atacado al joven Moctezuma y provocó que se mordiera a sí misma. Entró con ella a la choza e hizo que el enfermo la tragara. Molió los colmillos del animal y preparando un té con ellos, lo dio a beber al joven príncipe. Le ayudaba yo aplicando compresas de agua caliente y hielo, alternadamente, sobre el pecho y pierna del doliente. Luego de tres días, sus artes de curandero le habían dado el triunfo sobre la muerte; triunfo que yo no había creído posible. Cuando el enfermo parecía recobrase, hizo pasar a los principales del grupo para que le saludasen. Ahí estaba el joven Moctezuma, débil aún pero salvo.

Permanecimos tres días más en casa del curandero. Durante la última noche, dentro de la choza y apartados del grupo, el príncipe y Teuhtli sostuvieron una conversación, a la que se permitió asistir sólo a mí. Hablaron de los orígenes del pueblo mexicana, de Tlacaelel y la quema de los libros sagrados y... de la Cofradía del Caracol. Este último asunto impresionó al joven Moctezuma, que al parecer lo ignoraba por completo. Eran secretos, dijo Teuhtli, bien guardados por el soberano en turno, la clase sacerdotal y el Consejo Supremo. Información que seguramente se daría a conocer al príncipe, a su debido tiempo. Recuerdo que el joven Moctezuma preguntó al curandero si la Cofradía significaba una amenaza para el señorío del Anáhuac; y el hombre contestó:

—Puede ser desgracia o salvación.

—¿Por qué salvación?, —reclamó el príncipe—, si es como tener el enemigo en casa. Eliminarlos significaría preservar a México-Tenochtitlan. Están equivocados, niegan a Uitzilopochtli. No creen en el sacrificio de los hombres como única contribución para preservar el Quinto Sol. Seguir las enseñanzas de la Cofradía del Caracol sería encaminarnos a la ruina, a la destrucción.

El curandero, que miraba atento al joven Moctezuma, dijo:

—El encuentro de contrarios puede devenir en lucha o armonía; depende de...

—¡Pero están locos! —interrumpió el príncipe con los ánimos exacerbados. Piensan que el devenir es un caracol, que el tiempo es una espiral; cuando la tradición y las enseñanzas divinas nos dicen que el tiempo es un círculo: la serpiente que se muerde la cola. Que el tiempo se repite en las estaciones, en las fases de la luna... Como se repite en los atados de años, que empiezan y terminan en el mismo punto: la ceremonia del Fuego Nuevo. ¿Acaso no es así?

Ante el acalorado y juvenil discurso, Teuhtli callaba. Su mirada cubría serenamente a su interlocutor. Ni un gesto en su rostro, ni un movimiento de su cuerpo delataba incomodidad por las palabras del joven Moctezuma.

Tras breve silencio, el curandero habló con extrema suavidad:

—Eres muy joven, noble Moctezuma. Ya habrá tiempo para continuar este diálogo. Ahora es tarde y tu cuerpo necesita reposo, pues mañana has de partir. Dejemos esto. —Y se negó a seguir hablando. Tan

sólo ofreció al paciente un té de hierbas. —Esta bebida tranquilizará tus ánimos, que mal he hecho en agitar —dijo—. Ahora, apaguemos las teas y a dormir, que lasavecillas del bosque no tardarán en encender la aurora.

—Un momento nada más, venerable Teuhtli, —solicitó el príncipe—. Quiero comentar algo que me preocupa. Escucha por favor. Según las normas que rigen el proceder de un príncipe como yo, debo dar muerte a los guerreros que hoy me acompañan. Ellos son testigos de los lamentos y desmayos que el dolor me ha causado. No es bueno para mí ni para el Señorío de México que se ande contando por ahí lo que ha acontecido a un noble mexicana. Por tal razón debo darles muerte, pues su testimonio es amenaza.

—Creo que haber presenciado este prodigio los convierte en seres elegidos, —dijo Teuhtli—. Y lejos de significar vergüenza para ti, habrán de convertirse en mejores guerreros y fieles partidarios.

—¿Cuál prodigio?, —preguntó el príncipe.

—¿Has sabido de alguien que haya salvado la vida luego de ser mordido por una serpiente anillos de fuego?

—No.

—Por eso considero un prodigio tu salvación.

—Pero... es mérito tuyo.

—Es obra del gran Benefactor. Sin su voluntad no hubieran podido mis conocimientos. Deja que me encargue del asunto. Mañana, antes de su partida, hablaré a tus hombres para que no haya necesidad de sacrificios. Para que con su muerte no se ofenda al Creador, que ha tenido a estos hombres como testigos de su obra milagrosa.

Sus palabras parecieron llenar de paz al joven príncipe, quien luego de una pausa, propuso:

—Teuhtli ¿quieres acompañarme a México-Tenochtitlan? Serías allá médico y consejero. Vivirías con lujos y servidumbre. Te regalaría una casa cerca al templo mayor, si así lo quieres. Nada te faltaría.

—Aquí nada me falta, joven Moctezuma. No podría vivir sin la calma y el retiro. Si ahora he podido curarte con la voluntad divina, es gracias también a las enseñanzas que el bosque me ha confiado. Conozco sus secretos merced a la convivencia con sus criaturas durante tantos años. Aquí puedo aplicar mi olfato a cada aroma, agradable o desagradable, curativo o dañino, intenso o sutil; emanado de la tierra, de las plantas, del aire. Aplicar mis oídos a cada sonido, estridente o seductor, de los pájaros, del arroyo o del viento; interpretarlos, arrancar sus misterios... No podría vivir en el hacinaamiento. Mi piel, acomodada a los aromas saludables de la floresta, no soportaría los humores de la ciudad, el trajín de la urbe, las prisas a ciegas de la gente. Sé que con sólo ordenarlo tú o pedirlo al soberano, se me obligaría a vivir en Tenochtitlan. Pero te suplico, joven príncipe, por el gran Benefactor que hoy ha querido hacer en ti obra divina, me dejes aquí, para seguir aprendiendo. Aquí, para serte más útil en el porvenir. Me tendrás a tu lado cuando lo desees. Acudiré presto a tu llamado.

El príncipe no insistió. Hasta yo, el simple guerrero Totohuey que nunca había pisado el Calmécac, ni siquiera el Tepochcalli, advertí sabiduría en sus razones. Así terminó aquel diálogo nocturno y nos dispusimos a dormir. Por la mañana, cuando el grupo se aprestaba a partir, Teuhtli habló así:

—Valientes guerreros mexicas, a ustedes y a mí ha tocado en suerte presenciar este prodigio del Creador.

Ha querido él que seamos testigos de su bondad. Nadie se salva del veneno de xiuhcacóatl, ustedes lo saben. La mordedura de la serpiente al príncipe Moctezuma ha sido un medio para que Nuestro Creador se exprese. Me ha hablado en sueños el gran Benefactor durante la convalecencia del príncipe. Él no quiere que ustedes divulguen lo que han presenciado. No quiere que de sus bocas salgan palabras referentes a estos hechos. De lo contrario, quien no acate su mandato será presa de una larga enfermedad, transmisible a su familia y generación. Y que será ciento más grave que el piquete del arlomo y de la isa, que pudren las carnes y provocan que caigan a pedazos en todo el cuerpo. Y los ojos, hechos pus, habrán de escurrirles de las cuencas. Y deambularán hediendo, que nadie osará acercárseles. Ahora vayan en paz.

Las palabras de Teuhtli lograron su cometido, no cabe duda. Nunca supe de alguien “lengua suelta” que anduviera divulgando los hechos. No sólo por temor a una muerte tormentosa; sino porque, conociendo yo de las supersticiones de los tenochca, considero que habrían creído totalmente en las maldiciones del curandero, a quien consideraban seguramente un nigromante, un emisario del terrible Tezcatlipoca.

Y ésta es la historia, querido Xicote. ¿Qué más puedo decir de Teuhtli? Es lento para responder a las preguntas que se le hacen. Sus respuestas son bien pensadas. Es preciso en sus pensamientos. Acomoda bien las palabras con las que habla. Duda. No cree en lo que la mayoría, si no en lo que tiene comprobado. Es diferente a cuantos he conocido.

Por hoy no me preguntes más, muchacho. Déjame dormir, que el de mañana será un día pesado para mis

viejos huesos. El viaje que me espera será largo, y han huido de mí desde hace tiempo las fuerzas de la juventud. Ve a dormir y permite que lo haga este viejo. A mi regreso habrá tiempo para continuar la charla.

Muy a mi pesar dejé al abuelo. Desde esa noche empezaría yo una larga cuenta de los días hasta su regreso. Dos días después salía al frente de la comitiva. Era un asunto del uey tlatoani, y al señor de México no se le hacía esperar.

Quince días tardó en regresar. Entonces me platicó que, aunque la comitiva llevaba una estera para cargarlo sobre los hombros de jóvenes guerreros, había realizado el viaje por su propio pie. Retornó a Cholula cansado pero contento; con sus miembros revitalizados, antes adormecidos por la vida tranquila de la ciudad. Había encontrado, dijo, la choza de Teuhtli, deshabitada al parecer por mucho tiempo; pero no había encontrado al curandero.

V

Los días siguientes a su salida de Canarias, la Santa Martha se encontró con jornadas tranquilas. Viento en popa y henchidas velas, la embarcación deslizaba ligera sobre las aguas de “La Mar Oceana”, conquistada, veinticinco años antes, por el Almirante Cristóbal Colón.

Los marineros, ahora más que nunca, confiaban en el buen tino de su capitán general al escoger la fecha de partida de aquella flota de tres embarcaciones.

Entre la tripulación de la Santa Martha corría la leyenda de que la carabela tenía un ángel guardián, materializado en el mástil mayor del velamen. A este recto y macizo madero se le atribuía una edad indefinida, y se decía también que había sido labrado de un cedro del Medio Oriente por el propio San Telmo, protector de los navegantes. Algunos de aquellos marineros aseguraban haber visto cómo en plena tormenta el santo patrono, con su escudo bendito, desviaba los rayos dirigidos al palo mayor. Se decía también que la enorme y dura pieza había sido importada desde los profundos bosques del Líbano y vendida por un mercader turco en el puerto mediterráneo de Cádiz; que el dueño del astillero, nomás al verle, había rendido ante éste su corazón, aceptando sin regateos el precio demandado; que, semanas después el madero se erguía como la pieza más importante de la embarcación; que había embonado en

el navío cual guante en un puño y que a cinco años de ser erguida jamás había emitido rechinido alguno, aún en plena tormenta. Era la pieza insignia de la Santa Martha y el orgullo de su tripulación.

El capitán, un vizcaíno cínico, se burlaba en sus adentros de los prejuicios de su gente, pero ante ellos estimulaba el sentimiento de identidad, personificado en el madero. El capitán salía ganando con aquellas supercherías, pues contaba así con una tripulación fiel y confiada. A ello atribuía que jamás hubiera tenido un conato de motín, de insubordinación.

Pero, durante una tarde, en la hora nona, entre el mediodía y el ocaso, luego de previas horas de sofocamiento, empezó a soplar la brisa fresca, que aumentaba en intensidad. Desde la cofa el gaviero gritó:

—¡Torito en popa!

Y el capitán, al constatar el fenómeno meteorológico, con voz enronquecida y fuerte ordenó:

—¡Arriad las velas! ¡Arriad las velas!

La orden del capitán encendió la actividad entre los marineros. En segundos, la cubierta de la embarcación tomó el aspecto de un hormiguero amenazado por el incendio. Los rudos hombres de la tripulación, entre gritos, maldiciones e invocaciones, replegaban el velamen.

Gonzalo, que se había gastado las horas de la mordera del mediodía jugando naipes con algunos compañeros de viaje, salió a cubierta, intrigado por el alboroto. Dirigió sus pasos hacia popa, notando que el mar empezaba a encrespase. Miró hacia el horizonte y descubrió un alud de nubarrones negros que se acercaban veloces y amenazantes. Recordó el sueño que había tenido la noche anterior, donde él era un bandido morisco y doña

Ana la princesa raptada. Ambos en huida sobre los lomos de un caballo blanco, perseguidos por las furiosas huestes de un califa ofendido. Huestes que se acercaban cada vez más a ellos, levantando densos nubarrones de arena y esgrimiendo el destello de las cimitarras sedientas de venganza. Recordó Gonzalo que en esos momentos había despertado porque le parecía insoportable el destello de aquellos aceros cercanos, demandantes de sangre.

Un grito le sacó de su ensimismamiento:

—¡Eah, mozo! ¡Apartaos de la borda si no queréis salir lanzado al mar en un reparo de la nao!

Gonzalo miró con respeto al capitán y obedeció al instante.

El toro, como llamaban los marineros al meteoro, los alcanzó. El mar embravecido zangoloteaba a la embarcación cual si fuera una cañuela seca de trigo. El capitán y la tripulación, prendidos hasta con las uñas, permanecían en la cubierta. Entre cima y sima del oleaje, el navío sorteaba el temporal. Gonzalo, en su camarote, hizo remembranza de cuando amansaba potros en la hacienda de su padre, ante la guía y cuidados del caballerango Melquiades.

De pronto, los gritos del capitán se fueron multiplicando entre los marineros:

—¡Achicad! ¡Achicad!

Los marineros iban y venían vertiginosos, con cubetas de hierro y de madera, sacando el agua que había inundado la primera cubierta. Aquello urgía y los escasos pasajeros se vieron obligados a contribuir en las operaciones.

La tormenta disparaba sobre el orbe relámpagos y truenos. Gonzalo, auxiliando a la tripulación, junto a otros, pudo observar un círculo de luz crepitante sobre la punta del mástil mayor. El fenómeno causó tal alegría entre los marineros que, alguien de la tripulación gritó:

—¡Es el escudo de San Telmo! ¡Nada hay que temer! ¡Bendito sea Dios!

Con tal estímulo los marineros continuaron sacando el agua, sin preocuparse de la artillería celeste.

La tormenta pasó, sin baja alguna. Y cuando llegó la noche, ya en el camarote, Gonzalo preguntó a el Alquimista:

—¿Qué opináis de lo que vimos en la punta del palo? ¿Es de verdad el escudo de San Telmo?

El compañero, clavando su mirada en la de Gonzalo, dijo:

—Cuidaos de los pensamientos, que hay cosas que sólo creen los bobos.

—¿Qué queréis decir?

—Que hay cosas que aún no tienen explicación, pero no significa que sean milagros. Los simples todo lo creen así.

—¿Y entonces?

—Hay misterios de natura que todavía no entendemos; pero, no quiere decir que sean cosas de la divinidad.

Después de esa tormenta, la flota capitaneada por la Santa Martha no tuvo contratiempos para llegar a su destino. Luego de bordear el litoral norte de la isla, bajó al sureño puerto de Santiago. Ahí desembarcaría su carga, la mayor parte para don Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y para algunos otros colonos.

Al atracar, Gonzalo tuvo la certeza de que su vida habíase transformado. Sus sentidos se abrían a nuevos horizontes: un aire renovado, un nuevo paisaje, olores diferentes, los colores intensos... La sensación de que el encuentro con este nuevo mundo lo aliviaba de la atmósfera viciada de Sevilla. Bajaron su amigo y él tan luego fue posible. Ambos llevaban equipaje ligero. Ya en tierra, a Gonzalo le vino el pensamiento, la pregunta ¿y ahora qué? Estaba ya en destino pero su nueva vida apenas empezaba. Sin mediar palabra miró a su compañero, transmitiéndole con la mirada la misma interrogante.

El Alquimista habló:

—Busquemos un lugar donde ampararnos. Veremos luego qué hacer.

El atracadero estaba lleno de cargadores: esclavos negros y naturales. Algunos capataces españoles, con órdenes precisas urgían a aquella masa de estibadores. Los amigos caminaron entre la multitud. Gonzalo iba adelante. Dos o tres brazadas atrás, el Alquimista. Bruscamente y con mala intención, una pierna se interpuso al paso del muchacho. Gonzalo trastabilló y casi cae de bruces. Las carcajadas del autor de la broma y de quien le acompañaba, se dejaron oír, estruendosas. El Alquimista no había perdido detalle de la fechoría e increpó al autor:

—A fe mía que lejos de ser hombre sois un saltimbanqui, bellaco de mierda.

—Hombre y más que soy. Y mi espada presta está a refrendar mis palabras.

—Somos dos contra dos, —vociferó el compañero del bromista.

—Para un par de pillos como vos, mi espada basta. Digo, siempre que os comportéis como varones y se dejen venir de uno en uno. Si es que no es mucho pedirlos.

—Pues a los caballos y no vociferéis más, que hormigüea la mía mano por sacaros las tripas del zurrón.

—Pues tenéis la razón, juglar de feria; que aquí hay muchas golondrinas en la cornisa.

Gonzalo, sorprendido, miraba la escena. No lo podía creer. En un instante se había prendido el granero.

Los dos contendientes avanzaron hacia un arenal despejado. Gonzalo y el compañero del bromista los seguían.

El Alquimista y el bromista desenvainaron los floretes. Se pusieron en pose. En rápido movimiento de el Alquimista, que a los ojos de Gonzalo pareció más truco de magia que arte de esgrima, el bromista estaba desarmado y con la muñeca sangrante. El compañero del desafortunado, al verlo en triste situación, desenvainó, presto al combate. Fue entonces que, desde la casa de la autoridad portuaria, tronó una voz:

—¡Alto ahí, Bigotes; que no a esto los he traído a Santiago de Cuba!

Al escuchar la voz, tanto el bromista herido como el interpelado palidieron.

Desde la casa de autoridades del puerto venía hacia ellos un caballero de distinguida figura, elegantemente ataviado y de mirada fiera.

—Perdón, don Pedro —balbuceó el Bigotes—; por Dios que hemos tenido que contestar una provocación de estos hombres.

—No juréis en vano en el nombre de Dios, que lo he visto todo. Vosotros habéis provocado la pelea.

—Perdonad vos, don Pedro, —imploró el bromista, cubriéndose con un trapo la muñeca herida.

—Ahora vais a realizar dos acciones —ordenó don Pedro—; primero, disculparos ambos con los ofendidos. Después, aseguraos de que embarquen mi carga. Urge llegar a Santísima Trinidad.

Los rijosos, haciendo de tripas corazón, se disculparon. Luego, se encaminaron hacia el atracadero.

—Bienvenidos seáis a la isla de Cuba, amigos. Soy Pedro de Alvarado, dueño de una finca de cultivos y ganado menor en Santísima Trinidad, —se presentó el caballero.

—Somos Andrés y Gonzalo de Mérida. Agradecemos sus cumplidos, don Pedro, —habló el Alquimista.

—¿Tenéis ya acomodo? ¿Venís a encontraros con algún familiar o conocido?

—No, —volvió a hablar el Alquimista—; venimos en busca de trabajo.

—Pues en mi finca lo hay, y mucho. No digamos más y venid conmigo, que no tardaremos en partir. Por cierto, Andrés; el manejo de la espada de que habéis hecho gala servirá de mucho para que preparéis a mi gente. Y vos, Gonzalo, ¿cuál es la vuestra gracia?

—Estudiado he gramática y números en Sevilla.

—¡Ah!, como anillo al dedo venís; necesito un tenedor de libros en mi hacienda.

Gonzalo y el Alquimista estuvieron juntos, durante algunos meses, trabajando en la hacienda de don Pedro. Habían ganado la confianza y voluntad del hidalgo de Badajoz; pero a finales del otoño de ese año, “Andrés” había partido hacia Honduras, en busca de su hijo. Gonzalo, en cambio, permaneció en Santísima Trini-

dad, progresando en la administración de los bienes De Alvarado.

Una tarde de principios de diciembre de 1518, Gonzalo recibió la segunda carta de Helena:

Carta para Gonzalo de Mérida.

Con destino a isla de Cuba, tierra de Indias Occidentales.

Gonzalo:

Hace más de año y medio de vuestra partida. El mismo tiempo desde que he prometido escribiros. Los hechos que vuestra locura han desatado y la falta de conducto confiable han impedido enviaros antes mi carta. Espero en Dios que estéis con vida. Como ya he decidido, ésta será la última carta que a vos escriba. Por tal motivo trataré de poneros al tanto, lo más claro posible, de lo ocurrido acá y que es del interés vuestro. No os preocupéis, que todo está bien en Sevilla. Martín salvó la vida, aunque pasará el resto de sus años en un sillón, pues ha perdido la merced de caminar. Fui, tan pronto pude, a dar noticia de lo acontecido a vuestros padres y a consolarles. He puesto a Martín en Santiponce, luego de su recuperación. Hasta estos días, según me entero, su condición no le ha impedido manejar bien los negocios. Pero el trago más amargo de mis diligencias ha sido apagar el hambre de venganza de don Gome, que andaba ya indagando por los vuestros padres. Presentía yo hasta dónde serían capaces de llegar estos Monteros. Los acontecimientos han me obligado a tener arreglos con el viejo. Por salvar la vida de los vuestros he tenido que, como se dice, “vender el alma al diablo”. Pero no

pesa en mi ánimo ni he me arrepentir pues juré a vos protegerlos. ¿Recordáis? Lo hice por amor que a vos tenía. Hoy mi situación ha cambiado en redondo. Espero que entendáis lo que quiero decir y no contestéis esta carta.

Si algún día regresarais, pido a vos no me busquéis.

En cuanto a vuestros enemigos, de uno de ellos habéis de perder cuidado. Me refiero a Isidro, hijo mayor de don Gome. Meses han pasado que a cuchilladas le arrancaron la vida. Lo han encontrado cerca de Carmona, con los pechos y espaldas hechos un cedazo. Alguno de tantos enemigos que la familia ha granjeado le emboscó. El otro, el más alocado, Hilario, se ha dado al vino y desaparece de Sevilla por meses enteros. Al viejo Gome el dolor y el rencor lo empiezan a rendir. Aun así, recomiendo no confiéis, que el sólo ver a vos hará De Los Monteros unas fieras.

Es cuanto he de deciros, Gonzalo, y desear que la fortuna esté con vos.

Hasta nunca, espero.

Escrita que fue en Sevilla de Andalucía, a los cinco días del mes de noviembre de mil quinientos diez y ocho años del nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Helena del Río.

Gonzalo terminó de leer, quedando por segundos boquiabierto. Un sinfín de pensamientos zumbaban al interior de su cabeza, al igual que las abejas de un panal sacudido con violencia. No entendía el proceder de la mujer, su cambio abrupto. Le dio la impresión de que la brevedad de la misiva obedecía al propósito de desembarazarse de una vez y por todas de él. ¿Por qué tomaba

distancia de su persona de esa manera tan cortante? ¿Le llegaban al fin los celos por la niña De Los Monteros? o ¿Muy a su pesar, estaría rompiendo relación y así quitarle un motivo de tantos para su regreso a Sevilla, lugar tan peligroso a su persona?

Lleno de interrogantes y, ante la oportunidad de conducto, escribió esta carta para su hermano.

Carta para Martín de Mérida.

Desde Villa de la Santísima Trinidad, isla de Cuba. Tierra de Indias.

Querido hermano mío:

Cuando ésta tengáis en manos, dos años hará que a vos no vea. Triste y doloroso es para mí escribirla. Mas tal asunto es importante, que no puedo escurrir el bulto en burladero y prisa me doy en pasar el trance. Apenas he recibido carta de Helena en la que me ha enterado de la desgraciada situación vuestra, de la que ¡oh, Jesús Cristo! soy causante. La Santísima Virgen libere mi alma del infierno por la penitencia que vos sufrís, sin cometer pecado. Tan desdichado soy que el remordimiento me ha impedido pegar el párpado anoche. Imploro a vos el perdón, aunque en nada os remedie. Enterado estoy por Helena que vuestra condición no ha impedido que administréis los bienes de los viejos. Doy gracias a Dios que si a vuestras piernas han invalidado la desgracia, no así al vuestro entendimiento. Elevo mis oraciones para que también conservéis sana la vocación de leer novelas y el propósito, mil veces expresado, de escribirlas. ¡Que esta ilusión conservéis! Nada alegraría más mi corazón. Que si no en pago, sí como abono, estaría yo dispuesto

a ser los ojos vuestros en Indias, que tan rica promete ser en aventuras, oro y honra. Así que, con mis ojos y sentidos todos, aparejados a ellos vuestro entendimiento y vocación, las habrías de escribir mejores que las del Caballero Cibár, del Tirante Blanco y tantas otras que ante los ojos vuestros han pasado. Digo que con ello pudiese yo resarcir a vos, sólo de manera poca. Pero desde ahora y en provecho vuestro, en esta carta expreso mi voluntad de renunciar a la parte de herencia paterna que me toca. Que poca cosa no es. Y juro por el Apóstol Santiago, patrón de los caballeros, que en nomás creciendo mi hacienda en oros y en honores, he de regresar a España para ejercer venganza en quienes nos han perjudicado. Para ello, en el acero he ejercitado el brazo durante este tiempo. Mas de cosas tan airadas, que nomás de acordarme de las maneras como me han sacado esos Monteros, cual rata en quemazón, las tripas me truenan de la rabia. En tanto, a mi ánimo aconsejo no comer ansias ni caer en desesperación. Ya les llegará su día. Como me vieron los veré. No en vano durante este tiempo he procurado “manejar el hierro como el más perro”.

He de preguntaros por doña Ana, que en su carta Helena no menciona. Lo comprendo. Estoy que se me quemán los garbanzos por saber de ella, pues ya no aparece en mis sueños. Pido a vos indaguéis del asunto, que ya hallareis cómo. También acerca de Helena me interesa saber, pues de mi persona no quiere nada, ni que le escriba yo. Y que, según dice en su carta, “le ha vendido el alma al diablo”, lo que, maldita sea la cosa, no entiendo que quiere decir con ello. Encargo a vos lo averigüéis.

Estaré enviando noticias de las andanzas por estas tierras de indios. Esperad mis cartas que he de mandáoslas tan luego pueda y haya conducto. Vos veréis lo que hacéis con mis relaciones, pues en esto de escribir novelas, yo digo, inflar los hechos y los números, como se hace con las vejigas de los puercos, puede caer bien en el gusto de los leedores. Que las mentiricas, como se dice en estos alejados rincones, en cosas de historias y de guerras le dan sabor al caldo. Porque acá esas mañas gobiernan entre los soldados y capitanes a la hora de escribir los partes de la guerra o relaciones. “Que si nos enfrentamos a diez indios, decir que son mil hace crecer la honra y mérito”. Y “nunca habremos de escribir en la contra nuestra, así tope en trasquilar o avejigar los hechos de la guerra”.

En cuanto a mi persona, si es que en algo interesa este malo hermano vuestro, cuidado no tengáis, que como piedra en pozo he caído bajo el amparo de un hidalgo extremeño, Pedro de Alvarado. Él es mi patrón y amigo, compañero de holgorios y refranes, de cuya hacienda de cerdos y cultivos soy el tenedor de cuentas.

Dicho caballero recién ha tornado de una expedición al Yucatán, capitaneada por un tal Grijalva. Su embarcación, primero que ninguna ha regresado a la isla de Cuba. Las buenas nuevas y el oro de rescate que trajo han puesto los ojos color de rosa al gobernador Diego Velázquez. Le han dejado la imaginación más batida que los miembros de un enfermo de San Vito. De tal manera que, en nomás haciendo puerto en Cuba el tal Pedro de Alvarado, el gobernador Velázquez está que no cabe en su pellejo del puro júbilo. Y trae a mi patrón “Pedrito por aquí, Pedrito por acá” en fiestas y meneos.

Y ya anda en planes de mandar una más grande armada hacia aquellas tierras, donde asegura que, atendido a lo dicho por el De Alvarado, “va a recoger el oro con escobas”. Aquí en la isla los ánimos se han levantado como remolinos en octubre. Todo mundo quiere elevar anclas hacia el Culúa, que así le llaman al lugar ése, donde tanto oro ha rescatado el Grijalva. Son tales las maravillas que el De Alvarado y compañeros cuentan, que tienen a todo mundo en pinganillas. Y los que más oído ponen a las melosas y galanas palabras de Pedro son los que menos tienen; los de una mano atrás y otra adelante; los que “ni hacienda ni encomienda”; los que “tan sólo el sol por cobija”... Son estos los que más creen en la enredosa labia de mi patrón. Pues como dice el refrán: “Los que menos ostentan, de ilusiones se alimentan”. En cuanto a mí, Pedro ha dicho: “Ánimos Gonzalico; dejaos de chivos, marranos y maíces, que son asuntos de mujeres cuando hay guerra; venid conmigo a la tierra rica del Culúa, donde las mujeres tienen el coño de oro y escurre de sus tetas, en vez de leche, miel”. Yo fijo en él la mirada. Descubro su sonrisa de fauno en brama y me digo, “por Cristo Jesús, don Pedro, que si vos no vomitáis ésta, reventáis”. Pero ni modo, hermano Martín, que deje de ir con Pedro al Culúa. Se le ha puesto que sea su asistente y bañado me ha en promesas, que nunca el prometer ha empobrecido a nadie. Y aunque no me fío de su labia azucarada, el oro si lo he visto y poco no es. Además, nuestro negocio en Indias es hacer hacienda y honra. Alcanzar con las hazañas de la guerra merced alguna de su majestad el rey.

Y aquí he de parar, Martincillo. Esperad noticias de mi viaje al Culúa. Rogad a Nuestra Señora de los

Remedios por mi pronto regreso a España que, si Dios quisiere, en dos años será. Mas, ¡ingrato de mí! que en mis padres no he reparado aún. ¡Cristo Jesús perdona tanta mía ingratitud! ¿Cómo se encuentran ellos? ¿Tienen salud? Abrazadlos de mi parte; dadles ánimos para que aguarden mi retorno. Besos y abrazos a la madre querida. ¡Por Dios, que pronto he de volver!

Hasta pronto, Martincillo de mi infancia, de mis tardes de baños y garzas en el Guadalquivir. En ésta os mando mi cariño.

Despachada que fue el día tres del mes de enero, de mil quinientos diez y nueve años, del nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Vuestro hermano Gonzalo.

VI

A finales de la primavera siguiente acompañé a mi padre y al abuelo a México-Tenochtitlan. Las inquietantes noticias del oriente habían regresado, luego de cuatro estaciones de olvido, por lo cual, el uey tlatoani necesitaba hablar con mi padre. Yo cumplía diez años de edad y habían transcurrido casi tres desde que me ausentara de la ciudad del lago. Aires frescos que anunciaban la época de lluvias nos despidieron de Cholula. Iba feliz ante mis expectativas de regreso a la ciudad natal. Disfrutaba, en mi imaginación, de la visión hermosa de sus chinampas, islas flotantes de plantas de maíz y de hortalizas; de sus palacios; de sus calles-canales repletas de canoas cargadas con flores y mercaderías; del mosaico de rostros, aromas y colores que era el mercado de Tlatelolco. ¡Ay!, mis deseos por mirar otra vez los amaneceres en el lago. ¡Ah!, el vuelo del ave-luz, la luna, que se levanta desde las montañas y hechizada de sí misma se queda, reflejando su cara en el espejo de agua.

¡Oh!, cuánto disfruté de Tenochtitlan durante esos meses; como si algo en mi interior me anunciara que jamás volvería a verla igual. La gocé con la vista, el olfato, la piel... Deambulé libremente por sus calzadas y barrios. Me escurrí inadvertido al viejo palacio del extinto emperador Moctezuma Ilhuicamina, bisabuelo del entonces señor de México, para admirar sus pisos

y paredes recubiertas de alabastro. Para recorrer con la vista sus cien cuartos de baño y sus fuentes de aguas cristalinas situada en el centro de uno de sus tres enormes patios. Entré, de la misma forma, al palacio de Axayácatl, también emperador extinto y padre de nuestro señor Moctezuma II. Admiré sus aposentos ataviados de lienzos de algodón en sus paredes y hermosos cielos en sus techos. Me solacé en la gran plaza de Tenochtitlan, que al poniente tenía los dos hermosos palacios que he mencionado. Vi al oriente “las casas nuevas” o sea, el enorme palacio del uey tlatoani Moctezuma. Entré al recinto sagrado del teocali, enorme espacio cuadrangular, centro ceremonial de la ciudad, cuatro tantos más grande que la plaza de Tenochtitlan. Reconocí el majestuoso y altísimo templo mayor, coronado por los santuarios de Tláloc, dios de la lluvia y Uitzilopochtli, dios de la guerra, deidades supremas de los mexica.

Parado frente a éste, pude admirar a la izquierda el templo de los guerreros águila, consagrados al sol. Y a la derecha, el recinto de los caballeros jaguar, consagrados al dios Tezcatlipoca, “el siempre joven”.

Ante el templo mayor se levantaba el santuario a Quetzalcóatl, la hermosa serpiente, dios del viento, la sabiduría y las artes; precioso y único en sus formas circulares. Atrás de éste, la cancha de pelota, donde los jóvenes realizaban juegos ceremoniales y de entretenimiento.

A la izquierda de estos dos edificios, volví a admirar el Calmécac, colegio para nobles. Mi escuela, la que abandonara muy pronto por la comisión que dieran a mi padre en el destacamento militar de Cholula. Miré en su frontispicio el símbolo de la institución: la espira

de un caracol, cortado verticalmente; la voluta que asciende a lo superior. La aspiración de los hombres por llegar a los dioses.

A la derecha del templo a Quetzalcóatl pude observar de nuevo el gran tzompantli, recinto de los cráneos de cautivos sacrificados. Y frente a éste, el tozpalatl, el manantial sagrado; construcción levantada en el sitio preciso donde, se decía, los abuelos habían encontrado el águila devorando a la serpiente, la señal de Uitzilopochtli para construir la ciudad. Se decía que en tal sitio habían brotado dos manantiales, uno de agua roja y otro de agua azul.

Me confundí entre los macehuales, la gente ordinaria. Anduve entre los comerciantes, los canoeros y los artesanos. Abrí mis oídos a todos los rincones de la capital del señorío de México. Escuché palpar el corazón de los mexica al ritmo del temor provocado por terribles augurios. En más de una ocasión fui testigo de la aparición relampagueante de los poetas de la luz en plazas y mercados, vomitando discursos de sangre y exterminio: Estremecían a la multitud dejándola prendida tan sólo de su angustia y desaparecían como por arte de magia, antes de que los guardias del orden los atraparan. Ante aquellos pregones del fin del mundo, yo me amparaba en lo dicho por mi abuelo: “Sólo se acaba el mundo para quien va muriendo; ocúpate de vivir...”.

¡Oh, dioses!, cuánto vuelo le di a mis sandalias por todos los rincones de Tenochtitlan durante aquellos días, mientras mi padre y el abuelo se ocupaban de sus asuntos.

Una noche me dijo mi padre:

—He comprado una muda de ropa para ti. Mañana irás con nosotros al palacio del gran señor. Quiero que presencies el Encuentro del Canto Florido. Han concurrido a Tenochtitlan notables poetas de los cuatro rumbos. ¡Al baño y al lecho, pues!

Sabía del palacio de Moctezuma sólo por referencias de mi abuelo. En alguna ocasión había merodeado por ahí, pero los guardias impedían a los curiosos acercarse mucho. Ahora entraba por la puerta principal, franqueado por mi padre y el abuelo. ¡Qué hermoso, enorme y confortante me pareció el recinto del uey tla-toani!

Antes del encuentro, padre y abuelo me llevaron a conocer los jardines del palacio. Era un espacio amplio y perfumado de flores y hierbas diversas. Pude admirar allí las vetas ensangrentadas y verdes en las losas de jaspe que recubrían los pisos de las salas y las paredes. Dentro de los jardines se encontraba la casa de las aves. Quedé encantado. Millares de ellas, de colores, tamaños y formas diferentes me llenaron los ojos. Los diversos trino, dulces unos, agudos otros, tristes otros más, colmaban mis oídos. Teniendo por guía las sabias palabras de mi abuelo, pude entonces conocer al pájaro de fuego, de las selvas del sur. También al tzanatl, de hermoso plumaje negro tornasol; al ave turquesa, de las costas del oriente y al hermoso colibrí-mariposa, del poniente. También, al águila bicéfala de la norteña y desértica región caxcana. Adjunto a este maravilloso espacio, encontramos la casa de las fieras. Era una sala recubierta en su piso con losas blancas y negras, rodeada de espaciosa jaulas de fuertes y labrados maderos, donde se encontraban cautivos jaguares, ocelotes, pumas, lobos, etc. Estába-

mos observando a estos poderosos animales, algunos desconocidos por mí, cuando llegó uno de los sirvientes de palacio a notificar a mi padre que el encuentro estaba por iniciar. Me quedé con el deseo de visitar el sitio donde se exhibía a los hombres contrahechos, enanos y albinos. Tuve que seguir el paso firme y presuroso de mi padre, acompañado del abuelo. Totohuey, que había notado sin duda mi frustración, me dijo “no te duelas de esto, que presenciarás algo mejor. Mañana te traeré de nuevo para que mires a los hombres raros”.

Llegamos a la parte principal del palacio. Las gruesas columnas y los techos sólidos de madera reafirmaron mis sentimientos de fortaleza. En sus paredes encaladas reinaban, con agradable discreción, las grecas y figurillas estilizadas de la flora y de la fauna del reino. Sus pisos, de pórvido y de mármol, lucían de tal manera que temía macularlos con mis plantas. En cada pasillo, en cada puerta que franqueábamos, se advertía la presencia celosa de los guardias. Cuando al fin llegamos a un corredor, adjunto a la sala donde se realizaría el evento, un grupo de mujeres jóvenes pidió que nos descalzáramos y sentáramos sobre asientos de madera que abundaban allí. Las mozas, ataviadas con jícaras llenas de agua, empezaron a lavarnos los pies y a espumarlos con plantas saponarias que ya conocía en Cholula, gracias a nana Xóchitl. Cuando hubieron terminado el lavado, nos secaron con lienzos nuevos de algodón. Luego, nos masajearon los pies con aceite cálido y perfumado. Terminada la labor de las mujeres, por instrucciones de la guardia, entramos descalzos a la sala donde se realizaría el acto. Iniciábamos el proceso de preparación para entrar en lo sagrado, a punto de compartir espacio con

el dios-sacerdote-monarca Moctezuma y no podíamos hacerlo con ánimo mundano. Esto lo sabía por boca del abuelo, pero también lo había experimentado merced a las ceremonias dirigidas por Xóchitl, previas a la realización del *temazcalli*.

Aunque en casa el procedimiento era más sencillo, limitado a un breve discurso de Xóchitl, acompañada de un matrimonio joven, parientes de ella, que tocaban instrumentos de caña y caracoles. Pero el propósito era el mismo, prepararnos para transitar temporalmente por el mundo de lo sagrado.

Cuando entramos a la enorme sala, advertimos la presencia de muchos contertulios. Estaban sentados en el piso, recargando sus espaldas en la pared. Sentí el silencio tan espeso que, se me ocurrió que podría atraparlo con los dedos, cual si se tratara de una libélula o de un pajarillo distraído. Las tres paredes cercanas a la entrada se veían ocupadas casi por completo. Sólo se había respetado la pared del fondo. Un lienzo la cubría en parte. En éste lucía, estampado y en vivos colores, el símbolo de la gran Tenochtitlan: el águila sobre el nopal, devorando a la serpiente. Era la señal con que el dios Uitzilopochtli había mostrado a los mexica el lugar donde habrían de levantar la ciudad centro del mundo, México. La señal del dios-águila, predador y guerrero; el hijo de Coatlicue, la de las faldas de serpiente. El que había sido engendrado, según el relato de viejos, cuando su madre, barriendo el patio del templo se encontrara una pluma hermosa y la guardara en su seno. Así había quedado preñada la diosa; lo que provocaría la ira de los hijos de ésta. ¿Quién ha embarazado a nuestra madre? ¿Quién de esta manera ha osado deshonrarnos? preguntaba Colyoxauhqui, la

hija mayor de Coatlicue, a sus hermanos los huixnahuac, los cuatrocientos guerreros del sur. Y juntos planearon la muerte de Uitzilopochtli, nada más llegara su alumbramiento. Pero uno de los huixnahuac avisó al dios por nacer, le confesó el plan de sus hermanos. “Sí, —le contestó Uitzilopochtli—, los he estado escuchando”. Y apenas nació, arremetió en contra de los conjurados. Los destruyó con su terrible rayo de fuego.

El centro de la sala quedaba, así, completamente vacía. El escenario adecuado para los poetas participantes. Al fin entramos los que habíamos de estar y, desde el fondo, tras el lienzo bordado con el símbolo de la ciudad, se dejó escuchar suave y dulcemente música de flautines de cañas y atabales. Los músicos entraron y también varios donceles que, balanceando sahumeros, inundaban el ambiente con humos perfumados de copal y trementina. Al mismo tiempo, las muchachas del lavatorio repartían en calabazos un contenido espeso, con la apariencia del atole de maíz azul. En un momento, observé que todos los presentes empinaban de poco a poco el calabazo hacia las bocas. Por Xóchitl sabía que en tales ocasiones los brebajes utilizados podrían tener entre sus ingredientes pulque y alguna hierba alucinógena. Miré a mi padre preguntándole con la mirada si podría tomar aquello. Él me dio a entender, de la misma manera, que “tan sólo un poco”.

Era yo el único menor entre los asistentes. Y aunque el pulque, bebida embriagante proveniente de la fermentación de los jugos de la planta mexcalli, sólo se autorizaba beberlo a los mayores de cincuenta y dos años; en rituales como éste se dispensaba su uso al resto de la población.

Di un sorbo al contenido del cuenco. Advertí su sabor dulzón y afrutado. Con seguridad frutillos silvestres y miel blanca de la región del Can Pech estarían entre sus ingredientes. Advertí también cierto saborcillo amargo y áspero, desconocido por mí. Luego, entregué el calabazo a mi padre.

Una onda de calor invadió mi cuerpo. En las sienas retumbaba mi corazón. Sentí desvanecerme, perder fuerzas, caer en desmayo. Recargué espalda y cabeza en la pared. Tenía cerrados los ojos pero veía en mi interior un lienzo sutil de colores intensos, entre el amarillo y el naranja. Sentía que me hormigueaba la piel entera. Cuando pasó aquel mareo, abrí los ojos. Noté que la vista, los oídos... todo se me agudizaba.

Hasta entonces fijé la mirada en los lienzos que adornaban las paredes donde la gente recargaba sus espaldas. Estaban bordados con figuras de venados, de setas sagradas, de maíz y calabazas; refulgían de una manera especial, en mágicos colores nunca antes vistos por mí. El abuelo notó mi turbación y me explicó que eran pinturas de los pueblos del poniente, de los wixáricas de Aztlán.

Me arrellané en el cojín sobre el que estaba sentado para mirar cómodamente las pinturas. Hasta entonces reparé que era un cómodo asiento relleno con plumas de aves. Que todos mis sentidos habían sido preparados para entrar en el terreno de lo sagrado.

Puse atención al torrente musical en el que estábamos inmersos. Noté que el número de músicos e instrumentos se había incrementado. Descubrí varias capas entrelazadas en lo que estaba escuchando. Una de éstas era un sonido sordo, profundo, casi imperceptible; como

un rumor subterráneo, que parecía el asiento, el cimien-
to de la pieza musical. Algo así como el suave ronroneo
de un jaguar al fondo de su caverna. Le acompañaban
sutiles siseos de crótalos en apareamiento. Descubrí que
estos graves sonidos provenían de resoplidos al interior
de un calabazo buchón y hondo, complementados por
los tintineos de un instrumento circundado por casca-
beles de serpientes y rascadores de hueso ante la boca de
un cántaro panzón.

La segunda capa musical me parecía encontrarla en
las percusiones firmes y constantes del tambor teponaz-
tle, que marcaban ritmo y cadencia en la melodía, que
aludían claramente a los latidos del corazón humano.

La tercera la advertía en los agudos sonidos de flau-
tas y pitillos de carrizo, que me parecían dulces volutas
musicales alzándose al cielo, como plegarias.

La pieza musical era a mis oídos perturbados como
el anuncio de un advenimiento. La semilla bajo tierra,
hinchada por el calor y la humedad, primero. El brote
de la tierna yema, el surgimiento del tallo vigoroso y
la explosión del follaje, después. Y finalmente, el flore-
cimiento y la exhalación del perfume de la flor que se
eleva hasta los dioses como sutil ofrenda. Claro que esto
no lo pude entender entonces, con mi razonamiento in-
fantil. Pero lo sentí. Y con los años pude construirme
una explicación.

Sentí mucha alegría al poder así arrancarle a la mú-
sica algunos de sus secretos pero, presentía que había
algo más. Un misterio profundo. Sentía que aquella dul-
ce confluencia de sonidos me hacía escalar los tres nive-
les del universo: el Mictlán, inframundo de los muertos;
la tierra, región sobre la que existimos y el firmamento,

territorio de los dioses. Sentía experimentar la eternidad, de la que hablara Xóchitl en una lejana sesión de *temazcalli*: Vivir los tiempos pasados, el aquí y ahora, y los tiempos por venir en ese instante.

Había caído en un estado de ensoñación en el que veía cómo el padre sol, con su calor sobre la madre tierra, hacía parir a la semilla, hacía surgir la yema tierna, convertirla en tallo vigoroso, hacerlo explotar en violento follaje y florecer. Finalmente, con su luz y calor obligar a la flor a entregar su perfume, esencia de la vida, que en volutas subía, fruto del sacrificio, como un ofrecimiento.

La mano de mi abuelo se posó sobre uno de mis hombros, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Te sientes bien? —me preguntó.

—Estoy feliz, abuelo.

Él sonrió y cambiamos un par de impresiones en voz baja. Luego, cada uno volvió a ensimismarse.

Para entonces los músicos se desgranaban en voces. Cantaban suavemente una antigua canción que aludía al amor y la solidaridad entre los seres humanos.

Yo me encontraba extasiado. De la ensoñación me sacó el repentino toque de atención del caracol.

—Esto va a iniciar hijo mío —dijo mi padre—, mantente alerta.

El lienzo del fondo se abrió desde su centro y, corriéndose hacia los lados, nos dejó admirar en toda su grandeza al señor de México, al uey tlatoani Moctezuma Xocoyotzin, Moctezuma II, el poderoso soberano, el dueño de la palabra; el que decía lo que había de hacerse en el reino entero. Estaba aposentado en el solio de sacerdote-dios, ricamente ataviado de oro y plumería en

el cuello y antebrazos. En la diestra ostentaba el cetro, la vara del gobierno. El solio, franqueado por otras sillas señoriales de menor altura, se encontraba sobre una elevación del piso. Elevación tan alta como dos palmas de la mano y tan ancha como la sala. Tras éste, había una puerta de madera, de grandes dimensiones, custodiada con guardias armados. Miré al señor de México acompañado de algunos principales, sentados a ambos lados de él. Con seguridad, pensé, estarían ahí Cacamatzin y Totoquihuatzin, señores de Texcoco y Tlacopan, miembros de la Triple Alianza. Así como también Cuauhtláhuac, hermano de Moctezuma y señor de Iztapalapa.

La presencia del señor de México había arrancado a la concurrencia una exhalación de respeto y admiración. Todos habían dirigido sus miradas al piso. Yo, que no esperaba aquello, quedé hechizado con su imagen magnífica de dios encarnado. Mi padre lo advirtió y ordenó no mirara la cara del monarca. Luego de unos instantes, toques suaves de atabales daban a entender a los presentes que podíamos levantar los rostros, que podíamos mirar y admirar a nuestro gobernante. Era ésta una de las pocas ocasiones en que Moctezuma permitía que le mirasen a la cara. Generalmente, quien se acercaba, debía hacerlo con la vista al suelo. En otras circunstancias, él mismo exigía que le miraran al rostro; por ejemplo, cuando le llevaban informes importantes de la guerra, de espionaje o noticias extrañas; pues creía adivinar en los ojos del interlocutor la verdad o la mentira.

Se oyó sonar de nuevo el caracol por breve instante y el uey tlatoani se incorporó. Todos contuvimos el aliento. El silencio se volvió a tornar espeso. El monarca

pronunció un discurso claro y musical, del que recuerdo estas palabras:

“Hermanos poetas y hermanos amantes del Canto Florido: han venido a ésta su casa desde los cuatro rumbos de la tierra; desde el cerca y desde el lejos. Estén con bien. Reposen sus miembros y solacen sus corazones. Permitan que la hermosa palabra reine ahora. En paz están los escudos y las armas. Es la hora de la amistad. El canto precioso nos hermana en este día. Que domine el canto de los dioses, que relumbre y florezca. Que se endulcen los oídos y se fortalezcan los corazones con su miel y su verdad. Demos inicio a este Encuentro del Canto Florido. Abran sus corazones, apresten sus oídos”.

Mientras así hablaba, mi inquisidora mirada escudriñó todas las partes de su cuerpo. Entre el soberano y yo mediaban quizá seis brazadas. Un pensamiento me cruzó y me dijo que tal vez fuera la única vez que le vería. Debía aprovechar tal privilegio. Advertí de su cuerpo una estatura poco mayor que la de mi padre, pero menor a la de mi abuelo. Se me había dicho que contaba con cincuenta y dos años de edad, tantos como un atado de años mexica. Un hombre avanzado en años; tal vez entrando apenas en el declive de su existencia, pero de miembros fuertes y nervudos. Advertí una diadema dorada que le circundaba la cabeza, a la altura de la media frente. Un lienzo corto, de color rojo encendido, que se abría alrededor del cuello, le cubría el pecho, hasta la altura del corazón. “La cabeza y el corazón del señorío de la Triple Alianza”, pensé en frases escuchadas alguna vez a Xóchitl. “La cúspide de la pirámide de nuestro mundo, en la que descansaba la fe y la tranquilidad del pueblo mexica”.

Sobre el lienzo rojo, le cubría larga capa blanca, anudada al cuello. Quedaba al descubierto un abdomen plano y vigoroso. Una faldilla, blanca también, le cubría desde la cintura hasta apenas más allá de las rodillas. Sus sandalias doradas, con incrustaciones de pedrería azul y roja llamaron mi atención.

Hubo un momento de su discurso en que pareció detener su mirada en mi persona. Tal vez porque era yo el único menor que había en la sala. Me estremecí. Mi abuelo, que sin duda advirtió el trance, puso protector y cariñoso la palma de su mano sobre mi cabeza. Sentí la serena mirada del monarca. Una mirada dulce y apacible, enmarcada en sus cejas horizontales. Su sonrisa, llena de luz me pareció, dejaba entrever furtivamente una dentadura blanquísima, delatando el aseo diario con polvos de tortilla de maíz carbonizada, cual era entonces la costumbre en la gente de mi pueblo.

Moctezuma tomó asiento. Desde la puerta que daba entrada al recinto por la pared del fondo, un hombre en plenitud de edad, fuerte y elegante, avanzó hasta el centro de la sala. Traía en su tocado las insignias de la Orden del Águila.

—Es Temilotzin —dijo el abuelo—, el guerrero águila máspreciado del señorío. El comandante y poeta, ¡Conócele, Xicote!

Con voz pausada, el guerrero mexica dio la bienvenida a los poetas. Los fue nombrando uno a uno y mencionando el lugar de su procedencia. Los aludidos se incorporaban y mostraban su agradecimiento por la distinción y la hospitalidad del uey tlatoani.

¡Qué día inolvidable, oh dioses! en el que escuché a los poetas de la tierra. Eran tantos, que hoy no recuerdo

los nombres de todos; pero sí de algunos; entre ellos a Cacamatzin, señor de Texcoco, como antes dije. También recuerdo a Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco y al propio Temilotzin, de Tlatelolco. Éste, el comandante águila mexicana, cerró el encuentro con un hermoso canto a la amistad. Pero de todos los poetas que ese día escuché, gusté muchísimo de Ayocuan Cuetzpalzin, el Águila Blanca de Tecamachalco; anciano casi ciego, que nos deslumbró con este canto:

*Del interior del cielo vienen
preciosas flores, hermosos cantos.
Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder.
Poeta, es tu canto
dorado pájaro cascabel;
lo elevas muy hermoso.
Estás en un cerco de flores
Sobre ramas floridas cantas
¿Acaso eres, poeta, ave preciosa del Dador de la vida?
¿Acaso tú a Dios has hablado?
Esfuércese quien quiera en su corazón
las flores del escudo,
las flores del Dador de la vida.
¿Qué podrá hacer mi corazón,
si en vano hemos llegado,
si en vano hemos brotado en la tierra?
¿Sólo así he de irme,
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
Gocemos, oh amigos,*

*haya abrazos aquí;
ahora que andamos sobre la tierra florida.
Nadie hará terminar aquí las flores y los cantos;
Ellos perdurarán en la casa del Dador de la vida.
La tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así en el lugar de los descarnados?
¿Allá también se alegra uno?
¿Hay allá amistad?
¿O, sólo hemos venido
a conocer el rostro nuestro?*

Al terminar Ayocuan quedé tan impresionado que el abuelo me sorprendió hablando solo, diciendo: Qué hermoso, que bien habla Ayocuan.

No entendía del todo sus versos, sus ideas, pero nunca los olvidaría. Ya habría tiempo...

Descubrí los ojillos juguetones del abuelo sobre mi rostro y, mostrando su pícara sonrisa, preguntó:

—¿Te agradó?

—Sí, y mucho —le contesté—. Entonces prometió:

—Cuando lleguemos a casa, repetiré el poema hasta que lo memorices. Afortunadamente lo aprendí desde hace tiempo. Siempre he gustado de la poesía Ayocuan.

Seguí escuchando a los poetas. Seguía ensoñando. Y en el ensueño me preguntaba si la música y la poesía arrancaban lo mejor de nosotros, nuestra esencia, y la elevaban a la estancia sideral como una ofrenda; al igual que hacen la luz y el calor del sol con la flor, a la que arrancan su perfume.

El encuentro había terminado y nosotros seguíamos en la sala. Pregunté al abuelo por qué permanecía-

mos aún en palacio. Él señaló con su dedo índice hacia la pared del fondo y dijo:

—Tu padre se ocupa ahora de un asunto, mírale.

Volteé hacia donde indicaba y descubrí a mi padre platicando con el hombre que al inicio del encuentro había presentado a los poetas, el guerrero águila Temilotzin.

—Ven —volvió a hablar el abuelo—, acerquémonos para que conozcas al valiente comandante. Llegamos hasta donde ellos platicaban. Temilotzin era de cuerpo un poco más bajo que mi padre, pero de huesos más anchos. Era un hombre fuerte y de mirada penetrante. Recuerdo que llamó mi atención un descubrimiento que hice en el hombro izquierdo del guerrero: un lunar azulado, con la forma de una tarántula. Rara señal. Una señal divina, pensé.

Mi padre, al vernos, me presentó al comandante. Temilotzin me tomó de los hombros y me levantó en vilo hasta que mis ojos quedaron a la altura de los suyos. Dijo sonriendo: “¡Oh!, amigo Xicote, eres fuerte y tienes una mirada inteligente. Pide a tu padre que te deje en Tenochtitlan. Yo haré de ti un terrible guerrero”. Mi padre y el abuelo soltaron la risa, mientras yo quedaba impresionado por las cejas arqueadas de Temilotzin, negrísimas como alas de un águila alzándose en vuelo. Océlotl pidió al abuelo que me mostrara el resto del palacio mientras él seguía tratando con su amigo.

Mi abuelo se despidió del guerrero águila de una manera en que yo había visto hacer a mi padre con personas de gran valía para él: una forma de abrazo especial, ambos con los antebrazos extendidos y entrelazados, tocándose los codos.

Cuando abuelo y yo nos alejábamos de los guerreros, no aguanté las ganas de preguntar:

—¿Por qué ese abrazo con el que te has despedido de Temilotzin, abuelo? ¿Qué significa?

—Ese abrazo se da a los amigos de verdad; a los seres más queridos; a quienes sientes de corazón.

Al día siguiente el abuelo me confió que mi padre y Temilotzin habían hablado de las noticias del oriente: Los extraños hombres habían sido avistados nuevamente, como durante el año pasado, sobre embarcaciones enormes que parecían casas y, desembarcado cerca de Cempoala. Moctezuma había enviado entonces a algunos hombres de confianza para conocer de aquello. Al regreso de sus emisarios, y al enterarse de que los rumores no eran tales sino cosa cierta, ordenó un encuentro amistoso con los extranjeros, para indagar sobre sus intenciones y enviarles algunos regalos.

Los emisarios, que en esa ocasión habían subido hasta las extrañas embarcaciones, informaron a Moctezuma que los recién llegados eran hombres fieros, algunos de tez clara como la carne del pescado del lago y de abundante barba. Habían dicho que sólo querían comerciar, que ahora se retiraban pero pronto regresarían.

Los asuntos de palacio entretuvieron a mi padre por unos días más, luego de los cuales, regresamos él y yo a Cholula. Mi abuelo, por disposiciones del monarca, tuvo que permanecer en México.

Recuerdo, ya en camino hacia la ciudad sagrada, mi padre trató el tema de las señales que decía la gente advertir frecuentemente.

—Xicote —me dijo—, sé que te intriga lo que se dice últimamente acerca de cosas raras que están suce-

diendo. Y aunque algunas de ellas son ciertas, la mayoría son inventos, producto del temor y la imaginación de la gente. Esto empezó hace siete años, cuando tú apenas contabas con cuatro de vida. Te voy a confiar lo que me platicó Temilotzin, el guerrero águila que recién conociste en palacio. Me dijo así:

En cierta ocasión fuimos convocados por Moctezuma a una reunión urgente. Nos congregamos en palacio los señores de Texcoco, Tlacopan e Iztapalapa, así como los tres principales sacerdotes y dos comandantes del ejército, entre ellos yo.

Cuando los militares llegamos a la antesala, ya estaban ahí los sacerdotes. Nos saludamos, como ordena el protocolo. La sala de audiencias se abrió. Un miembro de la guardia nos invitó a pasar.

Nos recibió una atmósfera delicada, con aromas de incienso e iluminación de teas de ocopino. El mismo guardia que nos franqueó el paso, nos indicó la estera donde debía sentarse cada uno, luego de que llegase el monarca. Permanecimos de pie durante breve tiempo, hasta que un sutil tintinear de cascabeles anunciara la entrada de nuestro anfitrión. Moctezuma se hizo presente, acompañado de los señores de Texcoco, Tlacopan e Iztapalapa. Tomó asiento en su equipal y con dulce voz suplicó hiciéramos lo mismo. Lo saludamos con toda reverencia y tomamos asiento en las esteras de tule cubiertas por hermosos lienzos de algodón. Sendos elementos del servicio doméstico nos regalaron con chocolate tibio, servido en jarros de arcilla.

Enseguida, mirándonos siempre a los ojos, el señor de México-Tenochtitlan, con amables palabras nos dio

la bienvenida a “esta importante reunión para nosotros, los señores del Anáhuac”, dijo; y “antes de tratar el asunto en cuestión desearía rogaros tengamos a bien elevar, en el fuero interno, una plegaria a dios Tezcatlipoca, para que ésta congregación rinda los frutos anhelados”.

Luego del breve silencio, volvió a hablar el soberano. Preguntó a cada uno por nuestra salud y disposición, por asuntos de nuestro oficio.

Como haciendo un parteaguas en la conversación, clavó su mirada de águila en Miztli, el sacerdote principal del culto a Uitzilopochtli y, dijo:

—Venerable padre mío; dentro de vuestros sueños recientes, de vuestras miradas nocturnas hacia el firmamento, de vuestras cavilaciones... ¿hay acaso alguna visión, algún augurio, algún presagio que desearais compartirnos?

El supremo sacerdote ni siquiera se inmutó por aquel giro inesperado de la conversación. Cerró los ojos y bajó la cabeza, como agradeciendo el honor de la pregunta. Alzó el rostro y, mirando a Moctezuma, contestó:

—Venerable señor mío; últimamente no. El orden del mundo permanece intacto. Imperturbables, las estrellas en el cielo conservan su lugar. Los dioses en mis sueños no se han revelado de manera inquietante.

Moctezuma, que había suspendido la respiración durante la respuesta de Miztli, pareció relajarse con una exhalación. Serenamente entonces volcó su mirada en Itzmin, el sacerdote supremo del culto a Tlaloc, dios de la lluvia. Ceremonioso, extendió sus brazos hacia él, con las palmas hacia arriba, y preguntó:

—Venerable padre ¿acaso vos habéis recibido revelaciones últimamente?

El sacerdote, con mirada serena y llena de afecto por el monarca, respondió:

—Altísimo señor; ni los cielos ni los sueños deparan cambio alguno al pueblo mexicana. Todo transcurre en orden y concierto.

Moctezuma dirigió su mirada hacia el supremo sacerdote de Quetzalcóatl. Preguntó:

—Serenísimo Centli, prudente padre mío, ¿habéis encontrado augurios en las entrañas de los animales sacrificados a Quetzalcóatl, en las vuestras meditaciones, en los sueños...?

—Mi gran señor —exhaló Centli—, las estrellas están alineadas armoniosamente sobre el centro del mundo, Tenochtitlan. No me han revelado los dioses cosa que pueda perturbar al mexicatli. En cuanto hubiere algo de eso, presto lo haré saber a vuestra Señoría.

Moctezuma colocó tres dedos en su frente, cerró los ojos y caviló un momento. Miré a mis compañeros y parecí advertir en su mirada la misma preocupación que me embargaba. Dentro del círculo más cercano al poder se sabía de las reacciones inusitadas del monarca ante las respuestas a sus cuestionamientos; llegando a darse casos de ordenar cárcel o muerte a los portadores de malas noticias.

Moctezuma salió de su mutismo, nos prodigó una sonrisa y la más dulce de las miradas. Y, como si tan sólo esperara las respuestas, dijo:

—Tengo algo que mostrar a ustedes. Deseo saber su opinión. —Y, señalando a los guardias, ordenó—, ¡traed la petaquilla!

Dos elementos de la guardia personal salieron, regresando al instante con un objeto extraño, desconocido

por todos nosotros, hecho de madera labrada, unida con piezas de metal también desconocido. El objeto fue colocado en medio del grupo. Moctezuma volvió a hablar:

—Señores míos; esta cosa que veis me ha sido traída por un comerciante desde la tierra extrema de Xicalanco; con la noticia de haberla adquirido a su vez de un pochteca de la región lejana del Can Pech. Se cuenta que el mar la arrojó y unos pescadores de allá la encontraron en la playa. Es el motivo por el que os he convocado. Deseo vean su contenido y cavilemos en lo que significa.

Ordenó a uno de los guardias abrir la caja.

Miré furtivamente a mi compañero y sacerdotes. En sus rostros se dibujaba la sorpresa, misma que seguramente advertían en mí. En el adusto semblante de los mandatarios, de formación refinada, ni un gesto asomaba. El guardia, a una señal de Moctezuma, empezó a sacar de uno en uno los objetos contenidos en el arcón. Ante nuestros ojos vimos desfilan una decena de piezas de vestir, prendas al parecer para la parte superior del cuerpo y otras, para la parte baja. Objetos recipientes como jícara, de naturaleza parecida a la obsidiana o al sílex, pero transparentes, como si fueran hechos de agua-piedra. Uno como puñal, hecho del metal antes dicho. Y, finalmente, un calabazo metálico, que adivinamos como protector de la cabeza. Éste último tenía intrigado al uey tlatoani, tanto como a los señores ahí presentes. Luego, Moctezuma se desgranó en preguntas:

—¿Qué significa esto? ¿De dónde procede? ¿De qué deidad es anuncio? ¿Cómo explicarlo? —El monarca miraba a los sacerdotes como urgiendo respuesta a sus interrogantes.

Se nos permitió tocar aquello. Probé con mis ásperos dedos de guerrero la tersura de una prenda superior; me extasié en sus brillantes colores. En mi memoria de hijo de pochteca no tenía registro parecido. Y eso que mi padre había traído en sus cargamentos, desde tierras lejanas, hermosos y finos géneros de algodón. Los compañeros hacían lo mismo, mientras Cuauhtláhuac, señor de Iztapalapa, observaba acucioso el puñal forjado en metal desconocido y, el señor de Texcoco, Nezahualpilli, se entretenía en el protector de la cabeza.

Moctezuma volvió a tomar la palabra, dirigiendo su mirada hacia uno de los sacerdotes y, señalando el casco en manos del señor de Texcoco, dijo:

—Decidme, venerable Centli, ¿es éste acaso el *kuachimalli*, el gorro protector de nuestro altísimo Quetzalcóatl? ¿Es que al fin anuncia su retorno el dios del viento, el dios del caracol? Decidnos vos, que como nadie conoce al numen de la sabiduría; vos, que como nadie ha abrevado en los antiguos libros.

—Mi gran Señor —contestó turbado el aludido—; perdonad mis palabras. No me parece que tal sea el anuncio de nuestro Altísimo. He escudriñado, sí, centenares de libros antiguos de las tradiciones tolteca y nahoa y os digo que nada hay parecido a este parasol que hoy vemos aquí. ¿Por qué habría de anunciarse Quetzalcóatl al pueblo de los mexica, tan devoto y apegado a su culto? ¿Tan atento a los sacrificios que nos impera? Sin embargo, mi señor; permitidme que desde hoy y por los días próximos, mediante ayunos y sacrificios, interroge al impoluto Quetzalcóatl y os tendré al tanto de mis indagaciones.

—¿No sería necesario que se le sacrificasen hombres? —volvió a la carga Moctezuma.

—Perdonad, mi dulce señor; pero no lo creo. Como vos sabéis, sería ir en contra de su naturaleza.

—Tenéis razón, padrecito; haced lo que vos creáis procedente, —concluyó con el interpelado. Luego, se dirigió a los otros dos sacerdotes en los mismos términos e igual le respondieron. Después de esto, se dirigió a Cuauhtláhuac:

—Hermano mío, ¿qué opináis de lo que en manos tienes?

—Paréceme que si esto es un arma, su antiguo dueño debe ser muy poderoso.

—¿Y vos que opináis, Nezahualpiltzin?

—Que no os descuidéis; pudiera ser constancia de las viejas profecías.

Ante lo dicho por el señor de Texcoco, Moctezuma pareció enfadarse; y con el rostro sombrío, dio por terminada la reunión.

Así me confió mi padre el relato de su amigo Temilotzin. Yo pregunté:

—¿Y las señales de las que habla la gente?

—Con base en estos hechos extraños, que de alguna manera permean al pueblo, la gente se llena de miedo y empieza a imaginar cosas, —concluyó mi padre.

VII

Querido hermano Martín:

Esperando en Dios Nuestro Señor que os encontréis bien en compañía de los padres, escribo desde Indias esta segunda carta.

Por mi parte diré, que estoy bien; que en estas lejanas tierras hasta hoy la fortuna nos ha cobijado, así en los campos de batalla como en el rescate de oro y de pueblos que hemos avasallado. Bien acomoda a nos el dicho ese de que “cuando Dios da, hasta los costales presta”. Si bien la voluntad de Nuestro Señor Jesús Cristo ha sido cumplida y a ella la suerte debemos; por la parte nuestra hemos sido en todo despiertos, y un ojo al gato y otro al plato estamos a cada momento; pues en estos pueblos de indios, al panadero que se duerme se le quemán los bizcochos. Así, también lo nuestro ponemos y no a la gracia divina tan sólo atenemos. Es nuestro diario hacer “a Dios rogar y con el mazo dar”. Y heme aquí, mío hermano, metido en tierras lejanas, escribiendo a vos esta segunda carta, que la primera mandé desde la isla de Cuba y espero la hayáis recibido. Acompañan a ésta, notas de diario que por costumbre he tomado en escribir desde nuestra salida del puerto de Santiago. Anotaciones del acontecer de cada día, breves y a vuelo de pájaro, que darán a vos idea de los hechos de armas por estos rincones de infieles, tan alejados de

Dios único y verdadero. Dejaré mis cartas sólo para daros mis impresiones y sentimientos de lo que viere y pasare. No es que en ésta quisiera escribiros todo, que ni tiempo ni papel hay suficiente, sino lo más sobresaliente. Y he hablaros de las guerras con los naturales; gente de tal condición que, arremeten en montón y con tal furia que no la tendrían avispas en panal machucado. No sabría decir si son así por natura o por lo que algunos compañeros dicen: que como ya han venido otras armadas antes, les han robado sus cosas y mujeres, tornándolos desconfiados. Por todo ello será que nos tienen por dañeros, pues a manera de plaga nos han tomado. Aquí entre la tropa ha empezado a correr un dicho, que es muy a propósito cuando se trata de creer en la palabra de otro, y dice a modo de defensa o precaución: “el indio no era arisco sino que le hicieron”. Y es que nomás al vernos se engrifan y se ponen de tetas paradas, que da chorro intestinal. Echan mano a sus armas para llenar el cielo de piedras y flechas, que nubes en aguacero tan a propósito no lo encapotaran. Por ello, nuestro capitán general Hernando Cortés, que así se llama, ha mandado que “no se tomen las cosas de los indios, ni se haga violencia en ellos, ni cosa alguna que les cause enojo”. Y más, nos advirtió, participando también del jueguito de rimas y dicharachos que entre la tropa nos traemos desde hace rato: “Más vale indio a mi lado, que indio encabronado”.

Por fortuna, hasta ahora hemos estado en gracia de Nuestro Señor Jesús Cristo. Con la asistencia de Santiago Apóstol la victoria ha sido nuestra y con ello, el apaciguamiento de pueblos, que vasallos son ahora de nuestro rey don Carlos. Mas no creáis mío hermano

que todo ha sido miel sobre castañas. Guerrear con indios no es decir “encuérame el chorizo”. Son duros de pelar. Y algunos de los nuestros han perdido las vidas en lodazales y manglares, en pos de fama y hacienda, lejos de la querida España.

Pero dejaré de cosas tristes y diré que si en la guerra hemos salido airosos, la fortuna nos ha favorecido también en lo del oro; del que no poco hemos habido. Y es que desde que tocamos tierra en unos arenales, que a bien tuvimos bautizar con el nombre de la Villa Rica de la Vera Cruz, luego de levantar allí fortaleza, han llegado a nuestro real vasallos del Culúa; reino muy rico y que he mencionado a vos en la primera carta. Mediante unas lenguas que traemos, una india a la que se ha bautizado con el nombre cristiano de Marina y un español llamado Gerónimo de Aguilar, nuestro capitán pudo entender que los enviaba el señor Moctezuma, con el propósito de darnos bienvenida y atender nuestras necesidades.

Dicho Moctezuma ha querido saber quiénes somos, de dónde venimos y las intenciones que traemos. En varios envíos nos ha regalado valiosas joyas de oro, de plumería, vestidos y piedras preciosas. Todo a cambio de que no avancemos más en su reino. ¡Pero coño, si por eso precisamente hemos venido, por el oro! Y dicho señor, enseñándonos los huevos de oro, y de plata... De tal manera que ha nos sacado el hambre de ir por la gallina. ¡Qué vamos a querer regresar a Cuba! Por lo menos a mí no me ha pasado en mente.

A varios compañeros se les ha hecho agua el ojete y quieren volver, cagados de miedo. Y es que se rumora que el tal Moctezuma es poderoso, dueño de ejércitos,

con los que tiene sujetos a todos los pueblos de por acá; que gusta de abrir por los pechos a sus enemigos para comerles el corazón, y otras tantas barbaridades. De ser estos rumores ciertos, Dios guarde la hora en que caigamos en sus garras.

A quien veo impávido es a don Pedro. Ni suda ni se acongoja. Antes, siento que gusta del peligro. —¡Puras ostias, amigo Gonzalo! —me dice—. No os fijéis en las echadas, sino en las que están poniendo.

Miro a mi patrón y a Hernando como si en nupcias. Con frecuencia los veo secretarse, se apartan de la soldadesca para contar sus cosas. Imagino que platican de la ida a México, que así se llama la riquísima ciudad del Moctezuma. ¡La cosa está pintando de maravilla, Martincillo de mi corazón! Mas, ¡ojo!, no confiéis en que todo ha sido viento en popa. No. Pues he de deciros que entre nos, algunos hay muy contrarios a Cortés. Murmuran a su costa. Le han acusado en secreto de no respetar las instrucciones del gobernador que le prohíben poblar la tierra. Y como ya hubimos fundado villa, que es la de la Vera Cruz, cual he dicho antes; los parciales de Velázquez le han reprochado el haberse alzado con la armada y tomado por su cuenta atributos que no le corresponden. Tan así las cosas, que han alborotado a la gente en contra del capitán general, alegando que ha cometido traición y no es válida su autoridad. Mas como Hernando no es de los que duermen en sus laureles; y como en lo de manejar a la gente es agudo como una lesna; se ha puesto la alpargata antes de espinarse. Nos ha convencido de constituirnos en Ayuntamiento y con ello, liberarnos de Cuba. Nos ha convencido también de nombrarle justicia mayor. Con ello sigue

teniendo el chirrión por el palito. Así, aquellos que anduvieron con el alboroto de regresar a Cuba para llevar el chisme al gobernador Velázquez, una mañana se encontraron con que las embarcaciones habían sido desbaratadas, y ni modo de emprenderla a nado. Y como ni así se calmaban los alzados, el capitán mandó hacer escarmiento en algunos. Y de ello derivó en que unos fueron ahorcados, otros azotados y uno mocho de un pie. Ahora todo está apaciguado y los rebeldes suaveditos como la seda. A tal grado de que han consentido renunciar a su parte del oro que hasta ahora tenemos, y aceptar la propuesta del Hernando y demás capitanes, de enviarlo íntegro al rey don Carlos. Esto, dizque “para ganarnos su voluntad”. Como quiera que sea, tuvimos que escupir para adentro, pues ya hacíamos estómago por la parte que nos tocaría.

En esta oportunidad que tengo para volver a escribiros, que no sé cuándo la próxima, habréis de perdonar lo poco. Que si el tiempo no ha sido propicio, las notas de diario que la acompañan serán de mucho entender, si es que vos entendéis mis letras carrereadas. Los trabajos y vigiliass que tenemos impiden dedicarnos a las cosas personales. He corrido con suerte pues soy de los pocos que han recibido sólo rasguños en las batallas. Aún en jornadas de paz, hemos de vérnoslas con las noches sin dormir; alertas a cualquier ruido; atentos al rugido del tigre y al silbido de las serpientes, que por cierto abundan y de ellas he de hablaros adelante. Estar con el ojo avizor y las armaduras puestas; torturados por el calor y los mosquitos; infectados por comezones de agua, desde los dedos de los pies a los sobacos. En fin, mortificados de día y de noche por unos animalejos

que yo desconocía, abundantes como la arena, que nos ha dado por llamarlos agarrapatas. Son chiquiticos, tan bravos de morder y tan enconosos que, todavía después de picar, dejan la comezón por muchos días. Y muy bien les queda el dicho nombre porque agarran pata, güevo, nalga y todo lo que alcanzan, que tiempo hace falta para rascarnos y maltratarles sus madres. Y de estos animalejos dicen los indios que, cuando luego de tanto chupar la sangre de sus presas, hínchense tanto como un grano de maíz humedecido. Que hasta redondos se ponen. Y como Dios Nuestro Señor no les ha puesto fondillo por donde evacuar sus excrementos, revientan y todo se convierte en miles de hijos que como granos de ajonjolí se esparcen por la tierra, sedientos de sangre.

Como verás, aquí no han faltado negros en el arroz, pues un desaguisado a punto estuvo de romper los platos. Es que si ahora el De Alvarado y Hernando son uña y mugre, no siempre ha sido así. Contaré de un asunto que ya andaba pasando por alto, y es esto: Que habiendo salido de Cuba, en el buque San Sebastián, capitaneado por mi patrón; se adelantó éste, aún en contra de las órdenes de Cortés. Por lo que llegamos dos días antes que el resto de la flota a una isla que se dice de Cozumel. Encontramos que los indios se habían remontado, dejando el pueblo solo. Pedro ordenó que siguiéramos adelante, hasta otro pueblo, que también encontramos despoblado. De éste tomamos, por órdenes De Alvarado, medio centenar de gallinas de la tierra, otras cosillas de oro bajo, dos indios y una india. Por lo que de ello hizo gran enfado don Hernando y puso escarmiento en el piloto de la nave por haberse adelantado, aprisionándolo con grillos.

Para que no volvieran a suceder tales desacatos, mandó reunir a los capitanes y otros hidalgos y, delante de todos, dio una reprimenda a Pedro. Dijo que “no es robando gallinas y otras minucias como hemos de apaciguar pueblos y dar cumplido servicio a Dios Nuestro Señor y a nuestro rey don Carlos. Para mejores cosas hemos venido. Poca honra y fama ganaremos, como esforzados españoles que somos, al andar con nimiedades. Que no a ello hemos puesto en prenda nuestras vidas sino a otras cosas de mayor altura. A salvar almas y ganar vasallos para nuestro rey hemos venido aquí. También para nuestro pro en cosas más valiosas que baratijas. Y como seamos uno, más fuertes seremos en las batallas por venir. Que si no, habrán de desbaratarnos en la primera escaramuza. Que la unión es fuerza”.

Me parece que Pedro ha tomado provecho de las dichas palabras; ya que lejos de amohinarle le han tornado, durante las batallas que hemos librado, en el más esforzado de cuantos aquí habemos. Con eso ha ganado en creces la estima del Hernando Cortés. Lo digo porque ahora se les ve muy de concierto.

Esta carta envió aprovechando que mañana sale, Dios mediante, la nao hacia España. La nave capitana Santa María de la Concepción, única que no mandó desbaratar Cortés. Llevará el oro para nuestro rey. Al frente de ella van nuestros procuradores Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo.

Ahora que estoy por terminar mi carta veo pasar a Hernando. Éste me mira a los ojos y echa un vistazo de ganchete a lo que escribo. Me estremezco. Es tremendo el capitán general. Con sus ojos de águila clueca siento que quiere recordarme lo que a todos los soldados nos

ha dicho hace unos días, después de escuchar la misa que oficiara fray Bartolomé de Olmedo: “Esos que a manera de diarios escriben, o cartas o lo que sea, vean bien como lo hacen y no nos vaya perjuicio en ello. No sean las propias palabras nuestra perdición en situaciones de reclamaciones o residencias. Que el pez por su boca muere. Que en situaciones de guerra bien conviene a veces decir no toda la verdad; que antes bien, a veces hay que menguarla o, cuando conviniese, aumentarla. Porque no se ven las cosas de la misma manera en el campo de batalla que en la Corte o, en la guerra que en la paz”.

Como pareceme que no es ocioso, contaré a vos algunas cosas de nuestro capitán general. Cuando navegábamos desde el Yucatán hasta donde ahora nos encontramos, llegamos a una bahía que le dicen de Términos. Queríamos abastecernos de agua. Ahí encontramos una perra que había quedado olvidada por la expedición De Grijalva, el año pasado. La hembra, que era una lebrella, se encontraba gorda y feliz, comiendo unos cueros de conejo. Alegró a nos encontrarla viva y sana y verle tan lista, tan aguzada al sobrevivir en tierra extraña. Al vernos movió su cola y no opuso resistencia al embarcarla. Desde entonces, la chusma le llamó la Chucha Cuerera. Pasaron los días y cuando Hernando empezó a mostrar entre propios y extraños sus buenas dotes de mandamás, capoteándose a los parciales de Velázquez tanto como a los indios; la tropa empezó a referirse a él, a la chita callando, como la Lebrella de Términos. ¿Qué le vamos a hacer, hermano? De alguna manera la soldadesca se ve obligada a levantar ánimos, aunque sea a costillas del prójimo. Aquí los apodos, como vos

percataréis, están a punta de lengua y nadie escapa. Empezando por Cortés, al que también han le cascado el mote de el Cometa Reventado, dizque porque se ha alzado con la armada del gobernador Velázquez. Y a éste se refieren ahora como el Pájaro Bobo. A mí me apodan el Dicharachero y a mi patrón, el Bellolindo.

No he de cerrar la carta sin haceros comentarios del rey Cempoal; del que ampliamente hablo en las notas de diario. Éste ha aparecido en nuestro real, luego de que los del Moctezuma se han marchado, molestos porque hemos hecho oídos sordos a sus recomendaciones de no ir a México. El rey Cempoal ha acudido presto para ofrecernos su amistad y alimentos en bastedad. Se ha hecho amigo nuestro porque quiere que le libremos del Moctezuma; del que es vasallo y al que paga, ha dicho, graves tributos. Es este Cempoal alegre y goloso, que gusta de estar cerca de Hernando y platicar. Es tan gordo como no he visto alguno, ni en Indias ni en Sevilla. Sus vasallos tienen por costumbre cargarlo en una estera de palos y mantas. Pesa tanto que es menester el esfuerzo de ocho hombres. Hoy he visto a estos que le cargaban cuesta arriba, cómo pujaban cual parturienta, que parece a mí que los ojos se les han saltado y se les estaba haciendo trompetudo el culo.

Otra cosa he de deciros del Cempoal, que a luego ha querido emparentar y hacer generación con nos. Ha regalado al capitán general un puñado de mozas de muy buen ver, salvo una, que es su sobrina y tan gorda como él. Algunos soldados ya se deleitan pensando que ha de tocarles una de aquellas, luego de bautizarlas, claro. A quien no hacen ni ¡olé! es a la gorda. Y ya le apodan la Maldición, pues dizque nadie se la quiere echar. A hur-

tadillas, entre la soldadesca ha corrido la opinión de que a quien debe tocarle la mujerona es a Felipe el cocinero. A no pocos tiene agraviados de los intestinos. Y esto por un invento culinario suyo. Un potaje de habillas de estas tierras que ha dado a comer a la tropa; luego de que los del Moctezuma se largaron, escamoteándonos el zarzo de las vituallas. Por eso, no es dibujo decir que algunos tienen asentado en el estómago al cocinero Felipe; pues por sus malas artes se han aflojado sus vientres y son tales las carreras para ir a purgarlos que sienten írseles la vida a chorros y en chisguetes la esperanza. Y a los que más ha perjudicado les apodan silvanos. Y no porque a cada rato estén entre arbustos, sino porque es precisamente esa parte de sus cuerpos la que les silba cuando se remontan a vaciar las tripas. Son los mismos que al tal cocinero ahora sólo llaman Lipe; pues dizque le han perdido la Fe. ¡Coño!

He de hablaros ahora de las serpientes de indias como lo he prometido antes; que aquí se dan de todos tamaños y colores. Siendo algunas muy venenosas. Y el caso es que estando yo muy acalorado un día, cuando el sol en todo lo alto parecía derretir hasta los suspiros, heme encaminado a un arroyuelo que cerca de nuestro real estaba, con el propósito de bañarme en sus aguas. En una charca de aguas frescas y cristalinas me alivié del bochorno. Cuando hube satisfecho mi necesidad, me tendí en la arena, a orillas de la charca y a la sombra de un árbol frondoso. Pronto el sueño me venció pues me había tocado vigilia la noche anterior. ¿Cuánto dormí? no lo sé, pero me despertaron suaves pisadas. Abrí los ojos y miré en la orilla contraria a un cervatillo que se acercaba a la charca, al parecer sin advertirme.

El animalillo metió el hocico en el agua y bebió por un rato. Luego, levantó la cabeza y miró hacia un costado. Algo le inquietaba, poniéndole tenso. Sin hacer el menor movimiento miré hacia donde el cervatillo lo hacía y descubrí el motivo de su arrobamiento. Una sierpe enorme avanzaba silenciosa hacia él. Los rayos de sol que lograban filtrarse entre el follaje abrillantaban su cuerpo áspero y oscilante; hacían ver más roja su lengüilla inquieta y rebotaban en sus ojos, terriblemente fijos. Como si un venenoso vaho le impidiera escapar, y más aún le jalara, el cervatillo avanzaba hacia la muerte. Se atrancaba en momentos, como resistiéndose. Pero al fin, se encaminaba, chillando, hacia las fauces de la serpiente. Me retiré del lugar cuando la enorme culebra había enrollado con su cuerpo al cervatillo. Al llegar al real platiqué al capitán general y a Pedro lo que acababa de mirar. Junto a ellos se encontraban las lenguas Gerónimo y Marina. Al mencionarles lo de la serpiente descomunal, Marina dijo que se trataba de una mazacuata, la come venados. Entonces me pareció ver en esto como una premonición ¡Cristo Jesús! ¿Estaremos encaminándonos hacia las fauces del Moctezuma?

Antes de cerrar ésta, mío hermano, he de hablaros un poco de las lenguas que traemos; que nos han sido favorables a la hora de comunicarnos con los pueblos que vamos encontrando. Heme de referir primero al dicho Gerónimo de Aguilar, natural de Écija, de la provincia de Sevilla; sobreviviente del naufragio que sufriera un navío en su regreso del Darién, y que sólo ocho salvaron las vidas al alcanzar las playas del Yucatán. Y esto pasó hace ocho años. Y cuando nuestra flota llegó a la isla de Cozumel, que es frente a las costas del

Yucatán, Cortés tuvo informes de que en tierra firme había dos españoles viviendo, cautivos, entre los indios. Don Hernando se alegró de la noticia y mandó dos embarcaciones pequeñas con soldados y una carta para convencerlos de que se unieran a nosotros. Llevaban cosas de rescate para ofrecer a los caciques que los tenían esclavizados. De esto resultó que a los días viniera el tal Gerónimo, y dijera que el otro no quiso venir porque estaba a gusto entre aquella gente, casado con la hija de un cacique, y que tiene dos hijos. Según se dijo, aquel se llama Gonzalo Guerrero.

El dicho Gerónimo de Aguilar, luego de vivir por tantos años entre los indios, aprendió la lengua maya.

De la india Marina he de deciros que ha llegado a nosotros como tributo de guerra, luego de las batallas que tuvimos y ganamos con los indios tabascos; con esos pueblos de Potonchán y Centla, en apenas mediados del mes de marzo pasado. Fue el primer encuentro de armas que hemos tenido desde nuestra salida de Cuba; batalla que ganamos merced a la sagrada protección de Nuestro Señor Jesús Cristo y ayuda de Santiago Apóstol.

Al presentar rendición, el cacique Tabasco nos regaló en tributo veinte mozas. Sin tardanza, el capitán general ordenó se bautizaran para entregarlas a los más esforzados capitanes. Entre las veinte esclavas se encontraba una, de imagen levantada y muy despierta; que a la hora de la entrega, mientras las demás tenían la vista al suelo, ella no bajó el rostro. Me pareció, cuando desfilaron ante algunos de nosotros, se detuvo ante mí y me miró discretamente. Era ella de su nombre natural Malintzin, y ha sido bautizada con el nombre cristiano de Marina. Don Hernando Cortés la ha concedido al

capitán Alonso Hernández Portocarrero. Dicha india, de buena presencia por cierto, se ha descubierto de pronto como conocedora de la lengua de los mayas tabascos y de la lengua de los mexicanos. Ello ha alegrado en mucho a don Hernando, porque con el concierto de los dos, Gerónimo y Marina, ha sido posible comunicarnos y entendernos con todos los pueblos encontrados; contando entre estos, al del terrible Moctezuma.

Desde que Hernando Cortés ha se percatado de las virtudes de la india, anda de tal concierto con ella que no la despega de su lado, indagando, junto con Aguilar, de los secretos de esta tierra. Las cosas van pintando bien, Martincillo de mis afectos, en vísperas de nuestro viaje al encuentro con rey de los Culúas.

Olvidaba deciros, hace quince días nos han llegado refuerzos de Cuba. Se trata de una carabela dejada por Hernando en el puerto de Santiago, mientras le reparaban. Ha traído sesenta hombres y varios caballos. Al mando de ésta embarcación ha venido Francisco de Saucedo. A este capitán le da por cuidar mucho su apariencia. A cada rato se acicala el bigote y se acomoda el pelo, creyéndose muy galano. También se le ve de continuo cómo se lima las uñas con una piedrecilla volcánica. Aquí en nuestro campamento la plebe ya le puso el ojo y han le endilgado el apodo de el Pulido. Han empezado a curarse las horas de tedio con el dicho Saucedo. Ya lo agarraron de bajada y han le colgado más trapos que a un juglar de feria. El otro día escuché el cuento de que este Pulido ha inventado limpiarse el chimuelo con olotes del maíz, luego de vaciar los intestinos. Y esto porque, según le escucharon decir, el olote limpia, rasca y peina.

Y aquí he de terminar, querido hermano. Ya os estaré poniendo al tanto de los acontecimientos de este viaje a México, si Nuestro Señor Jesús Cristo me prestare vida y salud. Os suplico deis mis abrazos y besos a los viejos. Decidles que estoy bien y aguanten mi regreso.

Al nuestro padre, deciros que estoy arrepentido por mi alocado proceder, por la decepción que su mal hijo le ha causado. Que de alguna manera lo estoy pagando con el destierro, la humillación y el dolor que me ha causado vuestra postración, Martincillo. Decidle al viejo que agradezco la vida que me dio; también por su preocupación y esfuerzos empeñados en que tú y yo fuésemos hombres de provecho. Me duele no estar a la altura de sus esperanzas. Decidle que le quiero con el alma y lloro cada noche su desencanto. Que le abrazo cada noche en mis recuerdos.

A mi santa madre decidle que la llevo siempre en mis oraciones. Le pido perdón por el dolor que le he causado. Que ella es la luz y el aliciente para mi regreso. Que es mi mayor anhelo volver a verla, abrazarla y colmarla de besos.

Cuando miréis a Helena, os suplico le deis mis recuerdos. Decidle que desde aquí le ruego me perdone, si es que hubiere algo que perdonar. Que ante la posibilidad de perder la vida en cualquier momento, quisiera estar en buenos términos con ella; a quien tengo tanto que agradecer, quien ha me ayudado tanto; quien ha me prodigado las noches más dulces de mi vida. Decidle así, Martincillo.

¡Ah!, y una última cosa, hermano. Ruego a vos estéis al tanto del regreso de la nave, para que podáis enviarme la vuestra contestación.

Escrita que fue en la Villa Rica de la Vera Cruz, a los quince días del mes de julio de mil quinientos diez y nueve años.

Tu hermano Gonzalo.

De Mérida dobló las hojas de papel y selló la carta con la cera de una vela. Pronto partiría la Santa María de la Concepción hacia España y, con ella, esta misiva.

Restregó sus párpados y contempló el horizonte. En aquel cielo azulísimo y manchado de nubes impolutamente blancas, el sol se hallaba en el último cuarto de su recorrido. Luego de la comida del mediodía había emprendido la escritura de la carta. Ésta que ahora lucía cerrada sobre un rústico tablón, lista para ser entregada a los emisarios de Hernando Cortés.

El sol tostaba las arenas de la Villa Rica. El calor canicular hacía sudar a Gonzalo como un caballo que tira del arado. Por ello, decidió ir y refrescarse en uno de tantos arroyos de aguas limpias que en aquel punto escurrían hacia el mar. Avisó al centinela de la guardia en turno de su incursión hacia la fuente. Se encaminó al encuentro con las frescas aguas. Remontó la corriente por un senderillo de venados, entre la floresta. Apenas si había caminado algunos metros cuando escuchó cantos cercanos. Se detuvo. Apreció que eran voces femeninas, cantando en un dialecto de los naturales. Avanzó cauteloso entre helechos y palmeras, tratando de no quedar al descubierto. Miró que en una charca del arroyo, centelleante al pie de un paredón de basalto, bañaban alegremente seis o siete muchachas. Gonzalo las reconoció. Eran parte del grupo de doncellas obsequiado por el cacique de Centla como tributo de guerra.

Las mujeres, ajenas a la presencia del soldado español, bañaban confiadas, los cuerpos desnudos y el ánimo festivo. Gonzalo sintió bajo la ropa el retozo del instinto, y sin pensarlo se arrellanó en la grama. Oculto, observaba los movimientos gráciles e inocentes de las muchachas. Una de ellas pareció a Gonzalo que sobresalía de las demás. Sentada sobre una piedra, al parecer era objeto de consideraciones de parte de sus compañeras. Se le acercaban, le acariciaban, le colocaban sobre la cabellera lacia y negrísima, una coronilla de flores silvestres. Como movida por un presentimiento, esta mujer se puso en pie y giró el cuerpo hacia el lugar donde se encontraba el soldado. Gonzalo pudo reconocerla. Cayó en cuenta de que era Marina, la joven vivaracha y extrovertida que había entrado con el pie derecho en los planes de Hernando. Recordó que, cuando ante los emisarios de Moctezuma, Gerónimo de Aguilar no pudo descifrar el mensaje en lengua náhuatl; ella, atrevida, inesperadamente audaz, le había traducido en maya a Aguilar el mensaje del monarca de México. Y Gonzalo de Mérida, que había vivido ese momento tan cerca de Cortés, se percató que desde entonces el capitán general miraba con otros ojos a la inteligente mujer, queriéndola tener muy cerca de él y De Aguilar. Para Hernando, esta joven había alcanzado de pronto dimensiones colosales. Ésta, que ahora Gonzalo miraba desnuda y fresca, hermosa y desenvuelta, a tan sólo tres brazadas de distancia.

Marina levantó el rostro como oliscando en el aire algún aroma extraño. Ensanchaba las aletillas nasales como hace una venadita tratando de percibir la presencia oculta del jaguar. Gonzalo la apreció de cuerpo entero. Le fascinaron aquella piel morena clara, los muslos

firmes y los delicados senos. Un pubis negrísimo, como el plumaje del cuervo, atrapó a su mirada. Hacía esfuerzos por mesurar su respiración. Restregó sobre la ropa su virilidad, pero recordó que la mujer era recién bautizada. Una mujer ajena, comprometida al capitán Alonso Hernández Portocarrero y, ahora, recién convertida en la “niña de los ojos” del capitán general. Como buen cristiano no deseaba pecar ni con el pensamiento. Recordó el noveno mandamiento de la Ley de Dios, “no desearás la mujer de tu prójimo”. Se persignó, se incorporó y siguió su camino aguas arriba, donde no le advirtieran.

Esa tarde, bajo las aguas del arroyo, Gonzalo “le sobaría el pescuezo al ganso”, expresión muy en boga entre la soldadesca, como no lo había hecho desde sus solitarias noches en la isla de Cuba.

VIII

¡Ay maldito día de la llegada de los extranjeros a Cholula!
¡Ay maldito el hierro cegador de vidas, desconocido por nosotros hasta entonces! ¡Ay maldito el trueno, encerrado en sus armas de fuego! ¡Ay, la visión espantosa de sus armaduras negras! ¡Las cortantes puyas, que revientan las carnes y tendones! Que mi memoria los traiga una y otra vez para desgastar sus filos en el recuerdo. Para que mi corazón se acomode poco a poco a ellos y sea menor, de tanto en tanto, el dolor provocado. ¡Ay padre mío, qué fin indigno de tu valor y fortaleza tenían reservado para ti los dioses! ¡Oh querido padre mío! ¡Que el gran Creador del todo te conserve, transformado en colibrí, impulsor del sol en su camino!

No puedo remediarlo. Aún pasado el tiempo, me llega en pesadillas el momento terrible de la muerte de mi padre. ¡Ay! ¿Cómo pudieron permitir los dioses la llegada de la fecha nefasta?

Desde el día en que se supo que los extranjeros habían desembarcado en las costas del oriente, la gente andaba agitada, mortificada, con el corazón oprimido. ¿Es que el fin de los tiempos ha llegado? —se decía—. ¿Ha de morir el Quinto Sol? ¿Convertido en escombros caerá el firmamento sobre nuestras cabezas?

A diario llegaban rumores desde el rumbo por donde sale el sol. El mexicatl estaba temeroso pero ávido

de noticias. Atento a cualquier detalle, por mínimo que fuera, acerca de los extraños hombres que habían aparecido en los confines del señorío del Anáhuac.

¿Quiénes eran si no dioses estos visitantes que dominaban el rayo, haciéndolo vomitar de sus armas de hierro? ¿Estos, sembradores de la muerte con estruendoso tiro que derrumbaba los árboles o los muros de las casas? ¿Estos, que sobre monstruos de espumoso hocico no corrían sino volaban, blandiendo sus espadas de luz, apagando la vida de golpe y manchando de dolor los aires?

Hoy, a la distancia de los años, con el corazón apaciguado, la cabeza fría y en convivencia entre estos hombres, que... ¡ay! llegaron para quedarse; caemos en cuenta de que su presencia no era el regreso de Quetzalcóatl sino el exterminio, el sometimiento del mexicatl y la pérdida de la tierra. Pero en aquel entonces, ¿quién lo iba a imaginar?

Un día, con los corazones en las gargantas, supimos que los recién llegados se dirigían hacia nosotros; que venían recorriendo el camino hacia México-Tenochtitlan, haciendo amigos y predisponiendo contra el señorío mexica a los pueblos tributarios. Eran los días del rostro severo y sombrío de mi padre; de sus apresuradas idas y venidas a la capital del imperio; de los constantes requerimientos del uey tlatoani Moctezuma. Poco lo veíamos en casa entonces. En cada gesto, en cada lágrima silenciosa y escondida, adivinaba en mi madre su corazón afligido. Se volvió más aprehensiva. No me permitía salir de casa. Permanecía más tiempo con mi hermana y conmigo. Nos llenaba de halagos, como si deseara aprovechar, acariciándonos, cada instante del fin de los tiempos.

Durante aquellos días supimos también que los visitantes habían arruinado en cruda batalla a los bravos otomíes. Luego, a los indomables tlaxcaltecas. ¡En las puertas del imperio de la Triple Alianza! Y que una vez dominados, estos feroces enemigos del mexicatl, en alianza con los extranjeros, se dirigían a Cholula. ¡Dioses!

Una tarde sorprendí a mi padre, muy airado, conversando con el alto mando militar cholulteca. Estaban en la sala de la casa. Eran tres comandantes y mi progenitor. Él, consternado y manoteando, dijo:

—No entiendo, no comprendo. ¿No debería estar aquí el ejército mexica para poner un alto a los intrusos? ¿Están creciendo! ¿Se están fortaleciendo ante nuestras narices!

Yo, tras lienzos, atendía cada detalle, cada palabra, cada gesto de Océlotl y de sus acompañantes. Sentía su inusual excitación y por vez primera temí por él. Cauteloso, me escurrí del lugar, confundido; pues era la primera vez que veía a mi padre perder su aplomo.

Cinco días después, los temidos visitantes estaban ya en las afueras de Cholula. Habían pasado la noche anterior a orillas del río Atoyac. Mi padre estaba molesto porque, lejos de mandar al ejército mexica para obstaculizar el paso de los invasores, Moctezuma le había enviado la orden de retirar a sus guerreros de la ciudad: “Que no se dejen ver los guerreros mexica, que se reinstalen en Acatzinco”, habían sido las órdenes del uey tlatoani.

Mi padre, muy a su pesar, acató las disposiciones del señor de México. Nos mandó, a su familia, con el destacamento militar mexica hacia Acatzinco. Él se quedó en Cholula, en compañía de tres guerreros. Mi madre le había dicho al partir:

—No tienes por qué permanecer aquí. Nada te obliga. Deja que los de Cholula se las arreglen como puedan.

—Tarde o temprano hemos de enfrentarlos. Mejor será que los vayamos conociendo, —había contestado mi padre.

Y se quedó en Cholula. Se me partía el corazón marchar sin él. Por eso, en la primera oportunidad que tuve, durante el camino a Acatzinco, me escabullí del grupo y regresé a Cholula. Conocía los alrededores. No encontré dificultad para tomar el atajo que me llevara a casa. Tomé precauciones para no ser alcanzado por los guerreros de mi padre, cuando mi madre y hermana se percataran de mi ausencia.

Procuré llegar de noche, para que mi padre no me obligara a retornar con el resto de la familia. Tratando de pasar inadvertido, realicé inusual entrada. Trepé a un árbol de sauce que había tras de la casa, para librar el muro de piedras que la circundaba. La noche era clara. La luna llena empezaba a escalar el cielo. Con movimientos sigilosos, como un ladrón que se dispone a penetrar en casa ajena, procuraba descender hacia el interior. Entonces, escuché una estruendosa carcajada que rompió el silencio de la noche. Reconocí en ella a mi padre. Me había sorprendido al poner mis plantas en el patio.

—¡Xicotillo! —gritó—. La curiosidad te mata, ¿verdad? Ja, ja, ja.

—Padre, yo... sólo quería estar contigo.

—No tienes remedio, ja, ja, ja. Ven, entremos al *temazcalli*. Nos hará bien encomendarnos a los dioses y limpiar nuestros cuerpos en aguas vaporosas.

No podré olvidar aquella noche a su lado. Luego de bañarnos, estuvimos platicando casi hasta el amanecer. Nunca lo sentí más cercano. Siempre me había hablado como se habla a un niño, como era natural. Pero esa noche, solos él y yo, deleitándonos con la mágica visión de Meztli, la luna, sobre la azotea de la casa, esa inolvidable noche, me habló como a un igual; como se le habla al mejor de los amigos.

—Xicote —me dijo—, están sucediendo cosas prodigiosas; maravillosas pero terribles. Quisiera no haber vivido en esta época para no sufrirlas, pero al mismo tiempo, sobrevivirlas; para darme cuenta hasta donde han de llevarnos. También a mí, como a ti, la curiosidad me pica. Por eso te comprendo, hijo mío. Por ello justifico tu regreso. Tanto se dice de estos hombres extraños; de éstos, tan diferentes a nosotros pero también tan parecidos. Tantas cosas desconocidas y maravillosas que traen consigo. Hoy tuve la oportunidad de estar frente a ellos. Por la mañana pedí a uno de los altos funcionarios de Cholula, amigo mío, me permitiera acompañar a la comisión de nobles que habría de ir al campamento de los extranjeros, para hacerles grato recibimiento. Fui disfrazado, pues entre ellos se encuentra una comisión de embajadores de Moctezuma, desde que los extranjeros salieran de Cempoala. No era recomendable que la gente del señor de México me reconociera, pues como sabes, he recibido órdenes de abandonar la ciudad. ¿Qué cómo son, preguntas? No tan diferentes a nosotros. Tienen algunos de ellos la piel muy clara, pálida, sin color. Otros son casi como los más descoloridos nuestros. Unos cuantos son renegridos, más que el más renegrido mexica. Algunos tienen las cabelleras amarillas, como

los pelos del elote tierno. Entre los principales se distingue uno, que tiene barba y cabellera encendidas como lumbre. Me ha hechizado su estampa distinguida. Le estuve observando discretamente hasta que se percató. Entonces se acercó a nuestro grupo y me clavó su mirada, filosa como las puntas del nopal. Ese hombre tiene lumbre en los ojos, arroja espinas en su mirar. También observé sus caballos. Así llaman a los animales que montan. Tragaban hierbas y plantas de maíz, allá, alejados. ¡Qué magníficos! Lástima que no se críen en nuestras tierras. Lástima que nuestros venados sean tan menos y tan débiles. Observé a distancia sus armas que, según dicen, vomitan rayos. Ellos las mostraban, ostentosos, como queriendo intimidar. ¡Ah!, y otra cosa, Xicote... sus vestiduras de guerra son como si estuvieran cubiertas por un caparazón de tortuga. Pero más resistente que eso. Dicen que es hierro. De eso están hechas sus espadas, sus puñales y las suelas de sus caballos. Parecen invencibles.

—¡Ah! ¿Dices invencibles?

—Solamente lo parecen y, son pocos. En cambio, el mexicatl es imbatible. No lo olvides.

—¿Ya están aquí, en la ciudad?

—Sí. Ahora deben estar descansando en los mejores aposentos de Cholula. Te pido que no salgas de casa durante estos días. Puede ser peligroso. Los tlaxcaltecas que los acompañan merodean por los alrededores de la ciudad. No quisiera que te atraparan.

—Padre, hay algo que me intriga, —interrumpí—. ¿Qué pasa con nuestro señor Moctezuma? ¿Por qué no ha mandado el ejército mexica? ¿Por qué ha ordenado retirada, abandonando a una ciudad amiga?

—He querido contestarme esa pregunta durante los últimos días. Tal pareciera que el señor se ha propuesto desamparar a Cholula, al enterarse de que gran parte de su nobleza simpatiza con la Cofradía del Caracol.

—¿La Cofradía del Caracol?

—Sí. Esa parcialidad secreta que carcome a México y de la que tienes conocimiento, no finjas. ¿Crees que no me he dado cuenta cuando espías mis conversaciones? Sí, la Cofradía; de la que sospechamos ha nacido aquí en Cholula, o en Texcoco o en Tlatelolco...

—¿Qué propósitos tiene ésta, padre? ¿Por qué ha surgido?

—Ellos quieren el poder, el trono. ¿Qué otra cosa sino eso? Dicen renegar de los sacrificios de hombres y otras ofrendas que se realizan para que el sol siga en movimiento. Sostienen que por amor y no por temor puede caminar mejor el mundo. ¡Argucias! ¿Acaso creen que con florecillas del campo habremos de someter a los salvajes otomíes? ¿Es que a los terribles purépechas vamos a dominar con cancioncillas de cuna? ¿Con tan sólo sueños hemos de sostener el estado mexicana, de cuyos frutos ellos mismos gozan? ¡Ilusos!

Mi padre estaba exacerbado. Le dije:

—Tengo miedo.

—¿De la Cofradía?

—De los extranjeros.

—¡Bah! Hasta ahora solamente se han enfrentado a gente bárbara. Verás que con el ejército mexicana será diferente. No te preocupes y vayamos a dormir, que el amanecer acecha tras las montañas.

Al día siguiente recorrí la casa hasta sus últimos rincones. Me parecía tan triste sin el abuelo, sin la madre,

sin la hermana. Nana Xóchitl y unos cuantos miembros del servicio la habitaban. Mi padre había salido muy temprano a entrevistarse con los principales cholultecas, según dijo al partir. Me pidió que no lo esperara a la hora de la comida y volvió a prohibir mi salida de casa; disposición que a duras penas pude respetar durante la mañana; pero, a medida que el sol ascendía, me asaltaron irresistibles deseos de visitar la pirámide de Quetzalcóatl. Presentía que estos eran mis últimos días en Cholula y tal vez no tuviera otra oportunidad. Luego de mi primera incursión, había penetrado en varias ocasiones, cuidando de no ser descubierto. La entrada secreta y el bosque facilitaban mis maniobras. Nadie merodeaba por esos rumbos, dado el carácter sagrado del lugar, imponente de temor y de respeto. Solía llevar conmigo astillas resinosas de pino con las cuales alumbraba el interior del templo. Así, me familiaricé con todos sus rincones. La pendiente, por la que cayera la primera vez, la había ascendido en más de una ocasión merced a un tronco seco, introducido con grandes esfuerzos. Así, me era posible, con la requerida precaución, salir a la explanada donde participara dos años antes, durante la ceremonia de ofrecimiento a Quetzalcóatl.

Al mediodía abandoné la casa para dirigirme a la pirámide. La ciudad mostraba sus calles solitarias al sol cenital. Llegué al bosque y remonté el arroyo, hasta topar con la entrada secreta. Todo se encontraba intacto. Estaba como lo había dejado desde mi última visita. Moví hacia un lado la cortina de hierbas que ocultaba aquella boca de piedra, y penetré una vez más al recinto sagrado. Recibí gozoso el abrazo del agua, como bienvenida de quien consideraba amiga, cómplice y madre protectora,

la pirámide. Luego de traspasar en cuclillas el túnel, me encaminé hacia el nacimiento del manantial. Me senté sobre la pileta de piedra y miré hacia el techo. El chorro de luz que caía desde el punto más alto mostraba ya ligera inclinación. El sol había traspuesto el cenit. La cámara empezaba a llenarse de sombras. Cuánta tranquilidad me hacía sentir el sitio. Cuánta seguridad. Nadie sabía que me encontraba allí, en aquel refugio, en brazos de la madre tierra. Nadie. Ni mi padre, ni los sacerdotes del dios, ni ¡ay! los extranjeros de tez clara. Pensé entonces en los terribles guerreros descritos por Océlotl y, me sentí seguro, inalcanzable.

Pensé también en mi padre. Tal vez no tardara en regresar a casa. Debía hacerlo yo lo antes posible. Sin embargo, no pude dominar el deseo de echar un vistazo a la explanada. Abandoné la cámara central y me dirigí hacia el pasillo de paredes inclinadas, anillo interior de la pirámide. Pasé de prisa a un lado de los nichos de los dioses, sin detenerme a mirarlos. Llegué por fin al haz de luz que delataba a la ventana por la que había escurrido en mi primera y accidental entrada. Subí, escalando por el tronco seco. Cuando salí a la luz del día, mis ojos buscaron los volcanes. ¡Qué hermosos e imponentes lucían en ese día! Nubes blanquísimas coronaban sus testas, como enorme penacho de plumas de garza. Cuánto gozo sentía mi corazón al mirarlos altivos, orgullosos, eternos; penetrando el cielo con sus cumbres.

Estuve contemplando la explanada, jugando con el recuerdo de la ceremonia, tratando de reproducirla en mi memoria. Pensaba, “allí estaba yo formado, con mis sandalias nuevas de cuero de coyote que torturaban mis pies; acá, el sacerdote profiriendo el discurso; allá arriba,

los que hacían sonar caracoles y teponaxtles; y hasta allá, mi padre, platicando con su amigo...”.

Así jugaba con mis recuerdos, cuando escuché voces y sonidos cercanos, como fuertes pisadas sobre las piedras de la explanada. Me recogí, como lo hace la serpiente cuando advierte peligro. Así encogido, me desplacé hasta ocultarme tras la estela. Desde ahí estuve dirigiendo la mirada hacia el rumbo por donde creía escuchar los sonidos. Por una de las entradas a la explanada vi aparecer, uno a uno, cinco hombres de la raza ¿Serían cholultecas, mexica o terribles tlaxcaltecas? Un escalofrío me recorrió al recordar las advertencias de mi padre. A la distancia me era imposible reconocer sus vestidos y los dibujos en sus escudos. Luego de esto, lo que vieron mis ojos me puso en alerta: tras los hombres de la raza apareció la cabeza de un animal desconocido y luego su cuerpo entero, cargando a un hombre que vestía de forma extraña. Me sentí encendido de calor, aunque corría el viento fresco del otoño. La visión inesperada me trastornó por un momento. Tenía sofocado el pecho, el aire me faltaba, el corazón me daba tumbos. Después del primer animal con hombre en sus lomos, aparecieron dos más. En seguida apareció un grupo de quince o veinte de aquellos guerreros extraños. Entraron al espacio abierto y empedrado, atisbando hacia todos lados, como reconociendo el terreno. Iban atentos, y al parecer, con sus armas listas para ser usadas, recorriendo cada uno de los rincones del lugar. Miraban hacia la pirámide y señalaban sus torres, sus escalinatas, sus esculturas. Parecían asombrados. Finalmente, un tanto rezagados del grupo, entraron dos más de aquellos hombres. Venían precedidos por sendos animales, igual-

mente desconocidos por mí, parecidos a coyotes, pero de aspecto más fiero y robusto. Venían atados a cordeles, controlados por sus amos. Movían el rabo y pegaban la nariz al piso, como queriendo olisquear cada una de las piedras de la explanada. No hacía falta mucha imaginación para advertirlo: eran los extranjeros, cuya presencia había llenado de angustia al pueblo mexicana. Los primeros animales que han aparecido —me dije, recordando las descripciones de mi padre—, son los caballos. Y estos últimos —pensé—, los perros; tan traídos y llevados por el decir de la gente. Tan ponderados y temidos en los rumores del fin del mundo.

El temor y la curiosidad disputaban en mí. Sentía el deseo de huir, de introducirme en la pirámide; en mi refugio protector de todo peligro. Pero también me aguijoneaba el impulso temerario de acercarme a ellos. De examinar sus rostros, sus ropas, sus caballos. De inquirir en los mecanismos de sus armas de fuego.

Un suceso inesperado terminó con aquel instante de arrobamiento en que me encontraba. Uno de los perros, con violento impulso se soltó de las manos que lo sujetaban y, emitiendo terribles ladridos, por vez primera escuchados por mí, se abalanzó hacia la estela tras la que me escondía. ¿Me vio? ¿Me olió? No lo supe. Pero me llenó de miedo; aunque el animal se encontrara a distancia y yo en altura inalcanzable. Sentí el terror tamborileando en mi garganta y oculté, tras la losa, la parte de mi rostro que asomaba. El animal dejó de ladrar. Escuché gritos de regaño, tal vez de quien lo traía sujeto y que al parecer lo había recuperado. No quise asomarme más. Temí ser descubierto. Como una lagartija me deslicé hacia el resquicio de mi refugio.

Emprendí el regreso a casa por la ruta acostumbrada. Caminaba con extrema cautela. Las calles de Cholula seguían solitarias. Al llegar, advertí gustoso que mi padre no había regresado. Ignoraría mi proceder desobediente.

Durante el día siguiente no salí. Ocupé el tiempo en realizar tareas de limpieza ordenadas por mi padre. Por la noche conversamos. Me dijo que los teules, así se llamaba entonces a los extranjeros, se retirarían de Cholula al día siguiente. Que continuarían su camino hacia México-Tenochtitlan; pero antes, deseaban platicar con los señores de la ciudad sagrada, con sus nobles y principales guerreros para darles un mensaje y agradecerles la hospitalidad recibida. La reunión, dijo mi padre, sería en la explanada del templo de Quetzalcóatl. Que él asistiría, acompañado por dos de sus soldados. Los tres sin el atuendo militar mexicana, para confundirse entre los civiles cholultecas. Me alegró saber que la concentración sería en la explanada. Podría presenciarla sin ser advertido. Mi padre me había ordenado nuevamente no salir; quería encontrarme a su regreso porque partiríamos a Tenochtitlan de inmediato; su labor en Cholula habría terminado, luego de la reunión con los extranjeros.

Durante el insomnio de esa noche las imágenes de los extranjeros iban y venían en mi mente. Ansiaba de nuevo ver sus caballos. Me parecían tan altivos, tan imponentes. No pude dormir sino hasta en la madrugada. Por la mañana, mi padre y yo compartimos alegremente el desayuno, preparado por nana Xóchitl. Le ponía de buen humor saber que pronto nos reuniríamos con mamá y mi hermana en Acatzinco, y no menos, el regreso a nuestra hermosa Tenochtitlan. Nos despedimos con un abrazo, sin sospechar ¡oh dioses! que sería el último.

Tan luego partieron mi padre y sus acompañantes, me dirigí también al lugar de la cita. Las calles estaban totalmente desiertas. Según me había dicho mi padre, gran parte de los habitantes de Cholula, sobre todo los ancianos, las mujeres y los niños, habían sido evacuados hacia los campos, por el temor a los extranjeros y sus aliados. Esa mañana hice un rodeo inusual en mi camino hacia la pirámide. No quería despertar sospechas ni ver descubiertas mis intenciones. Entré al bosque en un punto muy retirado de la mole sagrada. Remonté el curso del arroyo lo más de prisa que pude. Deseaba no perder instante alguno de aquella insólita reunión. Antes de penetrar por la boca de piedra, recordé al perro que me había asustado. Implorando protección a los dioses pensé en la escultura de Tezcatlipoca, que se encontraba en uno de los nichos del pasillo de paredes inclinadas. Recordé que una manera de solicitar el amparo del siempre joven, según creencia y costumbre del pueblo mexicana, era colocar junto a su representación una piedra del tamaño de un puño. Anhelaba la protección de Tezcatlipoca y me entretuve buscando el guijarro. Cuando llegué al nicho del dios, el haz de luz aún no penetraba, era temprano. Mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y pude contemplarlo apenas. Era la primera vez que me detenía a observarlo. Qué terrible lucía con su pie cojo y el brazo humano descarnado que portaba en una de sus garras. Recordé las lecciones del Calmécac donde le ponderaban como un dios traicionero: podía dar fortuna a un hombre, pero tan pronto éste se confiaba, lo arruinaba. Había que estar bien con él, seguir sus preceptos y ordenanzas. Una de ellas era ofrendarle con la piedra. Esto hice y me alejé con el cuerpo estremecido.

Escalé el tronco y salí a la luz del día. Fui asomando mi rostro poco a poco; cuidando de no provocar el mínimo ruido delator. En algunas ocasiones había observado al cacomiztle cazando a la codorniz. Avanzaba con sigilo entre la hojarasca, sin arrancarle a ésta ruido alguno. Antes pareciera acariciarla que pisarla, como si tuviera algodón en las patas, motas de pochote-algodón en las garras. Así me sentía esa mañana, como un cacomiztle que avanzaba silencioso; tratando de cazar imágenes de los hombres extraños en la explanada.

Ahí estaban los teules. En el extremo contrario del patio y frente a la pirámide formaban un semicírculo. De trecho en trecho los de a caballo y, entre éstos, los de a pie. Todos con sus armas en sosiego. Al fondo, el semicírculo se abría para mostrar la puerta de piedra por donde dos días antes había visto yo aparecer a estos hombres. Tras la media luna de extranjeros se apelotonaban inquietos sus aliados. Los perros, que se dejaban ver en la primera fila y en apariencia inofensivos, movían sus rabos. Pronto apareció, por aquella puerta del fondo, el contingente de Cholula. Estaba conformado por un centenar de nobles y guerreros desarmados — calculé. Lo encabezaban, según pude advertirlo al acercarse al sitio donde me encontraba, Tlaquiach, el mayor señor de lo alto y Tlachiac, el mayor señor de lo bajo. Venían cubiertos con los atuendos correspondientes a su alcurnia y mando. El uno, con su capa a rayas amarillas y luciendo su tocado de plumas del pájaro de fuego. El otro, con capa de orlas azules y plumas del mismo color en su tocado. Ambos traían en su diestra la vara del poder. Les seguían de cerca los cuatro poderosos, o sea, según las costumbres de Cholula, los posibles su-

cesores de aquellos. Después venían los familiares de los gobernantes, altos militares y guerreros cholultecas, ricos comerciantes o pochtecas. Conocía yo a muchos miembros de la clase noble, merced a nuestra prolongada estancia en Cholula. Descubrí a mi padre en medio del contingente, disfrazado de comerciante. Junto a él estaban los dos guerreros mexica que le acompañaban. Me dio un revuelo el corazón al advertirlo desarmado, como sus compañeros, y sin refugio, como el que yo gozaba. Dos hombres, montados en caballos, indicaron a los cholultecas el sitio donde debían colocarse. Los acomodaron también en media luna, de espaldas a la pirámide, muy cerca de donde me encontraba. Luego, por la misma puerta del fondo, entraron tres de a caballo, que parecían ser los comandantes. Quien parecía ser el principal avanzó hacia el centro del círculo, que ahora formaban los dos bandos, acompañado por uno de los suyos a pie y una mujer de la raza. Después supe que ésta era Malinalli, la lengua mexica de los extranjeros. El caballo del principal, levantado y altivo, repiqueteaba con sus patas el empedrado y no dejaba de resoplar. En el caparazón de hierro, que protegía pecho y espaldas del jinete, rebotaban rabiosos los rayos de sol. En el centro se detuvo el principal de los teules. Se escuchó un sonido extraño, como de caracol, pero más fuerte y agudo. Luego se hizo el silencio. Todos callaron. Entonces, el principal de los extranjeros habló a gritos. El hombre de a pie que le acompañaba parecía repetir el discurso, pero en otra lengua que no me llegaba clara. Luego, la mujer traducía en lengua nuestra. Hubo un momento en que el rostro y el discurso del principal de los teules se endurecieron. Noté el sobresalto de los cholultecas

en sus movimientos. Buscaban refugio unos con otros, abrazándose. Una onda de calor invadió mi cuerpo entero. Mi ser palpitante me advertía de que algo terrible iba a ocurrir.

Un estruendo terrible sacudió el mundo. Hubo gritos y desmayos en el bando de Cholula. Todo sucedió en un instante, como un rayo, como un relámpago precisamente. Quedé aturdido por el sonido atronador. Quedé paralizado. Vi como los extranjeros y sus aliados avanzaban sobre los de Cholula. Estos se revolvían desesperados, como venados en cerro circulado por el fuego. Gritos y llantos llegaban a mis oídos. La sangre saltaba aquí y allá. Miré a uno de los perros destrozando el cuello de un desventurado. Otro estruendo de aquellos me sacó del estado de encantamiento en que me encontraba. Envuelto en la desesperación, buscaba a mi padre con la mirada. Descubrí que un extranjero, a caballo, picaba con su lanza a uno de los acompañantes de mi padre; que el herido asía con sus manos el arma. Forcejeaban. Miré que Océlotl aprovechó el momento y con salto, cual jaguar, derribó al jinete.

Cayeron ambos al suelo. El soldado enemigo, tras el golpe en el piso, parecía fuera de combate. Mi padre se incorporó con presura, pues venía a su encuentro otro de aquellos guerreros, a caballo.

Océlotl retrocedía hacia la escalinata, en cuyo ribete me encontraba. En un impulso por protegerlo, libré de un salto el pasamano y descendí casi a la mitad de la escalinata. ¡Padre!, grité, ¡Ven por acá! Jinete y caballo se acercaban a él. Quise advertirle. Él, al verme, se pasmó. Se distrajo. Ordenó ¡Vete, vete... mi hijo! El de a caballo era horrendo, era espantoso. Traía puesta su negra

máscara de hierro. Con su espada de luz dio un tajo en el cuello de mi padre, arrancando su cabeza de golpe. Sentí ¡ay! que mi corazón se detenía. Como soñando me sentía. Miré el cuerpo de mi padre, antes de caer, dar algunos pasos hacia delante, con el pecho hacia mí. De su cuello truncado brotaba a borbotones la sangre. Separados un poco del tronco, sus brazos mostraban las venas abultadas de guerrero mexicatl. Sus dedos, crispados como garras de jaguar herido, parecían querer prenderse a la vida. La rabia de la que yo era esclavo en ese instante me hizo descender dos o tres escalones para encarar al agresor. Débil y desarmado, lo hice tan sólo con un chillido agudo y penetrante, como hace el halcón guaco al retar a su enemigo. Al hombre pareció encolerizarle aquello. Con un tirón de riendas detuvo su caballo. Se arrancó la horrible máscara y descubrió su cabeza y su rostro. Pude ver sus ojos, su barba y cabello color de lumbre. Intuí que era el mismo guerrero del que me hablara mi padre días antes. El que viera durante su visita al campamento de los extranjeros, a orillas del río Atoyac. El hombre desmontó y empezó a subir por la escalinata en pos de mí. Yo, torrente de emociones, no podía moverme. El hombre resbaló y se golpeó la frente en el filo de uno de los escalones. Se levantó, resoplando como lo hacía su caballo, con un hilo de sangre corriendo por su mejilla. Al fin pude moverme y empecé a ascender. El hombre me seguía, gritando no sé qué cosas, y tirando tajos. Salté el pasamanos pero caí de bruces. El hombre llegó hasta mí y por encima del pasamano de piedra lanzó, ciego de rabia, su último golpe. El filo de su espada fue a dar contra la estela, arrancándole astillas. De un salto alcancé la rendija salvadora. Mi caída al in-

terior de la pirámide fue relampagueante. Enloquecía de terror. Corría en la penumbra y no tuve conocimiento de cuándo abandoné el templo sagrado. De pronto, me sorprendí corriendo entre el bosque de ahuehuetes. Corría y corría arroyo abajo. Sólo recuerdo haber llegado a un remanso de la corriente. Sentía el cuerpo en llamas. Me tiré a la charca. Bebí ansioso el agua fresca. Desfallecí en la orilla. Cuando desperté, según dijo el hombre que me encontró, habían pasado dos días.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —había preguntado al descubrirme.

—¡Ah! ¿No puedes hablar? Ya podrás. Yo soy Teuh-tli.

IX

Gonzalo despertó jadeante, liberándose de la pesadilla que lo atormentaba. En sueños, había sido atrapado por el ejército mexica. Estaba en la piedra de los sacrificios. Miraba aterrorizado cuando Moctezuma levantaba el puñal de sílex, dispuesto a abrirle el pecho para extraerle el corazón. En el rostro del señor de Tenochtitlan destellaban unos ojos lobunos, inyectados de sangre y radiantes de ira. Su labio inferior, halado hacia abajo por el bezote de oro y pedrería, dejaba ver una hilera de dientes, agudos y de color naranja, como colmillos de león. Desde ahí manaban, en hilos viscosos, chorros de saliva y espuma sobre el cuello del cautivo. El líquido, hirviendo y corrosivo, le diluía la piel. De pronto, la cara del supremo sacerdote mexica se mudaba en la de Gome De Los Monteros. El filoso pedernal, convertido ahora en daga toledana, descendía reflejando la luz de las antorchas que circundaban la cúspide del templo. Don Gome estallaba en estruendosas carcajadas, opacando el sonido dulce y lejano del caracol, que anunciaba la aurora.

Gonzalo despertó con el corazón galopante. Sentía que de un momento a otro le explotarían las sienas. El hombro y la clavícula izquierda le punzaban agudamente. Permaneció acostado, intentando reconocer el lugar donde se encontraba. Recordó que estaba al fondo del salón cuadrangular y sin ventanas de una casona de

Cholula. Era edificio de una planta y con cubierta de madera y arcilla. Se ubicaba en una colina, al extremo de la ciudad. Ahí pernoctaban los de la caballería del ejército de Hernando, luego de la matanza de principales y guerreros cholultecas en el patio de la pirámide. El salón lucía oscuro. Un par de teas de pino, encendidas al extremo contrario, indicaba la puerta para el caso de urgencias del cuerpo durante la noche. Sintió necesidad de abandonar el aposento, de caminar. Se calzó, fajó su espada y traspuso la puerta. Allí encontró al centinela de guardia. Más allá, entre penumbras, descubrió a un grupo de guerreros tlaxcaltecas que, ojo avizor, resguardaban el lugar. Caminó hacia el borde de la colina. Con la diestra, la izquierda la tenía inhabilitada, hurgó entre las bragas hasta encontrarse el pájaro, para hacer de las aguas. Terminó, lo zangoloteó hasta la última gota y lo volvió a guardar. En esto era más escrupuloso que el Pulido. Con la misma mano se acarició mentón y cabelleira. Reparó en que el dulce lamento del caracol, son de fondo de la pesadilla, seguía vivo. El cielo estaba escueto aún, pero se insinuaba la tímida claridad, anunciando el nuevo día.

Miró hacia donde le parecía escuchar las pregoneiras notas musicales. Su vista topó con la mole oscura de la pirámide, esbozada en sus perfiles por algunos hachones. Recordó la masacre propinada a los cholultecas en ese lugar, hacía tres días. Recordó también de que, recién empezada la acción, fuera sacado del combate, derribado del caballo por uno de aquellos desdichados. La caída le había provocado la pérdida del conocimiento y la luxación de un hombro. Se santiguó y dio gracias a Dios porque seguía con vida.

Un ruido a sus espaldas le hizo voltear y desenvainar la espada. Miró que venían dos mujeres, despejando las sombras del camino con sendas velas de cera. Una de ellas era Marina la lengua, la ahora compañera de lecho del capitán general. Vestía albo huipil, largo hasta los tobillos. Su pelo, suelto y húmedo, delataba el baño reciente. La segunda, era la niña mexicana que Gonzalo había rescatado de manos de los tlaxcaltecas.

—Buen día os dé Dios, Gonzalo, —saludó en claro castellano Marina.

El soldado español se tardó en contestar, preguntándose qué hacía esta mujer para aprender tan rápido.

—Bebed; os gustará, —volvió a hablar Marina, mientras que su acompañante le ofrecía un cuenco.

Gonzalo tomó el recipiente de manos de la niña y dijo:

—Gracias, doña Marina. ¿Qué es esto?

—Chocolatl, bebida de cacao, —dijo Marina, y agregó—. ¿Cómo estáis vos del hombro?

—Con dolor aún, pero mejor.

—Os deseo la recuperación, Gonzalo. Con la venia vuestra nos retiramos; hay que preparar los primeros alimentos.

Las mujeres dieron media vuelta y se alejaban.

—Doña Marina. Esperad. Vos... aprendéis pronto.

—Sí. Don Hernando enseña. Él necesita.

Gonzalo puso su diestra sobre la cabeza de la niña y dijo:

—Quiero que ella también...

—Sí. Ya empezamos.

Las mujeres se alejaron y Gonzalo, al probar el líquido tibio, supo que él y el chocolate serían buenos amigos.

El cielo estaba aclarando. Un nuevo día en Indias, pensó Gonzalo.

La ingesta del chocolate le estimulaba la memoria. Empezó por recordar el largo y difícil recorrido rumbo a México, desde la Villa Rica de la Vera Cruz. El alejamiento de las tierras calurosas de la costa y el duro ascenso a la serranía. La determinante ayuda de los totonacas, cargando el fardaje y la artillería. Las noches de frío intenso al lado de las cumbres, con tan sólo el amparo de las armaduras. Los largos días durante el cruce de la meseta desértica, acechados por la sed. La guerra contra los otomíes, primero, y contra los tlaxcaltecas después. La Paz y alianza con éstos. La matanza en Cholula.

Recordó también que, luego de este último acontecimiento, se había desatado el pillaje y el asesinato en toda la ciudad; perpetrados durante los dos siguientes días por los aliados. Que después de la sangrienta jornada había sido comisionado, junto con otros de a caballo, para revisar el campamento tlaxcalteca. Ahí habían descubierto a un grupo de cautivos. Los prisioneros estaban atados de las muñecas a las ramas de un árbol. Éste se erguía al centro de una plaza. Eran hombres y mujeres de edades diversas. Sus rostros, derrotados y llorosos, se inyectaron de terror cuando los caballos y los perros se acercaron. Los jinetes habían pasado de largo ante el triste escenario; pero él, que iba al final del grupo, se topó de pronto con la mirada suplicante de una jovencita. La niña tendría a lo sumo trece años de edad, había calculado. Sus brazos mostraban las rozaduras de la cuerda.

Gonzalo creyó reconocer un detalle en aquella mirada. Algo de familiar creía ver en aquellos ojos, que en ese momento no supo identificar. Un impulso le obligó

a hincar espuelas a su caballo y llegar hasta el capitán Pedro de Alvarado; a externarle su deseo de rescatar a la niña. El capitán había accedido a tal solicitud. Gonzalo regresó hasta ella y, desmontando, con el filo de la espada la liberó de las amarras.

Trémula, cual un pajarillo herido, la niña experimentó el alivio de la libertad en sus muñecas. Había permanecido con la mirada hacia el suelo. Y cuando Gonzalo, con dulzura le ordenó “seguidme”, acompañando la expresión con un obvio ademán, ella levantó el rostro y obedeció mansamente.

Una vez en campamento español, el De Alvarado intercedería ante Cortés para que la niña fuese protegida por Gonzalo. Cortés no había puesto objeción, sólo que debería ser bautizada y puesta bajo la custodia de Marina, por ser menor.

El sol empezaba a despuntar. Gonzalo sintió el aleteo de la nostalgia por su tierra natal. El chocolate le había reanimado y borrado el malestar, impostado por las recientes pesadillas. Recordó que el día anterior Hernando Cortés había aceptado el regreso de los totonacas a Cempoala, pues no querían entrar a México. Con éstos también se irían, hasta la Vera Cruz, los españoles heridos y enfermos. Gonzalo no quiso perder la oportunidad para mandar una carta a la Villa Rica, que pudiera ser enviada a Sevilla en cuanto hubiera conducto. Fue en busca de tinta y papel, y escribió ésta:

Hermano mío:

Con pulso tembloroso por los terribles acontecimientos que presiento, escribo a vos mi tercera carta, desde Cholula. De esta tierra que Hernando Cortés, muy se-

guro de ganarla, piensa bautizar con el nombre de Nueva España.

Invadidos por la incertidumbre, hemos encomendado a Dios las almas. Esto, con tal premura que fray Bartolomé de Olmedo apenas se da tiempo de escuchar nuestros pecados. Y es que en los días próximos habremos de encaminar nuestros pasos hacia México; la ciudad del misterioso Moctezuma, poderoso señor de los mexicanos y comedor de corazones de hombres, según rumores. Mi pulso tiembla al escribiros. En los días pasados la muerte ha cebado en algunos de los nuestros; aunque los más contra ella amparo hemos habido, bajo el bendito manto de Santiago Apóstol. Pero entrar a México es otra cosa, según advertencias de nuestros aliados tlaxcaltecas. Algunos hay entre nosotros que temen que habremos de caer en la boca del lobo, por no decir al mismo infierno. Hernando, ante lo que se avecina, ha querido regresar a heridos y enfermos a la Villa Rica. Estos, en compañía de los aliados totonacas, quienes de plano no quieren entrar a la ciudad de los mexicanos; ¡Tanto temen al dicho Moctezuma!

Con algunos de estos compañeros heridos mandaré esta carta y notas de campaña. Tengo esperanzas de que, habiendo oportunidad, la remitan a vos en embarcación alguna que llegare.

Desde que Hernando mandó desbaratar las naves, las vidas de todos han quedado a expensas de nuestros brazos y ánimos. Esto ha apagado, por lo pronto, las ganas de los velazquistas por volverse a Cuba. Hasta los marineros tienen que empuñar la espada. Y cual si hubiéramos naufragado en medio de la Mar Oceana, nos encontramos de pronto navegando en esta tierra

extraña; hermosa y verde, por cierto, pero llena de peligros; rica y prometedora pero, amenazante y mortal; donde el valor y no la caída de los cojones nos ha de salvar el pellejo. Por gracia de Dios Nuestro Señor que habremos de remar con lanza y esperanza hasta llegar a buen puerto.

¡Oh, Hernando Cortés! ¿Hacia qué tempestades nos han conducido vuestras palabras, dulces y promisorias cuando de levantar ánimos y ambición se trata? ¿Y vuestras acciones, horca y azotes a quienes ponen diques a vuestros propósitos? ¡Oh! capitán general, amoroso y cruel, temperado y violento. No en vano mi patrón Pedro os ha puesto el mote de Espada de dos filos.

Durante algunas noches olvidamos nuestras angustias escuchando romances y canciones. Hay entre nosotros un cordobés arpista, que dice llamarse maese Pablos. Recién ha llegado en la flota de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica. La soldadesca, que para curársela con el prójimo no pega un ojo, le ha puesto el mote de el Poeta; dizque porque en el aire las compone. Tiene buena voz y ducho es para rascar cuerdas de arpa y de guitarra. Y que según él, tan luego llegó de España a Cuba, ha venido para acá. Anoche cantó uno de esos romances que yo no había escuchado.

—Os cantaré esta noche, —dijo al tiempo que afinaba el instrumento—, el Romance de doña Ana. Un presentimiento me sacudió al escuchar las palabras del Poeta y dejé mi charla con un soldado viejo para atenderle. El cordobés cantó así:

*¡Ay! que triste está doña Ana
Triste doña Ana llorara
En un convento lejano*

*El su padre la encerrara
Don Gome De Los Monteros
Que en las guerras de la Italia
Soldado fiero del rey
Hoy su hija deshonrada
Llore, llore la mía hija
Ansí la honra mía lava
Encerrada en cuatro muros
Yo procurando venganza
De bellaco burlador
Su cabeza en la mía lanza
Dios permita me el haber
E mi alma descansara
No lloro padre querido
Por claustro de la montaña
Temo por mortal herida
Que la vuestra arma causara
Al amado la mía vida
E la propia le quitara
Calle, calle la mía hija
No seáis deslenguada
Por la alma de vuestra madre
Que en sagrado descansa
Mil veces perder mi hacienda
Por esta espada ganada
Que la honra de mi hija
Tan mozuela e tan ingrata
Cuidela su hacienda padre
Que mi honra está sin mancha
Así dice quien oyó
Contestó a su padre Ana
Don Gome De Los Monteros*

*Que en amarga madrugada
Con un mozuelo en su alcoba
A su hija encontrara
Pasados han meses e años
E su padre la buscara
Algunos dicen que muerta
En el convento enterrada
Otros, dicen que la vieron
Con caballero fugada*

La canción de Pablos humedeció mis ojos, confieso a vos hermano Martín. Aunque la guerra nos haya trocado en piedras los corazones, pues de lo que aquí se trata es de matar o ser matado; o como dice Cortés “no hay más salida que vencer y ganar la tierra o morir”; aun así, abrí mi corazón al recuerdo de doña Ana y me pregunté ¿Vivirá? ¿Concederá Dios mi regreso a Sevilla?

Empero, dejare las cosas que remedio no tienen, y ponga yo los pies en tierra, que palo dado, más bien repetido que quitado, y a otro cuento pues.

He descrito a vos en las notas de diario acerca de las guerras que con los tlaxcaltecas hubimos. Estos son muy bravos guerreros, que si no nos han desbaratado ha sido por la Divina Providencia. Pero también por la obstinación de hierro del Hernando por llegar hasta las barbas del dicho Moctezuma. Bueno es el Cortés para convencernos de que lo negro es blanco y de que últimamente la Virgen le habla. Y como la buena suerte nos ha llegado cuando menos la esperábamos; que un día casi nos desbaratan los de Tlaxcala y al día siguiente vienen a tratarnos de paz y a pedirnos perdón por hacernos guerra; estamos pensando que el tal capitán general

de verdad tiene tratos con Santiago Apóstol. O por lo menos tiene piedra de imán para jalar fortuna. Y henos aquí, de pronto, amigos de los enemigos del Moctezuma. Las cosas están tan puestas a nuestro favor, que hasta los parciales de Diego Velázquez dibujan sonrisa de oreja a oreja. Los mismos quienes, días atrás, andaban que se les chamuscaban las almorranas por regresar a Cuba. A la isla en donde han dejado familia y hacienda. Pero ahora están como recién casados con el Cortés.

Añoro los días felices, de descanso y calma que hubimos en Tlaxcala; luego de hacer las paces con la gente del Xicoténcatl y el Maxicatzin. Que si antes fueron terribles enemigos, mejores amigos resultaron ser. Casa y sustento no nos faltaron allá. Y como los dichos caciques han querido que nuestra amistad con ellos sea de sangre, nos han regalado trescientas doncellas. Algunas de ellas son hijas de principales. Como siempre el más afortunado resultó ser don Pedro. A él siempre tocan las mejores y más hermosas hembras que hemos topado aquí. A éste le ha otorgado Hernando una princesa, hija del Xicoténcatl, rey de Tlaxcala. Y es tan hermosa de cara y cuerpo, que nada pide a las de Andalucía.

Aunque casi todos los soldados casaron esta vez, no han faltado algunos envidiosos de la suerte de Pedro. Y han dejado correr la burla de que el único bergantín que debió mandar desbaratar Cortés es el De Alvarado, para que ya no cause tanto desverije por acá. Y mucho ha calado en la tropa esta aseveración; pues desde entonces a mi patrón han puesto el apodo de el Bergantín.

Algo más he de contaros y es referente a Cholula. He escrito aparte de la guerra que dimos y cómo matamos a los de esta ciudad. Más que nada, para meterle

temor al Moctezuma y sepa que somos soldados de veras y no soldaditos de juguete. En la dicha ciudad, luego de quemarla y rescatar botín cuantioso, los aliados tlaxcaltecas llevaron a nuestro real abundantes cautivos. Hombres y mujeres. Entre ellos había una niña. En su mirada, no sé por qué, me recordó a la madre nuestra, cuando decía que “Jesús era amor, perdón y misericordia”. Una voz en mis adentros me obligó a salvarla. Pedí a don Pedro que intercediera ante el capitán general y éste me la ha concedido. La niña ha me causado lástima. Cuidaré de ella para que no se pierda en el desbarajuste de la guerra. Bajo mi brazo será protegida y respetada. La haré recibir el santo bautismo. Lo juro por mi santa madre.

Martincillo de mi sangre, que he de parar aquí. Suplico a vos llenéis por mí de besos a la madre. Rogadle que rece mucho a María Santísima para que salga yo con vida de este atolladero. Que aguanten mi regreso. Al padre dadle de mi parte abrazos.

Escrita en Cholula, en el día de San Aquilino mártir, que es el veintiuno del mes de octubre, de mil quinientos diez y nueve años.

Gonzalo.

X

—¡Han llegado los teules! ¡Son horrorosos! ¡Destellos de sol lanzan sus espadas! ¡Tajan con ellas! ¡Tumban las cabezas! ¡Sus perros desgarran los cuerpos! ¡Sangre y saliva escurren de sus fauces!

—Calma niño, que estás a buen recaudo. No temas daño alguno. Aquí nadie te encontrará. Nadie osará contra ti. Yo te protejo, pequeño amigo. Está sereno, que todo ha sido una pesadilla. Escucha, afuera llueve, mas ¿tú acaso sientes frío? En esta caverna tenemos buen fuego, míralo. Llevas tres días con sus noches durmiendo y al fin despiertas. He preparado un caldo de codorniz. Lo tomarás y te pondrás fuerte de nuevo.

Desperté en el interior de una caverna. Me sentía adolorido por completo. La sed y el hambre me torturaban. Afuera, la lluvia, los truenos, los relámpagos... En la caverna, el fuego, el hombre y yo. La fogata entre ambos, con sus lenguas amarillas despintaba la oscuridad. Miré al hombre, enjuto, menudo y fuerte. Su mirada me inspiró confianza. Era mansa y firme, como la mirada dulce de un cachorro de jaguar.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Xicote.

—¿Avispa? Sí, se nota que eres un chico listo. Yo soy Teuhtli. Te encontré hace tres días. Los mismos que has dormido sin despertar. No hablemos más y coma-

mos. Este armadillo asado está en su punto. ¡Ah!, pero antes, tu caldo de codorniz.

Miré al hombre llenar dos calabazos con el contenido de una ollita de barro. Me ofreció uno de ellos. Era un caldo delicioso, con los muslos del ave mencionada, trozos de camote del cerro y algunas hierbas aromáticas. Una sopa muy gustada en casa, merced a las manos prodigiosas de nana Xóchitl. Ésta que ahora comía, no desmerecía frente a aquella. Me sentía poco a poco aliviado del hambre y de la sed. Mis ánimos se habían apacentado. Mis ojos, acomodados ya a la penumbra, empezaban a escudriñar en el entorno. Nos encontrábamos, supuse, en uno de tantos refugios de peregrinos que existían en el camino, entre diversos puntos y la ciudad sagrada de Cholula. Refugios ataviados con leña y utensilios de cocina para el uso común.

—¿Quieres más? —preguntó al advertir que había terminado con la sopa.

Asentí y seguimos comiendo en silencio, hasta terminar aquello. Miré cuando retiró el cuerpo extendido y limpio del animalillo que exponía a las brasas y, sobre un tronco de pino, lo tasajeaba con una navaja de obsidiana. Me ofreció un trozo de carne, después de bañarlo en la salsa de tomatillos y frutos silvestres, contenida en un molcajete. Estaba delicioso. La compañía, la comida y el fuego aliviaban mis ánimos.

Terminé de comer. Ahora miraba el fuego, que empezaba a languidecer. Teuhtli lo atizó con un leño. Sin meditarlo, se me salió decir:

—Estaban desarmados...

—¿Qué dices?

—Los que murieron. Mi padre entre ellos.

Teuhtli me miraba sereno. Ni un gesto en su rostro.

—Habla, —me dijo—. Te hará bien contarme, desahogarte.

Le conté, paso a paso lo acontecido durante ese día de ingrata memoria. Teuhtli guardaba silencio. Luego dijo:

—Al parecer, los extranjeros han causado mucho miedo. Tanto en los de Cholula, que han consentido les lleguen al corazón. Quiera el Gran Hacedor que no le suceda igual a Moctezuma. Cuéntame más. Todo sobre ti, tu familia.

Gran parte de la noche estuvimos platicando. Le narré de mi corta vida. Le conté de cómo había escuchado, oculto tras cortinas, la charla entre mi padre y mi abuelo. Charla por la que me di cuenta que el uey tlatoni requería la presencia de Teuhtli. Que por órdenes de Moctezuma, mi abuelo debía ir a buscarlo. También le platicué del viaje infructuoso de Totohuey a las faldas del Popocatepetl; y de la historia que me narrara, acerca de la mordida de serpiente al entonces joven Moctezuma. Así mismo, le confié de mis andanzas en Cholula; de mis incursiones en la pirámide; de los bajo relieves encontrados en ella.

Esto último pareció interesarle en extremo. Me escuchaba con atención. Escudriñaba mi rostro, como queriendo reconocer algún rasgo familiar.

—¿Así que eres nieto de Totohuey?

—Sí.

—Hombre valiente y leal amigo, —dijo y cambió de tema—. Precisamente me encaminaba a Cholula a buscar en las estelas de la pirámide cuando te encontré. Me alegra saber de ese pasadizo que te ha permitido

llegar al seno del templo. Tus descripciones de lo que has encontrado parecen confirmar mis ideas acerca de nuestros antepasados, pero... —el hombre calló por un momento; fijó su mirada en el fuego, como queriendo encontrar en sus lenguas crepitantes las palabras para continuar su charla, y agregó—... dados los sucesos que me has contado, dejaremos para después lo concerniente a los bajo relieves. Moctezuma solicita mi presencia. Grandes y maravillosos son los acontecimientos de estos tiempos. Grandes las preocupaciones del uey tlatoani. Acudiré a su llamado. Pero antes te pondré en refugio, pues con este alboroto, sería riesgoso llevarte a México.

Un día más permanecemos en aquel lugar para favorecer mi recuperación, y durante la mañana siguiente, emprendimos la marcha. Atravesábamos un pequeño valle cuando encontramos un pajarillo atrapado entre las hojas de una enredadera. A esta planta los mexicanos la llamábamos pegajoso, porque sus hojas se pegan a la ropa o a la piel, nada más con rozarlas. El avecilla se estremecía, esforzándose por liberarse.

—Mira —dijo Teuhtli, tomando entre sus manos el animalito—, lo que más ama el colibrí es su libertad. Así me pasa a mí. Por eso lo comprendo y libero.

El ave voló de las manos abiertas del hombre y yo le pregunté:

—¿Por eso no aceptaste la invitación del señor Moctezuma para vivir en Tenochtitlan?

—No —contestó enseguida. Esbozó una sonrisa y palmeó con su mano mi hombro. Hasta entonces habló:

—Quien se embriaga en los favores y en la comodidad, se convierte en esclavo. Amarás la libertad si llegaras a conocerla. Entonces te será imposible renunciar

a ella; como imposible nos es renunciar al aire, al agua. Será tu vida misma. Habrías de cuidarla, Xicote, que mil males la acechan.

—¿Cuáles?

—Entre ellos, la aprobación de los demás. Incluida la del señor de México.

No pregunté más, me quedé pensando en sus palabras. Tan sólo seguí caminando a su lado, constante y silencioso.

Luego de dos jornadas de camino llegamos a una pequeña aldea, escondida entre montañas. Allí estaría seguro, había dicho Teuhtli, y me encargó con una pareja de ancianos. Al siguiente día partía, no sin antes decirme:

—Ahora voy a México. Ayuda a los viejos en lo que puedas, y gana el alimento diario.

Antes de emprender la marcha le pedí que indagara sobre mi familia. Así lo prometió y le vi partir perdiéndose entre los árboles. Los trinos de los pájaros acallaban el golpeteo de sus pasos. Pronto estaría en México-Tenochtitlan, mi querida ciudad natal, pensaba. ¿Encontraría al abuelo, a mi madre y a mi hermana? ¿Sabrían ellos de la muerte de mi padre? Sentí el impulso de correr tras Teuhtli, de pedir que me llevara, pero me contuve. Él había decidido que me quedase y yo debía obedecer.

Días de lluvia y frío pasé en la alejada aldea. Por las mañanas, ayudaba a los viejos en labores de cultivo. Por las tardes, recogía frutos, raíces y leña. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar en mi familia y llorar la muerte de mi padre. También pensaba en Teuhtli. Era mi único apoyo en el mundo. Añoraba su presencia, temía por él, le esperaba ansioso. ¿Qué sería de mí sin el curandero?, me preguntaba; ahora que el destino me había

arrancado del seno familiar, como a un pez se saca de su estanque, como a un animalillo que se expulsa de su bosque. Me escalofriaba y procuraba estrecharme más al par de ancianos.

Por fin, durante una tarde preñada de nubarrones regresó Teuhtli. Llegó acompañado de un hombre robusto y de ojos saltones, como de sapo. Esa noche, ante una fogata, el viejo narró la aventura de viaje a la ciudad lacustre. Contó que:

Había llegado al Valle de México por el rumbo de Xochimilco. Consiguió alojamiento con un pariente lejano llamado Tote y ahí pasó la noche. Antes del amanecer, estaba en el embarcadero para tomar una de las tantas canoas que habría de llevarlo a Tenochtitlan. El trajinar de la gente a hora tan temprana y el olor fresco de flores y hortalizas, le recordaron su infancia. Estas mercancías tenían como destino el mercado de Tlatelolco. Advirtió que todo era igual. Nada cambiaba desde entonces. Los hábiles canoeros seguían surtiendo a la ciudad con raíces, granos, frutos, animales del agua y de la tierra... Seguían transportando caravanas de comerciantes que regresaban de lejanas regiones, cargados de mercaderías, muy apreciadas por la nobleza mexicana. A Teuhtli le agradaba este movimiento, le traía a memoria su lejana infancia. Aunque prefiriera el retiro y la calma, saboreaba ahora el ir y venir de esta gente ordinaria, cotidiana, tan metida en su momento, ocupada en no parar; sin preocuparle el mañana, confiando a los dioses su destino. Pero ahora el viejo curandero advertía la angustia de los pasajeros, sus compañeros de viaje, cuando se referían a los extranjeros y su próxima llegada

a Tenochtitlan. No era otro el tema de conversación. El temor y la ansiedad se reflejaban en los rostros, en las palabras. ¿Realmente estaremos en los días terminales del Quinto Sol? se preguntaba. ¿Tendrán algo de verdad los augurios del fin del mundo, tan llevados y traídos por la gente durante los últimos años? ¡Ah! se contestó: patrañas son y nada más.

Teuhtli desembarcó en Iztapalapa. De ahí, caminando por la calzada del mismo nombre, continuó su viaje a la capital del señorío del Anáhuac. Llegó a las puertas del palacio de Moctezuma poco después del mediodía. Ante la guardia de entrada, el viejo curandero desató de su cuello una pequeña caña de carrizo. Quitó de ella un taponcillo de cera y extrajo de su interior una porción de piel de venado curtida. La mostró. El jefe de la escolta abrió los ojos desmesuradamente al comprobar que ante sí tenía la contraseña del soberano: el esbozo del colibrí siniestro, Uitzilopochtli, en sus colores azul y amarillo. Apresuradamente, el militar se introdujo a palacio y no tardó en regresar, acompañado de un alto funcionario, de rostro inexpresivo. Éste, quien generalmente le recibía, inclinó respetuosamente la cabeza y pidió a Teuhtli que le siguiera. Así, recorriendo largos corredores y trasponiendo puertas resguardadas por guerreros, llegaron ante la sala del señor de México-Tenochtitlan.

—Mi divino y gran señor... Teuhtli está aquí, — escuchó el curandero las palabras del funcionario, quien se asomaba apenas a la puerta principal.

—¿Teuhtli? ¡Al fin, oh dioses! ¡Dadle aposento, permitidle descanso!, que a horas de la cena le quiero conmigo.

En sus visitas a Moctezuma, Teuhtli siempre había recibido trato distinguido. La servidumbre conocía del amor que el monarca le dispensaba. En esta ocasión, el mayordomo, al conducirlo a una de las habitaciones de palacio, le habló así:

—Mi Señor te ha esperado tanto tiempo. Su corazón está lleno de gozo por tu presencia. Quisiera verte ahora, pero estás cansado. Necesitas asearte y reposar. Además, en estos momentos él consulta a Tecólotl, un hechicero de las faldas del Iztaccíhuatl, que goza de prestigio en las artes de la adivinación y el encantamiento.

El funcionario instaló a Teuhtli, en tanto un par de doncellas le preparaban el baño. Después de bañarle, le perfumaron con esencias de hierbas verdes y le dieron alimentos. Luego, le dejaron solo. Disfrutó de un sueño vespertino. Casi al anochecer, un hombre de la servidumbre le despertó. Le hizo saber que el señor de México le esperaba. Tan pronto estuvo listo Teuhtli, el hombre le condujo hasta Moctezuma. En la sala magnífica, iluminada por teas y perfumada por el copal que consumían los braseros, encontró al uey tlatoani, sentado sobre almohadones.

—¡Teuhtli querido! ¿Cuánto tiempo ha transcurrido sin el gozo de tu presencia?

El viejo curandero penetró en silencio, lenta y respetuosamente. El hombre del servicio se había retirado.

—¡Por Tláloc, levanta tu mirada, venerable maestro!, —exclamó el monarca.

El viejo curandero miró entonces el rostro de Moctezuma. En él adivinó, tras forzada alegría, una tristeza profunda.

—Acércate. Necesito decirte algo al oído. Ahí, ahí está bien. Sabrás, tengo deseos de abrazarte. ¡Ah!, si no fuera por las formas..., —dijo Moctezuma, girando su rostro hacia un lado y otro, como si se cuidara de ser escuchado. Luego agregó: —Aquí las paredes ven y escuchan. El soberano no es libre de hacer lo que le venga en gana. El ritual está primero, el respeto a las reglas... ¡Oh, dioses! Cuanto más alto, más atado está el hombre. ¿Qué te parece?

—Señor. Me parece que truecas libertad por trono.

—Tienes razón. Tal vez los dioses sean completamente libres. Pero, dejemos eso y siéntate. ¿Dónde has estado por tanto tiempo?

—He realizado un largo viaje a Aztlán.

—¿Cómo has dicho? ¿Acaso existe ese lugar, cuna de nuestra raza? ¿No es sólo un mito?

—Para algunos lo es; para otros, una realidad interior. Para mí es un lugar y todo a la vez.

—Siempre había creído que se trataba de tradiciones, de un relato de viejos.

—Aztlán existe, gran señor. Es además un viaje hacia nuestro corazón, es... como regresar a la niñez.

—¡Ay!, cuánto he deseado en los últimos días regresar a la infancia. Jugar con frijolillos de colores durante las tardes lluviosas. Y dime, ¿qué has encontrado allá?

—Durante los últimos años me he dedicado a buscar y pensar en los mensajes que hombres sabios antepasados nos han legado. Mensajes que han quedado registrados en piedras, pinturas y monumentos. Otros tantos he encontrado en relatos de abuelos, o tradiciones que considero de mucha importancia. Y aunque estén expuestos a todos, estos mensajes distan mucho

de ser claros y se prestan a variadas interpretaciones. Como si hubiera sido el propósito de quienes los han dejado, exigir de los hombres cierto grado de agudeza y disposición. Uno de estos relatos, que ha llamado mi atención, me lo ha contado un chamán. Un maracame local, durante mi estancia en Aztlán. He de contarlo ahora. Escucha gran señor:

“El hombre, la última criatura que apareció sobre el mundo, pasó mucho tiempo olvidado por el Padre Sol. Pero un día éste lo redescubrió y quedó maravillado de su belleza. Pensó en darle un regalo digno de su estampa. Una tarde, aprovechando que el hombre dormía, Padre Sol sembró en la cabeza de su criatura un grano de luz. Al despertar, el hombre sintió necesidad de erguirse. Pues hasta entonces era como los animales, como el jaguar y el conejo, caminaba sobre sus cuatro extremidades. Paró sobre sus pies por vez primera y liberó los brazos de la carga de su cuerpo. Pudo así admirar el cielo. Fijó su mirada en Padre Sol, que en esa ocasión no lastimó sus ojos. Le pareció muy hermoso al hombre. Algo en su interior le dijo que en el cielo estaba su destino, que algún día podría volar. Pero Madre Tierra sintió que su hijo máspreciado se despegaba un poco, se separaba de ella, y se llenó de angustia: el hombre se enamoraba del cielo, de la luna, de las estrellas. Empezaba a ver claro todo, a darse cuenta de todo. De que era diferente de los animales, de las plantas. De que era uno, separado del todo. A Madre Tierra no le agradó eso. Aprovechó cuando el hombre dormía para sembrar en su corazón un grano de maíz. Allí le nació en el corazón, le germinó el temor. El temor a entenderlo todo, a mirar hacia arriba. Sus temores se trans-

formaron en criaturas terribles, horrorosas. Le asaltaban de día y de noche. Lo acosaban, le reprochaban el haberse erguido, el haberse separado. Entonces el hombre intentó regresar a su postura anterior, pero no pudo, el grano de luz se lo impedía. Quiso congraciarse con sus miedos, que le acechaban en las sombras para vengarse de su traición. Solo erigiéndolos, tomándolos por dioses pudo en algo aliviar su nuevo estado. Sacrificó en sus nombres, los entronizó, les ofreció en tributo sus prometidas alas”.

Teuhtli terminó su relato. Alzó el rostro hacia el señor de México y le encontró con la mirada perdida. El monarca, cual si despertara de un sueño, miró al curandero y dijo:

—Es muy hermoso. No le había escuchado. Pero dime... ¿qué mensaje guarda?

—No lo sé, aunque he pensado mucho en ello. A veces siento que tiene algo en común con el símbolo de la unión de los contrarios, tan manifiesto en la ciudad de Teotihuacan, en las esculturas del pájaro-serpiente.

—¿Quetzalcóatl?

—Sí. La Serpiente Emplumada.

Moctezuma quedó con la mirada fija en los ojos de Teuhtli. La última frase, al parecer, le había calado. El curandero creyó advertir en el rostro del monarca una mezcla de temor y admiración. Luego de espeso silencio y miradas escrutadoras, Moctezuma habló de nuevo:

—Explica, maestro, eso de... la unión de los contrarios.

—Gran señor, lo entiendo así. El hombre es dos en uno. Somos carne, pero también somos pensamiento. Somos pasión y medida. Oscuridad y luz, tierra y

sol... ¡Serpiente y águila! Dos contrarios en la misma casa, queriendo siempre el uno sobreponerse al otro. Dominarlo, someterlo. A veces uno reina, en ocasiones el otro. El hombre no puede avanzar así, vive agitado, atrapado en red de vientos encontrados. No tiene salida, a menos que...

—¿A menos qué?, —preguntó Moctezuma, inclinándose hacia Teuhtli; como queriendo estar más cerca de la verdad que, intuía, estaba por brotar de los labios del viejo curandero.

—A menos que sea capaz de ver su dualidad, la comprenda y acepte. Que haya lugar en su corazón para ambas partes, sin menoscabo de ninguna. A menos que el hombre llegue a conciliar sus contrarios, ser uno, nunca podrá acercarse a Dios Único.

Ese era, pienso, —continuó Teuhtli—, el ideal de Quetzalcóatl, el gran tolteca. Que el hombre se elevara hasta la sabiduría, se convirtiera en hermosa serpiente. La Serpiente-águila. Ese era el propósito supremo de la antiquísima enseñanza, que hoy nos llega desvirtuada, pervertida en formas tales como.

—¡Dilo, maestro!, —urgió el monarca.

—El águila devorando a la serpiente. El águila contra la serpiente. ¡La lucha de los contrarios!

—Teuhtli, hablas como si no fueras mexicatl.

—Soy mexicatl. Mi cuerpo, como el tuyo, gran señor, contiene la sangre de Tenoch, patriarca y guía de la raza. Pero también, en el mío, como en el tuyo, mora la sangre de Acamapichtli. El antepasado abuelo, primero de nuestros monarcas; en quien confluyeron para siempre y hasta nuestros días la sangre tolteca y la mexicatl; de lo que sentimos orgullo tenochcas y tlatelolcas.

—El águila devorando a la serpiente, lo sabes Teuhtli, es la guerra. Gracias a la cual hemos sobrevivido como pueblo y nos hemos erigido como señorío supremo. Con la guerra hemos logrado la permanencia del Quinto Sol, hemos hecho prevalecer la luz sobre las tinieblas. Con ella hemos pacificado al mundo y llenado de gloria a México-Tenochtitlan.

—Y con ella también, señor, se ha alimentado la lucha de contrarios en el reino: Uitzilopochtli contra Quetzalcóatl. No olvidemos a la Cofradía del Caracol.

—¡Ah!, de eso quiero hablarte.

Teuhtli advirtió una sombra en el rostro del monarca. El ánimo había desaparecido de éste, que, tras un rato de silencio, retomaba la palabra.

—La Cofradía ha crecido. Ha llegado hasta donde nunca hubiéramos creído. Se tienen indicios de que ha pactado ya con los extranjeros ¡El colmo, oh dioses! ¿Qué piensas de todo esto, maestro?

—De arreglos de la Cofradía con los extranjeros no es de dudarse. He escuchado, hoy por la mañana, durante mi viaje desde Xochimilco, que los extranjeros enfurecen ante los sacrificios rituales. Que su dios es amor y perdón. Ante esto, los de la Cofradía creerán que los extranjeros de verdad son enviados de Quetzalcóatl.

—Si no lo creen, al menos les conviene.

—Tan peligroso lo uno como lo otro.

—Pero, no muy bien les ha ido. Hemos desbaratado dos grupos importantes en Tlatelolco y en Texcoco. Este último, ligado ¡oh dioses! con Ixtlilxóchitl, el rebelde hijo de Nezahualpilli y hermano del rey de Texcoco, mi sobrino Cacamatzin. Este Ixtlilxóchitl, resentido y levantado en armas, ofendido porque no se le

concedió el trono luego de la muerte de su padre, al parecer ya hizo tratos con los teules. Aunque la Cofradía ha sufrido, según sabemos, mermas considerables en lo de Cholula. ¡Necios! Intentan cambiar el rumbo de las cosas. ¿Ignoran acaso que los dioses urden el destino de los hombres? ¿Qué el acontecer ya ha sido moldeado de alguna única forma y, que ha de repetirse una y mil veces, tal como las temporadas de lluvias? ¿Y que así será hasta que los dioses determinen detener este círculo en movimiento?

Teuhtli advirtió cómo el emperador iba subiendo el tono de su discurso. Recordó aquella plática nocturna con el entonces joven Moctezuma. No menguaba su pasión al referirse a la Cofradía.

—¡Necios!, —continuó el señor de México—, no ven lo que ante sus ojos está claro como el agua. Afirman que el tiempo es un caracol, una espiral. ¡Se equivocan! Piensan diferente ¿Piensan, he dicho? ¡Ja! ¡Incautos! ¡Locos! ¿Acaso aún a mí, el uey tlatoni, me es permitido pensar? Ante cualquier decisión importante ¿no he de consultar al Consejo Supremo? ¿No he de respetar los juramentos de la unción? ¿No he de consultar a los dioses y al calendario? ¿A los hechiceros, incluso? ¡Ah!, por cierto; hoy uno de ellos, Tecólotl creo que se llama, quiso sorprenderme. Sospecho que es de esos... del caracol. Lo mandé al calabozo. Por la madrugada será arrojado al lago, con una piedra atada a sus mugrosas patas.

—¿Dices, señor, que no se te permite pensar?

—Apreciado Teuhtli, —contestó Moctezuma, clavando su mirada en el curandero—, no lo tomes tal como se dice. Quiero dar a entender que hay que respetar las reglas, la tradición.

Dicho esto, haciendo un movimiento de manos, el monarca indicó a Teuhtli que se acercara. Luego, prosiguió en voz baja:

—Soy un hombre que cumple su papel de soberano; aunque en ocasiones me permito algún desliz y me pregunto si los de la Cofradía tendrán razón; si sea preferible gobernar con amor y no con temor.

—Buena pregunta, señor.

—Mas, luego me arrepiento y confieso mis debilidades a la diosa Tlazoltéotl, la devoradora de los malos pensamientos y de las malas acciones.

—A mí, señor, pensar me provoca gozo y no remordimiento.

—¡Calla!, por tu salud, que las paredes oyen. Eso que acabas de expresar es propio de Quetzalcóatl; quien, según la tradición, se encerraba en sus templos de turquesas y esmeraldas a pensar por días y días. Sin asomar el rostro siquiera.

—Estoy convencido de que él fue un hombre sin nube en la mirada, que trató de mostrar a sus semejantes los caminos de la felicidad. Un hombre que escaló, en su ser, hasta el ojo del águila.

—El hombre no ha venido al mundo para ser feliz, Teuhtli. Ha venido a pagar con su sangre el favor de su creación.

—Favor que así pagan, señor, los esclavos y los prisioneros de guerra. El pueblo paga con trabajos excesivos y sufrimientos. Los nobles, los sacerdotes y los altos jefes militares no pagan.

—Te equivocas, querido maestro. Ellos tienen graves responsabilidades, sin el cumplimiento de las cuales

no podría tenerse en pie el señorío del Anáhuac. Pero dime... ¿a qué llamas el ojo del águila?

—Al poder verme por dentro; conocer del origen de mis impulsos, de mis anhelos y temores. Liberarme de ellos.

—¿Liberarse?

—Sí.

—El hombre no es libre, Teuhtli, es deudor de los dioses desde su nacimiento, desde su creación.

—La libertad del hombre es... la muerte de los dioses.

—¡Por Uitzilopochtli!, calla Teuhtli. ¿Has perdido el juicio? Será mejor dejar nuestra plática para mañana, cuando he de plantearle el motivo de mi llamado, que es sobre la presencia de los teules. Tomemos ahora nuestros alimentos, pues se acerca la hora del reposo.

Luego de la cena, Teuhtli fue conducido a su habitación. Una vez en el lecho siguió pensando en su conversación con Moctezuma. ¿Qué le afectaba en el fondo al monarca? La tristeza y angustia escondidas tras su rostro tal vez se debieran al progreso de la Cofradía, o a la presencia de los extranjeros; o a ambas. Pero... ¿por qué cuidarse tanto de hablar en la propia sala del solio?

El sueño le vencía cuando sintió presencias en el cuarto. Sus finos oídos le avisaban de respiraciones agitadas, de acechantes palpitaciones. Quiso incorporarse pero tres hombres cayeron sobre él. Cubrieron su boca con un lienzo y ataron sus brazos tras la espalda. Le sacaron de su aposento y le condujeron por un pasadizo oscuro y húmedo. Uno de los hombres caminaba adelante, abriéndose paso entre la oscuridad con un leño encendido. Al fin, al llegar a una portezuela de madera

se detuvieron. El hombre de la antorcha la abrió y empujaron por allí a Teuhtli. El lugar frío y mal oliente se encontraba inmerso en la más espesa oscuridad. Oyó que cerraban y aseguraban la puerta.

No terminaba de acomodarse al sitio, cuando escuchó una voz:

—Bienvenido hermano en desgracia. Me consuela saber que no iré solo al mundo de los descarnados. ¿Quién eres?

El curandero respondió con sonidos guturales.

—¡Ah!, entiendo. Te amordazaron. Espera, con mis dientes trataré de liberarte de ese trapo o lo que sea, ya que estoy atado de brazos como seguramente lo estás. Antes, debo encontrarte en esta lobreguez.

Teuhtli sintió la respiración del hombre sobre su nuca, en el intento por desatar el lienzo que le cubría la boca. Cuando le hubo liberado, el fortuito compañero volvió a hablar.

—Ya está, hermano. Ahora podrás contestar. ¿Quién eres?

—Me llamo Teuhtli. Agradezco tu ayuda.

—Yo soy Tecólotl.

—He oído hablar de ti durante el día, en dos ocasiones.

—¿Cómo ha sido?

—La primera, durante el mediodía, por boca del mayordomo. La segunda, por boca del mismo soberano, durante la cena con él.

—Y... ¿qué ha dicho Moctezuma?

—Te van a arrojar al lago, atado a una piedra. Al parecer, no le inspiraste confianza; sospecha que eres de la Cofradía del Caracol.

—¡Bah! Se enojó porque le adiviné la destrucción de México si dejaba entrar a los teules. Y tú ¿por qué estás aquí?

—No lo sé. El monarca estaba muy feliz conmigo, hace apenas poco tiempo.

—Seguramente habrás dicho algo que no fue de su agrado. Y ¿cuándo será la ejecución?

—Esta madrugada, supongo.

—Lo siento por ti... Yo en cualquier momento me vuelvo lechuza y lanzo en vuelo. O ¿también eres hechicero?

—¡Eh! ¿Te ha llegado el sueño?

Teuhtli despertó al escuchar la portezuela abrirse. Los guardias, con voces apagadas y a empujones los sacaron de prisión. Los condujeron por escalinatas de piedra. Cuando surgieron a superficie, el curandero miró las estrellas y advirtió lejano el amanecer. Los guardias los llevaron hasta un embarcadero. Allí les ataron una piedra en los pies. Los subieron a una canoa donde se encontraban tres hombres. Dos de ellos remaron y la pequeña embarcación se adentró en el lago. El tercer canoero iba sentado en proa y rompía la oscuridad con una tea. De vez en cuando volteaba hacia los prisioneros. En él fijó su mirada Teuhtli. Ante la muerte, próxima y segura, en él depositó su esperanza el curandero. Desde el piso húmedo y oscuro de la canoa, atado de pies y brazos, Teuhtli lo observaba. Advirtió que era un hombre entrado en años. Las lenguas de fuego despejaban las sombras y su rostro se dejaba ver por instantes. Teuhtli aguzó la mirada y creyó reconocer aquel semblante. Se aventuró a susurrar:

—Totohuey, eh, Totohuey...

El viejo, sorprendido, giró su cuerpo y aluzó a los prisioneros.

—Acá, Totohuey...

Dos rostros frente a frente y separados por el fuego se miraron entonces. Se escudriñaron. Al fin, el viejo de la antorcha habló:

—¡Dioses!, pero... ¿será posible? ¿Eres Teuhtli?

—Sí, amigo.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé. Hace unas horas estuve conversando con mi señor Moctezuma. Hoy por la mañana, se supone, debo estar nuevamente con él.

—Esto debe ser una terrible equivocación.

—O una conspiración. La acción de alguien que no está de acuerdo con el soberano.

—Como están las cosas en Tenochtitlan, eso es lo más probable.

—¿Sabes? Xicote me ha pedido que pregunte por su familia.

—¿Xicote?

—Sí. Tu nieto.

—¿Vive aún? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo es que lo conoces?

—Está sano y salvo; bajo mi protección. Lo he encontrado cuando iba yo a Cholula, en busca de las estelas de la gran pirámide.

—Pobre de mi niño. ¿Sabrá de la muerte de su padre?

—Estuvo ahí.

—¡Oh!, cuánto debió sufrir. De su madre y su hermana ignoro el paradero. Sólo sé que regresaron a Cholula, al notar la ausencia del muchacho.

—¿Qué piensas hacer ahora, Totohuey?

—Es sumo riesgo para ti y para mí regresarte a México. Por vez primera desobedeceré órdenes superiores. Mi corazón y el afecto que tengo por ti me obligan a salvarte. Más ahora que nunca, cuando tu vida significa la protección de mi nieto.

—Pero, hay testigos. ¿No llevas peligro en ello?

—Si te refieres a los remeros, no hay cuidado. Son sordomudos y únicamente saben empujar la canoa hacia donde apunta la antorcha. Sólo faltaría ejecutar al hechicero. Lo haremos enseguida y luego te sacaré a lugar seguro.

—Por favor, Totohuey, salva también a este inocente.

—Pero...

—Te lo suplico. Siento que no debe morir. Se cometería una injusticia.

—Es que... si le llegaran a ver con vida por aquí...

—Descuida. Éste se ira muy lejos. No soportaría otro susto semejante. Yo respondo por él.

—Bien, siendo así, no significa riesgo para mí. Y tú tendrías un compañero en el camino.

La pequeña embarcación viró hacia el sur de la ciudad. Contaban con tiempo aún, antes del alba. Había comentado Totohuey que los dejaría en la calzada de Iztapalapa. Desde allí podrían alejarse del peligro. Durante el trayecto, Totohuey no cesó de hablar. Mandaba consejos a su nieto, recomendaciones y palabras de aliento. Manifestó sus deseos de volver a verlo y prometía averiguar el paradero de su familia.

A llegar a la calzada, los antes prisioneros desembarcaron. Totohuey, desde la canoa aluzaba la maniobra

y, ya en tierra firme Teuhtli y compañero, sintió un impulso que no pudo reprimir.

—Espera, Teuhtli. Intuyo que la vida no nos dará la oportunidad de vernos de nuevo, que ésta será la postrera. Deseo abrazarte, querido amigo, y enviar así un abrazo para mi nieto Xicote.

Totohuey desembarcó. Los dos amigos se dieron el abrazo de hermanos, “aquel en el que se funden los corazones en uno solo”, entrelazando los antebrazos y tocándose los codos. Estando así, Teuhtli habló:

—Siento lo mismo que tú, hermano Totohuey: que no volveremos a vernos. Un mundo diferente al nuestro nos acecha. Tal encuentro puede ser terrible. Dios Único Ometéotl ampare al mexicatl.

—Cuida mucho de Xicote, que dentro de poco tiempo será el último hálito de vida en mi familia.

—Sí. No tengas cuidado por ello. De nuevo te expreso mi agradecimiento por habernos salvado las vidas. Adiós, hermano.

Totohuey volvió a la pequeña embarcación. Teuhtli la miró alejarse, con la antorcha encendida en manos del amigo.

Tecólotl, que hasta entonces no había pronunciado palabra, exhaló:

—Uff, amigo; estoy en deuda contigo.

Una garza extraviada volaba sobre el lago. Por el oriente la aurora se insinuaba. Los recién rescatados de las garras de la muerte apresuraron sus pasos por la vía cubierta de guijarros.

Así terminó Teuhtli su relato de viaje. Su acompañante, el hombre robusto y de ojos saltones como de sapo, me preguntó:

—¿Así es que tú eres Xicote?, —y sin dar tiempo a mi respuesta, agregó—, yo soy Tecólotl.

El hombre mostró interés por mí. Durante la cena comentó que, el hecho de que hubiera presenciado la muerte de mi padre, le parecía un designio de los dioses. Designio, dijo, que de momento no le quedaba claro, pero que trataría de interpretar en los próximos días. Preguntó por mi edad y el día de mi nacimiento. Contó los remolinos de mi cabello y observó detenidamente el lunar de mi frente. Noté que Teuhtli trataba de disimular la risa que aquello le causaba; movía la cabeza y me miraba burlesco, como queriendo decir “no hagas caso de este loco”.

Tecólotl permaneció varios días entre nosotros, antes de seguir su camino hacia el Iztaccíhuatl. Durante ese tiempo, Teuhtli y él conversaban mucho e intercambiaban conocimientos sobre las propiedades de las plantas. Realizábamos excursiones para reconocerlas, en las que cada uno mostraba al otro sus secretos. Teuhtli poco a poco quedaba convencido de los conocimientos del hechicero; sobre todo en lo referente a las plantas venenosas y perturbadoras. Al final, el huésped quedaba sorprendido de los procedimientos curativos de Teuhtli. “Procedimientos —decía Tecólotl— que nunca me hubieran pasado por la cabeza”. En lo que no coincidieron —recuerdo— fue en lo referente a la curación de mordeduras de serpientes. Mientras Teuhtli exponía sus ideas sobre la lucha entre el calor y el frío, Tecólotl tenía, según dijo, la forma infalible de hacerse amigo de ellas.

De tal manera que, aunque las pisara accidentalmente, lejos de morderle le arremetían a lamidas. El día en que partió, me había invitado a ir con él, para enseñarme, dijo, el arte de adivinación y la magia. Dijo también, que veía en mí un niño capaz de aprender rápidamente. Teuhtli intervino entonces, molesto como no le había visto antes. Le advirtió que no podía irme con él, pues tenía que acompañarle a Cholula en busca de mi familia. El brujo se rindió ante la mirada aguda de Teuhtli y no insistió. Se despidió amistoso y emprendió la retirada. La firmeza en el hablar de Teuhtli me hacía sentir seguro y protegido.

—¿De verdad iremos a Cholula?, —le pregunté.

—¡Claro que sí! Debemos darnos prisa. Tenemos que hacerlo antes de que inicie la guerra. Después será imposible andar por aquí.

Durante el trayecto a Cholula, recordando la conversación que con Moctezuma había tenido Teuhtli, le pregunté:

—¿Qué es el ojo del águila? ¿Podrías explicarlo en forma que yo pueda entenderlo?

—No —contestó. Largo tramo del camino recorrimos en silencio. De pronto, habló:

—¿El ojo del águila? No. No es fácil explicarlo. A mí me ha llevado muchos años comprenderlo. De nada serviría que ahora te dijera “es esto o lo otro”. Entonces tú dirías “ya sé lo que es”. Pero saber no es comprender. Comprender va más allá. Es vivir el conocimiento, gozarlo y sufrirlo. Sentirlo en carne propia.

Sus palabras me aturdieron. No entendía nada. Sin embargo intuía que Teuhtli hablaba de algo muy importante.

XI

Querido hermano Martín:

Luego de la toma de Cholula, aún estoy vivo, por gracia de Nuestro Señor Jesús Cristo. La incertidumbre que sufriéramos durante los días pasados se aparta del camino y nos permite avizorar un porvenir venturoso. Los hechos muestran que es la mano de Dios lo que nos guía. Es su voluntad y no la nuestra, ni la obstinación de piedra del capitán general, lo que nos impulsa a caminar hacia México. No deliro, hermano. No creáis que en mi cabeza anida la locura. Lo que afirmo a vos es cierto, estamos ante un milagro. Dios me libre de soberbia.

Hace apenas unos días, temíamos por nuestras vidas. Hoy las cosas se han vuelto tan a favor que, nos parece haber llegado al lugar y tiempo justos.

Cuento a vos lo sucedido, en nuestro campamento de Cholula, cuando tomábamos aliento para seguir camino a México.

Don Hernando ha requerido la presencia de mi patrón don Pedro y, éste ha me llevado con él. Lo encontramos en una casa hermosa y fresca de Cholula, bajo la sombra del huerto; tendido sobre una hamaca, regalo del rey gordo de Cempoala, acompañado de la lengua Marina. Tan luego llegamos, nos ha ofrecido asiento y refrigerio, que es de aguas frescas y frutos de la tierra.

Tranquilo he visto en esta ocasión a Cortés, hermano Martín; con el rostro sereno y la sonrisa fácil, los ojos amorosos y las palabras dulces. Qué diferencia del Cortés de días pasados, cuando sosteníamos guerra con los fieros otomíes; los que nos tundieron por sorpresa y nos mataron dos caballos. Entonces, el capitán era la viva lumbre, los ojos en sangre y palabras tronantes; arrojándonos al ataque sin descanso; azuzándonos y yendo él por delante. En cambio ahora, Martincillo, lo he visto más dueño de sí que nunca. ¿Qué tiene el extremeño que suda confianza en medio del berenjenal donde nos ha metido? Pedro sin duda también lo advierte, pienso, pues ha cruzado miradas conmigo. Miradas discretas, claro. Y es que, hemos sido testigos de cómo el Cortesillo, como aún le llaman entre susurros los resentidos velazquistas, se ha crecido ante el peligro. Sabe mandar como si entre paños de oro hubiese nacido. Se maneja entre propios y extraños cual si fuera un príncipe. Hoy le he visto, digo, tan confiado como nunca. Qué diferencia del Cortés amenazado por el desbarate de su ejército, cuando en la Villa Rica, luego de los magníficos regalos del Moctezuma, los velazquistas querían tornar a Cuba. Del Cortés enardecido, que sentenciara a la horca a Pedro Escudero y Juan Cermeño; que ordenara cortar un pie a Gonzalo de Umbría, azotar a los marineros Peñates e infundir temor al clérigo Juan Díaz. Porque, hermano Martín, el capitán general no tenía otro camino que seguir. No podía regresar a donde le esperaban grillos y calabozo. ¿Es que no había desbaratado sus propias naves, las de su destino, al salir de Cuba? ¿Al burlar al gobernador arrepentido y a quienes había ordenado prenderle antes de zarpar? ¿Debía per-

mitir que su ejército mermara ante la riesgosa empresa que había puesto en mira? y más ¿luego de la fundación del Ayuntamiento? No. Desde entonces, imposible ha resultado para él dar paso atrás. Hernando es ahora, al decir de Pedro de Alvarado, un tigre encaramado; una fiera que no puede más que mostrar las uñas, ante el porvenir amenazante al que nos empuja.

Así, crecía Cortés ante nosotros; luego de que el escarmiento llenara de miedo a los sediciosos, aplacándolos de tajo; desde que se nos revelara que Jesús Cristo estaba a nuestro lado. Y más, cuando el poderoso señor de estos lares, Moctezuma, antes que con guerra, nos recibiera con atenciones y oro. Pero mucho más, desde que conociéramos al rey gordo de Cempoala; el mismo que confiara a Hernando los secretos de la tierra; de la inconformidad de los pueblos subyugados por México; de sus tributos de dolor y sangre; de la posibilidad de ganar aliados. Aunque con su amistad a nos, el rey gordo haya dado al través las naves de su tranquilidad. Pues enemigo es ahora del Moctezuma y no le queda más camino que ir sobre el Culúa, dándonos invaluable apoyo. ¡Ah!, cuánto servicio a Dios, al rey don Carlos y a nosotros han prestado estos amigos nuestros; estos embajadores, principales de Cempoala, que nos acompañan y van adelante señalando rutas; convenciendo a los pueblos que encontramos de que hagan liga con nosotros. ¡Ah!, cuánto nos han valido, hermano mío, esos dos mil guerreros cempoales; totonacas que van abriéndonos paso, consiguiendo alimento de caza y escudándonos de las flechas enemigas. Además, los seiscientos cargadores de ellos, que llaman tamemes, y como ya he dicho antes, llevan en la retaguardia el fardaje; pero

también la artillería, municiones y víveres, por escarpados y lodosos senderos, pues llueve mucho acá. Por todo ello, el capitán general ha aceptado la petición de licencia de éstos, para regresar a su reino; pues desean proteger sus sementeras, familia y a su rey, que no pudo hacer el viaje porque está muy gordo. Aunque entre la soldadesca corra el rumor de que regresan por temor a los mexicanos; y otros digan que porque no se la llevan bien con nuestros recientes y numerosos aliados, los tlaxcaltecas; y otros más que, porque no les gustó nada lo de Cholula.

En fin, hermano Martín, entro en materia y cuento a vos del asunto por el que hemos ido a ver al capitán general; quien ha dicho a don Pedro:

—Estoy agradecido por vuestra atención a mi llamado, capitán. He de compartiros que, apenas amaneciendo, han llegado a mí, secretamente, personas de buenos modales. Comerciantes han dicho ser, de Texcoco, ciudad ribereña del lago y frente a México. Su propósito es tener conferencia con nos, pues les preocupa la guerra y desbarate que nos pueda hacer el Moctezuma. Dicen ser de una parcialidad secreta entre los mexicanos, la cual es grande y poderosa; que alberga a mucha gente, entre ellos a comerciantes, nobles y hasta un príncipe rebelde de Texcoco. Se han enterado de nuestro repudio por el sacrificio de hombres y mujeres. Dicen estar de acuerdo con nosotros en tal asunto, y que hace años se organizan y propagan en secreto para instalar, en el gran templo de México, al dios benévolo. Han venido a pedirme que acepte pláticas con sus principales, quienes esperan a unas leguas de distancia, rumbo a Calpan, camino a México, al pie de la serranía.

Que éstos no han querido venir porque hay entre nosotros embajadores del señor Moctezuma; lo que es gran riesgo para sus vidas.

He consultado a Marina sobre la dicha parcialidad. Ella ha respondido que “parecíame que es verdad; pues recuerdo haber escuchado, allá en la infancia, algo referido a estos enemigos del señor de México”. ¿Qué os parece, capitán Pedro de Alvarado?

—Otra noticia no pudiera alegrarnos más el corazón. Reino dividido, es reino perdido. Pero, ¿no será una trampa?

—Al pensar en ello, he puesto a buen recaudo a los mensajeros. Serán nuestros rehenes, mientras tanto.

—Parecíame prudente lo que hacéis, capitán general.

—Pero si son sinceros, ¿no podría decirse que Dios guía nuestros pasos y allana nuestros caminos? He mandado llamar a vos, capitán De Alvarado, para que os ocupéis de este negocio; en la compañía de Vázquez de Tapia y dos más de a caballo, los que escojáis. Además, de un ciento de guerreros de Tlaxcala. Habréis de ponerlos en obra el día de mañana, por maitines, con la mayor discreción, sin revelar propósito a propios ni a extraños. A los del Moctezuma diremos que iréis tan sólo a reconocer las faldas de ese volcán que llaman Popocatepetl. ¿Qué opináis?

Sorprendí a Cortés mirando fijamente a Pedro. Observaba su rostro, como queriendo adivinar la respuesta antes que escucharla. Advertí en mi patrón la alegría en su cara. Era aquella una buena noticia, de oro puro.

El capitán general agregó:

—Escucharéis impasible a los comerciantes, mas no establezcáis compromisos. ProvoCAD en ellos la mayor confianza. Decidles que pronto iremos a México y que hemos de encontrarles en el camino, en el punto que plazcan. Mas, capitán —y entonces Cortés mostró a mi patrón su dedo índice, en clara señal de advertencia—, no os confiéis. Estad siempre al arma. No vaya a resultar en traición, como la que pensaban tendernos los de Cholula.

—Ja, ja, ja, —se soltó mi patrón en carcajada, luego dijo—. Por las barbas del Cid que, en tratándose del desbarate que hemos dado a los de Cholula, ha sido buena la vuestra estratagema ésa de “andando y meando”; que la tal bellaquería nos ha quitado un enemigo en las espaldas, en el camino a México y, a la vez, ha le dado un calambre al Moctezuma.

—Ja, ja, ja, —carcajeó Hernando, y volvió a hablar—. Llevareis con vosotros a Marina y a Gerónimo de Aguilar. Os los encargo como a las perlas de vuestros ojos. Protegedlos, aún a costa de la vida, capitán. Ellos serán como de oro en polvo cuando veamos al Moctezuma. Pero... no habéis contestado a mi pregunta; ¿qué opináis de todo esto?

Y Pedro contestó:

—Más que opinar, deseo cumplir las vuestras órdenes, capitán general. Y si Dios quiere allanar los caminos nuestros, que se haga su voluntad. Pero si en traiciones resultase esta empresa, la sabremos afrontar con gallardía; que no a morir de parto hemos venido a Indias.

Luego de sus palabras, miré a Pedro de Alvarado tan dueño de sí, tan echado pa' delante, tan complaci-

do. A éste que, paso a paso ha ganado la voluntad del capitán general, después de la batalla con los tabascos, en la cual se ha distinguido como ninguno por su arrojo y habilidad; en la que se dice ha salvado a Cortés en los pantanos de Centla; cuando se hubo roto el cincho de la montura de éste y con la indiada encima. A este Pedro mi patrón que, merced a su experiencia en el viaje De Grijalva, ha sido de mucha utilidad a Hernando. A éste De Alvarado, tan locuaz y dicharachero, mentiroso, bromista y amiguero; a quien tantos temen, pero tantos más admiran; a quien los indios han puesto el mote de su dios sol, Tonatio, por su distinguida y colorada estampa.

¡Ah!, cuántos parciales ha acarreado a las filas del Cortés, a la hora de votar en lo del Ayuntamiento. Cuánta envidia ha despertado entre el resto de los capitanes cuando por instancias de Cortés, bien lo sabemos, se le ha nombrado regidor y capitán de entradas. O cuando Hernando, una vez camino a México, le ha dejado el mando por tener que retornar a la Villa Rica, para atender un llamado de Juan Escalante, acerca de unos barcos españoles que habían llegado y resultaron ser del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. ¡Ah!, cuánto celo ha provocado por ser él, y no otros, comisionado a las misiones más riesgosas; pero sobre todo, hermano Martín, por habersele dado en Tlaxcala a la india más hermosa que hemos visto en estas tierras; la hija del principal Xicoténcatl, que al ser bautizada tomó el nombre cristiano de doña Luisa. Y ahora esta misión, que a luces le ha complacido, más que ninguna.

En fin, como lo ha dispuesto nuestro capitán general, saldremos mañana, antes de que rompa el sol,

hermano Martín. Mientras tanto, escribo ésta a vos, en precaución de que no pudiera volver con la vida. Sólo Dios sabe... Y mientras ruego amparo a Nuestro Señor Jesucristo, pienso que las victorias sobre los otomíes y tlaxcaltecas nos han granjeado el temor y la amistad de muchos pueblos. Que el desbarate de los de Cholula nos ha traído el respeto del Moctezuma. Pero en esta ocasión habremos de ir con el ojo pelón y atento a cualquier movimiento; con la oreja abierta a cualquier ruido sospechoso; con la mano en el pomo de la espada. Sí, hemos vencido a los tabascos, a los bravos otomíes, a los indomables tlaxcaltecas, pero se nos ha advertido que los mexicanos son terribles. Además, son numerosos. Y en esto viene a mí el refrán que dice “para los bravos, los muchos”. ¡Sangre de Cristo...!

Y mientras esto escribo, ha me venido a mente la tal Marina, india que nos dieron los tabascos como botín, junto con otras mozas. A ella, siendo muy bonita de cara, color y cuerpo, la dio Cortés al capitán Alonso Hernández Portocarrero, como ya he dicho antes. Y días después, cuando se dio cuenta el capitán general que la india conocía la lengua de los mexicanos, le tomó gran aprecio por los servicios que podía prestar a nos. Desde entonces, la ha tenido cerca de sí a la hora de conversar con los embajadores del Moctezuma. En este viaje tan largo y penoso rumbo a México, mucho ha sido ella a la hora de ganar aliados entre los pueblos que hemos encontrado. Pues si bien repite las palabras de Cortés, que nuestro Gerónimo de Aguilar le traduce a lengua tabasca, ella, en lengua mexicana, pone tal empeño en convencer a los reyezuelos tributarios del Moctezuma para que liguen con nos, hablándoles muy dulcemente

de libertad ¡coño! y cosas de nuestra religión cristiana. Tan lista es la dicha Marina, que ya empieza a conocer bastante el castellano. Por cierto, para nadie ha pasado desapercibido que ni de día ni de noche se separa del Cortés. Y a la chita callando, entre la tropa, circulan unos versillos que han titulado “compañeros de cama y de campaña”. De verdad son agudos ciertos soldados para eso de componer versos. Algunos muy pícaros y chingativos como éstos que menciono. Sobre todo, entre los del bando de Velázquez, que no pierden ocasión de chingar la borrega a costa de las bragas de don Hernando.

Por la parte mía diré que yo aprecio mucho a esta mujer. Agradezco lo que ha hecho por nosotros. En no pocas veces ha nos salvado la vida. Ella, según lo ha dicho Cortés, ha dado noticia de la emboscada que pensaban tendernos los de Cholula. De ser esto cierto, sin ella, tal vez estuviéramos dando cuenta de nuestras culpas al Creador. Es inteligente y avispada esta Marina. La aprecio por el trato y atenciones que dispensa a mi niña María Inés, que así se llama en cristiano la india mexicana rescatada de las garras de los de Tlaxcala. Por cierto, he de deciros que ha salido aguda la moza. Empieza a hablar en castellano algunas palabras, bajo la tutoría de Marina.

Y en cuanto a la vida personal, no sé de qué se admiran los velazquistas. Y si la tal Marina es caldo y carne del Hernando, ninguno de nosotros podríamos quejarnos. A todos ha ido bien, en tratándose de amores con las indias. Ya sea con las damas de compañía de las doñas de los capitanes, o con las muchachas del servicio, las que hacen tortillas y guisos, o lavan la ropa.

Y esto a mí consta de vistas. Que la otra noche, al internarme al monte para aliviar los intestinos, vi las parejas haciendo un solo bulto. Cada una había escogido su arbolito, o su arbusto. Y como si hubiera prisa en reponer los muertos de las batallas recientes, en cada pujido se adivinaba el empeño en la dicha tarea. Por cierto, que me hice el disimulado, para no perturbar tan noble ejercicio. Y porque eran tantas las parejas que habían ya ocupado el campo, tuve que bajar casi hasta el arroyo para vaciar las tripas. Acá en Indias, esta íntima función se realiza en posición de aguilita, hermano Martín. No es como en Sevilla, donde se sienta uno cómodamente en el cajón de la letrina. Aquí tenéis que esforzaros en cucullas, como ave queriendo levantar el vuelo. Lo bueno es que acá, en los reinos del Culúa, no hay marranos que te huelan la tatema; que de sorpresa lleguen y te trompeen el culo. Ese problema teníamos en la hacienda de don Pedro, en Santísima Trinidad, en la isla de Cuba. Allá, al salir a vaciar el vientre, tenía uno que armarse con un garrote, para quitarse la puercada de encima. Era una batalla mantenerlos a raya, pues te arremetían por los cuatro costados. Sabrás que son tercicos y tenaces, exigiendo lo que según ellos les pertenece. Los más peligrosos son los que llegan por la retaguardia. A más de un cristiano vieron mis ojos caer culempinado, tras tropicada en el sieso.

Te confieso, mío hermano, que merced a esos menesteres, he aprendido el arte de la esgrima; repartiendo leñazos a diestra y siniestra en el hocico de los puercos.

A cosa más grata he de pasar ahora, querido Martín. Es referente a la cuestión de las comidas. Aquí hay variedad, por los muchos frutos de esta tierra. Por las

muchas plantas y raíces, así como de animales. Lo más importante es el maíz, un grano que a todas horas se come, cocinado de mil maneras. Cociéndolo y moliéndolo resulta en una masa de la que hacen unas tortillas. Éstas ponen a cocer en un comal, que es una rueda de barro puesta al fuego. Pero del maíz, que lo hay de muchos colores, también hacen mil formas de atoles. Estos son bebidas espesas, endulzadas con miel de unas abejas silvestres que hay por acá, o sin endulzar. También hacen tamales, pequeñas porciones de masa con sal, rellenas de carne de ave o de venado. A éstas envuelven en hojas del mismo maíz, ponen en ollas de barro y luego cuecen al fuego. También aquí se comen semillas diversas, habillas, frijoles y pepitas; semillas éstas de unos frutos llamados calabazas. Todo de buen sabor. Y comen de muchas plantas sus hojas, tallos y raíces. Algunos animalejos tuestan al comal, como langostas, hormigas y gusanos. Animales de caza, que abundan, y sus carnes cuecen en hornos bajo tierra, o asan sobre las brasas. Y los más apreciados de éstos son unos siervos o venados, que llaman maztlas. Pero también aprecian unos como puercos del monte, que tienen el ombligo en la espalda. Y otros animalejos, que tienen una armadura como concha de tortuga, pero más galanos y rápidos de huir, de carnes blancas y sabrosas como las de nuestros marranos. Y muchos más hay, en tratándose de carnes del monte. Además de las aves, como gallinas, codornices, palomas y los sabrosos pavos silvestres. ¡Ah!, olvidaba decir que tiene unos perrillos pelones, que ceban para comerlos y que llaman xolos. Y de peces de la mar, que acá hay muchos y comimos en la Villa Rica. Y ya en tierra adentro, pescan en los lagos.

Es todo lo que por ahora he de decir, que los párpados me pesan como piedras y el lecho está invitando a mi cansancio.

¡Ay Martincillo de mis juegos infantiles! Ya me sueño tomando México, rico en oros, según dicen.

Dadles, por amor a Dios, los míos abrazos y besos a los viejos.

Escrita que fue en Cholula, a los veinte y ocho días de octubre, día de San Simón, del año mil quinientos diez y nueve.

Tu hermano Gonzalo.

XII

Encontramos a Cholula en total tranquilidad. Salvo por las huellas del saqueo y el incendio, que algunas casas dejaban ver, la ciudad se mostraba como si nada hubiera pasado. Sus habitantes caminaban impávidos por las calles y en el mercado se apretujaban, trocando sus mercancías. En la plaza, donde antes había escuchado al poeta estrafalario, los niños jugaban felices. Allí buscamos al resto de mi familia, sin resultados. Teuhtli quiso que fuésemos a la casa donde habíamos vivido. Al llegar, nos dimos cuenta de que la puerta estaba cerrada. Le mostré al curandero mi entrada por el árbol. Asintió en que yo entrara por allí. Subí al sauce, traspuse el muro y llegué al patio. Encontré la casa solitaria y silenciosa. Un suspiro de nostalgia se apoderó de mí, pues imaginaba ver en cada rincón a mi madre, a mi hermana y... ¡ay! a mi padre. Por lo menos mi abuelo vive, pensé. Eché un vistazo por todos los rincones. No encontré a nadie. Tan sólo los recuerdos, que a mi paso se alborotaban como tórtolas asustadas. Llegué a la puerta principal, quité el madero que la atrancaba. Teuhtli miró a uno y otro lado de la calle, entró. Cerré y aseguré la puerta.

—No hay nadie —dije en voz baja—, la casa está sola.

Teuhtli entrecerró los párpados y levantó su rostro. Empezó a oliscar en redondo los aromas de la casa.

—¿Estás seguro?, —me preguntó—. Siento la presencia de alguien.

—Revisé la casa entera.

—Vuelve a hacerlo, con atención.

Obedecí. Revisé cada rincón. Al fondo del patio, a un lado del *temazcalli*, se encontraban dos habitaciones de la servidumbre. Recordé que por allí no había mirado. Me acerqué y escuché un lamento débil, casi imperceptible. Me detuve. Pensé que lo estaba imaginando. Volví a escucharlo. Tratando de suavizar mis pasos, me acerqué hasta la cortinilla de fibras que tapaba la entrada. Penetré silencioso. Cuando mis ojos se acomodaron a la penumbra, miré el bulto de una persona acostada sobre un petate de tule.

—¿Quién está ahí?, —pregunté.

—Xicote, hijo, —escuché la débil voz de una mujer—. ¿Estás realmente aquí o es tu voz el resultado de mis desvaríos? Hoy he escuchado la voz de mi señor Océlotl; la voz de mi señora Jaretsi, tu madre; la voz de tu hermanita, de Totohuey... pero no los veo. ¿Estaré enloqueciendo?

—¡Nana Xóchitl!, —grité—. ¡Nana Xóchitl, estoy aquí de verdad!

Me acerqué y toqué su rostro. Ardía en fiebre. Abrió cuanto pudo sus ojos, queriendo cerciorarse de que en verdad estaba yo ahí. Tocó mis mejillas con su mano ardiente y dijo:

—Gracias, ¡oh dioses! Sí, eres de verdad.

—Ahora vuelvo, nana. Pronto estarás bien.

Corrí hasta donde se encontraba Teuhtli. El viejo acudió de prisa. La estuvo observando, preguntando acerca de sus dolencias. Me ordenó que hiciera el fue-

go, buscara unos lienzos y procurara agua. Me apresuré y complací en todo su mandato. Luego de un rato de atenciones a la enferma, Teuhtli dijo que necesitaba algunas hierbas. Me dejó al lado de ella, en tanto él salía al mercado, en busca de lo necesario. Antes de abandonar la casa, me prohibió preguntar a la enferma acerca de mi familia. Debía procurar su reposo total.

Teuhtli regresó sin tardanza, con un bolsón lleno de cosas. Puso al fuego una olla con agua y hierbas. Preparó los alimentos de ese día a base de elotes tiernos, calabazas y un trozo de carne de venado. Ocupó la tarde en atenciones a la anciana y, cuando llegó la noche, nana Xóchitl se recuperaba, comía un poco. Teuhtli me había ordenado preparar el *temazcalli*. Mientras las piedras se calentaban subí a la azotea, como tantas veces lo había hecho durante el tiempo que mi familia vivió en Cholula. Mis ojos no hicieron caso de la luna, que enseñoreaba el cielo, opacando con su manto de ceniza a las estrellas. No. Mis ojos se posaron, agradecidos, en la pirámide. El refugio salvador de mi vida. Esa noche, luego de la ceremonia de vapor, dormí a pierna suelta. Pero antes, agradecí a los dioses porque la casa no hubiese sido saqueada por los tlaxcaltecas, como otras tantas.

Al amanecer miré a nana Xóchitl en notable recuperación. Le había tornado el apetito. Quise preguntarle acerca de mi madre y de mi hermana, pero el maestro no lo permitió. Dijo:

—Nos quedaremos durante un par de días más. Quiero saber acerca de lo que sucedió aquí; pero, sobre todo, necesito ver las estelas de la pirámide.

Por la mañana siguiente conduje al maestro, a través de mi ruta, hasta el corazón de la pirámide. Su menudo

cuerpo no tuvo dificultad para penetrar en el templo sagrado. Ni se ocupó en contener sus emociones, una vez que estuvimos ante la estela de la fuente:

—¡Admirable! Estamos ante una obra del pensamiento antiguo, Xicote. Mira que belleza. ¡Cuántos atados de años nos hacen rostro, nos enfrentan! ¿Qué querrá decirnos esta losa milenaria? ¿Por qué la habrán ocultado, haciendo más oscuro su mensaje?

Lo advertía, fascinado, frente a la enorme piedra que se alzaba en el centro, en las entrañas del templo. Sostenía la tea que, a lengüetazos de luz revelaba los rasgos del bajorrelieve. El maestro extrajo, del trozo de caña de bambú que colgaba de su cuello, una hoja de papel amate. Con un trozo de carbón empezó a trazar esbozos.

—Mira, tal como me lo has descrito, esa figura significa el agua; ésta, el fuego. Trenzadas ambas como en acto amoroso. ¡La unión de los contrarios, Xicote! ¡El símbolo más antiguo que conozco! ¡El agua quemada! ¡Pero mira allá, arriba de ellas y como saliendo de su boca, un corazón humano! Estoy cerca de las respuestas a las interrogantes que desde hace muchos años me persiguen. Pero aún falta...

Abría sus ojos como un hechizado y se descomponía su rostro a la luz del tizón, haciéndome recordar al poeta de la plaza de Cholula.

—He seguido la huella de los toltecas desde mi niñez, —hablaba—. A través del tiempo y en distintos sitios fueron dejando sus rastros, sus mensajes ocultos. En Teotihuacan, el pájaro-serpiente; en Xicotitlan, el tigre y el águila; aquí, el agua quemada.

No entendía lo que significaban sus palabras, pero su entusiasmo me contagiaba. Al fin, terminó de ob-

servar los detalles de la estela. Me ordenó avanzar hacia donde se encontraba el resquicio por donde había yo penetrado la primera vez. Ascendimos la escasa pendiente hasta el pasillo entre paredes inclinadas. Llevaba yo la tea y el maestro me ordenaba detenerme frente a cada uno de los nichos que encontrábamos. Entonces, me arrebató el tizón y miraba ávido las esculturas de piedra. Cuando llegamos al lugar, escaló el tronco seco y asomó por el resquicio. Quiso transponerlo pero era estrecho para él. Bajó y me dijo:

—Sal tú, pero cuida que nadie te vea. Toma el carboncillo y la pieza de papel. Vas a dibujar el bajo relieve de la estela que te cautivó.

Obedecí, ascendí hasta el resquicio. Estuve atisbando hacia la explanada y sus rincones, hasta cerciorarme de que se hallaba desierta. Salí a la claridad del día. Me coloqué frente a la estela y empecé a dibujarla. Cuando hube terminado, miré de nuevo hacia la explanada. Los recuerdos me llevaron al momento de la muerte de mi padre. La ira y el dolor me atravesaron el vientre. Regresé a donde Teuhtli se encontraba y le entregué el bosquejo. Saqué de mi bolso una astilla de pino y la encendí en la tea que el maestro mantenía en su mano.

—¿Qué vas a hacer?, —preguntó.

—Ahora regreso, —contesté—. Subí. Escudriñé de nuevo alrededor. La explanada lucía desierta todavía. Descendí por la escalinata, fijando la mirada en el punto en que creía haber visto caer a mi padre. Llegué, miré el piso manchado por la sangre. Me arrodillé. Depositó ahí un beso y mi collar de una sola piedra verde, de hermoso chalchihuite, montado en engaste de cobre. En una oquedad de hormigas encajé la astilla encendida. Si el

espíritu de mi padre —pensé—, andaba aún por ahí, vagando desorientado, el humo de la flama le guiaría hasta Uitzilopochtli.

Regresamos a casa, sorprendimos a nana Xóchitl de pie, realizando labores de cocina. Teuhtli, hasta entonces, me permitió preguntarle acerca de mi familia. Ella, al saber por mi boca que madre y hermana se habían devuelto del camino a Acatzinco, empezó a llorar. Nos informó de lo que ya había averiguado Teuhtli en el mercado, el día de nuestra llegada: que luego de la matanza de principales y guerreros en la explanada de la pirámide, los tlaxcaltecas se dieron al saqueo de la ciudad; matando a muchos y haciendo cautivos a otros tantos. No tenía, dijo, noticias de mis familiares desde nuestra salida.

—¿Cómo es que no vinieron a saquear nuestra casa los tlaxcaltecas?, —le pregunté.

—Sí vinieron —contestó. Llegó hasta aquí un grupo de malvados, pero les hice rostro, los amenacé. Les dije que yo era oficiante de su dios Camaxtli; que si volvían, lo convertiría en lagartijas. Huyeron espantados. Gritaban ¡Nahuala, nahuala! ¡Que Camaxtli nos proteja! Yo creo que los gestos que les mostré fueron convincentes.

Teuhtli soltó la carcajada. Exclamó:

—¡Oh Xóchitl, por los dioses; sí que sabes tratar con los malvados!

—Conozco bien a los cobardes violentos.

—Ja, ja, ja, —reímos todos.

A la hora de la comida, Teuhtli dijo que emprendería al día siguiente un viaje a Aztlán; que si quería yo permanecer en Cholula, podría hacerlo. La sola mención de Aztlán, lugar de los orígenes, me había fascinado

desde mis años en el Calmécac. Pregunté al curandero si querría llevarme con él. Me advirtió que el viaje era muy largo y lleno de penurias. Le manifesté mi decisión de acompañarle, de sufrir sin queja lo que encontrara en el camino. Porque, pensé ¿qué me esperaba en Cholula? ¿Huérfano y sin la sombra protectora de mis padres? Teuhtli era mi único asidero en un mundo que empezaba a tornarse incierto. Le iba tomando afecto al curandero. Me sentía protegido a su lado.

Teuhtli aceptó llevarme, pero dijo:

—Sólo nos queda un asunto pendiente antes de partir: el amparo a Xóchitl. Debemos buscar una familia que la proteja. ¿Conoces a alguien?

Recordé a los parientes músicos de Xóchitl. Una pareja de jóvenes que recién habían unido sus vidas en matrimonio. Tendría que ir a su casa y verificar si aún vivían ahí.

—Ve —dijo el viejo—, pero con mucho cuidado.

Llegué al lugar, con tan buena fortuna que, encontré a mis amigos. Nos saludamos. Estaban contentos de mi sobrevivencia. Me contaron que habían evacuado la ciudad cuando supieron de la venida de los extranjeros. Aceptaron de buena gana que Xóchitl viviera con ellos.

Abandonamos Cholula durante la madrugada. Tras varias jornadas de camino, encontramos un río caudaloso. “Es el río Grande”, dijo Teuhtli. A su vera quiso que descansáramos todo un día, mientras se enfriaban nuestros cansados miembros. Buscamos un tronco grueso para ir sobre éste, aguas abajo.

—El río será nuestro compañero de aquí en adelante. Sus aguas llevan el mismo destino que nosotros, —afirmó el maestro.

Un día de tantos, mientras descansábamos, Teuhtli recitaba este poema:

*Del interior del cielo vienen
preciosas flores, hermosos cantos
los afea nuestro anhelo
nuestra inventiva los echa a perder...*

—Es de Ayocuan, —interrumpí—. Lo he memorizado.

—Bien —contestó Teuhtli—, lo importante no es que lo tengas en la memoria; valioso es comprenderlo. ¿Entiendes lo que el poeta quiere decir con “preciosas flores”, “hermosos cantos”?

—No. Sólo sé que el poema hace vibrar mi corazón; como vibran las alas del colibrí frente a las flores de las enredaderas.

—En el mundo encontramos motivos que hacen vibrar nuestros corazones. A ti, las palabras de Ayocuan y las estelas de Cholula; a mí, además, los relatos de viejos, las pinturas y esculturas de Teotihuacan. En estos motivos están los mensajes, las flores preciosas que hombres sabios han puesto para decirnos algo. Sin embargo, para entenderlos, hay que esforzarse.

—Pero... esos mensajes, esas flores preciosas... ¿de dónde han salido? ¿Son creaciones de los hombres sabios que mencionas?

—Pienso que Dios Único, al crear el mundo, nos ha dejado grabadas en estos mensajes las leyes de su devenir. Y que los hombres deben conocer estas leyes para palpitar al ritmo de la creación. En la posición de las estrellas, en el cambio de las estaciones, en las manchas del jaguar... se encuentran los mensajes divinos. En el

hombre mismo, en el latir de su corazón, en sus pensamientos... Son verdades que el hombre ha de conquistar para ser uno en sí y uno con Dios. Estas preciosas flores se revelan a los hombres que buscan y, al alcanzarlas, acomodan a ellas su vivir. Son hombres extraordinarios que nos transmiten sus conocimientos en la piedra y en la poesía; en los monumentos y en los relatos de abuelos. Sin embargo, para entenderlos hay que sacrificarse. Y no confundamos sacrificio con inmolación. Dios Único quiere que comprendamos, no que inmolemos en su nombre. Surgimos de la oscuridad, del vientre de la madre tierra para gozar de la claridad; para conocer nuestros rostros y el rostro de Dios. Es triste ver que el hombre esté rodeado de luz y sufra; preso en su oscuridad, en sus temores, en su ignorancia. Entonces, lo que ha querido decir Ayocuan al referirse a la Preciosa Flor es esto: la verdad. Las preciosas flores a las que alude el poeta son las verdades que el hombre despierto le ha arrancado al mundo durante su vivir. Verdades-luz en el camino de su existencia. Verdades que lo tornan libre y feliz.

—Y... hermoso canto, ¿qué es?, —le pregunté.

—Es la poesía. El amor y la belleza. La música que brota del corazón cuando el hombre armoniza con el mundo.

—Y... ¿quién es Dios Único del que hablas?

—¡Oh, Xicote! eres punzante como tu nombre. Te gusta ir a lo profundo. Eso ya...

—¡No, Teuhtli! No salgas ahora con que “ya lo comprenderás más tarde”. Contesta ahora.

—¡Muchacho! Pues... Dios Único es el todo. Lo que la inventiva y el anhelo del hombre no han creado. El todo, incluyendo al hombre mismo.

—Y ¿qué es el rostro de Dios?

—El conocimiento del todo, y por ende de uno mismo. El conocimiento de las leyes y principios del todo. ¿Entiendes esto?

—No. Pero hace vibrar mi corazón. Y ¿por qué dices que no debemos confundir el sacrificio con la inmolación?

—¿Por qué sacrificar en otro? ¡Haz sacrificio en ti! ¿Por qué hacer violencia en otro? Sólo el poder ignorante hace violencia en otros. Un poder así es... anhelante. Es una corriente contraria a la verdad y la belleza.

—Entonces... ¿el sacrificio de hombres a dios Uitzilopochtli?

—Los adoradores de Uitzilopochtli han tergiversado la tradición. Se dicen descendientes del tolteca pero han torcido sus principios. Han interpretado a su manera los símbolos. Entre ellos...

Miraba atento a Teuhtli durante el transcurso del diálogo. Le había sorprendido cerrando sus ojos cuando trataba de encontrar las palabras y expresiones adecuadas a mi entendimiento. Ahora, al llegar a este punto, le veía exaltado como nunca, con los ojos muy abiertos por la emoción. Sobre todo, al citar esta última frase. Frase que no alcanzó a completar, pues lo hice por él, al acordarme de su plática con el uey tlatoni.

—¿...el del águila y la serpiente?

—¡Así es!

—Teuhtli; te diré lo que Moctezuma: hablas como si no fueras...

—¿...mexicatl?

—Así.

—¡Soy mexicatli! Descendiente de Tenoch y de una doncella de Culhuacan, heredera de la sangre tolteca. Amo a mi pueblo, pero también a la verdad.

—Pero, explica por favor lo del águila y la serpiente.

—Escucha: en el símbolo original, lo que pende del pico del águila es el atlachinolli, los signos del fuego y el agua, entrelazados. Así lo vimos recientemente en la estela del interior de la pirámide de Cholula, recuerda. Así lo he encontrado en antiguos libros, inscripciones en piedras y en relatos de abuelos. El conjunto de estos signos es, a mi parecer, el símbolo de la vida. El águila, es el padre sol. El fuego, es su luz y calor. El agua es la lluvia, las fuentes, los manantiales; pero enlazada con la madre tierra se convierte en humedad, la que hace brotar a la semilla, a la vida.

—¡Lo he visto! Lo vi en mi ensueño, durante el Encuentro del Canto Florido. —Le conté mi experiencia en el palacio de Moctezuma.

—Bien —prosiguió Teuhtli—; así como las plantas, los hombres y animales somos también frutos del Padre Sol, del agua y de la Madre Tierra.

—Pero...

—Para allá voy, —advirtió el curandero, notando mi impaciencia—. Recuerda, el tercer y cuarto versos del poema dicen así:

los afea nuestro anhelo

nuestra inventiva los echa a perder

Por eso digo que, en algún momento del devenir, —prosiguió Teuhtli—, nuestros abuelos mexica encontraron el símbolo tolteca del atlachinolli y, o no lo comprendieron o, lo ajustaron a sus propósitos. El águila ya no fue el Padre Sol, sino Uitzilopochtli, la advocación

guerrera del dios original Mexitli. El fuego, ya no fue la luz y el calor del sol, sino la sangre de los enemigos, poseedores del agua, la tierra prometida por el colibrí siniestro. Había nacido el *atlachinolli* mexicana, símbolo de la guerra. La bravura mexicana dictada por Uitzilopochtli en el símbolo del agua hirviente: la sangre y corazón del enemigo como ofrenda. Contrario esto al brote del perfume de la flor y la felicidad del hombre, como en tu ensoñación.

Teuhtli había terminado. Ya no supe qué decir; tan sólo seguía en mi pensamiento el eco de su explicación.

Durante el viaje, el maestro me enseñaba a encontrar alimento; dónde escarbar para hallar camotes y otras raíces; cómo descubrir los nidos de las codornices. Me enseñaba a escoger los frutos comestibles y reconocer los venenosos.

Un día de aquellos, en que no encontrábamos alimento, en pleno atardecer, cuando el hambre nos urgía; sobre la rama de un árbol descubrimos un pavo solitario. Teuhtli, con ademanes me indicó que me quedara quieto. Desató la honda de su cintura y avanzó en sigilo. Se acercó lo más que pudo a la presa y disparó. El ave vomitó la vida en un quejido, se desplomó, dejando tras de sí una nubecilla de plumas. Cuando asábamos el animal, Teuhtli me aconsejó:

—Nunca mates inútilmente, sin necesidad.

Parte del recorrido lo realizamos sobre troncos. En ocasiones abandonábamos el río para tomar atajos. Días después de haber salido de Cholula, llegamos a un lago enorme. Teuhtli dijo:

—Éste es Chapallan, el lago de los chapulines. Aquí vivieron mucho tiempo los mexica, antes de llegar al Anáhuac, al Valle de México.

Abandonamos el lago de los chapulines, tras breve instancia en su ribera. Navegamos por otro río que de ahí nace. Era el río del poniente, según palabras de Teuhtli, el que nos llevaría a destino. Íbamos tranquilos, sobre el tronco y, repentinamente el viejo se tiró al agua.

—¡Ven, nademos rápido! ¡Quiero mostrarte algo!

Nadaba habilidoso hacia una de las orillas, yo le seguía. Al salir a tierra, corrió en el sentido de las aguas. Fue a detenerse en una roca. Desde ésta miramos cómo las aguas se despeñaban en un salto gigantesco.

—Mira el tronco nuestro, —dijo, señalando el madero que, al igual que las aguas, se precipitaba al vacío. Luego agregó, —así la vida arrastra al hombre cuando no logra salir a tiempo de su corriente.

Descendimos entre peñas hasta el lecho del río, que desde ese punto en adelante serpenteaba en el fondo de una barranca. Retomamos la corriente. Recuperamos el tronco, pues había quedado preso en un remanso. Navegamos hasta la llegada del crepúsculo.

Esa noche llovía a cántaros. Nos resguardamos en la caverna de una de las paredes de la barranca. El cielo se desquebrajaba a chorros, escupiendo relámpagos. El río se arrastraba furioso entre la oscuridad, amenazante, como jaguar hambriento. Cuando dejó de llover y la luna asomó entre nubarrones, pudimos ver la corriente, casi llegando a la altura de nuestro refugio.

—No temas, —dijo—, el agua ya alcanzó su máximo nivel.

Entre los matorrales que a la entrada de la cueva había, miré la luz de la luna rebotando en el río. Poderosa, la corriente palpitaba en tómulos de violencia. El golpeo de las piedras que arrastraba en su marcha pintaba al río, en mi imaginación, como una serpiente gigantesca y encolerizada. A la luz de la fogata, Teuhtli observaba los gestos en mi rostro y parecía adivinar mis pensamientos. Entonces dijo:

—El ojo del águila en el hombre es... una presencia silenciosa que le observa arrastrado en un torrente de emociones y, al hacerlo, lo libera. Es como si la corriente de este río se mirara así misma, y al hacerlo, tuviera el poder de detenerse. Tal es así.

No habló más. Absorto, seguí mirando la corriente; masticando en mis pensamientos una a una sus palabras durante toda la noche; porque ya no pude dormir.

XIII

...y si aún seguimos con las vidas, es por la bondad infinita de Dios, que otra razón no veo. Pues, desde que llegamos a Indias, jamás hemos estado en tanto apuro y a tal punto de muerte, la que nos acecha incansable, nos enseña los dientes y muerde los talones. Tenemos los ánimos crispados de tanto velar y defender; los brazos entumidos de esgrimir espada sin descanso; los cuerpos agotados de mal comer apenas, de beber el agua pestilente y salada... ¡Oh capitán De Alvarado, en qué apuros nos habéis metido! Mala jugada de cartas la vuestra, que apostasteis a caballo de espadas y no a sota de copas; y alborotado habéis este panal. Más que soldados españoles, somos ahora ratones atrapados en nido de avispa, enloquecidas de rabia. En mala hora ha llegado el tal Narváez para hacer la masa aguada, cuando aquí en México todo caminaba como cabra sobre ruedas. En mala hora partió Hernando a darle guerra al Pánfilo, enviado de Velázquez, y nos dejó en la ciudad tomada, a cargo de Pedro, que con su ánimo endemoniado nos ha puesto a todos entre las patas de los caballos.

Como vos daréis cuenta, hermano Martín, un día supimos que el Diego Velázquez había enviado poderosa armada para prender a Cortés. Ante la amenaza, salió el capitán general hacia la Villa Rica, en compañía de gran parte del ejército. Nos dejó a cargo de México

a poco menos de ciento, capitaneados ¡oh Cristo! por Pedro de Alvarado. Y a pocos días de la partida de Cortés, Pedro andaba como pisando en brasas. Decía que le hormigueaba la mano por empuñar la espada; que desde lo de Cholula no había acción y que para él la calma era cosa de mujeres. Una tarde, lo sorprendí caminando en vueltas dentro de su cuarto, revolviéndose como tigre enjaulado y hablando solo. Al preguntarle si algo le acontecía, dijo, “esta maldita calma en nada me acomoda, y me hace pensar que alguna traición preparan los indios al vernos tan menguados”. Le dije que yo era de parecer diferente, pues los indios permanecían sosegados, y que estando el Moctezuma preso, se encontraban como entumidos. Él reventó en gritos, diciendo:

—Soldados de la España somos y no hemos venido a México a echar lonja, sino a sonarles por lo angostito a estos hijos de perra! ¡E siento que cuando guerra habremos con ellos, imposible será, que enmohecidos los goznes de los cuerpos tendremos!

Al día siguiente Moctezuma solicitó la presencia de don Pedro. Yo le acompañé. Fuimos hasta donde se encontraba el infeliz, encadenado, junto a sus principales. El señor de los mexicanos rogó a mi patrón licencia para que sus indios celebraran las fiestas a su dios Uichilobos. Dijo que eran cuatro días de bailes y cantos frente al templo principal. Pedro contestó que estaba bien, pero que no sacrificaran personas. Preguntó al señor de México sobre cuántos participarían en el festejo y quiénes serían. Moctezuma le dijo, cuatrocientos, los mejores guerreros y capitanes; que no hubiera pendiente, pues danzarían desarmados. A mi patrón se le alegró el semblante. Camino a nuestro aposento, como si pen-

sara en voz baja, le escuché decir, “andando y meando, como en Cholula”. Le pedí que me explicara. Me dijo, “vamos a descabezar su ejército y, al mismo tiempo, daremos un calambre a los que queden”.

Desde entonces miré a Pedro de buen talante. Pareciera que los cosquilleos por tomar la espada le hubieran desaparecido.

Pero cuando las fiestas de los indios empezaron, nos ordenó a sus allegados que difundiéramos entre la soldadesca que los amigos tlaxcaltecas habían descubierto una traición de parte de los mexicanos; y que el gitanillo Diego de Jaén, nigromántico nuestro, había advertido en sueños algunas emboscadas. Desde entonces, a nuestro capitán volvieron los ánimos de tormenta. Nos convocó para decirnos que los indios algo traían en mente para hacernos mal, y antes que ellos a nosotros, menester era sorprenderlos. Que “al que madruga Dios ayuda, y el que pega primero, repite”.

Así, en ese concierto, durante el último día del areito llegamos a la plaza, cubrimos con nuestros soldados y amigos tlaxcaltecas las salidas, y empezamos a ofenderles.

No se lo esperaban, tan metidos ellos en sus bailes. De repente nuestras espadas cercenaban sus cabezas, sus brazos, sus piernas; abrían sus vientres. Los puñales desgarraban sus pechos, sus espaldas. Nuestras alabardas les desjarretaban las corvas. Nuestras picas hacían saltar sus ojos de las cuencas. Nuestros tlaxcaltecas los flechaban. Algunos, despanzurrados, al querer huir se enredaban en sus tripas, se resbalaban en sus excrementos. Después de que les dimos a los guerreros, arremetimos contra los que veían el baile, que eran bastos, pero

muchos escaparon. También nosotros resbalábamos en aquel charco de mierda y sangre en que se convirtió la plaza. Porque esa tarde los hicimos mierda. Todo ahí apestaba a mierda. Y a mierda apestamos desde entonces y durante varios días después. Mierda en la ropa y en los calzados; en las armas y en los cabellos; en el cuero y en el aliento. Hasta los pensamientos y los insomnios nuestros apestaban a mierda.

Me vino a mente una creencia de los indios de estas tierras, que nos había confiado Marina. Ellos creían que cuando fallecían, para alcanzar la gloria tenían que pasar por penosas pruebas; entre ellas, cruzar un río de pus y mierda.

Advertí que, en pos de nuestra gloria, ahora este río lo estábamos cruzando nosotros. Porque para nosotros la gloria en este mundo era el oro de Moctezuma. ¿Qué acaso el César no había hecho mierda a los galos para alcanzar el oro de La Galia? ¿O el macedonio Alejandro a Darío, para aruñar el oro de la Persia? Siempre ha sido así, por los siglos de los siglos... Antes que el oro, habrá que transitar por la mierda. O, dicho de otra manera, tras la mierda está el oro. O para decirlo como lo dice un dicho que ha estado circulando entre la soldadesca, “o es el oro o el decoro”. Y nosotros hemos venido a México por la gallina, luego de que Moctezuma nos alumbrara el rostro mostrándonos los huevos de oro con sus regalos, allá, en la Villa Rica, con el ruego de que regresáramos por donde habíamos venido.

Y esa matanza fue causa de que los mexicanos se nos echaran encima, hermano Martín. Y henos ahora atrinchilados en nuestro aposento. Que de nada ha servido el regreso del Hernando, victorioso desde la costa,

donde ha desbaratado al Pánfilo de Narváez; al que tiene preso y tuerto allá en la Villa Rica.

El capitán general llegó a pocos días de la matanza del templo mayor; fortalecido con los hombres, armas y caballos del Narváez, que era mucho haber. No tuvo dificultades para entrar a México, pues los indios se han ocultado y no han dado señales de vida. Nada más han esperado a que Cortés y los soldados entraran, para tundirnos a pedradas, flechas y mentadas de madre; tantas, que es cosa de ver para creer. Y nosotros aquí, arrinconados, sin agua ni alimentos ni pasto para los caballos. ¿Y el Hernando? ¿Tú qué crees hermano mío? Que le truenan las tripas de rabia en contra de Pedro. Porque había dejado todo en sana paz y al regresar encuentra el panal alborotado. ¡Oh Jesús el Cristo!, apiádate de nos. Y Hernando, que con su labia de miel y seda había convencido al Moctezuma hasta del cautiverio. Que tenía al reino en un puño y al regresar lo ha encontrado casi perdido por las malas tanteadas. Ya ni Moctezuma quiso ayudar cuando le hubo pedido el capitán general que ordenase a su gente que se apaciguasen y dejasen de darnos guerra. Tan sólo ha dicho que “no puedo hacer nada, pues están enojados conmigo y no me obedecen; lo único que puedes hacer, Malinche, es soltar a mi hermano para que ponga orden”. Hernando ha consentido en liberar al susodicho y éste ha ido con su pueblo, pero ¿qué crees Martincillo?, que el tal hermano lejos de aplacarlos, más ha azuzado a los indios en contra nuestra. Y hasta lo han hecho su rey, renegando de Moctezuma. Ahora peor estamos, pues los mexicanos, con su nuevo señor, han levantado ánimos.

Las cosas empeoraron a cada momento. Luego de tres días sin comer, Hernando ha mandado una comisión para que entre hasta el mercado de Tlatelolco en busca de alimentos y pasto para los caballos. Dentro del dicho grupo me ha tocado ir. Con el corazón en la garganta y el Jesús en la boca, hemos salido a las calles de México. Calles que en los pasados días y desde nuestra llegada, siempre habíamos visto repletas de gente, pero que ahora lucen desiertas. El silencio es insufrible. Una forma más de la tortura que los indios nos han impuesto. De día es todo silencio, mas, por las noches, sus gritos y lamentos por sus muertos nos mantienen sin dormir. Parécenos estar habitando una ciudad de almas en pena. En esto coincidimos todos; más a quienes ha tocado hacer la guardia, en las noches oscuras, sobre los muros y techos del palacio donde estamos atrincherados. Desde allí hemos visto ¡oh Cristo! los cuerpos sin cabeza y las cabezas sin cuerpo, que se aparecen ante nos y deambulan quejosos por las calles de México. Lo que más nos asusta es esa mujer con largo vestido blanco, como de niebla. La que sale todas las noches, caminando sin pisar el suelo y gritando en su lengua quien sabe qué cosas. Por Marina la lengua sabemos que “es Ciguacuata Tonantzin, la diosa madre, que anda llorando y diciendo ¡Ay mis hijos, todo se ha perdido! ¿A dónde he de llevaros?”.

¡Dios mío! a veces me pregunto si estamos vivos aún o si ánimas en pena somos, como La Llorona; ignorantes de nuestra propia muerte. Mas estos sobresaltos los sufrimos sólo de noche, porque de día gobierna el silencio. Silencio que apachurra. Sobre todo el que sufrimos el día que salimos en comisión al mercado

de Tlatelolco, en busca de alimento. Entonces, como siempre, íbamos armados hasta las orejas, acompañados de algunos tlaxcaltecas. Llegamos sin contratiempos a Tlatelolco. ¿Dónde están los mexicanos? nos preguntábamos. ¿Se han muerto o se han marchado todos? Para desencanto nuestro encontramos desierto el mercado; al igual que las calles, desierto y silencioso. Desde nuestra llegada a México nada nos había faltado. Moctezuma mandaba servirnos a cuerpo de rey, con alimentos y atenciones. Hoy, nuestra situación es torturante gravedad. En trance nos hemos visto de tragar las suelas de nuestras alpargatas, cocidas en agua salobre, para apaciguar el hambre que nos ladra y asoma entre los ijares. Seguramente por ello a muchos se les han aflojado los intestinos. Regresando de Tlatelolco, encontramos dos o tres perrillos de la tierra, de esos que los indios llaman joloscuintles o algo así. Estaban más flacos que las cuerdas del violín del Poeta. Con astucia de pícaros, logramos atraparlos. “El hueso es lo mejor del caldo”, hemos dicho en consuelo nuestro; que las tripas no ven si el ojo disimula. Teníamos muchos días sin comer carne; desde que sacrificáramos el caballo de Pedro de Solís; el cual se rompiera una pata en la trampa de indios, en un puente de la calzada de Tacuba. Esto, cuando la entrada a México, durante el regreso de Hernando. Tales hechos iba yo comentando con algunos compañeros de la comisión, cuando los mejicanos nos atacaron. Una lluvia de aullidos y de piedras cayó sobre nosotros. Fue tal la sorpresa que, a algunos nuestros mataron ahí y a otros hirieron. En la escaramuza me golpeó una piedra en la cabeza, pero ni por eso solté el perro trasijado que traía entre manos. Fue necesario que un piquete de compa-

ñeros de la caballería saliera socorrernos para llegar a refugio.

El golpe de la piedra me ha tenido en lecho por tres días, con fiebre y dolor de cabeza. Tres noches terribles, con los aullidos de indios repiqueteando en mis oídos, como picotazos de pájaro carpintero. Tres noches de pesadillas, en las que he visto, enorme y cercano, el arcabuz de don Gome apuntando a mi pecho. La niña que me acompaña desde Cholula y que, como he dicho antes, ha sido ya bautizada con el nombre de María Inés, me ha cuidado muy amorosamente. A ella debo la vida. Con remedios de hierbas de su tierra ha me desterrado la fiebre. Cuando el dolor de cabeza hubo agudizado, María Inés ha salido, con riesgo de perder la vida, para buscar entre la ciudad silenciosa el remedio que me cure. Ha ido por maitines, aprovechando el sueño de los suyos para no ser advertida. Regresó al anochecer, escurriéndose invisible y silenciosa entre las sombras. Trajo frutas frescas y una gallina de la tierra. Mostrándome una raíz morada, ha dicho en castellano, pues muy avisada es y ya empieza a hablar nuestra lengua: “Con esto se quitará a vos el dolor de cabeza; sólo ha de tomar un poco, porque mucho daña”. Me da a tragar una rebanada pequeña. El milagro sucede. El dolor desaparece, tras masticar su medicina. ¡Oh Cristo! siempre hemos dicho los castellanos: “hay mejores médicos aquí que en la España”. Esa noche pude dormir bien. Tuve dulces sueños como hacía tiempo no. He soñado nuevamente con doña Ana, que desde el alféizar de su ventana extiende hacia mí sus manos de rosas y me llama. Me dice, “la vida es redonda como una naranja”. ¡Ay, hermano Martín, las naranjas de Sevilla! ¡Oh, las tardes de infancia en el Guadalquivir!

Mañana por la noche habremos de abandonar México. Ya está decidido. Hernando Cortés ha hecho caso de las astrologías de Botello de Santander, nigromántico que vino con la armada de Narváez. Botello fue el que adivinó al capitán general, allá en la Villa Rica, lo que acontecía en México; lo del sitio en que nos tenían los del Moctezuma. Nuestro mago español ha dicho a Hernando: “esta noche o nunca, capitán”. Y le ha recomendado acolchar con trapos los cascos de los caballos. Aprovecharemos la ausencia de la luna para no ser advertidos. Si salgo con la vida, mi hermano, seré muy rico, pues llevo alforjas llenas.

¡Ah! olvidaba decirles que ha muerto Moctezuma. Este gran rey a quien su pueblo amó como si Dios fuera. Señor de México, de finos modales y dulce hablar. El de la tristeza en el rostro. Elegante en el vestir, y en el andar no menos. Dueño de vidas y tierras imposibles de contar. Persona que, al nombrarle tan sólo, ha hecho estremecer a amigos y enemigos; cuyos vasallos, aún los principales, indignos fueron de mirarle al rostro. Este hombre que nos ha colmado de oro y regalos desde nuestra llegada a la Villa Rica; al principio, tal vez por temor a encontrarse con nosotros; pero una vez ya en su ciudad, nos ha dado hospitalidad y comida y otras cosas más para aliviar nuestras necesidades. Que en su Tenochtitlan, como grandes señores habíamos disfrutado porque, “Malinche, sois embajadores de un gran señor, el rey de España, y tanto merecéis”. Este Moctezuma, a quien Cortés intentara convencer para que derribara sus ídolos y adorase al verdadero Dios. A quien tuvimos que apresar para asegurar nuestras vidas, en el mismo centro de la ciudad. A quien tomamos cautivo, en com-

pañía de los señores de Texcoco, Tlacopan, Iztapalapa y sus familias. Todo, para hacernos obedecer, pues era la intención de Hernando entregar al rey don Carlos la ciudad sin derramar sangre. Este gran señor mexicano que, tras la matanza de los guerreros principales ordenada por Pedro de Alvarado, ha tenido que salir, obligado por Cortés, a un balcón del palacio para rogar a su pueblo que no nos haga guerra. Este Moctezuma que al fin ha encontrado la muerte, según dicen Hernando y Alvarado, de manos de su propio pueblo. Que su gente, encolerizada, no ha querido escucharle y hale lanzado piedras y una de ellas le ha dado en la sien. Y que según dicen, a la chita callando otros soldados nuestros, ha sido el propio capitán general quien le ha mandado acuchillar. Y esto, dizque porque ya no le servía, pues su pueblo no le obedecía y tenía a nosotros en peligro de muerte.

¿Pero cuál ha sido, me pregunto hermano mío, la razón principal de la derrota de Moctezuma?

Y me contesto que, al igual que lo de la mazacuata y el cervatillo, esto ha sido cosa de encantamiento. Que si al cervatillo le ha entumecido la presencia descomunal de la serpiente; al rey de México le han sorprendido hasta el desmayo nuestros barcos, nunca antes vistos, frente a las costas de su reino, que montañas flotantes ha creído ver en ellos. Que si al cervatillo le ha cautivado el cuerpo oscilante de la sierpe, al parecer formado por mil anillos que no se ven pero que se adivinan bajo la piel y que lanzan destellos de tornasol ante la luz del día; al Moctezuma le habrán cautivado noticias de la nuestra artillería y de arcabuces; que como a dioses del trueno y del relámpago nos ha tomado. Que la inquie-

ta y rosada lengua de la serpiente ha sido al cervatillo lo que al Moctezuma las melosas palabras del nuestro capitán general, al contarle éste historias fabulosas de nuestro mundo, de nuestra España y de nuestro rey, que tanto le han embelesado. Como lo han cautivado también las velas de cera, los espejos y las tijeras que hemos traído y que por maravillas ha tomado. Y por último, que si el vaho ha jalado al cervatillo, no menos ha hecho el nuestro Cortés con el señor de México; pues con su discurso engañoso y amenazas lo ha convencido de que aprisionarlo es lo mejor para él y para nosotros. Por eso me pregunto, hermano ¿qué ha sido esto, sino artes de encantamiento?, que muy bien sabe de ello el Cortés. Pues desde que hemos pisado estas tierras, nos ha dicho que no debemos mostrar asombro ante los indios, de sus cosas y ciudades, por más asombrados que estemos. Y nunca mostrar cansancio o derrota, aunque cansados y derrotados estemos. Que quien de ánimos se rinde, de cuerpo pronto hará lo mismo. Y que no a eso hemos venido.

Y es todo lo que he de deciros de Moctezuma, hermano mío. Dios Nuestro Señor haya perdonado sus pecados. Desconozco si a última hora recibió el santo bautismo, de manos del padre Bartolomé de Olmedo.

Ruego a Dios que esta carta llegue algún día a vuestras manos. Aunque la escribo con pocas esperanzas, dados los peligros y amenazas que penden sobre nuestras cabezas. Antes de cerrarla me pregunto si saldremos con vida de esta ratonera. Si regresáramos, como lo ha prometido Hernando, será para tomarla por las armas, de una vez por todas. A esta ciudad a la que entramos hace algunos meses; convencidos de que vini-

mos en el nombre de Nuestro Señor Jesús Cristo, para salvar del infierno a tantas almas infieles que moran en ella. Convencidos, por el mismo Cortés, de que es servicio sin igual al rey don Carlos ganar la tierra. De que soldados españoles somos y no debemos deshonorar, con la derrota, la sangre del Cid ante gente tan vil.

Dejaré esta carta en manos de mi niña india. Ella sabrá, mejor que yo, ponerla a salvo mientras nos liberamos del sitio.

Escrita que fue en México el día de San Silverio, que es a los treinta días de junio, de mil y quinientos y veinte años.

Gonzalo de Mérida.

Gonzalo selló la carta con cera de abejas silvestres, adquirida por María Inés en el mercado de Tlaltelolco. La escritura de ésta, era una de las últimas actividades que haría en la hermosa Tenochtitlan, antes de abandonarla. Sólo restaba esperar a la media noche para salir de la trampa mortal en la que se había convertido la ciudad. Buscó a la niña en los aposentos de mujeres de los capitanes. La encontró en compañía de Marina, de Isabel de Alvarado y de otras. Advirtió las caras compungidas de todas ellas, menos de la intérprete. Sus rostros trasminaban incertidumbre por la inminente huida. Gonzalo entregó la carta a la joven y pidió la guardara. María Inés asintió con la cabeza y, de entre sus cosas, sacó un pequeño bolso, finamente elaborado con el carapacho de un armadillo. Dentro de éste guardó la carta. A Gonzalo llamó la atención aquel objeto, producto de las hábiles manos y de la sensibilidad creadora de los artesanos mexica. A pesar de las preocupaciones de los

últimos días, “aún quedaba espacio para la contemplación artística”, sentiría a su modo Gonzalo.

Marina advirtió el interés del soldado español por el bolso. Sonrió y dijo:

—Protegerá la carta de la lluvia.

—Doña Marina —expresó Gonzalo—, sois la única que al parecer no tiene miedo.

—Todo saldrá bien, Gonzalo. Confiad en Jesús Cristo.

Gonzalo se retiró del aposento pensando en que Marina, entre otros de sus quehaceres, tenía el de tranquilizar a sus protegidas.

Se encaminó hacia el patio, improvisado como caballeriza. Quería revisar su caballo, procurarle algo de agua. Por el trayecto pensaba en la carta que recién había escrito; también, en las notas de campo adjuntas. Quiso repasar éstas, tal vez por apartar la mente de los acontecimientos que se avecinaban.

Puso sus pensamientos en la salida de Cholula, a principios de noviembre del año pasado. El inicio de la expedición hacia Tenochtitlan, acompañados de los cargadores y guerreros tlaxcaltecas, que sumaban más del millar, según calculaba. Acompañados también por los emisarios mexicanos, que luego de la guerra con los tlaxcaltecas ya no se les separarían, tratando de disuadirlos de que vinieran a México, con advertencias y regalos. Recordó el lento ascenso a las montañas y su tránsito entre el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, centinelas sempiternos del Anáhuac; el Paso del Águila, como le llamaban los naturales. Y desde ahí, rememoraba la visión del Valle de México, con sus lagos centelleantes, sus campiñas verdes de maíz y sus pueblos de casas encaladas. La hospita-

lidad de las villas por las que iban pasando, obsequiosas de techo y alimentos, por orden del señor de México. La llegada, al fin, a las goteras de la hermosa Tenochtitlan, la ciudad lacustre de los mexica. Recordó también la última noche de aquella semana del viaje, pernoctando en la blanca y pequeña Iztapalapa, la ciudad de las chinampas, los huertos y los jardines. Y al día siguiente, el enfilamiento hacia la ciudad sagrada de Moctezuma, por la amplia y larga calzada de Iztapalapa. El asombro de él y de sus compañeros por aquellos lugares que rebasaban su imaginación. Asombro bien disimulado, por órdenes de Hernando. Pero asombro también de los mexica, que a pesar de la prohibición de su señor, habían salido en masa para mirar la entrada de aquellos hombres extraños, que los mantenían en ascuas desde hacía meses.

De la caballeriza, regresó a su aposento. Había dormido escasamente la noche anterior, por el ataque prolongado de los rivales. Ahora, el sueño y el hambre le hostigaban. Tenía que dormir un poco para recuperar las fuerzas, pensó. Durante la huida, las iba a necesitar.

No le fue difícil sucumbir a las invitaciones de Morfeo durante esa tarde de cielo encapotado, amenazante de lluvia. Durmió profundamente por algunas horas, sin sobresaltos. Pero en la parte final de su descanso, soñó que de su cuerpo se desprendía otro ser idéntico a él. Otro Gonzalo de Mérida que, iracundo, le imputaba, reclamaba:

—¿Cómo, por Cristo, habéis sido un gilipollas? ¿Cómo es que habéis echado a perder la vida nuestra? ¿De qué manera habéis lanzado por la borda la familia, la patria, y ahora estáis a punto de hacerlo con la nuestra existencia? ¡Sois cabeza de pollo!

—¡Eh! ¡Para ahí, bellaco! ¿Quién sois, que de manera tan ruin a mí habláis?, —contestaba el Gonzalo verdadero.

—No finjáis demencia... que soy tu otro yo, cabeza hueca.

—¿Otra vez a las ofensas? ¡Desenvainad la espada, que os enseñaré modales, inmundo perro del mal!

—No seáis tarugo, por el amor de Dios. Lo que ahora importa es la carta.

—¿Cuál carta?

—La que habréis de enviar a Martín, en llegando a la Villa Rica. ¿La habéis revisado? ¿Habéis puesto todo en orden, en las notas de guerra?

—Todo he puesto ahí: la entrada victoriosa de nuestro ejército sobre la gran calzada; encabezada galanamente por nuestros capitanes Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de León. Caracoleando sus caballos, haciéndolos estornudar y sonar sus cascabeles. Caballeros ataviados con armaduras de hierro y alabardas de puntas afiladas. ¡Ah cuántos ayes de temor les han arrancado a los indios!

—Y ¿el estandarte?

—Atrás de ellos. Cristóbal del Corral, nuestro alférez, lo enarbolaba ostentoso, arrancándole destellos tornasoles en su ondear. Y tras de éste, la infantería, blandiendo sus espadas toledanas.

—¿Y enseguida los ballesteros y arcabuceros, que parecían apuntar a los curiosos?

—Sí. Y en la retaguardia, el capitán general, don Hernando Cortés, acompañado de algunos de a caballo, entre ellos, tú, Gonzalo de Mérida. Pegada a éstos, la servidumbre y las mujeres esclavas, obsequio de los

pueblos vencidos. Atrás de ellas, los tamemes de Tlaxcala, cargadores del fardaje y la artillería, de falconetes y culebrinas.

—¿Cerraban el contingente los guerreros aliados de Tlaxcala, aullando y vociferando horriblemente?

—Sí. Y con los rostros pintados de la guerra.

—¿Y de la entrada a la ciudad lacustre, escribisteis?

—También. Y de las casas magníficas, de una o dos plantas y terrazas. El lago plagado de canoas llenas de gente, a un lado y otro de la calzada. Los puentes levadizos. Los imponentes templos. Una ciudad más hermosa que Venecia, al decir de algunos compañeros. Digna de un regalo para nuestro rey don Carlos.

—¿Y del encuentro, por fin, con Moctezuma?

—Y de la elegancia del monarca, cargado en una estera; ataviado muy galano, con vestidos de algodón; adornado de joyas y rica plumería, de plata y oro. El saludo a Cortés. El intercambio de regalos. La bienvenida del señor de México con dulces frases en su lengua, interpretadas por Marina: “Bienvenido seáis, Malinche, a vuestra casa. Estáis fatigado. Aquí descansaréis”.

—¿Y del alojamiento vuestro en el palacio de Axayácatl, extinto rey y padre de Moctezuma?

—También de eso escribí. Y de los días de descanso. Días de reconocimiento de la ciudad, de la gente, de sus costumbres, de su religión. De largas pláticas de Hernando y Moctezuma. Las incursiones al centro ceremonial, al lago, al mercado de Tlatelolco. Los días aburridos por la inactividad.

—¿Y de las sospechas de haber caído en una trampa?

—¡Ay! Y también de la escaramuza en las cercanías de la Villa Rica, en la que un cacique y su gente, parcia-

les de Moctezuma, dieron muerte a Juan de Escalante y otros compañeros. Y la reacción de Cortés, secuestrando a Moctezuma y exigiendo castigo a los culpables. La orden del monarca de México, para que se trajese presos a éstos. La exigencia de Hernando para que, como escarmiento, se llevase a la hoguera a los desdichados, frente al templo mayor.

—¿Y del cautiverio y encadenamiento a Moctezuma?

—También a los reyes de Texcoco, Iztapalapa, Tacuba y otros nobles, por nuestra seguridad. De los planes de Cortés para entregar sin guerra el reino mexicano al rey de España.

—¿Y de la llegada de Pánfilo Narváez, para exigirle cuentas a Cortés, también escribiste?

—Sí. De la salida de Hernando para combatir a Narváez. La derrota y aprisionamiento de éste, allá en la Villa Rica.

—¿Y de la matanza de los nobles, ordenada por Pedro de Alvarado, mientras festejaban a su dios?

—¡Ay! Y el ataque del pueblo mexicano, arrinconándonos con piedras y con palos.

—¿Y del regreso de Cortés y su ejército aumentado?

—Sí, también lo escribí. Y de la petición a Moctezuma, para que aplacara a su pueblo.

—¿Y de la liberación de Cuitláhuac?

—Los indios lo entronizaron para hacernos la guerra.

—¿Y de la muerte de Moctezuma?

—¡Ay!, ha me dolido su muerte.

—¿Por qué?

—Cultivaba amistad con él. Sobre todo cuando me mandaba Hernando a que le entretuviese, le compitiese en los juegos del totoloqui y patoli. Y en una ocasión, en que estaba también Marina, me regaló una joya.

—¿Cómo ha sido eso?

—Él llevaba sobre la muñeca una pulsera de oro. En ella estaba grabado un dibujo. Era de una culebra haciendo rueda y se mordía la cola. Me dijo que era el tiempo. Que estos momentos que hoy vivíamos, ya habían pasado, y que se repetirían. Que, el tiempo es redondo, un eterno volver al principio. Así dijo Marina que había dicho Moctezuma, en su lengua.

—¿Y?

—Me preguntó si gustaba de la pulsera. Yo asentí con la cabeza. Él sonrió y se quitó la joya. La acercó a mí y dijo: “Es vuestra, don Gonzalo”.

XIV

Al fin llegamos a nuestro destino. Estaba anocheciendo. El cambio de estación se anunciaba en oleadas de viento fresco. A orillas de una aldea, nos recibió un anciano, notablemente complacido con la presencia de Teuhtli. Nos ofreció un brebaje de hierbas, frijoles y tortillas. Después de comer y charlar, el hombre nos instaló en una choza, vecina a la suya. Ahí pernoctaríamos. Era mi primera noche en la región de los orígenes, mi primer sueño en la cuna de los mexica. ¡Aztlán!, me dije y suspiré. De aquí habían partido un día, pensé, los antepasados de mi madre. ¿Mi madre? La recordé en esos momentos. ¿Vivirá? ¿Cómo se encontrará? ¿Estará con ella mi hermana? Negros pensamientos me ocupaban, pero el cansancio dominó mi angustia y fui presa del sueño. Esa noche soñé que mi padre venía y acariciaba mis mejillas, como lo hiciera en los años primeros de mi infancia. Yo me abrazaba a su cuerpo fuertemente, como para que le fuera imposible separarse de mí al despertar. Abrí los ojos, desperté entre chirridos de insectos, me sorprendí llorando. La sensación de la presencia de mi padre estaba fresca aún. Tomé conciencia. Era un dulce sueño. Traté de calmar el llanto silencioso que anidaba en mi garganta. Una abertura en el techo de palmas de la choza, que delataba al cielo tachonado de estrellas, me distrajo. “Una de tantas pequeñas lucecitas, —pen-

sé, casi aseguré—, eres tú, valiente padre mío”. Tan orgulloso me sentí de ser hijo de Océlotl.

El sueño me cazó por segunda vez. Desperté al amanecer. La puerta del jacal se abrió y en el umbral apareció Teuhtli, con indicios de un baño reciente.

—¡Arriba, Xicote!, —exclamó—. Es tiempo de meterse en las aguas del río. Te hará despertar completamente.

Le obedecí, y al trasponer la puerta de la choza, un mundo maravilloso salió a mi encuentro. La aurora tendía rosada red en lontananza, en su afán de atrapar hilos de plata que a su paso dejaban las estrellas. La vida hervía en coloridos vuelos de pájaros y de guacamayas, en trinos de aves, en inmensas nubes de garzas blancas y rosadas, que cubrían los márgenes del río. Miles de insectos volaban en todas direcciones, con la selva espesa y verde, en partes oscura aún, como lienzo de fondo. Me vino en mente el tlalocan, una de las trece regiones en que está dividido el cielo, según las enseñanzas del Calmécac. El tlalocan, la región habitada por Tláloc, dios de la lluvia, y por Chalchitlicue, diosa de las aguas. La región de las felices almas infantiles, donde todo es juego y diversión; donde nunca falta el alimento, porque los árboles exudan leche y miel. El lugar lleno de trinos, de agradables aromas y de mariposas. Me sentía encantado, como si hubiera tomado un brebaje mágico. Nuevamente la voz de Teuhtli me plantó en la realidad:

—Date prisa, Xicote. Tenemos mucho por hacer.

Pasaba el tiempo.

Cierto día llegó un hombre de edad madura que se instaló a las afueras de la aldea. Levantó una enramada

y, sin mediar tiempo, se ocupó en esculpir figuras en madera.

—Es el diosero, —dijo nuestro anfitrión, al notar mi curiosidad por el recién llegado—. Cada cinco años viene, para reponer los dioses de la comunidad.

Mudé mis juegos de niño por el gozo de mirar el arte del recién llegado, por escudriñar el hábil movimiento de sus manos, por tratar de adivinar sus misterios. Tan temprano como podía, me plantaba ante su área de trabajo para observarle. Al hombre no parecía disgustarle mi presencia, sino al contrario. Una mañana abandonó su mutismo y preguntó:

—¿Te agradaría ayudarme?

Desde entonces, permanecía a su lado, sirviéndole, primero, como buscador de materiales: arenas, piedras especiales para pulir y trozos de madera. Después, me adiestró en el uso de sus herramientas, que eran filosas hachas de obsidiana y navajas diversas del mismo material y sílex. Con él aprendí a desbastar la madera, a pulir y a realizar delicados cortes.

—Aprendes pronto, —me dijo un día—. Es tiempo de que busques un madero y hagas tu primer trabajo.

Corrí emocionado a la orilla del río, en busca de un leño a mi gusto. Escogí uno, blando y de color claro. Lo llevé al patio. Me puse a rebanarlo. El hombre, que no cesaba en su tarea, miraba de vez en cuando mis esfuerzos. Al fin, se acercó para preguntar:

—¿Qué haces, Xicote?

—Lo que has sugerido, mi primer trabajo.

—Pero, ¿has dado vocación a tu escultura?

—¿Qué quieres decir?

—Esto. Ven y mira. Entremos a la choza.

Abandoné mi actividad y le seguí. En el piso de su jacal miré una serie de esculturas. Tomó una entre sus manos y dijo:

—Ésta es la representación del dios de la lluvia. Un dios de abundancia, por eso es barrigón, para poder dar. Su gran barriga es como la de un cántaro. Y mira ésta —continuó—, es la madre tierra; la que alimenta a todos sus hijos, plantas, animales, hombres. Es también una diosa de abundancia, para poder dar. Por eso sus pechos son enormes, sobresalen de las demás partes de su cuerpo ¿Ves ahora a este dios-conejo? Es símbolo de fertilidad. Por eso su falo es descomunal. Todas las esculturas-dioses tienen una vocación, una inclinación que manifiesta su naturaleza. No debes pasarlo por alto al hacer tu primer trabajo. ¿Entiendes?

—Y muy bien.

—Entonces, empezarás por el principio. Toma esta pieza de papel amate y el carboncillo. Comienza esbozando tu idea.

El nuevo conocimiento, adquirido de labios del diosero, hinchó de felicidad mi corazón. Tomé los instrumentos que me ofrecía y corrí hacia la sombra de un árbol, con el propósito de realizar mis trazos cuanto antes. Empezaba a dibujar, cuando el hombre llamó de nuevo mi atención:

—¡Eh muchacho! Antes que a las manos, debes pensar. ¿Tienes ya en tu mente la idea?

—Completamente no, —contesté—. El hombre tenía razón. Así es que dejé papel y carboncillo y dediqué esa tarde y noche en comenzar por el principio, a pensar.

Por la mañana siguiente tenía clara la idea. Había decidido honrar a mi padre, como valiente guerrero ascendiendo al cielo. Pensaba que era un poco de lo que yo podría hacer para evitar que su espíritu cayera al Micltlán, el oscuro y bajo reino de los muertos.

La religión mexicana enseñaba que los valientes guerreros, caídos en el campo de batalla, no morían por siempre; sino que, transformados en colibríes, ascendían al cielo para empujar al sol en su recorrido diario. Tenía ya la advocación de mi escultura. Sería un fuerte guerrero-colibrí, de enormes y poderosas alas, desplegadas hacia las estrellas.

Algunas lunas después, cuando hube terminado mi trabajo, lo llevé ante el diosero. Al revisarlo, el hombre me dijo que había aprendido mucho. “Y tanto aprenderás, si sigues a mi lado; porque estaré un año más aquí”.

Durante mi estancia en Aztlán aprendí a cultivar el maíz, el frijol, la calabaza; a obtener alimento del mar y del estero, utilizando redes y trampas. Por algunos días, cuando las labores agrícolas habían finalizado, Teuh-tli visitaba las comunidades aledañas. En tanto, yo me entretenía en juegos y actividades, en compañía de los chicos de mi edad. Con ellos aprendí a construir pequeñas embarcaciones ahuecando el tronco de árboles, a navegar, a nadar con rapidez, a pescar con varas largas y flechas. Aprendí a cuidarme del lagarto y de la boa. En compañía de mis nuevos amigos, escalaba el tronco de las palmeras y otros árboles. Atrapábamos en sus nidos a polluelos de patos y pajarillos. A los pericos adiestrábamos para que repitieran algunas palabras. Había aldeanos tan hábiles en estos menesteres que, sus mascotas sabían repetir hasta diez vocablos. También les enseñaba-

ban a silbar y a reproducir fragmentos de cancioncillas. Conocí a un lugareño que tenía domesticada a una parvada de estas avecillas. Le seguían a donde fuera, revoloteando sobre su cabeza. Durante los días de tianguis o mercados regionales, eran muy apreciadas estas aves parlanchinas.

Pero no sólo aves se domesticaban en Aztlán; sino que también mapaches, tlacuaches, venados y jabalíes. Vi a más de alguno con cachorros de puma y de jaguar, que a medida que crecían, les devolvían su libertad o los mantenían cautivos.

Asistía, acompañado de Teuhtli, a los diversos tianguis regionales. En ellos conocí plantas, animales, frutos, alimentos y objetos antes no vistos por mí. Los mercados eran un deleite para los sentidos. Aprendía mucho en éstos. Además, podía adquirir, por trueque, lo que me gustara.

Recuerdo haber trocado una de mis esculturas de madera por una hermosa capa de algodón y un collar de chalchihuites, preciosas piedras verdes. Por cierto que Teuhtli se alegró, me dijo:

—¡Ah!, de verdad que eres buen comerciante. Deberías preguntarte por cuál es tu genuina vocación.

—¡Oh, no!, yo quiero ser pensador, como tú.

Recuerdo que los dos reímos.

Era muy feliz, en las alejadas tierras del poniente.

En ocasiones, llegaban noticias de México-Tenochtitlan. Noticias que venían rebotando de población en población y que algún viajero, al pasar por la aldea, nos daba a conocer. Otras, las traía el mismo Teuhtli, al regreso de sus viajes continuos. Entonces, los miembros de la comunidad sentábamos en amplio patio, al

anochece, alrededor del fuego. Allí hablaba el portador de las noticias, terribles casi siempre. Su rostro, teñido por los colores amarillento y rojizo que la fogata lanzaba, imprimía dramatismo singular a lo narrado. Con el aliento entrecortado, escuchábamos acerca de los acontecimientos siniestros que habían caído sobre el señorío del Anáhuac, cuales si fueran tzitzimime, demonios descarnados de la noche. Merced a esas noticias, retrasadas por la lejanía y adulteradas en tantas lenguas que las iban modelando, nos enterábamos del avance de los extranjeros. De cómo poco a poco se iban apoderando del reino y de la voluntad de Moctezuma. Fatales sucesos, sin que el ejército mexica ¡oh dioses!, hiciera algo para impedirlo. ¡Guerreros águila! ¿Dónde están? ¿Dónde, guerreros jaguar? me preguntaba en silencio, presa de escalofríos.

Por aquellas noticias, una noche nos enteramos del aprisionamiento del uey tlatoni, en su propia ciudad. ¿Cómo y por qué había sido posible que los extranjeros penetraran hasta el corazón de Moctezuma; hasta el corazón del pueblo mexica? ¿Por qué se había permitido tal despropósito?

Recordé, entre lágrimas, el lienzo rojo que cubriera hombros y pectorales del señor de México, durante el Encuentro del Canto Florido.

Según las noticias, los hechos habían ocurrido así:

En la costa de oriente, el ejército de Quilpopoca, señor de Nauhtla y súbdito de Tenochtitlan, en una batalla contra los castellanos apostados cerca de ahí, había dado muerte a varios de éstos, y a otros más de sus aliados totonacas. A un prisionero castellano habían decapitado y enviado su cabeza a Moctezuma, con el propósito

de mostrar al señor de México de que los teules eran mortales.

Al saber esto, el capitán de los extranjeros había tomado preso a Moctezuma, culpándolo de los hechos y obligándolo a que hiciera escarmiento en los matadores de teules. El señor de México había ordenado traer, en calidad de prisioneros, a Qualpopoca y sus principales guerreros. Una vez en la ciudad lacustre, los había entregado a los castellanos.

El capitán de los extranjeros ordenó que se preparara una hoguera, con lanzas y flechas del ejército mexicana. En tal hoguera fueron quemados vivos Qualpopoca y sus principales guerreros. Esto, a la vista del pueblo mexicana.

Nos enteramos, asimismo, de que una mujer de nuestra raza acompañaba a los extranjeros. De que ésta daba informes de todo y les servía de lengua para que pudieran comunicarse con amigos y enemigos del reino. Con Moctezuma mismo. “Esta mujer se llama Malinalli”, había dicho el informante, en un momento de su relato. “Es muy inteligente, pues habla la lengua de los extranjeros; siempre está al lado de Malinche, capitán de los teules”. En el instante en que el narrador pronunciara el nombre de la mujer, una exhalación escapó de mi boca. Fue un ¡ah! sordo, apenas perceptible. Malinalli, recordé, es el signo del duodécimo día del calendario mexicana llamado tonalpohualli, calendario de la adivinación. El que marca el destino de los hombres y mujeres desde su nacimiento. Malinalli es también nombre de mujer y significa hierba torcida.

La palabra Malinalli me hizo recordar un relato que me contara mi madre acerca de los orígenes del pueblo mexicana. Mi madre contaba que:

Según la tradición, en los primeros tiempos, cuando nuestros antepasados vivían en Aztlán, una noche el dios primitivo Mexitli habló en sueños al supremo sacerdote. Le dijo que habían de aprestarse para emigrar, pues poderosos enemigos vendrían del norte, amenazando su existencia. Le dijo que a su tiempo les señalaría el lugar donde habían de establecerse, la tierra donde serían prósperos y grandiosos. Cuando el sacerdote comunicó el mensaje divino, gran parte del pueblo se negó a salir de Aztlán. Les causaba dolor abandonar su hermosa región. Preocupado, el sacerdote preguntó a Mexitli qué hacer ante los renuentes. Éste le dijo que ordenara la fiesta del baño, en honor a él y por la buena cosecha. Que advirtiera a sus parciales de que no entrasen al mar, y cuando los otros lo hicieran y estuvieran confiados, les dejaran ahí; no sin antes robarles las ropas, para que por vergüenza no pudieran seguirlos. El sacerdote y sus partidarios obedecieron a su dios. Cuando los renuentes se dieron cuenta del engaño, gran pesar tuvieron de ello. Las familias se habían separado, marchándose unos, quedándose otros. Una mujer, llamada Malinalli, malévola hechicera, que se decía hermana del dios, era quien aconsejaba y controlaba al grupo que había quedado en el mar. Enojó mucho y juró castigar a sus hermanos, por haberlos abandonado. Desde entonces, sólo vivió para vengarse.

El grupo obediente a Mexitli, desde entonces se llamarían mexica, según la voluntad del dios. Luego de años de marcha, llegaron hasta un lago. Ahí se asentaron, establecieron sus sementeras. Pero al tiempo, fueron alcanzados por Malinalli y sus parciales.

Una mañana, cuando los dos guerreros guías de los mexica andaban cazando, encontraron un águila de vistoso plumaje. Estaba posada sobre un cacto. Era un ave tan notable y nunca vista que, los caudillos quisieron cazarle. Uno de ellos disparó su flecha pero el águila la atrapó con una de sus garras. El otro guerrero estaba por disparar, cuando el ave misteriosa les habló:

—Para demostrarle mi poder, con lo hecho basta. No tiren más, que soy su hermana.

Dicho esto, se transformó en mujer, y los guerreros reconocieron en ella a Malinalli. Enojados por la afrenta, le dijeron que bien merecía la muerte por burlarse de ellos. La hechicera les contestó que si seguían con su intento de matarle, lo hicieran; pero les advirtió que caro lo pagarían, pues recibirían venganza de ella. Los hombres se retiraron con mal sabor de boca, dejando en el campo a la mujer.

Un tiempo vivió entre ellos la hechicera, ganando adeptos merced a sus negras artes. A quienes no la querían ni obedecían, mandaba a las alimañas para que les picara; pues tenía dominio sobre éstas.

En otra ocasión, recordando la afrenta que los dos caudillos le hicieran sobre el cacto, Malinalli se vistió a la usanza guerrera y, pensando humillar a aquellos, les buscó. Les hizo rostro y dijo: “Si están pensado que la contienda que tienen conmigo es lo mismo que con una mujercilla común y de poco ánimo, están engañados. Soy esforzada y varonil. Además de mi nombre, con el que me conocen, tengo otros cuatro, en los que han de advertir mi poder y el daño que puedo hacerles. Estos nombres son mujer serpiente, mujer águila, mu-

jer guerrera y mujer hechicera. Y si quieren probar en hechos mis palabras, aquí salgo al desafío”.

Los guerreros no se intimidaron frente a la arrogante Malinalli. Antes, respondieron: “Si eres tan valiente como te pintas, nosotros no lo somos menos; pero eres mujer y no hemos de dar pie para que se diga de nosotros que peleamos contra mujeres”.

Sin decir más, se alejaron de ella, cuidándose de hablar del caso, para evitar que entre el pueblo se supiera. Pero la hechicera no paró ahí y seguía incomodando a los mexica.

El dios Mexitli les recomendó que abandonaran a Malinalli y sus parciales cuando estuvieran dormidos. Y una noche así lo hicieron. Al despertar, la hechicera se vio sola nuevamente. Encolerizada por el engaño, volvió a jurar venganza.

Pasaron los años y, sería por la osadía de nuestros abuelos mexica o porque su dios así se los ordenara, un día se asentaron en muy buena tierra; que es en las faldas del cerro que hoy llamamos Chapultepec, propiedad de un rey poderoso. Nomás ahí fueron a quedarse, sin pedir permiso, confiando en sus fuerzas y en su dios. Y dice la tradición que Malinalli, al darse cuenta de que allí se encontraban sus odiados hermanos, fue a meter discordia contra ellos en los pueblos aledaños, acusando a los mexica de dañinos y peligrosos. Así, un mal día tres ejércitos dieron en contra de nuestros abuelos, desbaratándolos y reduciéndolos a la esclavitud. Pero antes de esto, en plena batalla, su dios hizo saber a los mexica de quién había sido causante de aquella desgracia. Les informó que en un peñón vecino se encontraba Copil, el hijo de Malinalli, observando el desbarate de los ene-

migos de su madre y haciendo burla de ellos. Un esforzado guerrero mexica acudió hasta donde se encontraba el traidor y, abriéndolo por el pecho con su pedernal, le arrancó el corazón. Lo fue a arrojar al gran lago salado, en el sitio indicado por el dios. Dice la tradición que en ese lugar, y del corazón de Copil, nacería tiempo después el nopal sobre el que los mexica encontrarían el águila devorando a la serpiente. La señal del dios para su establecimiento definitivo.

Luego que la guerra terminara, al enterarse Malinalli de lo acontecido a su hijo, enloqueció de dolor y se perdió en los montes, jurando venganza. Decían los viejos que Malinalli habría de regresar.

Tal el relato que me platicara mi madre.

Los días pasaban, ligeros como flechas. Volaban, como tórtolas perseguidas por el gavilán. Tan feliz era en Aztlán que, no reparaba en el tiempo y me olvidaba durante largos períodos de mi tierra natal. Mas, uno de aquellos dichosos días trocó su miel por el jugo de esa fruta que en México llamamos amargosa. Unos comerciantes, que regresaban de largo viaje, trajeron noticias del Anáhuac. Noticias que llegaban a nuestros oídos, como siempre, con atraso. Algunas eran terribles: Moctezuma había muerto en cautiverio. A su muerte, los mexica habían ungido a su hermano, Cuauhtláhuac. Bajo su mando, el pueblo de México al fin arremetía contra los invasores. Éstos, en su huida, habían sido casi exterminados.

Esa noche miré a Teuhtli, recogido en soledad, apartado y triste. A distancia le observaba, sin acercarme siquiera. Algo en mi corazón decía que no le im-

portunara. ¿Estaría elevando una plegaria por el espíritu de Moctezuma? ¿Declamaba en susurros el poema de Nezahualcóyotl, el extinto rey-poeta de Texcoco?

Con flores escribes, Dador de la vida

Con cantos das color,

Con cantos das luz y sombra a los que han de vivir en la tierra.

Después destruirás a jaguares y águilas,

Sólo en tu libro de pinturas vivimos,

Aquí sobre la tierra.

Con tinta negra borrarás

Lo que fue la comunidad, la nobleza.

Con cantos y flores perfilas a los que han de vivir en la tierra.

Me alejé. Teuhtli quedaba a orillas del río, su gran amigo. Unos pasos adelante, torné el rostro para mirarle. La luna plena, con su luz lechosa y fría, amamantaba al mundo y hacía retroceder a las tinieblas hasta los recovecos de la selva. Esta luna que iluminaba todo, a los montes, al río, a Teuhtli... Como una estela milenaria permanecía el maestro frente a la mansa corriente. Me alejé. Decidí esperarle en la choza. Por el sendero, pensaba en el retiro de los extranjeros. Al fin se habían marchado los teules, me decía, me reconfortaba. ¿Podría regresar con los míos?

Un chillido de muerte, que desgarró el silencio de la noche, me arrancó de mis cavilaciones. Me estremeció como a una telaraña. Apresuré el paso, cayendo en cuenta de que en algún rincón de la floresta, un tecolote había hendido sus garras en el dulce pájaro tzacuán.

XV

Martín mío:

Si ahora tomo pluma y papel es sólo por compromiso con vos, que ánimos no tengo. La amargura nos raspa las gargantas y la humillación nos machuca los cojones. No es para menos, pues los mejicanos nos han desbaratado. Matado nos han la gente nuestra, de cuatro partes, tres.

He sufrido estos últimos días como si fueran pesadillas, que no los tengo precisos o la memoria se niega a esclarecerlos. Hay en nuestro real un ambiente de “ya nos llevó patas de cabra; mejor hubiera sido estarnos en Cuba, creciendo bienes en la crianza de marranos y no aquí, entre indios bravos y biliosos”. Así murmuran, baja la voz, los velazquistas, que a la primera piedra en la alpargata quieren regresar por donde han venido. Quien no pierde la compostura, ni suda ni se acongoja es Cortés. Lo primero que ha hecho, luego de llegar a resguardo, tras varios días con la indiada mordiéndonos los talones, es soltarnos un discurso filoso con que nos ha encuerado el hacha. Nos ha dicho así:

—Al soldado español no se le caen las pelotas al primer descalabro. La guerra no es miel y leche. Bien sabíamos a lo que veníamos. Y lo que es por mí, me doblo pero no me quiebro. No deshonraré la sangre del de Vivar, que corre por las venas españolas, parando cola

ante ésta gente. Bien sabemos que Roma no se hizo en un día ni comiendo zarzamoras; ni al César temblaron las corvas al cruzar el Rubicón ni al macedonio Alejandro se le arrugó el pellejo ante los persas. Que la guerra es cosa de hombres. ¿Creen vosotros que hará gracia a nuestros aliados tlaxcaltecas dejar las cosas como están? ¿Así, cuando los hemos comprometido en una guerra de todo o nada contra sus enemigos? Que siendo nuestra fuerza y bravura lo que los tiene al lado nuestro, si ahora nos ven débiles y cobardes, no tardarán en darnos contra. Y si lográsemos llegar a Cuba o a España, ¿qué nos espera allá si no la cárcel o la horca? ¡Arriba pues los ánimos, soldados españoles! ¡Que a vuestros rostros asome la confianza en nuestras fuerzas y la fe en la Santísima Virgen María! Que hemos de regresar a Méjico y no salir huyendo. No dispensemos a los compañeros caídos tal vejación y mal servicio al Señor Jesús Cristo y al rey don Carlos. Que preferible es la muerte y no la deshonra al salir de estas tierras corriendo como viles cobardes; burlados por estos perros mejicanos. Descansad por ahora, valientes soldados españoles. Restañad vuestras heridas entre la generosidad y amparo de nuestros amigos. Que la fortuna es rueda y así como quita, da. Pronto vendrá la victoria. E juro por Santiago apóstol que no descansaré hasta tomar Méjico.

¡Dios mío, hermano Martín! ¿Qué tiene el dicho Hernando que parece poseído por el ángel de la fe y nos azuza y levanta, cuando aún no cierran las heridas? ¿Qué ánimos lo impulsan para hacer de tripas corazón, cuando recién abandonamos Méjico en llaga viva? Mas como dice el refrán, “en las desgracias asoman las gracias y en las actitudes, las virtudes”. Y no han faltado

valientes capitanes que al Cortés aplaudan y secunden en las palabras suyas. Justo es mencionar entre ellos al tal Gonzalo de Ávila, fiero como león herido; al Cristóbal de Olid, crecido cual toro empuyado. Aunque, a decir verdad, no en todos ha hecho mella el airoso discurso del capitán general. Pues ¿qué decir de los que con el Pánfilo de Narváez vinieron? ¿A los que, luego de desbaratarlos en los médanos de la Villa Rica, el Cortés con su canto de pajarito ha convencido para que le acompañasen a Méjico, “a recoger oro a puños”? A más de uno de éstos escucho que le juzgan de algodón largo y le acusan de pretender arrastrarnos al infierno; en el cual han de estar, dicen, nuestros compañeros, caídos en los lodos de la laguna. Veo a estos panfilistas remolineándose; inquietos ante la incendiaria voluntad del capitán general por volver a Méjico. Y están que no les cabe una paja en el pedorro, del puro miedo. A estos mismo panfilistas que, a la hora de salir huyendo, se llenaron las bolsas con el oro; de aquel montón que no pudimos acarrear completo, por ser gran carga y peso. Oro, del que gran parte no alcanzó a salir de Méjico y sepultado quedó junto a los muertos nuestros. Oro, del cual el quinto real venía en lomos de una yegua golondrina que, luego del despelote, jamás apareció, a no ser en nuestros sueños y pesadillas. Oro que, en parte mínima, ha sido salvado por los que sobrevivimos. Oro que ahora nos reclama Hernando, dizque para enviar a España, y así comprar armas, caballos y voluntades en la corte. Que los huevos, dice, no habremos de poner en un solo nido. Oro que hemos decidido regresar a la empresa, causando descontento y desencanto entre los parciales de Velázquez y Narváez. Y yo, hermano

mío, ¿adivináis cómo me siento?; que el oro tan luego aparece como desaparece, repitiendo la historia. Que si golondrina ha sido la yegua del quinto real, no menos golondrinos han sido nuestros dineros y nuestra suerte también.

Miro a mi patrón don Pedro, ¿don piedra?, impenetrable y duro. ¿Adivinará sobre sí los pensamientos de todos, que le culpan del despelote? ¿Que ni se atreven a mirarlo!, que no osen posar en él sus miradas-dardos. No os arriesguéis a sufrir sus miradas-uñas, pues es tigre herido que muestra garras y colmillos. Es sierpe recogida en sí, enroscada y presta al ataque; pronta a inyectar veneno ante la primera provocación. Que no se atrevan con este hidalgo extremeño a quien se le encargó, en el plan de retirada, la tercera sección del contingente. La retaguardia. La única que no alcanzó a pasar el boquerón de la calzada, donde estaba el puente desbaratado por los indios. A este De Alvarado que, al lado de la gente a su cargo, luchó a brazo partido en noche oscura y lluviosa, entre el estruendo y la gritería. Al que, junto a reducido grupo, entre ellos yo, librase el boquerón de la calzada, pisando sobre gente y caballos muertos, de los que estaba harto. A este Pedro de Alvarado, a quien algunos aseguran haber visto saltar el puente roto, apoyado en una alabarda, a manera de pértiga. Hecho al que se refieren burlescamente los velazquistas como “el salto de Pedro de Alabardo”. A este airoso capitán, a quien el propio Hernando Cortés pareciera reprocharle haber salvado la vida, cuando le preguntó ¿Capitán, qué ha sido de la gente que al vuestro cuidado puse?

Voy hasta donde se encuentra, apartado de todos, y le toco el hombro. A manera de mostrar mi afecto,

estrecho su diestra. Posa en mí su mirada de halcón cansado y dice “amigo Gonzalo, hemos de regresar por el desquite... e por el tesoro, del que los lodos de Méjico nos han dejado limpios”.

Porque ¿cómo olvidar, hermano mío, que en la terrible noche de la derrota nuestra, Pedro ha me salvado la vida? Por eso pienso “que no se metan, que no osen con este De Alvarado”. Con este bravo que, al encenderse el griterío de indios y antorchas tantas brotando por doquier, me dijo, “aprestad la espada compañero Gonzalo, que ha le caído mosca a la sopa; nos han pillado”.

Entonces, hermano Martín, ha caído sobre nosotros tal lluvia de piedras, flechas y macanazos que, descuidábamos de lo duro por atender a lo tupido. Y en una de tantas arremetidas, al asistir en socorro de algunos compañeros, ha resbalado mi caballo y dado al través. Los indios, a golpes de macana le dieron muerte sobre el piso resbaloso de la calzada. Merced a la luz de las antorchas indias, ha me visto Pedro y rescatado a caballazos. Que ya me traían los mejicanos con tremendo golpe en el hombro y roto el costillar. Ha me ayudado a montar en ancas de su yegua alazana y, como Dios lo ha permitido, abrimos paso a los de infantería. De tal manera que, hemos sido últimos en llegar al boquerón, a pie y tan de malas; pues a la yegua de Pedro también mataron y arrojaron al agua.

Por eso miro al resto del contingente y pienso: que no se atrevan, los que denuestan en las sombras, a poner sus rabiosos ojos en Pedro. En este hidalgo oriundo de Jerez de Los Caballeros, nieto de Juan de Alvarado, comendador de Hornachos. A este hombre, habilidoso y equilibrista como no hay otro; a quien en la lejana ju-

ventud miraran hacer cabriolas en una viga saliente de la altísima torre Giralda de Sevilla. A este combatiente extremeño, a quien en La Española pusieron mote de el Comendador, por usar indebidamente el sayo y la capa de la Orden de Santiago, propiedad de su abuelo; y que por eso le amonestara el gobernador Diego Colón. A éste De Alvarado, que acompañara a Diego Velázquez durante la conquista de Cuba y que por su desempeño en armas diera repartimiento de indios y nombramiento de capitán. A este Pedro de Alvarado, mejor jinete de España; hacendado de la villa Santísima Trinidad; a quien muchos aseguran haber visto parado en lomos de un caballo rucio, a todo galope y follando a una india cariba, sin cuidar de las riendas.

Que no lancen sus miradas de reproche; porque no les creo que sus heridas o la muerte de los compañeros les causen tanto enojo. No. Es la pérdida del oro, que ya traíamos entre las uñas, lo que os duele soldados. ¡Confesadlo!

¿Pues qué nos ha traído aquí, me pregunto hermano Martín, si no nuestra ambición, la fama y los honores? ¿Pagaremos con las vidas, como ya lo han hecho los muchos compañeros? Imposible es retornar ahora. No tenemos salida, no hay más remedio que luchar.

Ahora que a salvo estamos entre los aliados de Tlaxcala; viene a mi mente que, luego de la sangrienta huida, cuando a orillas del lago Hernando Cortés hacía recuento de los vivos, sentí el consuelo de un abrazo. Recargado estaba yo en un árbol, haciéndome fuerte para no aumentar con los míos la mar de sollozos y ayes de dolor en que estábamos envueltos y, ha me llegado por las espaldas una mujer. ¡María Inés —he dicho—,

gracias a Dios Santísimo que estáis con vida! No sé cómo ha hecho ella para estar tibia en esta noche fría y nebulosa. Su calor ha sido bálsamo para mi cuerpo y más para mi ánimo. Ante débiles teas, débiles como nosotros, me ha descubierto. Ha reconocido mi voz, quebrada por el dolor, entre tantas tristes y dolientes. Ha descubierto, entre el montón de escombros que éramos entonces, mi figura gris y lastimosa. También yo, entre penumbras he adivinado su rostro de angustia. Entre penumbras, lo sé, ella adivina mis muecas de dolor. “Estáis con la vida, mi señor Gonzalo”, dice quedo a mi oído, en su castellano mocho. En su voz triste descubro, sin embargo, alegría por el reencuentro. Sí, mi María Inés se ha salvado. Como también Marina y Luisa de Alvarado y otras más indias de capitanes y soldados, que han venido en la primera sección del contingente. ¡Bendito sea Nuestro Señor Jesús Cristo! pues ha me permitido tenerla de nuevo. Ella ha cuidado de mí desde entonces y cuidará hasta que sane. ¡Ah!, cuántas noches atendió mis dolencias. Cuántos desvelos por mi bien ha pasado. Hace a mí recordar a la madre nuestra, Martincillo; cuando en lejanas noches de la infancia, en Santiponce, nos aliviaba de fiebres y resfríos con friegas de eucalipto y alcanforero. Las manos de esta niña son santas a la hora de lavar heridas, de aplicar untos, de poner compresas. Sus palabras cariñosas, que a medias entiendo, son bálsamo a mis dolores. Comparte mis tristezas y alegrías. Se entrega sin descanso a mi cuidado. Pendiente está, de día y de noche, de la primera necesidad o queja mía.

¡Ah!, Martín; esta niña va ganando poco a poco mi corazón, y no sé qué vaya a resultar de este negocio.

Y hasta aquí dejo, hermano, esta carta; que mandaré en habiendo conducto; aparejada con la otra, que no he podido enviar.

Escrita que fue en Tlaxcala, a los veinticinco días de julio, día de Santiago Apóstol, patrono de la España, de mil quinientos veinte años.

El vuestro hermano que os ama.

Gonzalo cerró la carta. La dio a guardar a María Inés. No adjuntaba las notas de la guerra, pues faltaba papel. Ya habría oportunidad para eso; para plasmar con tinta y no dejar tan sólo a la memoria los detalles de la salida de México. De la retirada, durante aquella media noche del primero de julio, con el miedo en vilo y el corazón en la garganta. Noche de huida, de precauciones extremas, con renuncia dolorosa de la ambición. Noche de pezuñas acojinadas y voces clausuradas por la zozobra. Noche de lluvia fina; llovizna que opacaba los murmullos de la angustia, pero también los rechinidos de las ruedas de madera que transportaban la artillería. Noche cruda y oscura; de hambre y de congoja: de pasos de felino, lentos y silenciosos, por la ancha calzada de Tlacopan. Noche del oro fundido en barras, escondido entre la ropa, entre las sillas de montar. Oro que pesa, por lo que obstaculiza, pero también por el que se ha dejado atrás. La noche del sigilo, del mutismo apabullante del pueblo mexicana. Noche de fantasmas, del alma en pena de Moctezuma. Noche, al fin, del grito delator de la mujer tenochca, que saliera de casa para hacer de las aguas. Implosión del silencio. Explosión de las voces de alarma. Alboroto de avispas del rencor, del resentimiento, del ansia de venganza. Explosión de la rabia

de un pueblo herido en su orgullo. El choque entre el macuahuitl y la espada, entre el puñal de obsidiana y el acero toledano de la daga, del verdugillo. El mutismo de la artillería inútil, arrebatada y arrojada a las aguas. El silbar serpentino, escalofriante, del venablo tenochca. El metálico tiro de ballesta. El silencio de los arcabuces por la pólvora mojada. Los gritos de la ofensa. Las expresiones de aliento. Las órdenes militares. Las jaculatorias. Las invocaciones a Dios, a los dioses. Los ayes del dolor. Las mentadas de madre en ambas lenguas.

En fin, el despostille de las armaduras. El chapaleo de los cuerpos en el lago. El desbarate, el despeluque, el despedorre... El escape, por fin, de la tormenta. La noche triste. El recuento de los daños. El recuento de los vivos y ¡ay!, de los muertos.

Y al día siguiente, el éxodo doliente y lento hacia la ciudad aliada de Tlaxcala. El hambre punzante y el orgullo herido. Las heridas de la carne y los huesos molidos. El cansancio. El hedor de la sangre seca. La humillación de la derrota. El desaliento. El recorrido al norte y luego hacia el oriente del Anáhuac. La persecución, el acoso, las escaramuzas, las bajas. La resistencia heroica. El instinto de sobrevivencia. La batalla de Otumba. La muerte al cuello. La audacia de Cortés, de nueva cuenta. La victoria española. El retiro del enemigo. La llegada a Tlaxcala. El descanso. La restauración de las heridas. La política otra vez. El acuerdo con los tlaxcaltecas. Los compromisos con Xicotécatl y Maxicatzin. Las promesas. Las concesiones. Los juramentos de amistad perenne...

También escribiría Gonzalo, por supuesto, de la determinación indeclinable de Hernando Cortés por

regresar a la ciudad mexicana. Por la revancha. Por la conquista definitiva de estas tierras, ante el asombro, terror y el desencanto de muchos de sus soldados. Sobre todo, de los parciales de Diego Velázquez y los venidos con Pánfilo de Narváez. Y para mayor enojo de éstos, de la exigencia del capitán general para que todos entregaran el oro rescatado en la huida. Oro que serviría, dijo, para comprar pertrechos, conseguir refuerzos y ganar voluntades en España.

Escribiría también de la reacción de los contrarios de Cortés, quienes en escrito suplicante le pidieron anuencia para regresarse a Cuba. Alegaban en éste, que dejase de guerras; que estaban derrotados, desbaratados del todo, heridos, cojos y mancos; llenos de llagas y podridos de las carnes; hambrientos y sin ropas.

Asentaría también Gonzalo, en el papel, la respuesta del caudillo. De su airado discurso, exaltando el honor español. Señalando la huida como estigma de cobardía, como traición al rey don Carlos, como falta de fe en la Divina Providencia. Sentenciando que “si renunciáramos a terminar la faena, la emprenderían en contra nuestra los aliados”. “Que más vale decir que aquí murió y no aquí corrió, pues la deshonra es mancha que no se quita, aunque pasen los siglos”. “Que si hoy estamos lastimados, el tiempo es médico, y yo por mi parte, estoy curado”.

Lo mismo habría de escribir que la mayoría aceptó las decisiones del capitán general; ya sea porque a algunos convenciera, otros ya estaban convencidos y otros más que por vergüenza lo hiciesen.

Así también escribiría que, luego de veinte días en Tlaxcala, resarcido heridas y recobrando fuerzas, el

capitán general volvería a cabalgar al frente de su ejército, tomándola ahora en contra de Tepeaca. Éste, reino aliado de los mexica, ubicado estratégicamente en el altiplano, entre la costa y Tenochtitlan; en la ruta vital de abastecimiento de la costa al Anáhuac. Anotaría también de que Cortés tenía cuentas pendientes con éstos, pues habían emboscado en sus alrededores a dos grupos de españoles y les habían matado. Y que los castellanos y aliados tlaxcaltecas, ejerciendo venganza en los de Tepeaca, les mataron muchos, y a sus mujeres y niños tomaron por esclavos, marcando con hierro candente sus mejillas. Y que así se hizo también con los reinos de los alrededores, sometiéndolos y cercando a los mexica por varios flancos.

Consignaría en papel también, de los refuerzos que de Cuba, Jamaica y Sevilla habían llegado en esos días; de hombres, caballos, armas y alimentos; fortaleciendo al contingente español.

Todo esto anotaría Gonzalo, con lugares y fechas, como acostumbraba a hacerlo. Pero lo que no plasmaría en papel, se prometió, sería lo relativo a los deslices de alcoba de don Hernando. Éstos los dejaría como anécdotas, para barajarlas entre la tropa, en los momentos de tedio. Era ases bajo la manga contra el aburrimiento, que la soldadesca esgrimía para desquitarse de los capitanes y jefes. Recordó que, la noche anterior a la salida de México, había sorprendido a Cortés en el lecho, echándose a doña Francisca, la moza hermana del cautivo Camatzin, rey de Texcoco. Y un par de horas después, lo miraría rezando, ante la imagen de Santa María de la Asunción, patrona de Sevilla, implorando perdón, supuso, por esos pecadillos de poca envergadura. Se decía

entre la picaresca que al capitán general últimamente se le habían desatado las ganas. Que en los últimos días, le había dado por remolinear el chile en los mejores molcajetes del señorío de Anáhuac. Se murmuraba que si por maitines se desayunaba a doña Leonor, hija de Moctezuma; por vísperas se merendaba a doña Elvira, sobrina del monarca. Se sospechaba que, ante el futuro incierto de los castellanos en Tenochtitlan, el capitán general pretendía extraerle el mayor jugo a la vida. Que hasta la mirada se le había transformado últimamente; que le brillaban los ojos como macho cabrío y despedía un olorcillo a jabalí serrano.

Pero Gonzalo observaba que Cortés no olvidaba a doña Marina, con quien parecía hacer buenas migas, tanto en la diplomacia como en la cama. Que a menudo se les veía muy en concierto, aprendiendo y enseñando el castellano, el silabario.

Observaba también que a don Pedro, la salida de México lo había transformado; le había abandonado el carácter alegre y dicharachero. Se le veía retraído, ensimismado; sólo aliviado en su amargura por el amparo amoroso de su esposa tlaxcalteca, doña Luisa, a quien al parecer adoraba.

XVI

Durante los días de primavera acompañé a Teuhtli a Haramara, el rumbo sagrado del poniente; recinto de Tatei, diosa madre del mar.

El grupo que conformábamos había llegado a la playa. De ahí, en embarcaciones ligeras arribamos a una isla cercana. Frente a ésta, a corta distancia, una roca blanca descollaba de las aguas, que en oleadas continuas chocaban contra su cuerpo robusto, se elevaban en finísimas gotas y parecían coronarla de nubes. Era la personificación de la diosa, y por su forma, parecía surgir del mar, mostrando la cabeza y uno de sus brazos. Como no era permitido llegar a ella, se hacían las ceremonias en la isla.

El viaje tenía el propósito de realizar rituales propiciatorios para una abundante temporada de lluvias. El ciclo agrícola estaba por iniciar. El grupo se dio a la tarea de buscar leña en los alrededores y hacer varios montículos con ella. Se pidió permiso a los dioses para realizar las actividades, pitando el caracol hacia los cuatro rumbos. Se encendieron las fogatas. Iniciaban las voces convocantes y los cantos. Continuaban las dulces notas del caracol y los flautines de carrizos. Imponían su ritmo las graves percusiones del teponaxtle.

Las danzas ocuparon la noche entera. Por la mañana se realizaron las ofrendas, iniciando con el sofocamiento de las fogatas mediante chorros de agua mari-

na. Columnas de humo se elevaban al cielo, semejando nubes, dando el mensaje a los dioses. Como ofrenda a la diosa, en un altar se depositaron cuencos, conteniendo bolas de algodón, semillas de maíz, frijol y calabaza. Otros de éstos contenían alimentos para las divinidades, como pinole, carne seca de venado y frutos.

Al día siguiente, las ceremonias terminaban. Miré al sol colgado en todo lo alto del cielo. Cuando regresábamos a Aztlán, en la primera aldea que cruzamos, encontramos a unos comerciantes, amigos de Teuhtli. Traían noticias de lo sucedido en el Anáhuac. Tales, nos entretuvieron en el lugar por el resto del día.

Los viajeros venían de Cholula, con noticias terribles. Las dejaron caer, como el cielo hace cuando lanza enormes bolas de granizo. Todas ellas muy graves. Nos platicaron de la derrota y huida del ejército castellano, provocadas por los mexica, al mando de Cuauhtláhuac. De las ceremonias de coronación de éste, con el sacrificio de los cautivos españoles, atrapados en los puentes, y de los que se habían regresado al palacio de Axayácatl, así como de algunos caballos. Hablaban de la rara enfermedad de bubas, que semanas después se había ensañado en gran parte de la población del Anáhuac y de los alrededores, matando a tanta gente; incluyendo ¡oh dioses! al recién entronizado Cuauhtláhuac. Relataban del regreso de los extranjeros, luego de casi un año de ausencia. Retornaban con ejército y rabia multiplicados; sitiando la ciudad durante más de setenta días, matando a miles y torturando de hambre y sed a la población. Antes de la victoria, habían quemado la ciudad y derribado casas y palacios. Finalmente, habían aprisionado al nuevo señor de México, el joven Cuauhtémoc.

Esa noche permanecí en vela, pensando en tantas calamidades. Me dolía mi ciudad, la destrucción de mi mundo; me angustiaba la suerte que hubiera corrido mi familia.

En el lecho, era yo una bola de pensamientos entreverados. Un alud de recuerdos desordenados, sobreponiéndose unos a otros; tratando de imponerse en mi cabeza. Así, pensaba yo en Cuauhtláhuac y su triste destino de héroe y tlatoani efímero; cuyo nombre original significaba “águila sobre Tláhuac”, la hermosa región del sur del Valle de México, situada entre los lagos de Xochimilco y Chalco. Noble mexica que, a la llegada de los extranjeros, fuera rey de la blanca ciudad de Iztapalapa. Hermano de Moctezuma, cuyo nombre sería corrompido por los castellanos, a instancias de sus aliados, refiriéndose a él como Cuitláhuac, “excremento sobre el agua”; venganza postrera del odio y del resentimiento. Guerrero implacable que les infringiera dolorosa derrota sobre la calzada de Tlacopan. Recién entronizado, abandonado de los dioses y fulminado por una ajena enfermedad que pareciera respetar a los invasores.

Pensaba también en ellos. En los teules. En su especial condición, tan dura como su hierro, tan explosiva como sus cañones, tan afilada su determinación como los colmillos de sus perros. Que se habían sobrepuesto a las garras de la agonía y la derrota para regresar, al siguiente año, y sitiar la ciudad lacustre. Para estrangularla con el hambre y la sed. Para casi exterminar a una población de por sí menguada por la epidemia reciente.

Pensé ¡oh dioses! en Cuauhtémoc, “el águila que descende”. El tan joven guerrero tlaltelolca; a quien tocara zurcir de su pueblo orgullo y ánimos para organi-

zar la defensa. Me escalofriaba adivinar entonces de su desgraciada situación como cautivo de los castellanos. ¿A qué dolorosas torturas y vejaciones estaría expuesto? ¿Y las mujeres, los ancianos y los niños? me preguntaba.

¿Los dioses abandonaban al pueblo mexicana? ¿Se habría librado también en las alturas una lucha en la que el dios de los extranjeros se impusiera a nuestros dioses?

Me aguijoneó el deseo de ir a México. Conservaba la esperanza de encontrar a mi familia. Aunque intuía la muerte de mi abuelo, albergaba la esperanza de encontrar con vida a mi madre y a mi hermana.

Al día siguiente, ya en camino hacia Aztlán, participé de mis inquietudes a Teuhtli. Hasta pedí su autorización para hacer el viaje. Pero él serenó mis ánimos. Me envolvió en su dulce mirada y dijo:

—Éste es el peor de los momentos para ir a México, Xicote. Es lo mismo que enredarse en las aguas traicioneras de un remolino. ¿Quieres convertirte en esclavo de los extranjeros? ¿En carne de sus perros? ¿O morir a causa de esa enfermedad misteriosa que han traído? Esperemos tiempos propicios. Ya iremos.

Recuerdo que sobre la marcha empezó a repetir las palabras “enfermedad misteriosa”. Calmé mis pensamientos para escucharle. Conocía muy bien los momentos previos a sus relatos maravillosos. Se percató de mi avidez y empezó a narrar:

—La enfermedad suele ser compañera de la guerra, juntas traen la ruina. Así se cuenta que sucedió durante la destrucción de Tula, previo al destierro de Quetzalcóatl. Se dice que un día, cuando los toltecas danzaban en honor de su dios, entre ellos se metió un hombre extraño. Era un quimitzime. Un gigante que, danzando

al igual que ellos, los iba abrazando de uno en uno y los mataba, traspasando sus pechos con sus enormes uñas. Los toltecas fueron con el rey para informarle y saber de sus disposiciones. Éste les dijo que mataran al gigante. Los toltecas lo atravesaron con sus flechas y cayó al fin, muerto. El rey ordenó que sacaran de la ciudad el enorme cadáver y lo llevaran lejos. Los toltecas lo ataron con cuerdas y trataron de arrastrarlo. Pero aquel demonio se hizo muy pesado. Apenas si lograron moverlo un poco. Por fin, cansados de tirar sin resultados, dejaron el cuerpo en el centro de la ciudad. A los días reventó y dejaba salir la peste por sus rajaduras. Mucha gente murió por eso. De cada mil, quedaron ciento.

Aprovechando una pausa del maestro, pregunté:

—Teuhtli, dime... ¿cómo fue el destierro de Quetzalcóatl?

Tras respiro profundo continuó:

—Los abuelos contaban de Quetzalcóatl que, muchas veces los hechiceros intentaron engañarlo para que sacrificara hombres. Él nunca quiso, porque amaba a su pueblo tolteca. Esto enojó a los hechiceros. Así, empezaron a escarnecerlo, a burlarse de él. Querían afligirlo para que se marchara, como al fin sucedió.

En el año uno caña, se dice, nació Quetzalcóatl. Su madre Chimalma tragó una piedra preciosa y así lo concibió. Cuando el niño tenía nueve años —preguntó— ¿Dónde está mi padre? Quiero verle el rostro, quiero conocerlo. Y le respondieron, —ha muerto—. Ya no existe. Ahí está sepultado. Quetzalcóatl se dirigió al sepulcro y lloró. Cavó y encontró unos huesos. Los llevó a enterrar a su palacio, en un panteón muy bruñido. Cuando tenía veintiséis años, llegó a Tulancingo. Permaneció cuatro

años, orando y ayunando en una casa de hierbas y maderos. Cuando cumplía treinta, los toltecas fueron por él, le nombraron su rey y sacerdote supremo. En Tula tenía sus cuatro casas de oración, ayuno y penitencia: de madera, de coral, de caracoles y de plumas. Él descubrió la verdadera riqueza: las piedras y plumas preciosas, las conchas y los hermosos tejidos. Era un gran tolteca que hizo en la tierra y en el agua cosas prodigiosas. Descubrió la sabrosa bebida del cacao. No se presentaba públicamente. Siempre se hallaba en silencioso retiro.

Se dice de qué modo se marchó, cuando no quiso obedecer a los hechiceros ni sacrificar hombres:

Fue Tezcatlipoca quien, convertido en un joven, se encargó de engañarlo. Se encaminó al palacio de Quetzalcóatl llevando un espejo con la imagen del conejo por ambos lados. Al llegar dijo a los guardias del palacio, “avisen al sacerdote que he venido a mostrarle su imagen”. Los guardias avisaron a Quetzalcóatl, quien ordenó, “pregúntenle cuál es la imagen mía”. El joven se resistió, “no vine a verlos a ustedes; entraré y se la mostraré al sacerdote”. Los guardias entraron y dijeron, “señor, el joven no nos quiere mostrar nada”. “Déjenlo entrar”, dispuso Quetzalcóatl. Tezcatlipoca entró, “señor y gran sacerdote, te vengo a enseñar al quetzalcóatl que es tu propio cuerpo, tu propia carne”. El sacerdote habló: ¿De dónde vienes? ¿Cuál es mi imagen? Muéstrala para que la vea. “Vengo de Nonoalco y soy tu súbdito. Mírate aquí y reconócete, así saldrás de tu propia carne; como la imagen sale del espejo”. Se asomó al espejo Quetzalcóatl, retrocedió espantado, dijo: “¿Cómo es posible que mis súbditos y pueblos me contemplen con calma? ¿No deberían con razón huir de mí? ¿Cómo podrá per-

manecer entre ellos un hombre cuyo cuerpo está lleno de pudrición, su cara de arrugas y su figura espantosa? No me verán más mis vasallos. Aquí permaneceré para siempre”. Tezcatlipoca lo tranquilizó, “para que puedas salir y te vean, te asearé y arreglaré”. “Prepara y haz lo dicho”, consintió el sacerdote. Los artistas que venían con el joven lo llevaron a una fuente y le asearon. Le pusieron barbas, pintaron su rostro con hermosas pinturas. Le adornaron con plumas preciosas. Concluido todo, le asomaron al espejo. Se alegró, decidió presentarse a sus súbditos. Entonces, el joven ordenó a sus compañeros, “démosle de la comida que hemos preparado”. Cuando hubo comido, los visitantes le propusieron que bebiera pulque, el licor de maguey que traían para él. Quetzalcóatl no quiso, “no lo puedo tomar porque estoy enfermo y acaso por eso muera”. Ellos insistieron, le dijeron que no moriría al tomarlo; pero si no quería, al menos lo probara con el dedo; así sabría de su delicia y del vigor que daba al ánimo. Probó, comprobó lo que le decían. Y como le gustó, ordenó a sus guardias la tomaran también. Tezcatlipoca dijo, “con cuatro tomas no se muere”. Quetzalcóatl las tomó y ordenó la quinta. Luego, se desvaneció, se puso como muerto; se ensimismó, sintió placeres raros y dulces goces; se deleitaba en su bienestar y quiso que todos bebiesen. Estando todos ebrios, le dijeron a Quetzalcóatl que cantara. Él elevó su voz, cantando así, “mi palacio de plumas ricas, mi templo de caracoles; dicen que los voy a dejar ¡Ay, ay, ay!”. Ordenó a sus guardias que trajeran a su hermana, la hermosa Quetzalpétatl. Los guardias obedecieron y, cuando ella se presentó, le dieron de beber cuatro tomas. La quinta fue por su iniciativa. Embriagada ya, Tezcatlipoca y sus

acompañantes se pusieron a cantar. Trémulo, Quetzalcóatl levantó también su voz, cantando así: “Querida esposa mía, Quetzalpétatl, gocemos tomando este licor ¡Ay, ay, ay!”.

Por haberse embriagado ya nada hablaron con razón. Quetzalcóatl ya no fue a hacer las abluciones y penitencias, ni se recogió en sus oraciones. Se quedaron dormidos. Pero al amanecer se pusieron tristes, se oprimió su corazón. El sacerdote dijo, “me he embriagado, he delinquido, nada podrá quitar la mancha que ha oscurecido mi nombre”. Ordenó que lo dejaran solo. Mortificado estaba por fuertes remordimientos. Su angustia y vergüenza no tenían medida. Nadie se atrevió a alentarlo; sólo a su dios se acogió y lloró. Después ordenó a sus guardias, “es preciso que yo me vaya; ocultemos los regocijos que hemos tenido, escondamos nuestras riquezas y mostremos contento”. Antes de partir llamó a sus seguidores, lloró con ellos y se encaminaron a la región oscura y baja. Llegó al mar, donde se juntan las aguas con el firmamento; en ellas miró reflejado su hermoso rostro. Se adornó con todas sus riquezas y se arrojó a una hoguera. Cuando comenzó a arder, se dice, concurrieron al lugar las más hermosas aves, de plumajes diversos. Al consumirse, las cenizas de su corazón se elevaron y en el cielo se convirtieron en una estrella. Dicen los abuelos que no apareció luego en el cielo, pues fue a visitar al Mictlán, el reino de los muertos. Pasados siete días, apareció en la forma del lucero de la mañana. Así fue divinizado Quetzalcóatl.

Teuhtli calló. Veía yo al padre sol, al fondo; al inicio de la cuarta parte de su recorrido; empeñado en hundir sus llamas en el mar.

En un recodo del sendero, angosto y bordeado por árboles, no resistí la tentación de preguntarle:

—Has dicho en algunas ocasiones que los relatos de abuelos, como tú les llamas, bajo la cáscara que los cubren tienen una pulpa deliciosa, un significado oculto, sólo al alcance de quien se esfuerza por desentrañarlos... ¿Qué misterios se ocultan en lo que has narrado?

—Esperaba tu pregunta, —dijo Teuhtli, pasando la mano sobre su cabellera húmeda. Miró entonces al cielo, como buscando las palabras precisas y continuó —Ometéotl, dios único, con su lenguaje divino nos habla del drama de los astros. Nuestros abuelos, los sabios antiguos, observaban minuciosos el cielo, tratando de esclarecer sus mensajes. Por medio de relatos han intentado transmitirnos sus hallazgos, sus verdades, las Preciosas Flores. En el relato que acabas de escuchar encontramos la lucha entre la luna y el lucero de la tarde. La luna, espejo del conejo, con su lento ascenso por el firmamento parece desplazar al lucero-Quetzalcóatl, que desciende por el poniente, opacado por las luces multicolores del crepúsculo, pájaros variopintos del relato, que van a presenciar la muerte del dios en la hoguera del atardecer. Así es por muchos días, hasta llegar el tiempo en que el lucero desaparece del firmamento para, luego de siete días de ausencia, aparecer por el oriente como lucero de la mañana. Inspirados por este recorrido continuo y circular del dios-lucero, nuestros abuelos han creado el calendario de doscientos sesenta días, llamado cuenta del destino, tonalpohualli. Pero el relato del destierro de Quetzalcóatl no sólo tiene referencias celestes sino también de lo que sucede entre los hombres; pues, como diría mi abuela cuando era yo un niño: “así como

es en el cielo, es en la tierra”, alude a una lucha entre hermanos toltecas: los partidarios de la antigua religión contra los partidarios de la innovación religiosa. Una lucha entre los que creían que el devenir humano es un constante repetir de sucesos signados por los dioses, y los que creían que el hombre puede romper el círculo de su existencia, a condición de estar atento siempre a lo que sucede en su ánimo y pensamiento. Liberarse de la corriente circular de la vida, de esa serpiente que se muerde la cola, devorándose a sí misma. Una lucha entre los que se abandonan a la tradición, a la supuesta voluntad de los dioses y... los que, sobreponiéndose a su círculo, dan un salto antes de cerrarlo, convirtiéndolo en espiral ascendente, cuyo símbolo es el caracol ¡El símbolo de Quetzalcóatl! ¿Entiendes, Xicote?

Me vino a mi mente un poema hecho canción que en alguna ocasión había escuchado a un grupo de jóvenes acatzingas, en el tianguis de Cholula. Acompañaban su canto con chirimías y tamborcillos. Y un par de muchachas se movían cadenciosas a su ritmo. Decía así:

*De las altas regiones
desciende Quetzalcóatl
la preciosa serpiente
Coronan su cabeza
los verdes chalchihuites
las hojas de oro y nácar
Refulge como el rayo
enceguece
Polvo de luz su cauda
es su huella de estrellas
y su ofrenda son flores
mariposas*

semillas
piedrecillas de jade
No apetece la sangre
el divino hacedor

Eran éstas, apariciones furtivas de “los poetas de la luz” en plazas y mercados. Había que moverse ligeros, para evitar a los guardias del orden. Dos o tres compañeros vigilaban a distancia. Avisaban con silbidos si lo exigían las circunstancias.

XVII

Para Martín de Mérida.

En Santiponce de Andalucía.

Querido hermano:

Al fin tengo sosiego y tiempo para tomar pluma y papel, y heme aquí que a vos escribo esta séptima carta.

Desde la guerra y destrucción de Méjico, que hemos puesto en obra hace seis meses, nos establecimos en la hermosa villa de Coyoacán, cercana y al sur de aquella. Lo hemos hecho así porque en la antes capital del Moctezuma no se podía habitar, por el hedor de tantos muertos y por la grande ruina en que la hemos dejado.

El capitán Hernando ha dado indicaciones al cautivo Guatémuz, rey de los mejicanos, para que ordene la limpieza y levantamiento de la dicha ciudad. Son de tal natura éstos que, en nomás reponiéndose un poco de la guerra, han emprendido la tarea y van muy avanzados.

Desde que llegamos aquí por vez primera, nos dimos cuenta de lo bueno que son de las manos para hacer sus cosas. Esto, ya sea de telas bordadas con dibujos primorosos o de cestos y petaquillas de raíces y juncos. Lo mismo, buenos para obras de cerámicas, de oro y plata, que es un contento ver; y de otras maravillas más que sería largo contar. Ya conoceréis de ello, pues guardo muy en secreto una pulsera y un anillo primorosos para vos.

Así las cosas, con la habilidad de ellos también en obras de albañilería, la ciudad se está levantando poco a poco, aunque con otro rostro. Algunos hidalgos y soldados destacados, que gozan de la gracia de Cortés, han ya solicitado solar en la ciudad del lago. Han dicho que quieren construir y pasar el resto de sus días en ella. Yo hago agencias con don Pedro para que convenza al capitán general y me dote de ciertos terrenos que hay hacia el sur. Lindos terrenos que conocí cuando la guerra, están a orillas de un lago llamado de Xochimilco. Ha me dicho el otro día don Pedro, “amigo Gonzalo, parece a mí que este ajo se ha cocido, pues veo a Hernando de buen parecer para darnos allá, que a mí también agrada Xochimilco”.

Y es de esperar que don Pedro logre el cometido pues, a pesar del disgusto que le hizo pasar cuando le alborotó el panal con la matanza en el templo mayor, don Hernando le guarda mucho amor. No es para menos, que en el regreso a Méjico, en la revancha, los brazos míos y de él mucho le han retribuido al capitán general. Y más, porque en el alma de éste hay cierto remordimiento por lo poco que ha le tocado al De Alvarado luego del reparto.

Si don Pedro ha salido de lo de Méjico más sobado que una tripa de marrano antes de poner en la fritanga, imaginaos yo, que soy soldado de segunda.

Si de dineros no, de tierras y reparto de indios habremos de salir bien de esta empresa, en la que hubimos empeñado la vida, o un ojo o una pierna. Por lo menos a mí, digo, no me ha ido tan mal, pues sólo una descabrada me ha tocado. Y aunque me tiene preocupado la pedrada, pues seguido sufro de jaqueca, la Virgen María

ha me envuelto en su manto, pues ya tengo el remedio. De esto os he contado en la carta anterior.

Para el final dejaré las cosas de la guerra y destrucción de Méjico que pusimos en obra.

Ahora he de ocuparme de la familia para deciros de mi gozo al recibir al fin vuestra primera carta, en la cual decís que nuestros padres viven aún y con salud, dentro lo que cabe; pues de los achaques de la edad nadie los libra. Y tal bendición he de agradecer a nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre, con el oficio de algunas misas.

Me alegra saber que todas mis cartas habéis recibido y mis notas de diario. En ellas habréis medido y dado cabal cuenta de la vida y aventuras de este hermano vuestro; de que algunos de los nuestros compañeros han encontrado la muerte, ya en las llanuras de Tlaxcala o en las calzadas de Méjico; de las argucias de don Hernando, con propios y extraños, a la hora de los cabildeos y las negociaciones; de las noches de fríos y de fiebres; de los largos días del hambre en los extensos recorridos a lo del Moctezuma. En fin, mío hermano, tenéis eso y más que he de enviaros en otras cartas, para haceros en vuestra cabeza el relato completo de estas andanzas en Indias.

Decís que Helena vive aún en Sevilla y conserváis amistad con ella, lo que me alegra. Habladme más, por Dios. Dadme del asunto más detalles. ¿Es linda aún? ¿Ha envejecido mucho? ¿Es todavía mujer alegre? Decidme más de ella en vuestras cartas, os lo suplico; que ha me dejado huella en el corazón.

Satisface a mí que los negocios y hacienda de la familia vayan con viento a favor, como decís; no espe-

ro menos, merced a vuestra dedicación y amor por la tierra y los viejos. Aprecio los esfuerzos y conforta a mí saber que los dolores de vuestra espalda han cedido al tiempo; que habéis acomodado ánimos pese a la situación, de la que soy culpable. Pido a Dios Nuestro Señor os restituya el bienestar en años por venir.

Decís que orgullo sentís por las hazañas que en tierra de Indias hemos habido. Que de ellas se habla en España. Que mucho asombro han causado, como han maravillado los tesoros, indios y animales que hemos enviado. Me alegra vuestro gozo, pero he de decir que penoso ha sido y mucha sangre y vidas han costado. Cuando recuerdo los sentimientos piadosos de mi madre, más quisiera haber estado en la España y no haber participado en estas batallas. La guerra es como remolino gigante en alta mar que atrapa y hace de nosotros endebles basurillas, y de mil artimañas usa para empujarnos a matar o ser matados; que endurece los corazones de los hombres. Si yo, por esa parte pareciera haber salido ileso, es por los recuerdos amorosos de la madre y las milagrosas lágrimas de la Virgen María.

Trataré asuntos más gratos, que no es mi intención amargaros el momento. He de hablar de la mujer en mis sueños, de la que vos sabéis me acompaña desde la edad de once años, alegrando mis noches o acongojándolas con promesas y amores imposibles. Pues sabéis que viva la conozco sólo en doña Ana, y ella en mis sueños sigue presentándose. La última noche ha dicho que se ausentará de mí porque tengo a mi lado mujer valiosa, que es la niña india de Cholula. A decir verdad, tiene razón la doña de mis encantos, pues María Inés no se ha separado de mi lado y, con sus atenciones y me-

dicinas, en más de una ocasión me ha salvado la vida. Distráido durante los últimos meses en las cosas de la guerra, no había reparado en ella. ¡Cuánto ha crecido! ¡Qué hermosa y parecida a doña Ana la veo, después del último de mis sueños. Prendado estoy de ésta María Inés que ¡oh Cristo! no es ya la niña que he salvado de los tlaxcaltecas hace tres años. La haré mi esposa, que este remedio no tiene.

Y lo que remedio tampoco tiene es que a vos dé mis impresiones de la guerra. Muchas son las vidas perdidas y mucha la sangre derramada. Los indios, que son más numerosos que nosotros, tienen sus armas que, aunque matan o hieren, son inferiores a las nuestras. No es a matar por lo que hacen la guerra si no a tomar prisioneros. Y mientras cinco de ellos tratan de cautivar a uno de nosotros; uno de nosotros acaba con ellos a tajos y cuchilladas fácilmente; que el acero ni lo conocían y temen mucho acercarse. Lo que más temen, porque los desbarata fácilmente, son nuestros caballos, que aunque pocos hemos traído, han sido mucho en la guerra. Y no se diga de los tiros de la pólvora, de cañones, culebrinas y arcabuces, que como a rayos toman. También los tiros de ballestas y los perros les han provocado terror y muerte. Pero la razón de nuestro triunfo es la Divina Providencia. Dios ha dispuesto todo a nuestro favor y es que hemos encontrado a los indios muy dispuestos a darse los unos contra los otros; tanto que, han bastado algunas marrullerías del Hernando, para ganar aliados. Además, el terror que hemos sabido infundir en el enemigo nos ha abierto no pocas puertas y franqueado fortalezas. Terror en castigos y escarmientos como los de Cholula y Tepeaca, lugares que a vos menciono

aparte. Pero no creáis que el peligro ha sido poco, que si no sea por el amparo del Apóstol Santiago y, sobre todo por los aliados, que gustosos meten sus panzas por salvar las nuestras, los mejicanos nos hubieran desbaratado por completo. Pero al fin les hemos vencido, como bien veréis en las notas, al sitiarse su ciudad por tres meses. El hambre y la sed que les causamos, además de los bergantines, de mucha ayuda han sido.

Pero no creáis que las maduras tan sólo hemos probado, sino que las duras nos han atragantado; pues los mejicanos son un pueblo orgulloso y obstinado que, antes de rendirse, estuvieron dispuestos a morir. Y esto lo digo porque Guatémuz, el último señor de los mejicanos, ha urgido al Hernando que le mate y no sufrir en vida la derrota. Para vencerlos, ha sido necesario conjuntar a los pueblos circundantes en su contra, que “para los bravos, los muchos”, según reza el refrán que ya os he referido anteriormente y ahora llega como anillo al dedo.

Preguntáis si pronto estaré de regreso con vuestras mercedes. Eso me pone triste, pues aunque hemos conquistado Méjico y ganado grande tierra, la recompensa a tantos sufrimientos y sangre no ha llegado aún. Los más, con las manos vacías estamos. De tal manera que he de quedarme por un tiempo para conquistar más tierra y servirnos; que los oros de Méjico se han perdido en el lago cuando nos desbarataron. O, como dicen las malas lenguas, “en las uñas del Hernando se han quedado y entre sus principales”. A Pedro tan sólo cuatrocientos pesos le han tocado, que ni para comprar una sarta de chorizo alcanza, aunque sea de perro. Y es que al tiempo del reparto, después de gozar días de júbilo

por la victoria, llegado el momento esperado para saber de a cuánto nos iba a tocar, la puerca ha torcido el rabo. Porque luego de sacar el quinto real, y el quinto de Hernando; además del quinto para pagar los gastos de su armada, y otra parte para allá y otra más para acá, etcétera, etcétera... la angustia es tal, que prevalece entre nosotros el sentimiento de haber quedado desquintados. Después de tanto esfuerzo nos ha salido el capitán general con minucias que ni para remendar una alpargata bastan; mucho menos para parchar un ojo o reponer una pierna o un brazo, de los que muchos ahora carecen. Y aunque la soldadesca anda por eso muy alborotada, ya se nos advirtió desde los altos mandos que “no la hagáis de pedo gordo, compañeros, so pena de veros acusados de rebeldía o traición a España; en cuyo caso os esperan cien azotes con chicota childorina, o de plano la horca”. Lo que sí se nos ha permitido, en desquite de nuestro resentimiento y alivio —¡hay que reconocer la generosidad del Cortés!—, es escribir pasquines en las paredes y poner apodos y versos, siempre y cuando, ha advertido el propio capitán general, “no sean muy chingativos”. Ante tal licencia, el talento español ha salido a flote y ya empiezan a circular entre la tropa los primeros versos ponzoñosos. Y van con lumbré, que ni pelo ni color respetan. Los apodos no se han quedado atrás y al que más le han tundido es al dicho Hernando, que ya le han cascado el mote de la Chucha Cuerera. Pero como la situación estaba degenerando mucho, y para calmar los ánimos y volverlos alegrías, que para ello bien que se las gasta Hernando, nos ha hecho un sarao con bailes y vinos, que de la Vera Cruz han llegado, y pulques de indios. Entonces, al calor de

los tragos nos ha brindado un discurso tan galano que a todos reconcilió. Y estamos ahora como si bajo sábanas con él, haciendo poco caso de los versos que algunos resentidos han escrito en las paredes de la casa de Cortés, de los que os mando muestras:

*Golondrina es nuestra fe
en promesas Cortesinas,
más golondrino nuestro oro
que la yegua golondrina.
En las batallas de Méjico
Cortesillo ha acomodado
nos conquistando a los indios
y él del oro ha se encargado.
Como el perro hemos quedado
del carnicero Benito,
babea mirando la carne
y triste lame se el pito.*

Mas don Hernando, que cuando duerme un ojo tiene en vela, y nunca espera le caigan del árbol peladas las naranjas; a unos más y a otros menos, ha prometido tierras y encomiendas de indios. Están todos tan agradecidos, ¡oh, Cristo!, con sus promesas que, ahora le apodan Lengua de Oro.

Y para quitar la presión a esta olla de tamales hirviente en que se ha convertido nuestro real en Coyoacán, ha decidido enviar a los varios capitanes, con su contingente de soldados, a los cuatro puntos cardinales. A procurarse de oros, ha dicho, y a ganarse más tierra. Capitanes y soldados han aceptado comisiones, ilusionados de que ahora sí la suerte no les pinte chimuela.

Así, en este tenor, al Cristóbal de Olid ha mandado al Menchoacán; a Gonzalo de Sandoval, al oriente; a Francisco de Orozco ha tocado en suerte marchar hacia Oaxaca, la región del oro, según los informes en libros dibujados del difunto Moctezuma; a Juan Álvarez se ha destinado hacia las tierras del poniente, donde se dice que está la isla del Ciguatán, la tierra de las mujeres guerreras, las amazonas.

Al De Alvarado le ha comisionado al Tutepeque. Con él iré, hermano mío, en busca de la fortuna que me haga regresar rico y con honra a España.

Antes de cerrar la carta, Martincillo de mi infancia, he de ponerlos a vuestra consideración unos versillos que aparecieron hoy, en el muro blanco de nuestros lamentos. Y como me parecieron dignos de vuestra mirada, los escribo aquí, para tengáis cabal cuenta del ánimo caldeado que sigue privando entre unos resentidos irremediables:

*Con promesas enmeladas
han me sacado de Cuba
donde mi hacienda tenía
de puercada y de maíces.
Se han trocado en infelices
los días felices que tuve
en jolgorios y mujeres
donde alegre me entretuve
y vine dizque al Culúa
a barrer oro en barrones
y así todo parecía
porque conocí montones
pero también a cabrones
que todo se lo cogían.*

Así las cosas en el real nuestro de Coyoacán, hermano. Pero no es todo lo que quiero ahora mostraros acerca de esta ventana que el Hernando abrió en pro de la libertad de expresión. Y deciros he que vi en el dicho muro este otro pasquín; que, antes de que lo borrasen las buenas conciencias, anoté en mi libretilla que por costumbre últimamente llevo conmigo. Los versillos de marras estaban escritos con trozos de carbón y decían así:

*Vine a las guerras de Méjico
en pos del moro y el oro
y heme que al final resisto
tuerto, manco, chiclán, cojo
y del tesoro que he visto
uñas limpias del decoro
con trucos de saltimbanqui
han esfumado oro y moro.*

Bien, hermano; que hasta aquí he de dejaros ésta.

Saludadme a los viejos, por amor a Dios. A la madre colmadle de besos, de mi parte; y al padre, abrazos. Elevad ánimos y oraciones que pronto, Dios mediante, estaré con vuestras mercedes.

Hasta la otra, Martín.

Escrita que fue en Coyoacán de la Nueva España, a los seis días de enero; día de los Santos Reyes y de Nuestra Señora Altagracia, de mil quinientos veinte y dos años.

El tuyo hermano Gonzalo.

XVIII

El tiempo corría. Casi no miraba a Teuhtli. El viejo curandero viajaba a menudo y en ocasiones tardaba en regresar. Trabajaba en su congregación de buscadores; así llamaba a la escuela que se proponía formar. Una noche en que recién llegaba de uno de tales viajes, dijo:

—Xicote, pasando mañana saldremos hacia el sureste. Será un viaje que nos ocupará durante algunos días. Prepara ánimos.

Esa noche dormí poco. Pude conciliarme con el sueño hasta entrada la madrugada. Estaba emocionado. Me gustaba caminar al lado de mi protector y amigo, platicar con él durante el trayecto. Me preguntaba por el motivo del viaje, por la necesidad de llevarme con él. Hacía tiempo que no pedía que le acompañara. Ahora tendría la oportunidad de plantearle mis interrogantes; aunque me había olvidado de éstas por algún tiempo. Últimamente me entretenía en convivencia con los jóvenes de mi edad, ayudando en las labores agrícolas, de la pesca y recolección de frutos. También realizaba incursiones en el estero y el mar. Había en Aztlán muchos motivos para entretenerse. Me sentía útil y feliz durante aquella etapa que transcurría entre mi niñez y juventud.

Llegó el momento de emprender la marcha. A primeras horas del día habíamos preparado lo indispensable: cada uno con su bolso de ixtle donde cargábamos

la hamaca, algunas tortillas y la sal; un calabazo buchón para llevar el agua; navajillas de obsidiana para destripar peces o despellejar animales de caza. Honda, arco, flechas y cuchillo de sílex completaban nuestro ajuar. Navegamos por el río hasta llegar al mar; de ahí, mientras la playa lo permitía, caminábamos sobre sus arenas. Cuando ésta se reducía hasta convertirse en acantilados, penetrábamos en la selva. Como siempre, en compañía del viejo maestro, el alimento nunca faltaba. El mar y la selva, los esteros y los arroyos proveían en cantidades suficientes. Teuhtli era muy hábil para generar el fuego. Cargaba unas piedrecillas raras, las que tallaba entre sí en presencia de hojarasca seca y pronto encendía una fogata. Casi siempre comíamos alimentos calientes. Por el camino, el viejo aprovechaba para enseñarme los secretos de la jungla, los nombres deavecillas y otros animales del monte; también los nombres de árboles y frutos, desconocidos por mí. Era un deleite caminar a su lado. Aprendía mucho. Un día, encontramos una hilera de hormigas. Las seguimos hasta hallar la entrada del hormiguero. Teuhtli preguntó:

—¿Has comido huevos de hormigas?

—Sí. Xóchitl los compraba en el mercado de Cholula, los cocinaba muy sabrosos.

—Hoy, posiblemente sean nuestro alimento, —dijo. Se puso a escarbar con su cuchillo aquella tierra blanda de hormiguero—. Colócate tras de mí; puede ser peligroso, —me advirtió.

Hice como dijo, pero me preguntaba qué peligro podía haber en que me picaran las hormigas.

Recuerdo que al llegar el pedernal al nido, salió una serpiente coralillo, huyendo del lugar.

—¿Conocías las coralillo, Xicote?

—Sí. Las conocí en el serpentario de Moctezuma, cierta mañana en que, en compañía de mi padre y del abuelo, recorrí esos lugares maravillosos del palacio.

—Son muy venenosas, debes evitarlas.

En su huida, la serpiente de anillos multicolores me recordó al poeta estafalario de la plaza de Cholula. También ¡oh dioses! recordé la cara angustiada de mi madre, cuando llegara a casa, luego de mi primera incursión a la pirámide. Sendas lágrimas descendieron por mis mejillas. Me preguntaba si mi madre viviría, si volvería a verla, ¿y mi hermana Flor del Alba?

Teuhtli advirtió el instante de mi debilidad y preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Los recuerdos...

—Debí suponerlo.

Mi madre había nacido en uno de los sectores de Tenochtitlan, el barrio de Moyotla. Le habían puesto al nacer el nombre de Jaretsi, “la siempre amada”. Esto, porque su abuela había sido la primera en pisar las cenizas de su tona, su espíritu protector. Su abuela era una mujer muy querida en el barrio, por amparar a los desvalidos, por su misericordia. Mi madre era hija de un pochteca, un comerciante. Había conocido a mi padre en la calzada de Iztapalapa, luego del regreso del ejército mexica a Tenochtitlan. El contingente militar venía de sostener las guerras floridas contra Tlaxcala. Mi padre la había mirado entre la multitud apeñuscada que contemplaba absorta el contingente militar. Ella había correspondido la mirada, furtiva y discretamente. Después, mi padre la buscaría, hasta lograr pedirla en matri-

monio. Todo esto me lo platicaría a los años mi hermana Flor del Alba, que de esas cosas sabía bastante.

Hasta tales tiempos llegaron mis recuerdos, recuperados por la visión de la serpiente coralillo, aquella tarde en que comprobé que el viejo curandero era tan buen cocinero como nana Xóchitl, tratándose de aderezar la huevada de hormigas.

Al día siguiente llegamos a un río infestado de caimanes. La tarde era joven aún. Nos daría oportunidad de recoger algunos frutos para la cena y encender la fogata. Teuhtli decidió que sobre las ramas de un guamúchil colgáramos nuestras hamacas, para preservarnos del ataque de las fieras. Cruzaríamos el río de madrugada, dijo, así evitaríamos el encuentro con los caimanes, entumidos a esas horas por el frío.

Estábamos sobre el árbol, instalando nuestras hamacas, cuando escuchamos un ruido estremecedor en la orilla opuesta del río. Un jaguar había caído sobre un enorme saurio que tomaba el sol en la playa. Con rápidos movimientos, el manchado animal inmovilizaba al caimán, clavando sus colmillos en la nuca de éste. Lo arrastraba, sin mucho esfuerzo al parecer, hasta perderse entre la floresta.

Yo estaba impresionado. Había mirado al jaguar cautivo en el zoológico de Tenochtitlan, pero no en libertad, donde ahora mostraba fiereza y fuerza. Este animal magnífico había sido la tona de mi padre Océlotl. Era también una de las advocaciones de Tezcatlipoca, el siniestro dios de los mexica, “el siempre joven”, “el del espejo humeante”. Llamado también Tepeyólotl, “corazón del monte”. Se decía que era el espíritu protector de los nanahualtin, hechiceros o nahuales. Los que en sus

actos de magia y hechicería, se convertían en estas fieras, para dañar a la gente.

Llegó la noche y estábamos instalados en nuestras hamacas. Yo esperaba un comentario de Teuhtli, acerca de lo acontecido. Por fin habló:

—La rivalidad del jaguar y el caimán, según un relato nahua, viene desde el principio de los tiempos. Se cuenta que el dios padre había conferido a su hijo Tezcatlipoca la misión de poblar el mundo. Cuando el joven dios llegó a aquí, se encontró que todo era un mar enorme, no había tierra firme. Metió un pie para sentir si el agua estaba tibia, para saber si los hombres podrían vivir en el mar. Cipactli, el gigantesco caimán que habitaba en esas aguas, le mordió el pie. Tezcatlipoca, furioso, se convirtió en jaguar y atrapó al monstruo. Lo desolló y extendió su enorme cuero sobre el mar, creando así la tierra firme y las montañas. Desde entonces los jaguares y lagartos son rivales.

—Espera, Teuhtli, ¿es por eso que en los libros sagrados se pinta la imagen de Tezcatlipoca con un pie descarnado?

—Así es.

Desde la hamaca pasé gran parte de la noche contemplando la luna. Mostraba la mitad de su redondez, escondiéndose y brotando entre nubarrones negros. Recordé otro de los relatos de nuestros antepasados. Éste, escuchado de labios de mi madre, cuando vivíamos en Cholula, decía que los dioses se habían convocado en Teotihuacan para dar vida al sol. Estaban todos alrededor de la hoguera del sacrificio. Alguno de ellos tenía que arrojar al fuego, para salir convertido en sol. Se miraban unos a otros, sin decidir inmolarse. Al fin, el

dios águila, mostrando su valor, se arrojó al fuego, saliendo convertido en el sol. El dios jaguar, no queriendo pasar por cobarde, se arrojó enseguida; pero las llamas se habían consumido con el cuerpo del águila. Sólo quedaban las cenizas. El jaguar, encenizado, salió convertido en la luna. Tal vez por eso, en nuestra tradición, a este enorme animal se le asociaba con la noche y el misterio. Era raro verles de día. Generalmente salían a cazar por la noche. ¿Qué acaso, dentro de los prodigios que sucedían como presagios de la venida de los extranjeros, no estaba también la presencia del jaguar? Se decía que, en cierta ocasión, Moctezuma había encargado a sus guerreros le atraparan una jaguara negra para su zoológico. Los enviados habían venido hasta las costas del poniente para atraparla. Cuando lograron llevarla al Anáhuac, avisaron al monarca que su encargo estaba ya, en el palacio de las fieras. Se cuenta que al llegar el señor de México ante la jaula, el animal se había convertido en una joven mujer. Ésta, enojada por su cautiverio, había increpado a Moctezuma, exigiendo que se le liberara, so pena de causar desgracias en su señorío. Se decía que en el tatuaje de uno de sus brazos se preciaba ser sacerdotisa del dios del espejo humeante. La mujer había advertido a Moctezuma del daño que le haría a él y a su pueblo si seguía deshonrando a su dios, con su cautiverio. Moctezuma, sorprendido y molesto por la forma en que le recriminaba la mujer, ordenó a sus guardias la encerraran en las mazmorras. Y, durante el trayecto a éstas, la mujer se les había hecho de humo, se había esfumado ante sus ojos. Naturalmente, ese día los guardias habían sido ejecutados. Esto me vino a la mente durante aquella noche de desvelo sobre la hamaca, en las ramas del guamúchil.

Al día siguiente llegamos a una pequeña ensenada, frente a la que se asentaba Chacala, una comunidad de pescadores. Su nombre, “lugar de chacales”, camarones grandes de agua dulce, obedecía a la abundancia de estos animales en las frescas aguas del arroyo que por allí fluía. Algunos días permanecimos en el lugar, esperando la concurrencia de vecinos de las aldeas cercanas. Mientras tanto, Teuhtli revisaba los petroglifos de la región. Recuerdo la reunión de pueblos de esa parte de la costa, dirigida por el viejo curandero. Nos reunimos, como se acostumbraba entre esas comunidades, alrededor de una fogata. Teuhtli había iniciado la sesión con respetuoso saludo a los representantes de cada uno de los pueblos. Luego, les participaba de las noticias que seguían llegando del Anáhuac. Finalmente, les hablaba de preservar nuestras tradiciones e invitaba a algunos jóvenes a formar parte de su grupo de buscadores.

Cuando hubimos cumplido el propósito que nos llevara a aquella región costera, emprendimos el camino de retorno.

Tras días de caminar, tomamos un sendero que corría paralelo a la orilla del mar. Escalábamos un cerro cuando me vino a la memoria el relato de Teuhtli acerca de Quetzalcóatl. Había pensado mucho en el asunto durante los últimos tiempos y tenía algunas preguntas que hacerle. Al llegar a la cima, dispuso que parásemos. Nos sentamos sobre una peña. Ahí le pregunté:

—Has dicho en alguna ocasión que los hombres se abandonan a la tradición, a los dioses, ¿qué debo entender con eso?

El viejo curandero me miró detenidamente, envuelto en una nube de silencio. Me pareció sentir sus mira-

das penetrando la oscuridad de mis pensamientos. Me sentía incómodo, traspasado, volteado al revés, como el cuero de una víbora desollada. Casi me arrepentía de haber formulado la pregunta, cuando empecé a notar que su rostro se dulcificaba en una sonrisa, mostrando su dentadura blanquísima y completa. En gesto breve, como disfrutando de mi naturaleza inquisitiva, acarició mi pelo, cual lo hiciera mi padre durante el último de mis sueños, y dijo:

—Me alegra que hayas venido conmigo a Aztlán, Xicote. Escucha... al hombre no le gusta pensar, no le gusta “preguntar por su padre”, como en el relato lo hizo Quetzalcóatl. Se conforma con lo que otros han inventado, lo que han pensado otros por él. Se abandona a esa inventiva. A ella confía su suerte y su vida. Sacrifica a ella su libertad. Ya he dicho que el relato de Quetzalcóatl se refiere al ámbito del cielo y al ámbito de los pueblos, pero... hay otro mundo al que también hace referencia, y éste es el corazón del hombre. Porque si “así como afuera, es adentro”; por lo tanto, en el interior del hombre hay contrarios que se enfrentan.

—¿Cuáles?, —pregunté con avidez.

No contestó. Se abandonó en un bostezo que alborotó mi impaciencia. Se puso en pie. Cual pájaro extraviado dejó aletear su mirada hacia el horizonte, teñido apenas por los asomos del crepúsculo. Hice lo mismo. Permanecí mudo, mirando sin disfrutar la imagen de Cuauhtémoc, “el águila que descende”, el sol del atardecer; pues mis pensamientos estaban pendientes de la respuesta del viejo. Entonces habló:

—Aguza las orejas, Xicote. No des por hecho que lo sé todo. Lo que ahora trataré de explicarte, mal lo

puedo explicar a mí mismo. Me he esforzado, he pensado mucho tiempo en esto y creo que los años que me faltan por vivir no bastarán para esclarecerlo. Escucha y piensa que es tan sólo una manera de decirlo, una de las tantas que ciertamente han de existir. En el hombre hay dos enemigos que se topan, dos guerreros interiores que son “Convenir” y “Agradar”. Estos se presentan en cuatro situaciones:

Una, me Conviene pero no me Agradar. Dos, no me Conviene pero me Agradar. Tres, me Conviene y me Agradar. Cuatro, no me Conviene ni me Agradar.

Ahora he de poner ejemplos de estas situaciones. Supongamos que soy un hombre de pueblo, un mexicatl común, un macehual. Entonces, el gran jefe de la casa de los dardos me llama, me solicita para alistarme en el ejército, para mandarme a la guerra. En ese instante se me presenta la primera situación: Me Conviene, porque podré ganar los honores del uey tlatoani, el reconocimiento de los jefes, el respeto y aprobación del pueblo, el orgullo de mis familiares y amigos... pero no me Agradar, porque dejaré en el abandono mi cultivo de maíz; me alejaré de mis hijos, de mi esposa y de mis ancianos padres. Pondré en riesgo mi vida. Hay en mí un conflicto, un choque entre mis guerreros interiores que provoca sufrimiento.

Ahora bien, ante esto, pienso en rehusar el llamado. Aquí se presenta la segunda situación: no me Conviene, porque sería castigado, privado de libertad, escarnecido, rechazado; pero me Agradar, porque no correré peligros. Estaré seguro en casa. Los míos no se mortificarán por lo que me pudiera pasar en el campo de batalla. He aquí otra vez el enfrentamiento de mis partes, el conflicto que provoca sufrimiento.

Hagamos de cuenta que en la batalla alcanzamos la victoria. Aquí está la tercera situación: me Conviene y me Agrada. Pero la victoria no siempre llega, no es segura. No depende enteramente de mí, sino del ánimo de mis compañeros, de los planes acertados o fallidos de los jefes, de la fuerza o debilidad del enemigo, del terreno, de la lluvia... La victoria es algo que ocurre y no depende enteramente de mi esfuerzo. Si la encuentro, es buena para mí. En tal caso no hay conflicto ni sufrimiento, mis guerreros no luchan entre sí.

En cambio, si caigo prisionero, me encontraré en la cuarta situación: no me Conviene ni me Agrada, porque seré sacrificado a los dioses o esclavo de por vida. Tampoco esta situación depende de mí, sino de las circunstancias y de mi suerte. Es también un accidente, algo que ocurre sin mi voluntad. Si me encuentro en tal situación, será malo para mí.

Estas cuatro situaciones se presentan en el hombre común; el que se entrapa en la tradición; el que guía su vida por la inventiva de otros y es esclavizado de una manera tal, que ni se da cuenta. Ése no tiene salvación. Sus temores, sus anhelos de reconocimiento, su hambre de honores y del botín lo atan.

Mas óyelo bien Xicote, hay una salida, un sendero para escapar de la tradición. Un camino que no está a la vista, no al alcance de todos. Para encontrarlo hay que buscar. Hay que tener un deseo, una pequeña flama en tu corazón que no se apaga y tiene sed de la luz que la hará crecer. Pero a los hombres no les gusta buscar. Se conforman con lo que les sucede; viviendo entre el accidente y el sufrimiento. Por eso, este sendero maravilloso sólo es para unos cuantos: los que buscan; “los

que preguntan por el padre”, como Quetzalcóatl lo ha hecho en el relato. Este camino es sólo para los poetas, quizá, como Ayocuan y Nezahualcóyotl. Escucha, Xicote, trataré de explicarlo. No olvides que ésta es una de las tantas maneras de decirlo. Para encontrarme en este sendero de salida es necesario que se presente en mí otro guerrero. Un tercer guerrero. Puesto que ya hay en mí el Conviene y el Agrada; es menester un tercer guerrero que venga a conciliar a los contrarios, a unirlos en una sola dirección. Este tercer guerrero se llama...

—¿Cómo se llama?, —interrumpí impaciente, porque intuí que se detenía a propósito. Porque temí que escatimaría ahora el resto de su explicación.

—¡Ja, ja, ja!, —carcajeó estrepitoso; luego me escudriñó con aguda mirada y dijo—: Pero ¿por qué he de dártelo todo servido, mi pequeño amigo? Toca a ti descubrir el tercer guerrero. Piensa, como lo hizo Quetzalcóatl. Descubre por ti mismo o... ¿no te gusta pensar?

Teuhtli me dejaba ahora aturdido con sus razonamientos. Sentí imperioso impulso por reclamar la respuesta, pero su expresión ¿o no te gusta pensar? me caló profundo y, callé; como calló él, por prolongado tiempo. Pero mis pensamientos no paraban, daban vueltas y vueltas en mi cabeza como lo hace el gavilán en las alturas, cuando busca su presa; como lo hace el remolino, cuando levanta hojarasca y polvo. ¿Qué podrá ser —me preguntaba—, lo que concilia al Conviene y al Agrada? Me esforzaba pensando y repensando, sentado en la peña. Ni por un instante volteé hacia Teuhtli. Sabía que el viejo me observaba. Que estaba atento de mis gestos. Sentía en mi rostro su espinosa mirada. El saberme escudriñado y esperado en mi respuesta me sofocaba. Me

percaté de que el calor subía a mis mejillas. Me esforcé por olvidar el asunto y me incorporé. Caminé algunos pasos y miré hacia el mar. Tranquilo estaba éste, arrojando mansamente sus olas a la arena. ¡Qué hermoso y grande es el padre mar!, pensaba. ¡Qué poderoso es cuando muestra su ira! ¡Qué generoso, cuando nos alimenta!... Así, llegó a mí, como viento fresco, un pensamiento. Debí externarlo, porque Teuhtli, que se había acercado sin que lo advirtiera, me preguntó:

—¿Qué has murmurado, muchacho?

—No hace daño.

—¿Qué dices?

—No Hace Daño... ¿es el tercer guerrero, Teuhtli?

—¡Oh dioses, has acertado! —exclamó el maestro, lleno de júbilo—. Entonces, Xicote, en la quinta situación, a la que llega sólo el hombre que la vislumbra y se esfuerza por alcanzar, se encuentran Me Conviene, Me Agrada y No Hace Daño. A esta situación le llamo Paz. Un estado de conciliación de los contrarios en el corazón del hombre, que permite darse cuenta de todas las situaciones y elegir la que no le daña a él, ni perjudica a otros. Estado que le permite rechazar una invitación del uey tlatoani, sin ofenderle. ¿Entiendes ahora?

—Sí.

No pude decir más, pues algo así como una ola de alegría corrió en mi cuerpo, desde las piernas hasta la cabeza, atragantándome. ¡Dioses! ¡Cuánto gozo me causaban las palabras de Teuhtli! Sentí que el vigor me invadía miembros y pecho. No pude resistir el impulso de gritar, de saltar, de correr alrededor del maestro, quien me miraba complaciente, disfrutando de mi arranque intempestivo. Cuando paré, me dejé caer al suelo, de

rodillas. Quedé con el rostro hacia el mar. Me percaté de que lloraba. Lágrimas corrían por mis mejillas. Lloré y lloré. En el horizonte el sol se desangraba. Nubes hechas jirones de encarnados colores acudían al holocausto celeste. ¡Eran los pájaros variopintos del sacrificio de Quetzalcóatl!

XIX

Octava carta que escribo al mío hermano Martín de Mérida y dirigida a Santiponce de Andalucía; desde estas tierras de la Nueva España, a los 30 días del mes de Octubre de mil quinientos veinte y tres años del nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Martincillo de la infancia:

Escribo a vos desde mi hacienda en Xochimilco, que es próximo a Méjico y buena tierra, de aguas y flores que es cosa de ver. Aquí tengo sementeras y encomienda de indios que don Hernando ha me dado en merced por los servicios de armas en la conquista de estas bastas tierras. Aquí también están las propias de Pedro, entre las varias propiedades que han le tocado, además de unos solares en la ciudad de Méjico.

Xochimilco es población mediana, en la ribera de un lago que lleva el mismo nombre, al sur del valle. Es tierra fértil y húmeda. Tiene muchas parcelas en el agua, que los naturales llaman chinampas, donde hacen muy buenos cultivos de maíz, frijol, calabaza y otras más verduras, que son muy buenas de comer. También es lugar que se distingue por el cultivo de flores de mil formas y colores, que es un contento verlas. Y es tanta la producción de lo dicho que, hay movimiento continuo de pequeñas barcas, llamadas por ellos *acallis*. En ellas

acarrear sus productos a la ciudad y poblaciones ribereñas del dicho lago y de otros que hay por aquí.

Dios mediante, nada más teniendo calma en esto de las guerras, haremos florecer aquí rica hacienda de ganados y cultivos. Tengo casa construida, techo para mi familia, de lo que os hablaré adelante. Hasta una pequeña iglesia estamos construyendo.

El año pasado quiso la Divina Providencia que el capitán general mandase a Pedro al Tututepeque, a sofocar una rebelión, a pacificar la tierra, y he ido con él. En la dicha entrada hemos recuperado mucho oro, que ya en manos De Alvarado imposible se le ha hecho reportarlo todo a Méjico, y con gran parte se ha quedado. Con toda razón me ha dicho, “al don Hernando ni todo el amor ni todos los dineros, so pena de quedar en cueros”. Y “no vaya a suceder a nosotros lo que en la Vera Cruz o en Méjico, donde hemos quedado más encuerados que un tasajo”. Así es que, hermano Martín, del Tututepeque Pedro ha traído las alforjas a reventar y, yo soy su tesorero.

El De Alvarado ha sido generoso con mi persona pues gracias a su mediación ante don Hernando tengo lo que tengo. Aunque entre la soldadesca goza fama de tacaño y hombre de pocas pulgas, yo he granjeado sus consideraciones. Claro, siempre he permanecido a su lado, cuidándole las espaldas y en no pocas ocasiones he salvado su vida. Ahora, con la parte del oro del Tututepeque que hemos escabullido de las uñas del Cortés; con lo que a mí ha tocado, soy hombre de fortuna.

¿Acordáis vos de María Inés, la india de Cholula? Pues habréis de saber que me ha dado un hijo. Un varoncito hermoso que tiene un año de edad. Soy feliz

con la madre y el hijo. Ella habla el castellano y se ha interesado por la fe cristiana. Del niño se ocupa en su instrucción fray Julián, un santo varón de Jaén que vive con nosotros. Hombre piadoso y querido en Xochimilco. A él encargaré mi familia ahora que acompañe a Pedro hacia la pacificación de Guatemala. Hernando Cortés le ha encomendado la empresa y, si es voluntad de Dios Nuestro Señor, en diciembre partiremos. Confieso a vos que mis ánimos no están puestos ya en la guerra. Preferiría quedarme para incrementar hacienda en Xochimilco. Así lo hice saber a Pedro, pero me ha pedido que le acompañe por la vez última y ha prometido recompensas. Por ello, hermano Martín, he de tomar las armas nuevamente cuando ya me acostumbraba a la vida de hogar, a la mujer y al hijo. Había pensado, luego del Tututepeque, ir a España, que ardo en deseos por veros. Empero, ni modo. Aplacaré mis ganas hasta el regreso de Guatemala, si Dios Nuestro Señor a mí presta vida y salud. Hago acompañar a ésta los apuntes de la guerra que les hicimos a los mejicanos, luego de reponernos en Tlaxcala del desbarate que nos hicieron en los puentes, cuando salíamos en retirada de su ciudad. Ciudad que a vuelta de año hemos tomado, a sangre y fuego. Ciudad que destruimos y a ellos casi acabamos.

También envió con ésta una carta para los queridos viejos, donde les digo que les amo y extraño.

Os pido recéis por mí para que la Santísima Virgen María a mí guarde en esta nueva empresa y pueda pronto verles.

Contestad, os lo ruego.

El tuyo hermano del alma.

Gonzalo guardó la carta en su bolso de viaje. Tomaría sus alimentos matutinos y saldría al embarcadero, en el lago de Xochimilco. Una embarcación le esperaba para llevarle a México; la que hacía dos años fuera ciudad de los mexica y ahora capital del Reino de la Nueva España.

Dos asuntos le llevaban allá; el primero, entregar la carta a un viejo compañero de batallas que saldría a España próximamente; el segundo, revisar la obra de albañilería en una casa en ciernes de Pedro de Alvarado, en el centro de la ciudad.

Recién había llegado de campaña, en que durara un año, y sentía curiosidad por conocer el avance en la reconstrucción de la antes Tenochtitlan.

Observó que en Xochimilco los acontecimientos bélicos no habían dejado huella en el paisaje. Que la población se adaptaba, discreta y lentamente, a las nuevas formas de vida y de gobierno.

Ya en la otrora ciudad de Moctezuma, el compañero de campañas que llevaría la carta hasta Sevilla, le recibió en su casa, cerca del embarcadero. Él mismo le conduciría hasta la casa que se estaba construyendo para Pedro de Alvarado, en las inmediaciones de la calzada a Iztapalapa. La mansión estaba muy avanzada, según constató Gonzalo; rodeada con un muro de piedra y distinguida con torreón circular, coronado por una terraza mirador. Hasta ella subieron los dos, buscando contemplar el valle desde esa altura.

Gonzalo lanzó mirada a la redonda, sobre el Valle de México; sobre el Anáhuac, llamado así por los naturales, en su lengua náhuatl, “el lugar alrededor del agua”. Desde ahí podía apreciar la obra de reconstrucción de la

nueva ciudad, que miles de brazos indígenas llevaban a cabo, con singular resignación y aderezando el esfuerzo con nostálgicos cantos. La capital de la Nueva España se levantaba sobre los cimientos y con los escombros de la hermosa Tenochtitlan de Moctezuma.

A Gonzalo llegó entonces el recuerdo de aquella mañana de noviembre de 1519, en que contempló la ciudad mexicana por vez primera. Recordó su estancia en ésta como huéspedes de Moctezuma, primero, y como sus captores después. Su dolorosa huida al año siguiente y, el regreso para sitiar y al fin tomar la ciudad lacustre.

Suspiró y dijo:

—¡Ah!, de verdad amigo Arciniegas... ¡cómo preciso ahora de un vaso de vino! ¿Adivináis, allá al oriente, el caserío de Texcoco?

—Sí, cual si le estuviera viendo.

—¿Qué os recuerda, de la toma de Méjico?

—Muchas cosas me recuerda Texcoco, don Gonzalo. Al príncipe rebelde Ixtlilxóchitl, desahuciado de Moctezuma y hermano de Cacama, señor entonces de ese reino. Ixtlilxóchitl, que resultase importante aliado nuestro, y que ahora, luego de la toma de estas tierras, reina ahí.

—¿Qué más recordáis?

—Que allá establecimos nuestro real, poco antes del sitio. Que allá se armaron los bergantines, con las piezas traídas desde Tlaxcala, trabajadas por Martín López y sus ayudantes de carpintería. Por cierto, acarreadas por los indios tlaxcaltecas. Que desde esa ciudad se excavó el canal al lago, para botar las dichas embarcaciones, de tanta importancia para lograr la victoria.

—¿Qué otras cosas recordáis, amigo mío?

—Que desde Texcoco hicimos campañas de reconocimiento hacia el sur, hasta Iztapalapa, durante las que hubimos enfrentamientos con los mejicanos. Y al poniente, hasta Coyoacán, Chapultepec y Tacuba. Por cierto, en Chapultepec cortamos el conducto del agua de beber a la ciudad. Al norte incursionamos hasta Tenayuca y Tepeyac.

—Mirad por la calzada, ¿alcanzáis a vislumbrar los vapores de Iztapalapa?

—¡Ah!, la hermosa y blanca. Prendado de ella quedé cuando la conocí.

—A mí pasó lo mismo, Arciniegas.

—Sí. Por esta vía tocó arremeter a Gonzalo de Sandoval, cuando Hernando dispuso el sitio de Méjico. Por Tacuba tocó a Pedro de Alvarado, y por Coyoacán a Cristóbal de Olid. Cortés cerró la rueda por aguas, zarpando desde Texcoco, con los bergantines. En la embarcación capitana, por cierto, iban don Hernando, y el propio Martín López al timón de ella.

—Así fue. Bien que os acordáis. Fueron cerca de ochenta días de sitio. Todo ese tiempo que no permitimos entrada ni de agua ni alimento.

—Tuvimos como aliada la viruela, que un año antes los había diezmado, matando a su rey Cuitláhuac y a muchos de ellos.

—Sí, amigo Arciniegas. Y quiso la Divina Providencia que la dicha peste, que matara a muchos indios, amigos y aliados, a nosotros no tocara. Bien se notó la voluntad de Dios Nuestro Señor de que conquistáramos la tierra, para su gloria y la religión verdadera.

—Y gran salvación se hiciese de almas de indios en estos lares, don Gonzalo.

—Bien apuntáis, Arciniegas. Mas, la lucha fue dura ¿recordáis? En el agua, con sus muchas canoas o acualis en contra de nuestros bergantines; en las calzadas, contra nuestros caballos y la artillería; o en las calles de la ciudad, contra nuestros aliados tlaxcaltecas y pueblos ribereños.

—Pero ni así se rendían los orgullosos mejicanos; aunque quemáramos sus techos, derruyéramos sus paredes, destrozáramos sus cuerpos con espadas y caballos.

—Trocaban hambre por fuerza, sed por coraje, humillación por orgullo.

—Y don Hernando respondía a ellos con determinación.

—¡Ay!, que dura guerra nos dieron en los puentes; los cuales destruían para que los caballos no avanzaran.

—Y esto era de noche, pues durante el día nuestros aliados indios los volvían a rehacer, permitiéndonos arremeterles hasta en sus calles y mansiones.

—Y esto era cuento de nunca acabar, pues los volvían a destruir y nuestros aliados a levantarlos de nuevo.

—Desde los techos de sus casas caían sobre nosotros multitud de piedras, que cielo encapotado de gránizos no lanzase tantos.

—Y sus certeras jaras a cuántos de nuestros amigos indios atravesaron. Era cosa de verse la multitud de aliados nuestros que quedaron en las aguas del lago.

—Por eso, amigo Gonzalo, fue buena la idea de clausurar los boquetes de las calzadas con el escombros de las casas que íbamos derruyendo.

—Lo que permitió la entrada de los caballos hasta el corazón de la ciudad.

—Y el incendio paulatino de ésta.

—Hasta que al fin cayó preso el Guatémuz.

—Y así terminó la cruda guerra.

—Bendito sea Dios, así fue, Arciniegas.

—¡Ah!, cuánto servicio nos prestaron los caballos,
don Gonzalo.

—Y las ballestas, arcabuces y la artillería.

—El genio de Cortés en la estrategia.

—Sí. Y la bravura y el montón de los aliados indios, que echábamos por delante, para que con sus carnes cubrieran las nuestras.

XX

Pasaban los años en Aztlán y yo cumplía diecinueve de edad. Un día de pesca Teuhtli fue a buscarme al estero. Me llamó, me separó del grupo de muchachos. Dijo que había llegado el momento de marchar a México; que un grupo de hombres, enviado por él, iría a Tula Xicotitlan con el encargo de dibujar esculturas de la ciudad tolteca. Podría ir con ellos, si aún tenía el propósito de buscar a mi familia. Me dejarían en las afueras de Tenochtitlan. Él no iría en esta ocasión; pensaba ir a Teotihuacan en los próximos meses y entonces me buscaría. Acepté hacer el viaje con aquellos hombres. Esa misma tarde, antes de la partida, Teuhtli me aconsejó:

—Recuerda lo que he dicho de la corriente de la vida. Si te atrapa, siempre te dará una oportunidad para escapar. Está atento para aprovecharla.

Aunque durante el viaje prescindimos de la ayuda del río, no me sentí agobiado en mi regreso al Anáhuac. En los años recientes, mi cuerpo se había acostumbrado al esfuerzo. El juego y el trabajo lo habían fortalecido. En el río y el estero, los chicos competíamos sobre pequeñas embarcaciones, *acallis* o canoas. A golpes de remo o empuje de varas, jugábamos a “quien llegue primero a tal lugar”. También competíamos en juegos para cruzar nadando el río. Juegos recurrentes entre los jóvenes de Aztlán. Otra de las competencias, que nos entretenían

entonces, era el subir con destreza por el tronco y ramas de árboles altísimos. Los adultos se divertían mirando al grupo de jóvenes escalar por los tallos, cual si fuera una manada de monos de la región de Xicalanco; tales, a los que nunca había visto, pero sí había oído referir en los relatos de nana Xóchitl.

El trabajo también nos fortalecía a los jóvenes. Cuando la construcción o reparación de chozas, había que cortar y acarrear pesados maderos, escavar y ponerlos en posición vertical para levantar paredes; cortar hojas de palmas para construir los techos... La siembra, cultivo y cosecha del maíz, y de otras plantas de alimento, requerían su propio esfuerzo. Notaba yo, desde que había llegado a Aztlán, que la gente de esta región costera era un poco más alta que la del Valle de México. Me preguntaba si ello se debía a los alimentos que les brindaban el río, el estero y el mar. A mí me encantaba comer la variedad de peces, cangrejos, camarones y otras que, en abundancia tenía a mi disposición.

Recuerdo de ése mi primer viaje de retorno hacia el Anáhuac, el día soleado en que estábamos en un bosque de amates. Un arroyo de aguas cristalinas corría por ahí. Busqué el remanso de la corriente para saciar la sed. Mis pasos me llevaron hasta una charca cristalina y quieta. Sobre una roca plana que estaba a su vera, me tendí boca abajo para abreviar directamente, como lo hace el jaguar. Miré entonces mi rostro, reflejado en las aguas. Me contemplé, me detuve observando los cambios develados. Habían desaparecido las formas redondeadas de mi cara. Las mejillas, en líneas verticales bajaban al mentón y resaltaban mis pómulos. Un bozo fino, escaso, apenas se insinuaba sobre mi labio superior. Comprendí. Había

cruzado el territorio entre la niñez y la juventud. “Soy un mozo ya”, pensé; “y fuerte”, agregué, al mirar mis brazos en tensión cuando me incorporaba. Recordé la fortaleza física de mi padre; también la estatura de mi abuelo Totohuey, el Pajarote, que sin duda había heredado yo.

En otra ocasión, pernoctamos bajo un bosque de pinos.

Desperté cuando despuntaba el alba. Todos mis compañeros dormían, menos Maztla, el jefe del grupo. Me miró despabilado y, con una seña, indicó que le siguiera. Sobre el sendero, con voz baja dijo:

—El hambre no tardará en urgirnos. Vayamos en busca de nuestro alimento. He realizado la solicitud a Tepeyólotl, corazón del monte, para cazar una de sus criaturas.

Maztla conocía cada lugar que íbamos pisando, durante el trayecto al Valle de México. Le seguí hasta encontrar un manantial. Frente a éste nos apostamos, ocultos entre la maleza. Maztla descolgó de su hombro el arco. Sacó una flecha del carcaj. Se preparaba para un tiro. Un pájaro carpintero picoteaba el tronco de un encino. Miré tensarse los músculos del jefe. Algo parecía advertir el viejo cazador. Escuchamos ruidos de agitación en la maleza. El pájaro pica madero, asustado tal vez, se arrebató en el vuelo, escandalizando la mañana con sus chillidos: ¡Chicot, chicot! Sonreí. El ave parecía delatarme, gritar mi nombre ¡Xicot, Xicot! Una racha de brisa fresca serenó mis ánimos, alborotados por la sorpresa. Entre retazos de la niebla que se levantaba, vimos aparecer un venado de robusta estampa y gran encornadura. Noté la distensión en los brazos de Maztla. Con el

rostro sereno, se aflojó en un suspiro. El altivo animal, como en tono de reto, paró frente a nosotros. Me pareció advertir, en sus negros ojazos, un brillo azul verdoso. Silencio en la floresta. Entre nosotros, un respirar callado. Al fin, el animal rompió el encanto del momento y se acercó a la fuente. Bajó la testa y abrevó tranquilo. Luego, cual si nos encarara nuevamente, mostró su gran alzada, su pecho enhiesto. Giró hasta mostrarnos uno de sus flancos y, se perdió entre el monte. Inquirí con los ojos al cazador, ¿por qué lo había dejado ir? Con mirada apacible y la palma de su mano me pidió que esperara.

Una pareja de venados hizo su aparición. Llegaron y oliscaban al aire, antes de clavar los hocicos en el agua. Maztla se preparó. Al retirarse, la hembra parecía proteger a su macho, con un costado hacia nosotros. Maztla desistió de nuevo. Yo, inexpresivo esta vez, sólo exhalé discreto.

En tercera ocasión llegó un astado joven, nervioso, desconfiado, moviéndose inseguro. El viejo cazador había tensado el arco. Y cuando el animal dejaba de moverse y presentaba, al fin, uno de sus costados, la flecha fue a clavarse a un lado del codillo. Se disparó en un salto y exhaló un agudo quejido, como si fuera de hipo. Tembloroso de muerte, yacía en el suelo. Esperamos a que acabara de morir y lo cargué sobre mis hombros.

Había caído la tarde cuando comíamos la carne asada de la presa. Pregunté a Maztla acerca de su proceder ante los venados que había dejado escapar.

Dijo:

—El grandioso animal que ha llegado primero me pareció que era Tamatzi, el Venado Azul, hijo del Dios Fuego y de la Madre Tierra. Mi tona. No puedes dispa-

rar contra Tamatzi, la flecha se vuelve contra ti. Vino a indicarme, creo, que tenía su permiso para cazar venado. A la pareja he dejado escapar porque nunca dispararía contra una hembra. El tercero era nuestra presa.

Todos le escuchamos con reverencia.

Él, mirándonos absortos en su explicación, nos regaló este relato:

Decían nuestros abuelos que cuando los dioses recién pusieron a los hombres en el mundo, para que no sufrieran hambre, les regalaron el maíz y otras plantas de qué se alimentaran. Estuvieron un tiempo así felices. Pero luego los dioses notaron que sus criaturas estaban tristes, flacos sus ánimos, enfermos vivían. ¿Qué será lo que marchita a los hombres?, se preguntaban los dioses. Enviemos a Xoxotlani, la luciérnaga, para que aluce en sus sueños y descubra el misterio. Así se hizo y, cuando la pequeña Xoxotlani regresó, contó a los dioses lo que descubrió: era el hambre lo que acongojaba a las criaturas. Y los dioses exclamaron asombrados “¡no puede ser!; tienen su maíz y calabaza y chile para comer”. Y dijo la luciérnaga, “es otro tipo de hambre que no se sacia con el alimento”. ¿Cuál?, preguntaron los dioses. “Es hambre de conocer el camino hacia los dioses, hacia su adentro, hacia el mundo de las plantas y los animales”. ¡Bien! exclamaron los dioses. ¡Hagámoslos felices, mostrémosles el camino! Y enviaron a Tamatzi, el Venado Azul, hijo del Padre Fuego y de la Madre Tierra. Allá fue a surgir del mar, de Haramara, el rumbo del poniente, la región de la diosa Tatei. Era hermoso el Venado Azul. Tan luego lo miraron, cuatro cazadores quisieron cazarle. Tamatzi quería enseñarles el camino, y los

animaba a que le siguieran, tratando de cazarlo con sus flechas. Así, por varios días los trajo tras de sí, desde la costa hasta el desierto. Cuando ya desmayaban los cuatro cazadores y agotaban sus flechas, durante oscura noche Tamatzi ejecutó una danza mágica: bajo sus pisadas brotaban yemas encendidas, como luces de luciérnagas. Tamatzi desapareció mientras los cazadores sucumbían al sueño y al cansancio. A la mañana siguiente, bajo la luz del sol descubrieron el campo sembrado por las plantas de Híkuri, el peyote. El camino que guiaría a los hombres desde su mundo medio, que comparten con plantas y animales; hasta el mundo de arriba, el de los dioses y el mundo de abajo, el de los muertos.

Esa noche, estuve escuchando hasta la madrugada, el canto del tecolote.

Caminábamos de noche durante las últimas jornadas. Cierta madrugada llegamos a las inmediaciones de Xochimilco. Hasta ahí me acompañaron Maztla y sus hombres. El viejo cazador me orientó para encontrar albergue a las orillas del lago, en casa de un canoero amigo suyo, de nombre Tote. Ellos siguieron el camino hacia Tula Xicotitlan. Me quedé allí, solo, sin tener idea de lo que pasaba en México, de los cambios que encontraría, de los peligros que acechaban. Miré las estrellas y consideré que aún quedaba tiempo para llegar al poblado con el cobijo de las sombras. La ilusión de encontrar a los míos me animó y proseguí la marcha. Había calculado mal el tiempo o la distancia, porque la claridad del alba me sorprendió todavía en camino. El sol asomó sin que pudiera llegar a la población. ¡Oh dioses! No imaginé lo que me esperaba. Sentí hambre y me

entretuve recogiendo frutos silvestres. Escondido entre los arbustos, estuve comiéndolos. Miraba tan cerca las casas, que dije, “Xochimilco está a tiro de honda”. Debí esperar la noche entre los matorrales, mas no lo hice y salí al camino. Había dado tan sólo unos pasos, cuando escuché un grito a mis espaldas. Era un grito dirigido a mí, que no pude entender. Volteé asustado y vi a dos hombres montados en caballos. Eran dos teules, como los que había mirado, escondido tras la estela de Cholula. Sentí mi corazón tamborilear en la garganta. Traté de escapar, internándome en el monte, pero resultó vano el intento. Los veloces caballos me alcanzaron y recibí un golpe en la cabeza. Caí de bruces. Cuando desperté, me hallaba atado de las muñecas con el extremo de una cuerda. Uno de aquellos hombres me hacía poner en pie y el otro sujetaba desde el caballo el mecate que me ataba. Aturdido aún, me llevaron tirando hasta el poblado. Lejanas me parecían sus risas. Apenas alcanzaron las fuerzas de mis piernas para llegar. La cabeza me dolía y perdí de nuevo el conocimiento. Desperté encerrado en una jaula de maderos, bajo la sombra de un ahuehuete. No me encontraba solo. Había tres de aquellos huacalotes y en cada uno de ellos, ocho o diez prisioneros. La sed me torturaba. Entre las ramas del árbol miré el sol; se encontraba a medias de la tarde. Uno de aquellos desdichados compañeros, hombre viejo y con un mechón de cabellos blancos en la frente, me preguntó:

—¿De dónde vienes, muchacho?

—Del poniente.

—Haz venido a caer en las fauces de la serpiente. Allá te hubieras quedado. ¿Sabes lo que nos espera?

Me encogí de hombros y él siguió hablando:

—Nos llevarán como esclavos al otro lado del mar.

—¿Cómo lo sabes?

—Los de la Cofradía sabemos todo.

—¿Eres de esa parcialidad?

—Por eso estoy aquí.

—Pero... se dice que la Cofradía hizo tratos con los teules.

—Fuimos traicionados. Los extranjeros no tienen palabra. A nuestros principales han echado los perros; a otros muchos han llevado como esclavos, a quien sabe qué lejanas tierras.

—Oye —interrumpí—. ¿No dan agua aquí?

—Durante tres días que permanezco encerrado no he visto tal cosa. Tendrás que acostumbrarte a la condición de esclavo.

No quise escuchar más al hombre. Me retiré hacia un rincón y fingí dormir.

Al amanecer nos despertó el escándalo de voces. Un teul flaco y cojo, acompañado de los que me habían echado mano, nos despabilaba a gritos y jicarazos de agua. Un niño de la raza entregaba a cada prisionero elotes cocidos. También nos llevó agua para beber. Habían instalado una fogata a medio patio, el cual estaba abierto a la calle. La gente pasaba y se entretenía observándonos con curiosidad. Llegaron dos castellanos más, acompañados de otros dos hombres de la raza. —Son tlaxcaltecas, —dijo el hombre del mechón canoso, refiriéndose a estos últimos. Los teules recién llegados colocaron dos varas de hierro en la fogata. Luego de un rato, del jaulón vecino sacaron a un prisionero. Le sentaron en un tronco, le jalaron de los cabellos hacia atrás y pegaron en su mejilla uno de aquellos hierros enrojecidos. Un grito

desgarrador agitó los corazones de todos nosotros, como agita el rayo a una parvada de guacamayas en el palmar. La víctima, un jovencito al que calculé algunos quince años de edad, lloraba y se retorció de dolor, imposibilitado de hacer algo más, pues cuatro de aquellos hombres le sujetaban fuertemente de pies y brazos. El desmayo vino a atenuar un poco su desgracia y los dos tlaxcaltecas lo llevaron en vilo hasta un jaulón vacío, donde le arrojaron. Uno a uno, los de aquella primera jaula fueron pasando por el mismo trance. Apenas terminaron con ella se dirigieron a la nuestra. Entonces, me di cuenta de que todos mis compañeros de infortunio estaban pegados hasta atrás. Me habían dejado solo, adelante. Me sacaron a jalones. Traté de controlarme y esperar la oportunidad de escapar prometida por Teuhtli, pero no llegaba. Cuando por fin me sacaron y me llevaban hacia el tronco, escuché un alarido que me sacudió por entero.

—¡No! ¡Xicote no!

Miré hacia el rumbo de la exclamación y descubrí ¡oh dioses! a mi hermana. Sí, era ella, mi hermana Flor del Alba. Se encontraba apoyada en el hombro de un teul gordo y sonrosado, que vestía diferente a los demás y mostraba rapada la parte alta de su cabeza. La miré mortificada y suplicante ante el hombre gordo, señalándome con su dedo índice. Entonces el hombre calvo gritó algo que no entendí y quienes quemaban las carnes se detuvieron. El teul flaco y cojo, que parecía el mandamás, se plantó colérico ante el acompañante de Flor del Alba. Discutieron. Por fin el cojo bajó los brazos y alzó su rostro al cielo. Regresó hasta donde me encontraba y escupió algunas palabras a sus compañeros. Uno de aquellos me desató y empujó hacia mi hermana. Ella me

abrazó, me besaba en la frente, en los ojos. Sus lágrimas corrían por mis mejillas. Yo no podía creerlo. La maravillosa presencia de mi hermana me había salvado. ¿Acaso el “siempre joven” Tezcatlipoca había urdido esta trama a mi favor? ¿Los dioses del Mexicatl aún tenían poder para ampararnos?, me preguntaba.

Volteé hacia la jaula en que había estado cautivo y miré al viejo del mechón blanco. Con su mirada parecía implorar que le rescatara. ¿Advertiría el desprecio en mis ojos? ¿Cuánto se debía a aquel hombre y a su maldita cofradía la caída de México?

El reencuentro con mi hermana me llenó de gozo, aunque me quedaba la amargura de ignorar el destino de mi madre. Flor del Alba, que ahora tenía el nombre cristiano de María Inés, era mujer de uno de los teules, Gonzalo de Mérida. De él le había nacido un hijo, Miguel de Jesús. Ella y su niño vivían en Xochimilco, bajo el amparo de fray Julián, el hombre gordo y rapado que me había arrancado de las garras de los esclavistas. Mi hermana me dijo que su hombre andaba en guerras por las tierras del sur, con el capitán, un tal Pedro. Ella no cabía en sí de gozo por el encuentro. Me mimaba y trataba de satisfacer el más mínimo de mis deseos, de contestar mis múltiples y atropelladas preguntas.

Me encariñé de mi sobrino desde que le conocí. Jugaba mucho con él y le cargaba por todos los rincones de la casa. Contaba entonces con cinco años de edad. Era encantador, mostraba en el color de su piel y de su pelo la mezcla de las razas.

Desde el primer día en casa de mi hermana le pregunté por mi madre. Me platicó que en el trayecto de Cholula al destacamento militar de Acatzinco, ella, al

notar mi ausencia, se preocupó bastante e intentó alcanzarme. El jefe del grupo de guerreros trató de disuadirla, advirtiéndole que en aquellas circunstancias era muy peligroso acercarse a Cholula, pero ella no hizo caso.

—Yo —dijo mi hermana—, no debía dejarla sola y le acompañé en el regreso. Cuando llegamos a las cercanías de la ciudad, no pudimos avanzar más. El ejército cholulteca resguardaba ahí a niños, mujeres y ancianos que habían sido evacuados por temor a los teules y a los tlaxcaltecas. Los jefes guardianes, conocidos de mi padre, por seguridad no nos dejaron seguir. Mi madre no pudo dormir esa noche y otro día se la ingenió para burlar la vigilancia y seguir ambas hasta entrar a Cholula. Ya en la ciudad, nos dirigimos a nuestra casa, donde suponía ella que te encontraríamos. Mas no alcanzamos a llegar, pues gritos de guerra y lamentos de dolor invadieron las calles. La gente corría enloquecida, buscando cualquier refugio. Otros, salían llorando de las casas en llamas. Los tlaxcaltecas se embriagaron saqueando, quemando, matando y haciendo prisioneros. Encontramos el mercado atestado de gente horrorizada. Tratamos de refugiarnos allí y nos fundimos en la multitud. Hasta nosotros llegó la turba de guerreros, sedientos de sangre y de despojo. Los que podían, corrían enloquecidos para cualquier rumbo. En la confusión, llegó el momento en que no supe más de mi madre. A mí, como a muchos jóvenes y niños, hombres y mujeres, me tomaron cautiva. Estuvimos en campamento tlaxcalteca ese día. A muchos prisioneros, entre los que estaba yo, nos habían atado de las ramas de un árbol. Al día siguiente se presentaron los teules. Uno de ellos me liberó. Así conocí a mi señor Gonzalo. Advertí su cara de agrado al mirar-

me. Me pidió al capitán y desde entonces vivo bajo su protección. Mi señor Gonzalo ha querido que desde el primer momento recibiera yo el santo bautismo. Ahora soy cristiana y su mujer. Como ves, al cabo de estos años ha nacido este angelito, llamado Miguel de Jesús.

Esa noche, recordando el relato de mi hermana, imploré a los dioses por la vida de mi madre.

Fray Julián era un hombre cordial. Aunque yo recibía de todos los de su raza, pronto ganó mi confianza y amistad. Se preocupó porque hablara la lengua castellana. Le agradaba, decía, que yo aprendiera con rapidez lo que se me enseñaba. Gracias a él, durante esos primeros años que viví en Xochimilco, aprendí a leer, escribir y hablar en castellano. Aprendí también el oficio de albañilería, pues me emplearon en la ampliación de la casa de Gonzalo. Fray Julián me enseñaba religión cristiana. Yo estaba encantado, pues no había en el mundo cosa que me agradara tanto que aprender. Él me convenció de recibir el bautismo. Me apadrinó y propuso mi nombre cristiano: Juan Bautista. No me fue difícil acercarme a esta religión. Mi vida al lado de Teuhtli me había permitido cierta distancia de los dioses mexica. Me había liberado del temor a Tezcatlipoca, y al colibrí siniestro, Uitzilopochtli. Ahora tenía referencias de un dios del amor. Pero más por curiosidad que por otras razones, me acercaba a éste.

Cierta tarde, me encontraba en lo alto del templo en construcción. Habíamos ocupado la mañana en colocar los maderos que sostendrían el techo. A lo lejos y sobre el camino que conducía hasta el poblado divisé una nube de polvo que se alzaba. A un lado de ésta, pero más al fondo, se dejaban ver las copas de los volcanes,

ensangrentadas por el crepúsculo. Llamé la atención del maestro albañil, señalando con el índice la polvareda. Aguzó él la mirada y dijo, “han llegado los amos”. La nube de polvo fue acercándose cada vez más, hasta hacerse visible el contingente que la levantaba. Al frente venían varios castellanos a caballo. Luego otros más a pie. Al final, un grupo numeroso de hombres de la raza. Todos armados. Con el cansancio y el polvo en los rostros, pasaron indiferentes a un lado de la construcción.

Al terminar la jornada de ese día me dirigí a casa. Nunca entraba por la puerta principal. Prefería hacerlo por la caballeriza. Había penetrado en mi habitación y me disponía a descansar, cuando escuché la voz de fray Julián:

—El señor Gonzalo ha llegado. Desea conoceros, Juan Bautista.

Quedé boquiabierto. No esperaba tal noticia. Había aprendido a convivir con los castellanos, aunque trataba en lo posible de evitarlos. Conocía ya su lengua, algunas de sus costumbres, comprendía su religión... pero no me agradaba acercarme a ellos. Ahora tendría que hacerlo por obligación. Gonzalo era el hombre de mi hermana, padre de mi sobrino, parte de mi familia. ¿Qué trato recibiría de este terrible guerrero teul? Fray Julián advirtió mi desconcierto y trató de tranquilizarme:

—No os preocupéis, Juan Bautista. El señor es de buen corazón y le ha placido saber de vos. Acompañadme, venid sin pendiente.

Entramos a la sala, alumbrada con candelas. El aroma de la cera derretida me tranquilizó. Al fondo, sentado en sillón castellano se encontraba un hombre, descalzo, en actitud de reposo, con mi sobrino en brazos. A

un lado y de pie, mi hermana. A unos pasos de ellos nos detuvimos fray Julián y yo. Entonces, el religioso habló:

—Vuestra merced, he aquí a Juan Bautista.

Me quedé clavado como estaca en el piso, sin acertar que hacer. Don Gonzalo, sin moverse, ordenó:

—Acercaos, Juan Bautista.

—Adelanté unos pasos. La luz nos daba en los rostros. Advertí en el suyo a un hombre joven. El color de su pelo me recordó los cabellos de los elotes tiernos. Me miró y le miré. Su mirada era resuelta, filosa como navaja de obsidiana. Un sentimiento de propia valía, de libertad, inspirado en mí por Teuhtli, me impedía arrojarme ante don Gonzalo; como lo había visto hacer a tantos hombres y mujeres de la raza, ante los teules.

—Inclínate, Juan Bautista, —ordenó mi hermana.

—¡No! Así está bien, —intervino el hombre—. Me gusta así —se incorporó, le dio el niño a mi hermana y dirigió sus pasos hacia mí. Puso sus manos en mis hombros y dijo:

—Ha me dicho el padre Julián que sois muy listo. Que aprendéis castellano y sabéis leer y escribir.

Yo tan sólo le miraba.

—Sentíos a grado, que ésta es vuestra casa. Que yo agradecido estoy a mi señor Jesús Cristo por el hijo y la mujer dispensados.

Un año más estuve viviendo entre ellos. Era don Gonzalo respetuoso de mi distanciamiento, de mi agrado por la soledad. Lo que más gustaba de él, era el amor mostrado a mi hermana y mi sobrino.

Un día, fray Julián me dijo:

—Es voluntad de don Gonzalo que aprendáis tanto como se pueda; que aprovechéis vuestra inteligencia.

Dentro de unos días, si lo permitís, llevaré a vos a un convento de Texcoco, donde aprenderéis latín y otras cosas.

La noticia me hizo recordar un pasaje de mi infancia. La ocasión en que mi padre me llevara a Texcoco, para presenciar los festejos de la coronación del rey Cacamatzin. El nuevo rey había ascendido al trono, luego de la muerte de su padre, Nezahualpilli. La ciudad me había parecido brillante, con palacios y casonas hermosas. Recordé su templo mayor, construido en el centro ceremonial, dedicado a Tláloc y Uitzilopochtli, tan grande o más que el de Tenochtitlan. Vino a mi mente esa mañana, tomado de la mano de mi padre, entre el gentío que llenaba la plaza. Mirábamos todos hacia el balcón del palacio, esperando la salida del nuevo gobernante; de los sacerdotes y funcionarios que le coronarían. La espera se había hecho larga. Entre los hombres que estaban cerca de nosotros se corrió un rumor de que debido al retraso del rey de Tlacopan se había retardado la ceremonia del Consejo Supremo de la Triple Alianza. En ella se tomaba juramento al nuevo monarca, previo a la coronación en público. Cuando empezaron a sonar los teponaxtles, cesó el rumor de la multitud. Aumentó la expectación. No era común la coronación de monarcas. El pueblo de Texcoco había presenciado la última hacía cuarenta y dos años, cuando se entronizase al recién difunto, Nezahualpilli. Los tambores dejaron de sonar y Cacamatzin salió al balcón, así como los altos funcionarios. Uno de ellos colocó sobre la cabeza de Cacamatzin la diadema del poder. Hasta entonces se le permitía al pueblo la exhalación de júbilo. Hasta entonces se desparramaba la fiesta popular, sonaban las flautillas

de carrizos, los caracoles, los pitillos y los tambores. Los malabaristas y danzantes aparecían en escena.

Al escuchar acerca de Texcoco, era imposible no pensar en Nezahualcóyotl, el gobernante más importante de su historia. Quien sufriera en su juventud la invasión de su ciudad por parte del rey Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, del reino tepaneca. En esa guerra, Nezahualcóyotl había perdido a su padre, Ixtlilxóchitl. Había presenciado su muerte, escondido entre uno de los bosques cercanos. Sufrió persecución del rey tepaneca por varios años. Escondiéndose, huyendo de pueblo en pueblo. Sufriendo hambre, frío y otras incomodidades. Este sufrimiento le llevó a adoptar el nombre Nezahualcóyotl, Lobo Hambriento; pues su nombre de nacimiento era Acolmiztli, Brazo de Puma. Con el tiempo logró la protección de sus tías, las hermanas del rey de Tenochtitlan. Se preparó en el Calmécac. Recuperó el trono de su padre a los 28 años de edad. Fue notable gobernante. Arquitecto y poeta. Constructor de un albardón, para evitar las inundaciones a Tenochtitlan. Construyó palacios y mansiones hermosas; también jardines y balnearios.

Durante sus años de juventud, en sus circunstancias de fugitivo solitario, seguramente tuvo tiempo para pensar en el destino de los hombres y el designio de los dioses. En esos años habría concebido su idea de un dios único, Tloque Nahuaque; el señor del cerca y del junto; el que no debe ser nombrado.

Ante el anuncio del fray Julián de que yo iría a Texcoco, recordé un poema, que mi abuelo atribuía a Nezahualcóyotl. Lo había escuchado de boca del propio Totohuey, desde mis primeros años de estancia en Tenochtitlan. Dice así:

*El dador de la vida,
el señor del aquí y el allá
derrama su luz
sobre los cuatro rumbos.
Esparce en montañas y fuentes
las piedras preciosas,
el oro y el jade.
Y en las aves del bosque,
las hermosas plumas
y agradables trinos.
El que no debe nombrarse,
reparte entre nos
sus flores y cantos,
la amistad y la fraternidad.
¿De verdad Tloque Nahuaque
desea la armonía entre los hombres?*

XXI

Martincillo de la mía alma:

Recién regreso de las guerras de Guatemala. La carta que de vos he recibido, no pudo traerme más negras noticias que lo referente a la muerte de nuestros padres. Desde aquí elevo a la Santísima Virgen María mis oraciones en pro de sus almas. ¡Ay cuánto heme reprochado por atrasar mi viaje a España e irme a Guatemala! Aún les hubiera encontrado con vida. Pero ya ni llorar remedia. Ha sido la voluntad divina que hayan partido al cielo sin verles antes yo, en expiación tal vez por mis pecados. Dios quiera me hayan perdonado por tanto olvido y desatenciones, que aquí en el mundo, a este malo hermano vuestro y peor hijo le quemaran los remordimientos. ¡Ay!, cuánto diera por un solo día de estar con mi madre y colmarle de besos; toda mi hacienda, por abrazar a mi padre. Alabado sea el Señor que ha dispuesto de tal manera las cosas. Lo único de hacer es ordenar lo de sus misas, como Dios manda. Encargaré de estos sagrados menesteres a fray Julián, quien mucho apoyo me ha dado siempre.

Dejaré las cosas tristes, que remedio no tienen y otros asuntos he de tratar a vos, referentes a lo de Guatemala.

Pareciera que el mundo es muy pequeño, a pesar de los descubrimientos del Almirante don Cristó-

bal Colón. Pareciera que todos los que en este mundo vivimos, tarde o temprano habremos de encontrarnos, rodando, como las piedras lo hacen. Esto digo por lo que he de contaros enseguida:

En una tarde de tantas, de esas que en la guerra se toman como tregua; estando en nuestro real, a orillas de una laguna, de las que abundan por acá; a maese Pablos, le dio por alegrar un poco a la soldadesca y desenvainó su guitarra. A todos venía bien, pues tres días hacía que habíamos tenido un descalabre con los indios en una cañada. Resultado de ello estábamos amohinados, y no pocos heridos habíamos de la parte nuestra. Otros, que eran nuevos en las batallas, estaban tristes, pues recién habían venidos de España e incorporados al ejército De Alvarado. Y como dice el refrán “en las cosas de la vida, no es lo mismo de oídas que en el cuero sentidas”; muchos que a Indias vienen, encandilados por la fama, honra y oros que en ellas pudieran ganar, poco caso hacen de las penurias que en la guerra encontrarán. Que no sólo flechazos y pedradas descalabran, sino otras, no de menor filo, como el hambre, el frío, el calor, el cansancio, la desesperanza, los mosquitos, las fiebres... y paremos de contar. De tal modo que algunos, novatos digo, se encontraban a un paso de la locura, y otros, en vísperas de renunciar, de soltar el zurrón como hacen las culebras. Por eso, era bueno el momento de levantar ánimos con la música y el canto.

Así es que Pablos, luego de afinar el instrumento; sin decir “agua va” y poniendo música a aquellos versos de Gil Vicente que vos y yo solíamos recitar en el granero de la casa cuando éramos niños, cantó así:

Halcón que se atreve

*con garza guerrera,
peligros espera.
Halcón que se vuela
con garza a porfía,
cazarla quería
y no la recela.
Mas quien no se vela
de garza guerrera,
peligros espera.
La caza de amor
es de altanería
trabajos de día
de noche dolor.
Halcón cazador
con garza tan fiera,
peligros espera.*

El canto gustó mucho a nos y, ante los aplausos y muestras de entusiasmo de todos, maese Pablos, animado cual ninguno, inició el siguiente romance:

*¡Ay! que triste está doña Ana
Triste doña Ana llorara
En convento lejano
El su padre la encerrara
Don Gome De Los Monteros
Que en las guerras...*

Me estremecí al escucharle. Pero otro, un soldado de los que en último momento habíanse alistado en las fuerzas de Pedro, saltó ligero sobre el músico y le arrebató la guitarra, vociferando así:

—¡Ese cantar no, bellaco! ¡No cantéis ese romance, que mucha ofensa hacéis!

Maese Pablos, encendido por la rabia, se incorporó e increpó al hombre:

—¡Dadme acá la mía guitarra! ¡Que si el romance no es del agrado vuestro, tapad orejas o retiraos a donde no escuchéis!

—¿Cómo? ¿Osáis me hablar de esa manera tan vil, zarrapastroso? ¿Acaso no sabéis con quién tratáis? ¡Mi hierro a vos enseñará modales, pillo de siete suelas!

Y dicho esto, el que vociferaba arrojó hacia un lado la guitarra y desenvainó la espada. Maese Pablos, a su vez, hizo lo mismo con la suya y exclamó:

—¡Venid acá, caballero de pacotilla, que puercos más gordos he tragao!

La pelea estaba a punto de trabarse cuando apareció el capitán don Pedro. Con recia mirada y voz atornadora, amonestó a los dos:

—¡Alto ahí, soldados del rey! No a matarnos entre cristianos hemos venido desde tan lejos. Entregad vuestras armas al alguacil. Dad vuestros nombres al escribano real para que de ello tome nota. Que si os empecináis en vuestro encono, duro escarmiento sufriréis de azotes y de grillos.

Los rijosos dieron sus armas y también sus nombres:

—Soy Pablos de Córdoba.

—Yo soy Hilario De Los Monteros, hidalgo de Sevilla.

Al escuchar aquel nombre confirmé mi sospecha. Tenía al frente a uno de mis enemigos. A uno de los causantes de tu desgracia, hermano Martín, y de mi

huida deshonrosa. Volvieron a mí los dolores en el vientre y los pinchazos en los cojones que me habían acompañado durante el viaje a Indias. Volvía la rabia a mis ánimos y a la memoria mis promesas de venganza. Sin pensarlo, posé mi diestra en el pomo de la espada. Mi sangre enardecida me empujaba a saltar sobre el rival. Despegué de su rostro la mirada y topé con la de Pedro de Alvarado. El capitán esbozaba una sonrisa. Con señal de mano me indicó que le siguiera. Nos apartamos del real y en despoblado me preguntó:

—¿Es vuestro ofensor?

—Sin duda.

—Ruego a vos, Gonzalo, no hagáis por vengar la afrenta, que tengo quien se encargue. Este hombre desde su alistamiento en Méjico ha me dado mala espina. Durante los días pasados se ha empeñado en voltear la gente en mi contra. En próxima batalla, a más tardar, ha de hallar su merecido. Sólo pido a vos prudencia y discreción.

Así, en la siguiente batalla, el hidalgo Hilario De Los Monteros fue muerto, “por manos de indios”, destrozada su garganta con venablo de ballesta española y sepultado cristianamente en la selva de Guatemala. Deseo que su alma en dios goce y a mí perdone, pues, disfruté del alivio de la venganza por la tuya desgracia y el mío destierro, hermano Martín.

Pero a otra cosa, que hay más.

Decía a vos, Martincillo, que a mi parece el mundo es muy pequeño, pues en estos rincones de Guatemala he venido a encontrar a un viejo amigo. Y es éste un compañero de camarote, de la nao Santa Martha que nos trajera hasta Indias. Hombre que desde que le

conociera mostró su honradez, amistad y buen consejo. Era entrado en años desde entonces. Hablaba tan raro que, a veces no le entendía, pero sospechaba de sus buenas razones. Y aunque llegué a estimarle en ese viaje largo y penoso, nunca supe su verdadero nombre, pues se negaba a darlo. Decía que huía del Santo Oficio y “no es bueno, Gonzalo, ni para vos ni para mí que conozcáis mi apelativo; que si queréis referir a mí, llamadme tan sólo el Alquimista”. Cuando hubimos llegado a la Isla de Cuba, al presentarnos ante Pedro de Alvarado, mi amigo dio el nombre falso de Andrés. Así me lo confesó después. Algunos meses estuvimos juntos, trabajando en la finca de don Pedro, en Santísima Trinidad. Pero, luego embarcó con la gente de un tal Pedrarias hacia Honduras, en busca de un hijo suyo. Desde entonces no le volví a ver hasta encontrarnos ¡oh Cristo!, en las guerras de Guatemala.

Cuento a vos, Martincillo, cómo sucedió esto. Y es que estando en batalla, los indios nos tendieron una trampa en un pequeño valle, al que una vez adentro, gran parte de ellos brotó por retaguardia, tapándonos las salidas. Como advirtiéramos gran peligro, porque el terreno era fangoso y no propio para los caballos y la artillería, decidimos salir cuanto antes. Regresamos por donde habíamos entrado, que era lugar conocido. Concentramos nuestro esfuerzo en un punto y rompimos el cerco. Mas, una vez salvado el sitio, algo me dio por voltear y vi que uno de los nuestros había sido presa de los enemigos. Sin reparar en peligros, entre tantos guerreros enloquecidos por la batalla, tiré de las riendas y viré hacia el lugar donde los indios llevaban a nuestro compañero. Arremetí con mi montura y a tajos y ca-

ballazos logré rescatarle. En ancas le llevé hasta nuestro real, donde recibió atención y curaciones. Cuando al caer la noche le fui a ver, me di cuenta de que estaba grave. Con gran esfuerzo me preguntó:

—¿Sois Gonzalo de Mérida?

—Sí soy, —contesté sorprendido.

—¿Me reconocéis?

—Ruego a vos perdonéis mi torpeza, que no...

—Hay razón; han pasado tantos años... Quiero agradeceros haberme salvado. Soy un viejo amigo vuestro. ¿Recordáis la Santa Martha? ¿Recordáis a el Alquimista?

Quedé sorprendido. Mi memoria recorrió sus pasos hasta más allá de diez años. Apenas le reconocí pues le encontraba muy envejecido. Debió advertir mis ojos totalmente abiertos cuando le pregunté:

—Pero ¿qué hacéis aquí, a la edad vuestra?

—Pues ya recordareis, que ando en pos del mío hijo perdido.

—¿Y cómo no os advertí desde la salida de Méjico? Os habría acomodado con mi familia en Xochimilco y no anduvierais penando.

—¿Es que ya tenéis familia aquí?

—Mujer y un pequeño. Los mostraré a vos al término de estas guerras.

—Temo que no me alcance la vida. Siento a un paso la muerte.

—Tened fe en Dios. Saldréis librado de ésta, como de tantas otras. Decidme, ¿habéis encontrado al hijo vuestro?

—Versiones sólo, que me hacen pensar que embarcó hacia el África, con los portugueses. Parece que he venido en vano a Indias.

—En vano no. Vuestra espada ha ganado tierras para el rey y salvado almas para Dios verdadero.

—Más que ganado la tierra, la hemos despojado a estos miserables; y, para un rey que ni siquiera nos conoce.

—No digáis tal cosa, os pueden escuchar.

—Y más almas hemos muerto que convertido; y no para gloria del dios verdadero sino para el poder de la Iglesia.

—¡Callad!, que pudieran negaros la confesión. Admitidlo, soldados del rey y de Jesucristo somos.

—Una plaga es lo que somos. Nuestro mundo, cual garrapata hinchada, ha reventado y a granel nos arroja sobre estos infelices.

—No sigáis. La fiebre os hace desvariar.

—El mundo está cambiando. Ya no cabe en su cuero y ha nos echado acá.

—¿Qué cosas decís?

—Dejadme, Gonzalo; que un moribundo tiene derecho a decir lo que le plazca, siempre que no ofenda a quien le escucha. Y os decía que... desde hace algunos años han llegado señales de otro orden de cosas, en el arte, el pensamiento, en los inventos y conocimientos. En los descubrimientos de estas tierras antes ignoradas. Erasmo, Gutenberg, Miguel Ángel... son algunos mensajeros de eso nuevo que se avecina. Los tiempos nuevos que vivimos tienen sus propios aires y ellos nos han traído aquí. Esto no tiene remedio. Si no hubiésemos sido los españoles, otros habrían desembocado

en Indias: ingleses, portugueses o franceses... Que a la larga, todos saldrán con provecho, no así los naturales de estas tierras.

—Dejad eso y habladme del hijo vuestro.

—En veces pienso, amigo Gonzalo, que no al hijo sino a mí he venido buscando.

—No os entiendo.

—Que en mis adentros siempre se ha librado una lucha de pensamientos buscando sentido a la vida. ¿Vos no os preguntáis en ocasiones?

—¿A mí mismo? ¿De qué?

—Si. Preguntar por ejemplo, ¿a qué habéis venido aquí?

—Como bien sabéis, a salvar la vida. A poner distancia entre mí y los Monteros.

—Sin embargo, en Cuba lo habíais logrado.

—A ganar la tierra y vasallos para el rey hemos venido. Y a rescatar las almas de los idólatras imponiendo al Dios verdadero, —insistí, convencido de mis palabras.

—A imponer la muerte con nuestras armas y enfermedades que les hemos traído. Bien sabéis que a los soldados mueve el oro y los favores de los capitanes. A éstos, la codicia, la fama y el hambre por las mercedes reales. Al rey y a la iglesia, el crecimiento del imperio y la supremacía de la cristiandad. Y a todos mueven, sin siquiera advertirlo, los aires del tiempo que nos ha tocado vivir.

Lo sentía muy exaltado, hermano Martín. Su respiración se hacía profunda, imposible, pedregosa. Le vino una tos seca, que sacudía inclemente su cuerpo dolorido. Luego, cayó en calma. Y como si quisiese

aprovechar hasta el último hálito de vida, hizo una seña para que me acercara. Dijo:

—A veces me pregunto si hemos venido sólo para matarnos unos a otros; obedeciendo a los poderosos. Cof, cof. Acercaos que se me va la vida, cof. Escuchad, vivimos tan sólo en una corriente, Gonzalo, la que nos arrastra, la de las circunstancias. Mas, hay otra, cof, que en sentido contrario conduce hacia uno mismo. Hay que, cof, detenerse a tiempo, hombre. Hay que cambiar el sentido a nuestra existencia.

No pudo hablar más y cayó en desmayo. Al día siguiente murió. Su muerte me ha llenado de tristeza. Le hemos sepultado a las afueras de un pueblo de indios aliados; luego de la misa de cuerpo presente; una mañana en que la lluvia amenazaba. Al mediodía se ha desatado el aguacero. He mirado a los niños indios jugar alegres, bajo la lluvia. Libres de preocupaciones y ajenos al turbio mundo de los adultos. ¡Ay, quién pudiera compartir ahora sus juegos inocentes! me dije. ¡Ah cuánto han me recordado, Martincillo, nuestros días de infancia cuando bañábamos en el Guadalquivir! ¡Ay, quién pudiera volver a los años de inocencia, al regazo de los padres!

He pensado mucho en lo que ha querido decirme el Alquimista, que en gloria de Dios goce. Y abriendo oídos a las palabras suyas he decidido no participar más en batallas. He de centrar atención y esfuerzos en pro de mis sementeras y mi familia, gozando de la tranquilidad en Xochimilco. Habré de cultivarme en los estudios que interrumpí en Sevilla y dedicarme a cosa pías que purguen mi alma de tantos pecados. He platicado de esto con fray Lorenzo y se ha regocijado. Me ha suge-

rido que se haga el bien entre los jóvenes y niños indios de Xochimilco. Se ha planeado una escuela de oficios y otra de coro y cantos.

Es todo cuanto puedo deciros en esta carta, hermano mío. Pedro de Alvarado me ha invitado a España. Saldrá de aquí tan luego arregle asuntos pendientes. Tenía yo la intención de acompañarle. Pero ahora con la noticia de la muerte de los padres y la realización de los nuevos planes, no tengo ánimos para hacer tan largo viaje. Me quedaré en Xochimilco y esperaré un tiempo, antes de ir a visitaros. Perdonadme hermano, os lo suplico.

Antes de cerrar ésta, que espero pronto mandar, he de hablaros de un hermano de mi mujer que había-se perdido desde la guerra de Cholula. Que ha vagado estos años y al fin apareció. Lo encontré aquí, en Xochimilco, a mi llegada. Es un mozo despabilado y al parecer orgulloso, que aprende pronto; como casi todos los naturales de esta tierra. Ha cumplido veintiuno años de edad y hace dos que apareció. Recibió el santo bautismo por instancias de fray Julián. Su nombre cristiano es Juan Bautista. Como veis, mi familia está creciendo.

Dios guarde a vos, mío hermano, y a mí permita veros en unos años más.

Escrita que fue el día de San Eustaquio, veinte de septiembre de mil quinientos veinte y nueve años.

Gonzalo de Mérida.

XXII

Acompañé a fray Julián hasta Texcoco. Llegamos al anochecer a un convento donde se enseñaba religión, lengua y costumbres castellanias a los hijos de los señores principales del reino. Luego de tocar el portón, se abrió un postigo y asomó una cabeza rapada.

—Ave María Purísima, —saludamos.

—Sin pecado concebida, —contestó el fraile portero.

Fray Julián preguntó por el padre prior, fray José. El portero tan sólo nos persignó con la mirada. Mediante ademanes nos dio a entender que esperásemos.

—Gustaréis de este lugar, —dijo fray Julián—, aprenderéis mucho aquí.

El fraile portero regresó y abrió. Nos guio por un pasillo en penumbras, apenas alumbrado por lamparillas encendidas con aceite, pendientes de las paredes. Al fondo, encontramos una banca. Indicó que sentáramos y nos pidió esperar. Fray Julián descolgó de su cuello un rosario de cuentas de madera y se dispuso a rezar en silencio. El fraile regresó y pidió que le siguiéramos. Llegamos a una amplia habitación y penetramos en ella. Desde el fondo, un anciano de sonrisa amplia y brazos abiertos avanzaba hacia nosotros. Era hombre de mediana estatura, escaso en carnes y mirada dulce. Su barba y pelo lucían completamente blancos.

—¡Padre Julián!, —exclamó—. Cuánto tardáis en dejaros ver. El Señor esté con vos.

—Y con vuestro espíritu, padre José. Mirad, éste es Juan Bautista, de quien tantas referencias os he dado en mis cartas. Hermano de María Inés, esposa del capitán Gonzalo de Mérida.

Fray José, luego de abrazar al padre Julián, se ocupó de mí. Sin perder su amplia sonrisa, se acercó y puso su diestra sobre mi cabeza.

—Bienvenido seáis a esta casa de Dios, hijo. En ella encontraréis maneras de servirle. Mucho ha ponderado fray Julián vuestra humildad, entendimiento y amor por Nuestro Señor Jesús Cristo. Ya veo, sois mozo fuerte y nos prestaréis grandes servicios, que serán bien compensados. Alabado sea Nuestro Señor. En buena hora os en-vía.

Luego de la conversación entre los religiosos, fray José pidió que le acompañásemos al comedor pues la cena, dijo, “está servida”. El fraile portero nos precedía entre el perfume de las rosas. Llegamos al comedor. En torno de una mesa larga sentaban algunos religiosos y mozuelos de la raza que al vernos entrar se pusieron en pie y saludaron: “Alabado sea Nuestro Señor Jesús Cristo”. “En los cielos, en la tierra y en todo lugar”, contestamos. El padre José bendijo los alimentos. Todos agradecemos en oración y tomamos asiento.

Días más tarde fray Julián emprendía el viaje de regreso, no sin antes dejarme su bendición, hacer algunas recomendaciones y regalarme su rosario. Invasado de tristeza, le vi partir. Una tristeza agradecida por mi libertad y por lo que había aprendido de las cosas de cristianos, bajo su guía.

Me sentaban bien los días en el convento. Por la mañana y gran parte de la tarde realizaba mis labores, casi siempre de albañilería. Por el crepúsculo, estudiaba latín con alguno de los frailes. El padre José me visitaba a menudo, expresaba gratitud y satisfacción por mi trabajo y avances en el aprendizaje. Ganaba la confianza de los jóvenes internos. Aprovechaba mis ratos libres para conversar con ellos. La mayoría eran hijos de señores principales de la raza, pero había también algunos hijos de castellano y mujer de la tierra; los más pequeños, por cierto, huérfanos o abandonados; rescatados del hambre y de los peligros de la calle. Platicaba con ellos. Sobre todo con los primeros. Mozos de trece a diecisiete años, que se sabían destinados, luego de su paso por aquel lugar, a llevar la fe cristiana a los naturales y servir de intérpretes a los religiosos.

Uno de los patios del convento terminaba ante alto muro. Cuando realizaba algún trabajo cerca de allí, a menudo escuchaba cantos de mujeres, voces frescas de muchachas. Una mañana en que reparaba el techo de un cobertizo adjunto al muro, descubrí que la finca del otro lado era convento de mujeres. Miré a las jóvenes en una pequeña explanada, al parecer, recreándose. Algunas, niñas aún, jugaban con muñecas de madera. Otras jugaban con el tambuche, especie de pelota hecha con las hojas tiernas del maíz. Las mayores, doncellas ya, platicaban en grupo o en pareja. Había un árbol enorme de guayabo, del lado nuestro y cerca del muro, que sobresalía a éste y algunas de sus ramas daban sombra a la explanada de las niñas. Estaba yo retirando algunas tejas rotas y echaba ojo de vez en cuando al patio de ellas, cuando la mía topó con una mirada femenina. Sola y a la som-

bra del árbol, de pie se encontraba una muchacha. Sorprendido quité de inmediato mis ojos de aquellos, serenos y hermosos, y fingí mayor empeño en mi tarea. Tras palpitante momento volví a mirar hacia allá. Aún estaba ella, con sus ojos fijos en mí, altiva y hermosa como una princesa. “La hija de un rey”, pensé. Nadie antes me había mirado de tal manera. Seguramente me turbé y ella lo notó porque, cuando por vez tercera le miré, sonreía de una manera que sentí, si no irónica, juguetona. Bajé lo más pronto que pude. Una emoción desconocida revoloteaba en mi pecho. Esa noche no podía olvidar sus ojos, encantadores como el plumaje tornasol y negro del pájaro tzanatl.

Pasaron los días y no volví a acercarme al muro. Mis ocupaciones estaban en otro lugar. Una mañana quedé encantado con la visión de aquel árbol pletórico de frutos maduros, que los monjes aprovechaban para preparar un ate de singular sabor, según supe después. Se me ordenó cosechar las aromáticas guayabas. Con un bolso a cuestas escalé hasta las ramas más altas, quedando expuesto a la vista de las doncellas. Allí estaba ella. Suspendí mi tarea y correspondí a su mirada. Con su mano extendida me pidió uno de aquellos frutos. Pasé mis ojos por las ramas buscando el más grande, el más fragante. Lo solté en dirección de su mano y ella lo atrapó. Lo mordió. El jugo humedecía sus labios y no dejaba de mirarme. El resto de las niñas descubrieron la acción y con gritos y ruegos pedían también para ellas. Entre risas me indicaban el aquí y allá de los frutos de su preferencia. De pronto, advertí que las risas se trocaban en carcajadas. Miré hacia abajo y vi que sus índices ya no apuntaban a las ramas sino a mi entrepierna. Compre-

dí. Su atención no estaba ya en las bolas del árbol, sino en las mías. Bajé de prisa, avergonzado. ¡Tenía que zurcir de inmediato mis calzones!

Tuve oportunidad de conocer el convento de las niñas durante un día en que fray José me mandó allá, para desyerbar el huerto. Procuraba llegar temprano y retirarme tarde, tratando de evitar a las doncellas, pues me apenaba la experiencia de las guayabas. Mas, fueron en vano mis empeños. Luego de terminado el trabajo que allí me ocupaba, las monjas solicitaron al padre José la construcción de un cuarto de baño. Así, una mañana, la moza de los ojos hechiceros escapó del patio de recreo y llegó inadvertida hasta donde me encontraba. Estaba yo en cuclillas, acomodando las piedras del cimientó, cuando sentí en mi nuca su mirada. Me incorporé. Ella, sin turbarse, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Juan Bautista.

—No me refero a ése... sino al nombre que te pusieron tus padres.

—¡Ah! Xicote. Al pronunciar mi nombre mexicana, lo sentí lejano. Hacía tiempo que no lo escuchaba. Ni siquiera a mi hermana.

—No lo olvides, —dijo la doncella. Jamás olvides tu nombre verdadero, Xicote.

Su inesperada recomendación me hizo recordar a mi tona, mi animal protector según la creencia mexicana: el irritable y pertinaz avispon xicote. El espíritu de mi animal guardián —pensé—, me ha protegido hasta ahora, pero... ¿Qué fue de la tona de mi padre? ¿Por qué le abandonó el jaguar, la fiera de los bosques del Popo-

catépetl, el hermoso Tepeyólotl, “corazón del monte”, el de los brillantes colores del sol y de la noche?

—Y tú, ¿cómo te llamas?, —pregunté a la moza.

—Me han bautizado como María Eulalia, pero mi verdadero nombre es Tenochxóchitl, Flor de Tuna.

—¡Ah!, es tan bonito como tú, —apenas me atreví a decir.

Desde su llegada, la doncella había permanecido con las manos tras la cintura. Ahora extendía una de ellas hacia mí, mostrando un pequeño cuenco.

—Te he traído dulce, elaborado con los frutos que cosechaste.

Tomé el calabazo y ella echó a correr, supuse, hacia el patio de recreo. La seguí con la mirada hasta perderla. Cuando dejé de ir al convento de las niñas, porque mi labor había terminado, tan sólo me quedó el eco de su voz, como arrullo de aguas cristalinas, endulzando mis oídos por varios días. En las noches, cuando pensaba en ella, sentía que un colibrí aleteaba en mi garganta. Durante el día buscaba cualquier pretexto para tratar de verla. Subía al techo del cobertizo o al árbol junto al muro, más no lograba cazarla con la mirada, entre sus compañeras. La intranquilidad me iba envolviendo cada vez más y estuve a punto de pedirle a fray José me permitiera revisar los techos del convento de mujeres, pues el tiempo de lluvias —le diría— se acercaba. Me estaba ilusionando con Flor de Tuna, la soñaba de noche, la pensaba de día. En mis sueños me veía acompañado de fray Julián y de don Gonzalo pidiéndola para mí, en matrimonio. O huyendo con ella, sobre el árbol del muro, cargado de frutos y arrastrado por las aguas del río Grande hacia Aztlán.

Ante la imposibilidad de verla, traté de tranquilizarme, pensando en que tal vez estaría enclaustrada, cumpliendo penitencia. O ¿habría ido a pasar algunos días en casa de sus padres? ¿Sería nativa de Texcoco, de Huexotla o de Papalotla?, me preguntaba. ¿Por qué no lo había indagado?, me reproché. El tiempo pasaba, mis emociones se apaciguaban; poco a poco me resignaba a no mirarla.

Un día, en que me encontraba reparando el aljibe, escuché gritos y lamentos que parecían venir desde el otro lado del muro. El escándalo picó mi curiosidad y corrí hacia el guayabo. Lo escalé con cautela y, cuidando de no ser advertido, empecé a atisbar entre el follaje. En el patio de recreo se encontraban las doncellas hacinadas en torno de la madre superiora, trémulas y llorosas. Estaba ahí también fray José, en compañía de tres o cuatro frailes, enfrentando valientemente a un grupo de soldados castellanos que, al parecer, habían penetrado con violencia en el claustro. El padre José, crucifijo en mano, conminaba al capitán a que abandonase con su gente el recinto sagrado. El capitán reía ostentoso y avanzaba hacia el grupo de doncellas. Fray José se prendía de sus hombros, interponiéndose a su paso. El capitán derribó al religioso de un empujón y, mientras uno de los frailes socorría al anciano, dos más trataban de frenar al capitán. Uno de los soldados disparó al aire. Se escuchó otro disparo. Los truenos metieron temor en los religiosos y varios soldados tomaron algunas de aquellas mozas aterrorizadas.

—¡Tan sólo dos!, —gritó el capitán—. ¡Que no sea grande el pecado y pueda yo con la confesión pagarlo, ja, ja, ja!

—¡Capitán, ordene que liberen a estas niñas, pues no a poco castigo su alma expone!, —gritó fray José.

Desde mi escondite miré en las dos muchachas tomadas por los soldados, lo rostros descompuestos, los ojos llorosos y el terror ¡Oh dioses! Una de ellas era...

Los soldados salieron sin dar la espalda, apuntando sus armas hacia los religiosos. Por vez última, el padre José intentó detener al capitán:

—¡Capitán Berrio! ¡Por su alma... liberadla del infierno, de la excomuni6n!

—¡Ah!, ¿me conocéis, padre?

—Sí. Sois hermano del licenciado don Diego Delgadillo, oidor de la Real Audiencia.

—Y si me sabéis de tal influencia... ¿a vos no atemoriza amenazarme con la excomuni6n?

—Hoy mismo tendrá conocimiento de vuestro mal proceder fray Juan de Zumárraga, obispo de Méjico.

—¡Id vos con el chisme, que ya nos encargaremos de ese alborotador de indios!

Los soldados salieron entre risotadas, dejando atrás el llanto de las mujeres y la indignaci6n de fray José.

Yo no acertaba que hacer. Trepé al muro y corrí por él hasta los techos del convento de mujeres. Escondido tras la cruz de madera que ahí se alzaba miré alejarse al contingente, que nos dejaba, a cambio de Flor de Tuna y su compañera, una nube de polvo y de dolor. Metí furioso la mano en el morral, en busca de mi viejo pederنال. Mis dedos, crispados por la rabia, tocaron tan sólo con el rosario de madera, regalo de fray Julián.

Desde ese día caí enfermo. Fray José me visitó. Con intenciones de elevar mi ánimo, habló así:

—¡Arriba, flojo!, que mucho trabajo hay. O ¿pensáis morir y aumentar así nuestras penas?

—Lo he visto todo, padre.

—¡Ah!, ¿es por eso?

—No lo entiendo, —dije—; los soldados son también cristianos.

—En ocasiones, hijo, Dios pone a prueba nuestra fe.

La indiferencia y el desgano pintaban mis días en el convento. El padre José lo notaba y, una tarde solicitó mi presencia. Esperaba en la misma sala donde le había visto la primera vez. Con él estaba un castellano de tupida barba y manso aspecto.

—Pasad, Juan Bautista, —ordenó fray José—. Tomad asiento.

Permanecí de pie, bajo el marco de la puerta. Los ojos azules del visitante se clavaron en los míos. Luego, resbalaron por toda mi persona. Los míos se dirigieron a los del religioso, tratando de adivinar el motivo de su llamado.

—Tomad asiento, hijo, —insistió fray José—. El señor es conocido mío desde la niñez. Ha llegado de España para establecer en Méjico su taller de fabricación de muebles y necesita un ayudante. Como recientemente me ha parecido que vuestra estancia aquí ya no os agrada, he pensado proponeros que vayáis a trabajar con el señor Alonso de Lepe, que tal es su nombre. Con él tendréis salario, cama y comida. Claro que ello interrumpirá vuestros estudios de latín. Podrías ir un tiempo para cambiar de aires. Si estos no asentaren a vos, podrías regresar al convento cuando lo desearas. ¿Qué os parece, Juan Bautista?

No contesté, pero mis pensamientos se ocupaban de sus palabras. Durante los días anteriores había pensado en regresar a Xochimilco, hastiado ya del convento. Se presentaba ahora la oportunidad para salir.

—No se trata, —aclaró fray José—, de ir en contra de vuestra voluntad. Si así lo deseáis, podéis permanecer aquí, que yo de ello encantado estaría. Ahora decidme ¿queréis ir a Méjico?

—Aprenderíais conmigo el oficio y muchas cosas más, —habló el visitante.

Callaba yo. Ante la posibilidad de regresar a mi ciudad natal, vislumbré la de encontrar al abuelo. ¿Cómo luciría México después de la caída del señorío del Anáhuac? El aprender y la novedad siempre me habían seducido. En esta ocasión no era diferente.

—¿Habéis decidido?, —insistió fray José.

—Iré.

Encontré un México diferente. Nuevas formas iban devorando a la hermosa Tenochtitlan de mis años infantiles. Era un lugar raro y peligroso donde los hombres de la raza, como yo, tenían que andarse con cuidado so pena de caer en la esclavitud o ser víctimas de abusos. Antes de abandonar el convento y buscando mi protección, fray José me había otorgado un salvoconducto. Era un pergamino sellado donde hacía constar mi pertenencia al convento. Pero, nunca salía solo. Sobre todo durante los primeros meses. Prefería hacerlo acompañado de don Alonso o de cualquier otra persona de su confianza.

El oficio de la carpintería no me resultó difícil. Desde el primer día me propuse dominarlo, observando constantemente las hábiles manos de don Alonso. A él

pareció gustarle que yo no escatimase tiempo en las labores del taller. Convencido de mis avances, no tardó en promoverme de ayudante a aprendiz. Y al año de haber llegado, superaba en rapidez y calidad a dos oficiales castellanos. Esto incrementó el respeto y consideraciones del dueño hacia mí, pero también el celo de algunos compañeros. Me daba cuenta de ello. Trataba de remediarlo ayudándolos en sus tareas, luego de concluir las mías.

Los muebles de don Alonso día a día tenían mayor demanda. En cierta ocasión habló de traer desde España a un experimentado maestro, para dar cumplimiento a tantos clientes que tenía. Éste llegó meses después. Se llamaba Álar Martínez. Era hombre alto y de rostro enjuto, pero de miembros fuertes. Con él llegó, y a su cuidado durante el viaje, doña Margarita, hermana de don Alonso, viuda reciente, según me enteré después. Era doña Margarita mujer hermosa y firme de carnes.

Un día de tantos acompañé a don Alonso a un templo donde solicitaban trabajos de reparación. Al llegar, el sacerdote mostró al patrón una escultura rota de madera, que llamó mi atención. Don Alonso notó mi interés y preguntó:

—¿Os gusta, Juan Bautista?

—Es hermosa.

—Es un San Francisco de Asís. ¿Podrías repararle?

—Creo que hasta podría hacerle nuevo, —contesté sin tardanza, animado por los recuerdos de mi experiencia en esculpir maderos, en la lejana Aztlán.

El religioso abrió cuanto pudo los ojos y dijo:

—Pues... si pudierais hacerle, podría pagaros yo, don Alonso.

—Habremos de intentarlo, padre, —dijo don Alonso, un tanto incrédulo—. Mientras tanto, aseguro a vos que en algunos días la tendréis reparada.

Se me encargó dicha tarea, a la que me entregué con toda atención. Una vez realizada a satisfacción de don Alonso, le sugerí retenerla, para intentar su reproducción. El patrón aceptó, pero me advirtió que no podríamos quedarnos con ella por mucho tiempo. Pedí que me hablara de la vida de San Francisco, con el propósito de “dar vocación” a la escultura, recordando las palabras del diosero de Aztlán. Don Alonso accedió gustoso pues, veía con beneplácito cualquier detalle que delatara mi inclinación por la fe cristiana. Por su relato, creí que era la dulzura, la humildad y las acciones piadosas del santo los rasgos de su naturaleza. Que debía concentrar mi empeño en sus ojos y sus manos. Escogí una pieza de cedro y me empeñé por entero a la realización de la escultura. Pasaban los días sin sentir, y a medida que iba cobrando forma el San Francisco, empezó a crecer el interés de los compañeros por mi trabajo. Don Alonso y el mismo maestro Álvar, tan hosco y reservado, acudían a donde estaba yo para dar parecer o sugerencias. Fue iniciativa de Álvar el pedir al dueño del taller gubias especiales para concluir en buenos términos la obra. Don Alonso aceptó y acudió al herrero para tal propósito. Las nuevas herramientas, que superaban en mucho a las navajas de obsidiana que había usado en Aztlán, potenciaron mis habilidades. La pieza, casi por concluir, ganaba el entusiasmo de mis compañeros. Concluida la escultura, el padre del templo quedó maravillado. Y cuando regresábamos a casa, luego de entregar la réplica del San Francisco, dijo don Alonso:

—Escuchad, Juan Bautista; el talento es señal de Dios Nuestro Señor. Con vuestra obra habéis ganado mi corazón.

Don Alonso, adivinando prometedor futuro en el ramo, abrió en el taller un cobertizo especial para este tipo de trabajos; del cual me puso al frente. Desde ese día, el maestro Álar empezó a referirse a mí como el Santero. No dejé de advertir que, en el apodo, el maestro destilaba cierto recelo. Traté de pasar por alto este descubrimiento. En tanto, la talla de esculturas religiosas iba ganando importancia en el taller. Mi prestigio se incrementaba y los clientes querían conocerme. Me saludaban en el taller o en la calle.

Un domingo, don Alonso me honró sobremanera al invitarme a desayunar en su mesa. En el comedor concurrimos doña Margarita, el señor y yo. Luego de tomar los alimentos, la señora habló, dirigiéndose a mi persona:

—Con la venia de don Alonso, quisiera felicitaros Juan Bautista, por la realización del San Francisco.

Las palabras de la castellana me inmovilizaron. Nunca me hubiera considerado digno de su mirada, de sus palabras y, menos aún, de su reconocimiento. Apenas si me atreví a mirarla. Ella, pese a mi turbación, agregó:

—Quisiera también pedir os un favor, si don Alonso no tiene inconveniente. En la tapa del baúl de mis vestidos se encuentra grabada la imagen de La Dolorosa. Con el permiso de mi hermano, digo, Juan Bautista... ¿quisierais verle para decirme si es posible su realización en bulto?

Miré a don Alonso, buscando en su rostro la respuesta. Éste, con ademán ligero asintió. Y, dirigiéndose a doña Margarita, dijo:

—Es para mí un placer servirlos, hermana mía.

—Vayamos pues, —dijo la mujer—, e incorporándose, me pidió que la siguiera. En su recámara me mostró la imagen de la virgen.

—Creo que puedo dibujarla en el papel y luego realizarla en la madera, —dije—, mientras pasaba sobre el contorno de la imagen mi dedo índice.

Entonces, en un movimiento suave y atrevido que yo estaba lejos de imaginar siquiera, ella puso sus dedos en mi antebrazo y los deslizó hasta el dorso de mi mano. Con voz apagada y lenta, como si encontrara placer al pronunciar cada una de sus palabras, dijo:

—Qué venas, Juan Bautista... sois muy fuerte.

Su proximidad inquietaba. Su fragancia adormecía, robaba el aire. Me sentía como respirando arena. A sus palabras siguió un silencio que me pareció sin término. Habló ella al fin, liberándome del bochorno.

—Mañana os espero para que dibujéis la virgencita.

Se acercaba el tiempo de lluvias y don Alonso me pidió dejar las labores del taller para que me aplicara en desyerbar los canalillos del huerto. Me entretuve dos o tres jornadas en labores de limpieza. Durante la última, realicé reparaciones de albañilería en los bordes del estanque. Terminado el trabajo, cerca del anochecer, me bañaba en sus aguas, confiado, sabiéndome solo, cuando sentí la presencia de alguien. Al mirar hacia un costado descubrí a doña Margarita, sonriente, al lado de un arbolillo de granadas. Me hundí en el agua nomás al verla. Ella notó mi turbación y dijo: “Sois hermoso, como pez de la mar Oceana”. Luego, se alejó.

Esa noche volví a mirarla. Me encontraba a punto de dormir cuando la divisé caminando a través del patio

que había entre la casa y los cobertizos del taller. Bajo uno de aquellos tendía yo mi lecho. Allí dormía. Era el único de los trabajadores que tenía ese privilegio. Claro, salvo el maestro Álgar, quien tenía su habitación en la casa. Habitación cuya ventana, desde el cobertizo de esculturas podía advertir. Desde mi lecho la miré acercarse. Era una noche tibia, de luna llena. Al principio me asustó. Parecía un fantasma, un alma en pena. “La mujer que llora”, pensé, recordando uno de los presagios de los tiempos de Moctezuma. Empecé a temblar. Pero a medida que se acercaba, la fui reconociendo. Su pelo suelto parecía destellar chispas de luz de cocuyos. Se detuvo en las goteras del cobertizo y allí, ¡oh dioses!, su bata blanca, que parecía de vapor y espuma, resbaló al suelo, dejando a su dueña ataviada tan sólo con los rayos de luna. Despegué las espaldas de mi lecho, apoyándome en los codos. Nunca había mirado desnuda a una castellana. ¡Era tan hermosa! Avanzó. Penetró en la sombra del cobertizo. Un vientecillo con perfume de rosas llegó con ella, alborotando mi aliento. Se acercó a mí. Habló:

—¿Os he asustado, pececillo? He venido amostraros mi agradecimiento por el busto de mi Dolorosa. Os ha quedado primorosa la escultura.

No contesté. No pude. Mi corazón, sapo goloso, cazaba palabras en mi garganta. Era alud de piedras mi respiración. La mujer levantó la sábana, deslizándose suave y silenciosa. Se acostó a mi lado. Yo, me esforzaba por no salir corriendo. Ella, percibiendo quizá mi agitación, permaneció sin movimiento. Después, lentamente fue retirando la sábana hacia abajo. La luna penetraba por un resquicio del techo. Así, pude mirar su blanca mano sobre mi pecho; la sentí escurrirse por mi cuello,

palpar mis hombros, mis brazos... Entonces dijo “qué hermoso sois, Juan Bautista...” Bajó su mano hasta mi vientre, y más allá; agregó “y fuerte”, y... me montó. Me sentí caballo por primera vez. Cubrió mi rostro con su pelo húmedo y perfumado de hierbas. “No sabéis nada de esto, tontuelo”, hablaba y parecía ahogarse en sus palabras. “Os enseñaré, ya veréis”. “Han me dicho que aprendéis pronto”.

Y sí, fue el aprendizaje más feliz de mi vida. Y doña Margarita se encargó de reafirmarlo durante la noche siguiente y muchas más, endulzadas con la miel de sus besos. ¿Sería así el cielo que los dioses mexica prometían a los guerreros muertos en batalla? ¿O la gloria, junto al dios de los cristianos? De ser así, quería ir allá al morir. Y si en compañía de doña Margarita, con mayor razón. ¿Era o no aquello igual a la gloria? No lo sabía. Pero creía estar seguro de que las dulces noches con la castellana salvaban mi alma, condenada a la soledad desde hacía bastantes años. Todavía la recuerdo. Añooro sus tetas firmes y albas como las copas nevadas del Iztaccíhuatl. Su fragancia de frutos en maduración. Lástima ¡oh dioses! que un acontecimiento desgraciado viniera a dar al traste con aquellos deleites. Mas no adelantaré vísperas, que todo a su tiempo es mejor. Y sigo: Estuvo esa primera noche conmigo hasta cerca del amanecer. Antes de retirarse, me cubrió de besos y dijo, “jamás escapéis de mí, pecezuelo”. Salió del cobertizo, cogió su bata y se enfundó en ella. Luego, como si retirarse le resultara difícil, regresó y me dio un beso más, en el oído. Ahí susurró: “De verdad que jamás os habían ordeñado, novillo asustadizo”. “Tardare yo un día más y a vos sacare tan sólo el requesón”.

Un sábado por la tarde, en plena labor del taller, se acercó a mí uno de los aprendices, un mozo xochimilca, de los tres que don Alonso tenía. Me dijo:

—Oye, Juan Bautista, ¿conoces La Colmena de Moctezuma?

—¿Qué quieres decir?, —contesté molesto, pensando que se trataba de una broma estúpida a costa de la memoria del antes señor de México.

—Espera. Deja explicarte. La Colmena de Moctezuma es una casa de mujeres alegradoras, para hombres de la raza.

—No. Ni idea tenía que hubiera eso ahora.

—Lo pasa uno muy bien allí, ya verás. Mañana domingo bien podríamos ir.

—No sé si pueda.

—Por si decides ir, la casa queda cerca del embarcadero oriente de Tetamazolco. Allá te espero. Se abre tan luego cae la noche.

No mostré interés en sus palabras y el mozo se retiró. Pronto olvidé el asunto. Pasó el tiempo y seguía yo gozando de las visitas de doña Margarita. Mas, una madrugada, luego de que ella se retirara de mi lecho, escuché voces bajo los soportales de la casa. Me escurrí en la oscuridad hasta acercarme. Ahí descubrí los bultos de dos personas. Uno era, sin duda, de doña Margarita, y el otro, tal vez de don Alonso. Me pareció que éste susurraba en tono de reclamo, de reproche. Aquello me alertó, me llenó de temor. Mil pensamientos me asaltaron. Pensé en la cárcel, en la horca. No esperé más y regresé al cobertizo. Me sabía descubierto por el patrón y era mejor huir de inmediato. En un bolso de fibras metí mis pocos enseres y, sigiloso, abandoné la casa. A

las puertas de un templo esperé a que amaneciera. Luego, dirigí mis pasos hacia una posada que bien conocía y a cuyos dueños habíamos hecho muebles. Permanecí allí un par de días, saliendo sólo para lo indispensable. Llegó el domingo y la mañana entera deambulé por los barrios de México, pensando y repensando en lo que haría de ahí en adelante. Pasaba por mi mente regresar al convento de Texcoco; pero temía que fray José llegara a enterarse de lo ocurrido por labios de don Alonso. Sería mejor, me dije, regresar con mi hermana a Xochimilco; pero sufría de pena con la posibilidad de que fray Julián se enterase también. Me dolía dejar México pues estaba enamorado de doña Margarita. El no haberme despedido de ella pesaba en mi ánimo. Así, la tarde me sorprendió atrapado en indecisiones. Me sentía solo, abandonado de los dioses. Me asaltó el deseo de mirar a doña Margarita por última vez. Recordé que a esa hora ella y don Alonso estarían escuchando la santa misa. En algunas ocasiones les había acompañado. Me encaminé al templo. Esperé a distancia, oculto entre los árboles, hasta verla salir, radiante de hermosura, entre los fieles y del brazo de don Alonso. Suspiré al pensar que nunca más estaría en mis brazos. Mis ojos se humedecieron y me parecía sentir un cocoyol en la garganta. Los miré alejarse, perderse de mi vista; dejándome tan sólo con la tortura del deseo alborotado.

La noche tiró su red de sombras y eché a caminar sin rumbo, pensando en los aromas de doña Margarita. Ajeno a las prisas de la gente por llegar a sus casas: hombres y mujeres de la raza, castellanos de a pie y de a caballo. Lamparillas de aceite y candelabros se iban encendiendo en las calles de la otrora Tenochtitlan. Me

sorprendí caminando hacia el embarcadero. Recordé la invitación que el mozo xochimilca me hiciera a la casa de las mujeres alegradoras. Pensé mirar por ahí, luego regresaría a la posada. En una esquina y bajo un candelabro que ardía encajado a la pared, se encontraba un hombre. Al acercarme, advertí su humor alcohólico. Iba a cruzar la calle, cuando me gritó:

—¡Eh Santero! ¿A dónde vais con tanta prisa?

Reconocí la voz de Álvaro y me detuve. Esperé a que hablara de nuevo.

—¿A dónde vais?, he preguntado. ¿Por qué no respondéis, indio? ¿Han comido vuestra lengua los ratones?

—Tan sólo camino, maestro Álvaro.

—¡Ah!, ya entiendo. Vais a casa de las putas. Esperad, que deseo acompañaros.

Por respeto, le esperé. Nunca le había oído hablar de aquella manera. El vino o lo que hubiera tomado, pensé, le había trastornado. Caminamos unas cuadras y al pasar frente a una casa, cuyo portón iluminaban dos candelabros, Álvaro dijo:

—Mirad, Santero, ésta es la Colmena del Moctezuma; llamada así, en memoria del perro sarnoso aquel que fuera reyezuelo de Méjico.

Sentí un retortijón.

—Pero no entremos ahora, —decidió—; tengo un asuntillo con vos. Vayamos allá.

Caminamos hasta el embarcadero. Allí, me tomó de un hombro, me detuvo.

—¿Por qué habéis abandonado el taller?

—

—¿Tan mal os ha pagado don Alonso, que le habéis dejado sin dar rostro?

—

—¿Ah, no queréis hablar? Entonces, tomad un trago, —dijo al extender su brazo, mostrando un botellón de barro.

—No acostumbro beber, maestro Álvar.

A la luz de la luna casi llena, que hacía rato subía por el rumbo del lago, pude mirar las cejas arqueadas del castellano, mostrando su enfado.

—¿Por qué diablos no? ¡Vamos, que es pulque de la tierra! Tomad Santero y... brindemos por doña Margarita.

Un presentimiento escalofrió mi cuerpo. No quise provocar al hombre y tomé el botellón. Lo llevé a mis labios y bebí. Aquel líquido espeso y desagradable me hizo toser.

—Ja, ja, ja, —carcajeó Álvar—. Sabe a rayos ¿verdad? Ja, ja, ja, ¿Es acaso más sabroso el coño de doña Margarita?

—

—¡Os estoy hablando, contestad Santero! ¿Es sabroso el culo de Margarita?

El hombre salía de su juicio. Notaba que su ira iba en aumento. Le miré fijamente, atento a sus movimientos, pero mi silencio era chile molido en sus ojos. Me agarró de los cabellos y me jaló hacia sí. Pegó mi rostro al suyo y, rechinando las palabras entre dientes, dijo:

—O ¿vais a negar que la estabais follando?

—

—¡Ah!, ¿no contestáis? ¡Pues chingate, cabrón!

Y, furioso, con la otra de sus manos estrelló el botellón en mi nuca. Caí de rodillas a sus pies. Cuando me repuse, le hallé ante mí, con las bragas en las corvas y un

puñal en su diestra. Con la izquierda me tomaba aún por los cabellos. Los jaló hacia atrás y ordenó:

—¡Mamad, Santero cabrón! Purgad así el pecado de coger a una castellana. ¡Mamad, hijo de la chingada! ¿No oís?

Sentí hervir mi sangre. La frase que acababa de escupir se estaba popularizando entre los castellanos para denostar a nuestra raza. Para expresar desprecio, escarnio.

Concentré todas mis fuerzas en las piernas e impulsándome hacia arriba, choqué mi cabeza en el mentón del hombre. Álvaro se estrelló de espaldas en el piso, pero más tardó en caer que en echarse sobre mí, logrando atenazar mi cuello con sus manos. Me derribó y puso sus rodillas en mi pecho. Era un buen peleador, advertí. Apretó, maldijo... sentí que el aire me faltaba. Con las manos en el piso, trataba de impulsarme, de quitarme de encima la muerte.

Álvar apretaba más y más, sin dejar de maldecir. Al parecer, estaba dispuesto a terminar con mi vida. Me ofendía de mil maneras, destilando en sus palabras un odio que jamás imaginé anidara en su pecho. Quemantes, como veneno de víbora en la carne, profería injurias contra mi persona, contra los de mi raza, contra “este mundo indio de mierda”. A punto de la asfixia, sentí que ya no podía más. Vinieron a mi mente mi hermana y mi sobrino como motivos ciertos para aferrarme a la vida. Sentía mis ojos fuera de sus cuencas. Buscaba y rebuscaba en el piso, con las manos crispadas, algún objeto como asidero a la existencia.

Sorpresivamente, toqué algo en el piso. ¡Era el cuchillo del castellano, que seguramente había perdido al caer! Agarré el arma, casi a punto de perder el conoci-

miento y, haciendo desesperado esfuerzo por sobrevivir, se lo hundí entre las costillas. El hombre dejó escapar un quejido sordo, doliente. Trémulas sus manos, aflojaban al fin mi cuello. Tragué aire desesperadamente. El cuerpo de Álvar se aflojó, se ladeaba lentamente, liberándome de su peso. Me incorporé a duras penas, intentando tragar todo el aire de México. Cuando logré el alivio, reparé en Álvar. Le toqué, le moví, le hablé. Acerqué mi oído a su pecho, tratando en vano de escuchar su corazón. Sentí su sangre tibia en mis manos. Tuve conciencia entonces de lo que había pasado. ¡Había matado a un hombre! Un sentimiento horrible, doloroso, me invadió. Las náuseas se apoderaron de mí. Vomité sobre el cuerpo del castellano. La cabeza me dolía, me daba vueltas. Presentí el desmayo. La voz del velador, que gritaba ¡las diez y sereeno!, me sacudió. Empecé a temblar. Miré hacia abajo. Algunas *acallis*, pequeñas embarcaciones, se encontraban amarradas allí. Desaté una de ellas y tomé los remos, internándome en el lago, desesperadamente... El terror me impulsaba a alejarme lo más pronto posible del cadáver de Álvar. El terror a ser descubierto. El terror al castigo de las leyes castellanas. Debía irme, sabía, lo más lejos posible; incluido a Aztlán. Poco a poco el silencio y la brisa fresca serenaban mis ánimos. Pensaba que no tenía que temer, pues no había testigos, nadie nos había visto. Trataba de serenarme, de desviar mis pensamientos hacia otros asuntos.

El frío y el cansancio me torturaban cuando mi canoa llegó a una orilla. Arribé cerca de la desembocadura de un arroyo. Buscando protegerme del viento, que arreciaba a medida que la noche corría, enterré cuanto pude mi cuerpo en la arena. Conseguí así un poco de calor

y dormí no sé cuánto tiempo. Una pesadilla me invadió; San José Carpintero y Tezcatlipoca se disputaban mi alma: “¡Es mío, es de mi gremio!”, urgía el padre de Jesús. “¡Ha matado, asesinó a un hombre y me pertenece!”, alegaba el dios mexica. “¡Se ha arrepentido!”, argumentaba San José. “¡Se manchó de sangre, es culpable!”, sentenció el dios lobo y me arrastraba por las heladas faldas del Popocatepetl, por las pendientes nevadas del Iztaccíhuatl. Entonces, “la blanca mujer dormida” se incorporó, me tomó entre sus brazos. Yo, temblando de frío, miré su rostro. Era doña Margarita, hermosa y nívea, que me estrechaba a sus pechos de hielo. Tiritaba, sentía el final de mi vida, cuando unos gritos me despertaron:

—¡Eh, a mí, que aquí hay un hombre muriendo de frío! ¡Traigan el fuego!

Entreabrí los ojos y me di cuenta que amanecía. Los que recién llegaron me rodearon y cubrieron con mantas. La luz de las teas, lastimaban mis ojos.

—¡Traigan infusión caliente, que este macehual se hiela!, —escuché decir a uno de aquellos.

—No desmayes, que pronto estarás tibio, —escuché decir a otro, a manera de consuelo.

No supe más de mí. El calor del fuego y el agotamiento me sumieron de nuevo en el sueño. Cuando desperté, el sol había recorrido un cuarto de su camino. Los hombres me alimentaron y, una vez recuperado, preguntaron por mi procedencia. Les contesté que era de México y que huyendo de los castellanos me había extraviado en el lago. Mi explicación les satisfizo y, entrados en confianza, me contaron que venían de la región del sur e iban a Teotihuacan, para asistir a los festejos anuales en honor a dios Quetzalcóatl.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el jefe del grupo.

—Xicote, —contesté sin vacilar.

—Muy bien, Xicote. Puedes estar confiado entre nosotros. Soy Cocox, jefe y sacerdote.

Al escuchar aquel nombre, me vino a la mente un relato narrado por mi abuelo Totohuey, acerca de las cinco edades del mundo: Se decía que los dioses, debido al mal comportamiento de los hombres, habían destruido el mundo en cuatro ocasiones. En la primera, el mundo había sido acabado por la inundación de los mares. Los hombres se habían convertido en peces y sólo una pareja de humanos había salvado la vida: Cocox y su esposa. Ahora volvía a escuchar este nombre. ¿Sería el anuncio divino de que también para mí había terminado una época: mi tiempo entre los castellanos?

Dejé de pensar en eso y me dispuse a seguir a mis nuevos compañeros, a Teotihuacan. Entre ellos estaría a salvo.

Llegamos a Teotihuacan. Nunca antes había estado en “la ciudad donde se hacen dioses”. Mi padre me hablaba de sus pirámides. Por Totohuey conocía el relato de la creación del sol y de la luna en ese lugar. Teuhtli, que expresaba a menudo su interés por la ciudad sagrada, en varias ocasiones había enviado a ella dibujantes. También había manifestado su intención de visitarla próximamente.

Teotihuacan sacudió mi corazón. No podría explicar mis sentimientos de entonces. Me sentía observado por invisibles presencias. Sentía que la antigua ciudad me miraba a través de cada una de sus plazas, de sus columnas, de sus edificios. Cierto es que conocía algunas ciudades hermosas, como Cholula, pero la grandeza

de Teotihuacan era de otra naturaleza. La misma México-Tenochtitlan de mis años infantiles, hermosa como ninguna, con sus majestuosos palacios y templos encalados y de colores, sus calzadas magníficas, sus vías-canales, su aire perfumado de flores... no tenía el fascinante misterio de ésta, la “Ciudad de los Dioses”. En la que las esculturas de la Serpiente Emplumada, “el hombre despierto”, según las palabras de Teuhtli, atrapaban con su mágico aspecto al peregrino.

Caminábamos por una larga y ancha calzada. Dos enormes pirámides se alzaban, imponentes, a nuestra vista. Al fondo, la de la luna; a la diestra, la del sol. Cocox ordenó parar y afirmó:

—Al hombre ordinario un camino como éste lo lleva vanamente desde su nacimiento hasta la tumba. La luna es muerte. Sólo quien se percató de que a la diestra está el sol, puede escapar de una vida intrascendente.

Todos advertimos su rostro iluminado y sus ojos en blanco. Me parecía caído en trance, como había visto a algunos sacerdotes, previo a las ceremonias religiosas.

No habló más. Bajo su guía abandonamos la gran calzada para buscar un lugar donde hacer fuego y preparar nuestros alimentos. Entre ruinas antiquísimas nos aposentamos. Allí comimos y gozamos de ligera siesta. Despertamos cuando el crepúsculo saludaba el advenimiento de la noche, con encarnada alfombra de flores celestes. Nos despezamos, estiramos nuestros miembros. Cocox ordenó abandonar el sitio y nos metimos de nuevo en la gran calzada, aprovechando la última luz del día. El sacerdote iba adelante, señalando templos, edificios, plazas y explicando significados. Teotihuacan, que en tiempos pasados había gozado de prosperidad y

abundancia, lucía ahora casi abandonada y, en gran parte, oculta por la maleza y el polvo. Una población itinerante y disminuida la habitaba entonces. Con sus sacerdotes debía hablar Cocox, según nos había dicho, para solicitar licencia de realizar el propósito de su visita. Aún ignoraba yo éste. Más tarde, cuando nos preparábamos para pasar la noche en casa de unos amigos suyos, nuestro guía sacerdote me dijo:

—Hemos venido aquí, pues he de sufrir “la muerte en piedra”.

Sus palabras me llegaron como temblor de tierra, como terrible tormenta de truenos. Pero él, advirtiéndome mi turbación, se apresuró a decir:

—No es que vaya yo a morir lapidado. No te asustes. Ahora te explicaré.

Y relató que cuando a Quetzalcóatl sus adversarios le engañaron, le emborracharon con pulque y le hicieron pecar con su hermana; al tomar conciencia de sus faltas, quiso morir para el mundo y así limpiarse. Abandonó a su pueblo y se recluyó en una urna de piedra por varios días, a cuyo término le rescataron sus fieles seguidores.

—Haré lo mismo aquí, —dijo Cocox—. A ello obedece nuestra venida. Lo haré. Sólo por tres días. Ha llegado el momento de morir a “mi afuera”.

Me quedé entumecido, tratando de entender, pensando en la experiencia que le esperaba ¡Oh dioses! morir a lo de afuera. ¿Qué significaba eso?

Al día siguiente Cocox y dos compañeros fueron a encontrarse con los sacerdotes, llevando algunas ofrendas: plumas de aves y pieles curtidas de animales. Regresaron con buenas noticias. Habían conseguido el permiso

so. Sólo habría que esperar, dijo el jefe sacerdote, a que la luna llenara para realizar la ceremonia.

Esa noche le pedí que me explicara lo del sacrificio. Él dijo:

—Si algún día llegaras a ofrecerte, han de colocarte dentro de una urna de piedra. Ahí, habrás de esforzarte por olvidar el mundo, lo que afuera está, lo que has vivido, lo que te ha sucedido. Te será difícil. Tus pensamientos vendrán a ti como monstruos descarnados de la noche, recordándote lo que eres, lo que has sido, lo que has hecho. Te abrumarán con sus juicios. Te reprocharán el querer olvidarlos, el querer abandonarlos. No debes oponerte a ellos. Déjalos que te hablen, que te machaquen con sus reclamos. Si no les resistes, poco a poco se irán apagando, se cansarán. Entonces dedicarás atención sólo a tu cuerpo. Atenderás a tu respiración, a los latidos de tu corazón. Empezarán a incomodarte tus miembros. Una pierna se adormecerá, te dolerá el cuello. Habrás de platicar entonces en silencio con cada uno de tus miembros. Habrás de mimarlos, consentirlos. Les pedirás que te ayuden a superar el trance. Luego habrás de ocuparte de tus sentimientos, podrás reconocerlos. Si son de miedo, tratarás de convencerte de que en ninguna parte estarás más seguro. Si son de remordimiento, habrás de tranquilizarte, que nadie está obligado a ser perfecto. Si son de odio, de rencor, habrás de perdonar, que al perdonar nos perdonamos. Aflojarás los miembros de tu cuerpo, no te engarrñarás. Dejarás morir tu hambre, tu sed, tu pasado, tu afuera. Poco a poco te irán apareciendo sensaciones nuevas, de tranquilidad, de paz, de confianza... de un algo que adentro está naciendo.

¡Dioses! Le escuchaba absorto.

Cuando llegó el momento esperado, nosotros, salvo Cocox, nos encontrábamos entre la multitud, en una explanada. Al frente, como a cuerpo y medio de altura, se alzaba una pequeña pirámide truncada. En su cúspide plana se encontraban, de pie, los cinco hombres que se ofrecerían a Quetzalcóatl, con “la muerte en piedra”. Estaban ataviados con los colores y signos de dios águila-serpiente. Entre ellos se encontraba Cocox. A uno y otro extremo de la línea que formaban sus cuerpos, graves sacerdotes les sahumaban con esencias de resinas. En lo alto del firmamento la luna inmovilizaba a la noche con sus redes de ceniza. De pronto, sonó el caracol y con su lamento arrancó un sollozo a la multitud hipnotizada. Los golpes sordos y acompasados de los teponaxtles se dejaban escuchar, uniformando el ritmo de los corazones. El sumo sacerdote, con voz atronadora y grave imploró al dios y pidió licencia para la realización de la ceremonia. Al término de su discurso, se encendieron innumerables teas que tiñeron en oro y sangre a la noche. Un grupo de sacerdotes condujo a los ofrecidos hacia el interior de un templo. Al llegar a la sala principal, cuyo techo estaba sostenido por columnas, éstos advirtieron las urnas de piedra. Con el mayor silencio y a la luz de las antorchas, fueron metidos, uno para cada una, los ofrecidos. Colocaron grandes lajas para tapar las urnas y, después, la oscuridad total.

Días después, emprendíamos el viaje de regreso. Miraba al sacerdote transformado luego de su “muerte en piedra”: su frente serena, su dulce mirada; hasta el tono de la voz le había cambiado. Me acerqué para preguntarle sobre la prueba que acababa de pasar.

—Lo que sucedió —dijo—, es lo que ya te había explicado, antes de la ceremonia. Ahora, experimento una paz y una claridad acerca de las cosas del mundo; como si un velo hubiera desaparecido de mi entendimiento. Pero ahora tú dime ¿Por qué huías de los castellanos, cuando te encontramos?

Me estremecí. No me atrevía a contestarle.

—Dilo. Eres uno de los nuestros, no tienes qué temer.

El hombre había ganado mi confianza y le conté lo de Álvar.

—Bueno, si nadie te vio, bien puedes regresar a México, —dijo.

—No. No quiero.

—Puedes venir con nosotros, al sur. Allá los teules tardarán en llegar.

—Creo que me quedaré en Xochimilco, con mi familia.

—Si así lo decides, pasaremos por ahí, seremos tu compañía.

No pude resistir el deseo de ver a mi familia. Así, llegué nuevamente a casa. Recibí amorosa acogida de mi hermana y mi sobrino, y gentil bienvenida de Gonzalo.

Volví a disfrutar de la amistad de fray Julián que, respetuoso como siempre, nunca cuestionó mi retorno.

En cierta ocasión realizaba labores de carpintería en el confesionario del templo, cuando llegó a mí el fraile amigo. En actitud de quien atesora un secreto, me preguntó:

—¿Sabíais que don Alonso de Lepe ha retornado a España?

—No, —contesté fingiendo indiferencia.

—Ha partido luego de la impresión que le causara el suicidio de su maestro carpintero don Álvar Martínez.

—¿Oh, sí?

—Lo habían encontrado muerto por su propio puñal, frente al embarcadero de Tetamazolco. Al parecer andaba briago. Se cuenta que fue por decepción amorosa; por el amor, mal correspondido, hacia doña Margarita.

—Dios se apiade de su alma.

Esto lo dije como un cumplido, pues a mí me importaba un pito si se iba o no al infierno el alma del carpintero.

Luego de la tormenta desatada en mi interior a causa de su muerte, había venido la calma. Entendí que era la única salida que tenía para salvar mi vida. Él provocó su desgracia, me justificaba. Empecé a asimilar el hecho como un ajuste de cuentas entre Tezcatlipoca y los castellanos. Lo que nunca pude superar fue su frase “hijos de la chingada”, que utilizaban como agua de uso para hacer escarnio de las mujeres de mi raza, violadas por castellanos, y hacer burla de sus hijos bastardos.

Sentía que la muerte del carpintero me había liberado de algunas ataduras, me tornaba solitario. Procuraba tomar distancia con respecto de los castellanos. Incluso, de Gonzalo. Me refugié en el trabajo. Aunque a nada se me obligaba en casa de mi hermana, me empeñaba por propia iniciativa a ser útil. Así, me concentré en la construcción de otra caballeriza, de la porqueriza y de los gallineros. También le ayudaba a mi hermana en su huerto y hortalizas. Y, por supuesto, estaba presto a los requerimientos de fray Julián y las necesidades de su templo. En ocasiones sorprendía a Gonzalo mirán-

dome a distancia, complacido, según me había dicho mi hermana, por los progresos de su hacienda a través de mis esfuerzos. Pero en otras, se acercaba, cuando era necesario ordenar algún trabajo o agradecer por lo que se hacía. Si bien era feliz al lado de mi hermana y mi sobrino, también lo era por lo que aprendía del mundo de los castellanos. Me fascinaban los nuevos conocimientos: oficios, herramientas, quehaceres, costumbres, creencias, lecturas...

Mi guía en este mundo, nuevo para mí, siempre fue fray Julián. De él aprendí muchas y variadas cosas.

Una mañana, Gonzalo me sorprendió ordeñando una vaca. Estaba yo absorto en la tarea y no me di cuenta de su presencia, hasta que habló:

—Por Dios, no lo puedo creer, Juan Bautista; lo hacéis mejor que yo, que cualquier español.

Sus palabras levantaron mis ánimos, pero callé. No demostré ni gesto ni palabras de satisfacción. Nada. Sólo silencio. Siempre me había propuesto hacer mejor las cosas que ellos; desde que le bajara las ínfulas al maestro Álvar, con mis esculturas de santos y vírgenes en el taller de don Alonso de Lepe. Desde que, ante su envidia, me ganara el reconocimiento y afecto del dueño del taller. Había un reto secreto conmigo mismo y con ellos, para superarme y superarlos. Se había convertido en cuestión de orgullo, de autocomplacencia. Era una especie de desquite. No sé... no me lo podía explicar.

Fue un domingo, luego de la misa matutina, que llegaron unos caballeros castellanos hasta la hacienda de Gonzalo. Traían una yegua y su crío, un potrillo retinto con una mancha blanca en la frente. A Miguel de Jesús le había encantado éste y pidió permiso a su padre

para ponerle por nombre Carablanca. Gonzalo había comprado los animales a un viejo conocido que vivía en la isla de Cuba. Desde allá llegaban. Los hombres que les traían, se quedarían en la hacienda de Gonzalo para atender el negocio de ganados que iniciaba. Desde entonces miraba yo, a distancia, el manejo de vacas y caballos. De reatas, curaciones y herraderos. De las formas de ensillar y montar un caballo. Esto último estaba vetado para los hombres de mi raza, pero yo observaba ciertas cosas, con discreción.

Con el tiempo, Carablanca iba tomando linda estampa, para regocijo de mi sobrino, a quien estaba prometido el corcel.

Cuando cumplió tres años de edad el animal, se decidió que había llegado el tiempo para domeñarlo. Uno de los mozos empezaba a acercársele, a infundirle confianza. Con una escoba le tocaba el lomo, las ancas, las extremidades. Luego, trataba de echarle un lienzo encima. Esto durante varios días, ganando la confianza del animal, hasta llegar a tocarlo con las manos.

El día que lo iban a montar, Gonzalo y su familia concurrieron. Miraban tras una cerca de troncos. Estaban también fray Julián y algunos amigos de Gonzalo. En el extremo opuesto del corral y apenas fuera de sus límites, había un enorme sauce. Bajo su sombra me encontraba, procurando no perder detalle del acontecimiento. Una rama del árbol, robusta y frondosa, se extendía hacia el corral, invadiendo de éste algunos pasos. Lucía como un brazo de cruz, casi horizontal, a la altura, calculaba yo, de dos cuerpos de hombre. Miraba yo, al centro del corral, a los dos caballerangos. Uno de ellos montaba la yegua y agarraba una reata que en su

extremo enlazaba el cuello del potro. El otro, se ocupaba de colocarle la silla a éste. Cuando por fin el hombre lo montó, Carablanca respondió con dos o tres reparos y luego se disparó en veloz carrera en dirección a donde yo estaba. El jinete sobre la yegua procuraba detenerle o amainar su impulso, enrollando la reata a la cabeza de la silla. El potro pareció al fin dominado y paró, resoplando, bajo la rama. El jinete de la yegua, al parecer confiado, se acercó, distendiendo la reata. En ese instante el potro se disparó en reparos nuevamente y, en uno de ellos, alcanzó tal altura que la cabeza del jinete fue a toparse contra la rama. Fue un golpe seco, que puso al hombre en el suelo abruptamente. Miré al mozo con el cráneo deshecho, mientras Gonzalo y amigos prontamente se acercaban tratando de prestar auxilio. No hubo nada que hacer por el jinete. Había muerto al instante. Consternado, Gonzalo ordenó al de la yegua que llevara a Carablanca a un corral distante. Al día siguiente, luego de la inhumación del difunto, Gonzalo pidió que me hiciera cargo de dar alimento y agua al potro durante los días venideros. “Vamos a aplazar el sometimiento hasta que pase el duelo”, había dicho.

Me resultaba extraño tal encargo. Intuí que la confianza de Gonzalo hacia mi persona se incrementaba.

Esa noche, ya en mi lecho, pensaba en Carablanca. Recordé que en Aztlán había visto a un joven jaguar domeñado por un lugareño. El animal le seguía a todos lados como si fuera un xoloizcuintli, un perro de la tierra. Al preguntarle por cómo le había hecho para domesticarlo, me contestó: “Todo se puede con el encantamiento del amor”. Sin embargo, con el tiempo el

jaguar se había remontado, para contestar el llamado del cielo, recobrando su libertad.

Aunque yo sólo estaba obligado a dar agua y alimento al potro, impulsado por mi orgullo que crecía cada día, me propuse hacer algo más.

Me decía esa noche: “Carablanca tiene que venir a mí y no al revés”. “Tiene que ser una necesidad para el potro venir a mí”. Tracé un plan para lograr mi propósito.

Al siguiente día fui a verlo. Al advertirme, se retiró. La experiencia de ser montado le había alborotado el espíritu de libertad, supuse. Permanecí allí durante la mañana, indiferente, como si nada me importara. Se tendría que acostumbrar a mi presencia. Ese día no le puse agua, ni alimento. Así, durante tres días, cada mañana. Al cuarto día llevé un cubo con agua y cañas y hojas frescas de maíz. Me senté a dos nalgas sobre el suelo, con el cubo cerca de mí. Tomé las hojas y cañas de maíz y empecé a desbaratarlas, tratando de que el viento arrastrara su aroma. No pareció importarle. Sólo logré arrancarle un relincho y dos o tres resoplidos. Me retiré tranquilo, llevándome lo que había traído. Al día siguiente, hice lo mismo, logrando los mismos resultados. Al sexto día llevé dos cubos, uno con el agua y en el segundo algunos puños de maíz. Me senté de espaldas, a un lado del cubo con agua, y al otro cubo agité de arriba abajo, haciendo sonar los granos. Esperé, esperé.

Pasado poco tiempo, el potro lanzó al aire un largo relincho. Escuché sus pasos lentos hacia mí. Llegó resoplando suavemente sobre mi espalda desnuda, sobre mi cabello al hombro. Trataba de reconocermme como parte del paisaje. Metió su hocico al cubo con agua y empezó a beber hasta terminar su contenido. Tenía en mi regazo

el cubo con maíz. Tomé un puño de granos y los expuse en mi palma derecha, a la altura de la mejilla. Carablanca acercó sus belfos a mi mano y comió de ella. Volví a llenar mi palma una y otra vez hasta agotar el maíz. Pero entre puño y puño le acariciaba el hocico y las quijadas. Me retiré contento del avance.

Por tres días hice lo mismo. Y al cabo de éstos, estando yo de pie, le acariciaba la cabeza, el cuello, el lomo y las extremidades; ponía mi mejilla en la suya y le hablaba suavemente. Carablanca aguzaba las orejas y me contestaba con suaves sonidos guturales. Parecía oliscarme, reconocer mi olor.

Durante la siguiente mañana, se dejó montar; sin silla, en pelo, como dicen los castellanos. Me doblé sobre su espalda. Le acariciaba el cuello, la cabeza, los belfos. Le hablaba suavemente: Carablanca, Carablanca, caballo bonito. Aguzaba las orejas. Permanecimos quietos un rato, como haciendo un compromiso. Desmonté. Le puse un bozal y lo saqué del corral. Monté de nuevo y lo conduje hasta la casa. Alguien seguramente nos vio. Al llegar, frente a la puerta principal Gonzalo y su familia nos miraban con cara de “no lo podemos creer”.

Algo experimentaba ahora. Me sentí lleno de fuerza, de energía. Gran gozo me invadía; grande pero contenido; discretamente contenido. Era común presenciar entonces cómo los hombres y mujeres de mi raza eran humillados, de palabra y obra, por los castellanos. Pero ahora tenía ante mí a un soldado español, reconociendo con la mirada los talentos de uno de los hijos del pueblo sojuzgado. Si me quedaba algún sentimiento de inferioridad ante los extranjeros, en ese momento se diluyó.

Decidí quitarle el don a Gonzalo y Gonzalo simplemente llamarle.

Me apeé y, con el cabestro en la diestra, me acerqué al esposo de mi hermana. No dejaba de mirarle a los ojos. Le dije:

—Gonzalo; siento sobrepasar los límites de la tarea encomendada. Os habéis dado cuenta de que siempre he puesto algo más de lo obligado en pro de vuestra hacienda.

Advertí un cambio de color en el rostro del castellano. Era la primera vez que le hablaba así, llanamente. La mirada mía era firme y directa a la suya. Un ligero parpadeo de su parte me indicó que, por lo menos en un aspecto de la relación, estábamos a la par.

Gonzalo habló:

—No tenéis que disculparos. Reconozco vuestro valor y talento. Ya os lo he expresado en otras ocasiones. En vuestra familia nos alegramos por eso. Ahora, llevad el caballo a su corral y encargaos hasta que pueda ser montado por Miguel de Jesús.

Mi hermana se acercó a mí. Me abrazó. Al oído y en voz baja me dijo:

—Creo que habéis sido irrespetuoso, Juan Bautista.

—No lo creo. Mi padre, donde quiera esté, se sentirá orgulloso.

Ella hundió suavemente en mi espalda la yema de sus dedos, en señal de complicidad y de cariño.

Pasaron los meses y un día en que, por asuntos de fray Julián me encontraba en el embarcadero de Xochimilco, uno de los canoeros me habló:

—Eh, tú, macehual, ¿eres acaso Xicote?

—Sí.

—Soy Tote. Hay un hombre en mi casa que trae un recado para ti.

Miré al canoero, un viejo curtido por el sol. Le saludé.

—Ven, Xicote. Mi casa no está lejos. Ahí te esperan desde hace tres días.

—Vayamos pues, —le respondí y acompañé. Por el camino recordé su nombre. Lo había escuchado de labios de Maztla, el guía que me trajera de regreso al Valle de México.

Llegamos a casa de Tote y en ella encontramos al mismo Maztla.

Le saludé y pregunté por Teuhtli. Me dijo que el viejo estaba bien y que tenía deseos de verme. Antes, mandaba pedirme algunos dibujos de Teotihuacan, así como de pinturas de otros templos. Que me tomara un año y luego regresara con ellos a Aztlán.

Acometí con entusiasmo las tareas y pronto pude realizarlas. Y aunque me había señalado plazo, antes de que éste se cumpliera, Teuhtli había mandado por lo encargado. Y me hacía otra petición, de que no me moviera hacia Aztlán porque deseaba que hiciera lo mismo en Malinalco. Fui al lugar mencionado y levanté trazos de los símbolos que allí encontré. Todos ellos eran muy interesantes. Nuevamente, y antes de que yo tan siquiera pensara en dirigir mis pasos hacia el poniente, habían llegado emisarios de mi amigo en pos de los dibujos y traído nuevo encargo. Por estas razones y por otras, propias de mis intereses familiares, mi estancia en Xochimilco, que había pensado sería de dos años, duró diez.

Durante ese tiempo, cuando no estaba viajando me relacionaba con mi sobrino Miguel de Jesús. Le enseña-

ba la lengua de sus abuelos mexica y los relatos de viejos. También leía poemas españoles en compañía de fray Julián y ayudaba en sus labores a mi hermana. Ésta se me había revelado como una mujer piadosa, caritativa; comprometida con los niños desamparados y huérfanos de Xochimilco; así como con los pobres y mujeres más vulnerables de nuestra raza. Preocupada también de que los jóvenes aprendieran algún oficio, que pudieran valer-se por sí mismos en la vida.

Casi me olvidaba de Aztlán, metido en las rimas de Gil Vicente, que leía en voz alta el fraile. También en el taller de carpintería, que el hombre de mi hermana había instalado en fondo del patio. En los ensayos del coro de niños huérfanos de la raza, formado por el propio fray Julián.

Se apacentó mi existencia a lo largo de ese tiempo. Cultivé entrañable amistad con mi sobrino. Le contaba de mi vida, de los pensamientos del maestro Teuhtli, de los símbolos en las piedras de nuestros antepasados. Aprendí a valorar a María Inés como el único hilo que me unía a mi apagada familia y al mundo de mis padres. Agradecía al fraile su bondad y sus enseñanzas. Me regocijaba de su amistad y predilección. Sólo con Gonzalo me mostraba discreto y distante. Mi corazón no había aprendido a perdonar la destrucción y el cambio en el mundo nuestro.

Un hecho desdichado marchitó mi corazón y terminó con mi feliz estancia en Xochimilco: el fallecimiento de mi hermana. Un nuevo brote de viruela se extendió por el Valle de México y dio muerte a muchas personas; entre ellas, infelizmente, a María Inés.

La desgracia trastornó a Gonzalo, que luego de sepultar a su mujer pensó en regresar a España. Miguel de Jesús se hundió en profunda tristeza. Sentí entonces la necesidad de las palabras y la compañía del viejo maestro y decidí realizar el viaje a Aztlán.

XXIII

A Martín de Mérida,
en Santiponce de Andalucía.

Querido hermano mío:

He recibido hasta hoy la carta vuestra en la que urgís mi regreso si deseo hallaros aún con vida. He pensado en el retorno durante los últimos días pues, como vos, soy ahora ave solitaria que requiere consuelo. Hace unos días que ha muerto mi María Inés y parte de mi vida, siento yo. Desde la muerte de nuestros padres no había recibido golpe tan cruel, y eso que en la guerra los sufrí muchos y fuertes. Mi corazón está deshecho, hermano mío, y tan sólo al ver a vos podrá aliviarse un poco. Aquí me tenéis contando meses y días, esperando oportunidad de embarque, pues luego de dar santa sepultura a mi mujer no he pensado en otro asunto sino en el regreso a España. Ruego a vos no desmayéis, que pronto y Dios mediante tendréis a vuestro lado a hermano y sobrino. Sólo espero arreglar la venta de mis propiedades, pues he decidido marchar de la Nueva España para siempre, que mi gusto por vivir en estas tierras se lo ha llevado mi esposa a la tumba. Y no solo ése, sino el que tenía por la vida también. En carne cruda estoy viviendo el tal refrán que reza “no valoramos lo que tenemos, hasta que perdido lo hemos”. Y es que de María Inés sólo amor he recibido y un hijo, que es mi mayor

tesoro. Y cuando la he perdido, ha me dejado un hueco enorme, imposible de llenar. ¡Ay, cuánto duele su pérdida! Los días se hacen largos y sólo quiero aliviar mi soledad con los recuerdos de la infancia en Santiponce.

Aprovecho estas letras para hablaros de mi difunta esposa, a quien lamento no hubieses conocido, pues algo empataba a nuestra madre en su espíritu piadoso. Desde que decidí protegerla, luego de la guerra con Cholula, me di cuenta de que aquella niña tenía algo especial. Como si se hubiera resignado a su destino, permaneció siempre a mi lado, sin escapar del nuestro real, aunque tuviera oportunidades de hacerlo. Estuvo bajo el amparo de doña Marina, como todas las mujeres indias de los capitanes y soldados que trajimos en el tránsito hacia México. Siempre callada, esperando en las sombras algún requerimiento mío, o cualquier cosa que necesitara. Debió tal vez notar al principio mis sentimientos de protección, como los que se encuentran en un hermano mayor. Y aunque pasaba en los primeros años más tiempo en compañía de Marina, siempre estuvo atenta a mis necesidades; a curar mis heridas de guerra; a procurar alimentos en los momentos más difíciles. Como atenta estuvo a buscar medicina durante mi convalecencia por el golpe de la piedra en mi cabeza, que casi me arranca la vida. En fin, siempre estuvo ahí, en las sombras, discreta, callada pero atenta y solícita. Con el tiempo, cuando tuvo la edad y yo hube reconocido sus atributos como mujer, decidí llevarla al altar, casarme con ella por las leyes de los hombres y de la iglesia. Pasados los años me fui dando cuenta de que mi decisión había sido acertada. María Inés se fue revelando, poco a poco, como una mujer de hogar en todos los sentidos. Compañe-

ra hacendosa, pendiente a mis bienes y a nuestra casa. Aplicada desde un principio a aprender el castellano y todo lo referente a nuestra santa religión católica. Desde que nació el hijo nuestro, Miguel de Jesús, trayendo a casa inmensa alegría, se aplicó amorosa a su cuidado y educación, de tal manera que me dejaba sorprendido. Y no me podría explicar si esto viene a ella de natura de madre, si lo aprendió de la suya o por los consejos, de los muchos que debió recibir de la dicha doña Marina. No sólo como madre y esposa dio muestras de ser buena mujer, sino también como encargada de mis negocios en mis largas temporadas de ausencia. Además, como mujer piadosa, que también en ayudar a los débiles empeñó sus esfuerzos. En concierto conmigo y con la ayuda de fray Julián, estableció en Xochimilco una casa para huérfanos; procurándoles techo, vestido y alimentos, mientras se les instruía en los valores de nuestra religión. También se empeñó en atender a los enfermos, estableciendo un hospital. Lo mismo que la creación de una escuela de oficios y, con la ayuda siempre del padre Julián, el coro de niños cantores del Sagrado Corazón de Jesús. A más de todo esto, la atención, con la ayuda de su hermano Juan Bautista, de los huertos y hortalizas para la producción de alimentos. En fin, una mujer industriosa y pía; sencilla y amorosa, atenta y discreta; que a veces me sorprendía con algunas observaciones y sugerencias acerca de mis negocios.

Por todo esto, os digo que no sólo a mí ha dejado un hueco difícil de llenar; sino también a los desdichados que ayudaba. Seguramente la van a extrañar. Ellos lloraron copiosamente en su sepelio y seguirán recordándola con mucho amor.

Y a quien más ha dolido su partida es, sin duda, a Miguel de Jesús; hijo de sus entrañas y de nuestra sangre, española y mexicana. Le he abrazado desde un principio, luego de este suceso desgraciado. No le han faltado mi amparo y palabras de amor para su consuelo. He procurado su pronta resignación ante pérdida irreparable. En ello he contado con la ayuda invaluable y fiel del padre Julián, y la de su tío, Juan Bautista.

Por cierto, que Miguel de Jesús ansioso está por conoceros. Es un hijo bueno, ya lo comprobaréis, que gusta de la historia y de lecturas. El padre Julián, que le instruye, mucho le ha hablado de esas cosas. Ayer que me acercaba inadvertido a donde ellos estaban, he oído decir al fraile, “poema es el resquicio por donde asoma furtiva el alma”. ¡Por Dios, lo que les enseñan a los jóvenes de hoy! Aprende pronto este hijo mío; se interesa mucho por las cosas de la Nueva España y, además del castellano, habla la lengua de la madre. En él tendréis fuente para escribir sobre indias, ya lo veréis. Es mi interés que vaya a la España no sólo a conoceros y a haceros compañía, sino para que estudie allá, pues tiene los dieciocho años de edad. Hago votos porque se quede por siempre con nosotros. Pero si él quisiera regresar algún día, dejaré aquí una propiedad de que pueda vivir.

Os diré de Juan Bautista, hermano de mi finada esposa, del que ya he dado noticias en anteriores cartas, que es hombre de más treinta años de edad. Por natura es callado y obediente; aplicado en sus quehaceres, que son ayudar en el huerto y el cultivo de hortalizas. También me he percatado que es afecto al cultivo de hierbas medicinales, entre ellas, el antes dicho camotillo que ha servido a mí para aliviar el dolor de cabeza. Es

amigo de fray Julián, al que auxilia en todo lo relativo a las actividades de su iglesia. También fue fortaleza en las actividades piadosas que su hermana realizaba en la comunidad. Juan Bautista ha enseñado a fray Julián de los secretos de las hierbas curativas de estas tierras, lo cual ha servido al religioso para la cura de sus enfermos. Este cuñado mío es artesano diestro en hacer esculturas de madera, que replica lindamente en bulto las imágenes de la Virgen, de Jesús Cristo y de los santos. Es algo digno de ver y admirar. Pero una costumbre tiene, ser andariego; gusta de hacer largos viajes en los que dura meses y hasta años para regresar.

Fray Julián, a quien considero un miembro de mi familia, es hombre santo.

Es nuestro confesor. Un hombre sabio, amante de las lecturas y poemas. Mi mejor amigo y consejero. Invitado le he para que nos acompañe a vivir en España. Se ha mostrado agradecido pero ha dicho que Dios Nuestro Señor lo necesita más aquí, junto a sus indios; que hay aquí mayor necesidad y mucho dolor al que aliviar. Y tiene razón, pues luego de la falta de María Inés, si el decidiera irse, esto quedaría muy desolado y toda esta gente desprotegida. He decidido dejarle, dentro de mis propiedades, los medios para que viva y además de encargarle la propiedad que dejaré a Miguel de Jesús en Xochimilco.

Aprovecharé esta carta para confesaros que últimamente, luego de la viudez, la mujer en mis sueños ha vuelto a importunarme con urgencia. Se aparece cuando duermo, con el rostro de doña Ana y dice “os espero en Sevilla, Gonzalo mío, para cabalgar sobre el perfume de los naranjos”. ¡Por Jesús Cristo! Esta mujer inquie-

tado me ha toda la vida y no encuentro el porqué, si tan sólo ilusión ha sido. Puros humos. Más que nueces, ruido; pues antes que darme amor ha me perjudicado con lo del destierro. ¡Por la Santísima Virgen María! ¿Es que ni la vejez ni el dolor por la pérdida de la mía esposa han me aliviar de estos sueños locos? ¿A dónde a mí han de llevar? ¿Será el ánimo de doña Ana que me pide de tal manera misas para el eterno descanso? Por Dios, que he de encargar el oficio de algunas aquí en México y otras en Sevilla cuando llegue.

Preocupado estoy, hermano mío, pues el dolor de cabeza causado por la pedrada en la toma de México me ha recrudecido. Afortunadamente para ello tengo el remedio que María Inés me proporcionara desde entonces. Le he encargado la raíz medicinal al hermano de mi difunta. Él la ha sembrado en la hortaliza del patio, para cuando necesite de ella. Me llevaré este remedio a España, pues no tiene igual para mi malestar. Espero sembrarla allá, en la bendita tierra nuestra, pidiendo a Dios que se logre.

Quisiera pedir a vos vayáis haciendo agencias y se prepare un cuarto habitación para Miguel de Jesús y otro para mí, en la hacienda vuestra. También habréis de conseguir sendos caballos pues deseo hacer los recorridos de la infancia. Deseo que el hijo mío conozca la tierra y sus alrededores, las ruinas de Itálica y bañe en las aguas del Guadalquivir. Mucho le he hablado de todo esto y se ha entusiasmado por andar los caminos que vos y yo transitamos en aquellos felices tiempos. También me ha dicho que quiere conocer Sevilla y otras ciudades de la Patria.

Y hablando de caballos, quisiera saber si Melquias, el caballero, trabaja aún con vos, si vive o muere, o qué ha sido de él. De ser posible, me gustaría verle de nuevo, y andar en correrías con él y mi hijo, y le enseñase sus secretos de monturas.

Antes de cerrar ésta, he de preguntaros por vuestra salud. Espero la respuesta, pues pienso que aún hay tiempo, antes de veros.

He de parar aquí, hermano del alma.

Escrita que fue en Xochimilco del Reino de la Nueva España, a los ocho días del mes de abril, día de San Dionisio de Corinto, de mil quinientos cuarenta años.

El tuyo hermano Gonzalo.

Gonzalo cerró y selló la carta con cera de la vela que le alumbraba. Había estado tomando, en copa de Florencia, de un vino tinto que consiguiera en días pasados en la ciudad de México. La noche había caído sobre Xochimilco y el sueño le llegaba en oleadas, haciéndole cabecear. Sintió el deseo de rellenar la copa y se incorporó. Caminó hacia el mueble donde guardaba la botella. Fue entonces cuando escuchó la voz de Miguel de Jesús, desde el umbral de la puerta de entrada de su habitación:

—Padre, el tío Juan Bautista desea deciros algo. Os pido licencia para...

—Hijo, pasad por favor; hacedme la merced.

—Pido a vos vayamos a la sala de estar, que allí nos espera, junto con el padre Julián. ¿Estáis dispuesto?

—Sí. Esperadme con ellos. Iré presto.

Gonzalo llegó a la sala. El padre Julián tomó la iniciativa en esta plática familiar. Dijo:

—Don Gonzalo, Juan Bautista ha me pedido le acompañe ante vos, pues desea despedirse.

—¡Ah! No esperaba tal cosa. Pensaba dejaros a vos y a él encargados de mis bienes, ahora que vamos a la España. ¿Por cuánto tiempo estaréis ausente, Juan Bautista? ¿A dónde os dirigís?

—Gonzalo —habló Juan Bautista—, en vista de que vos y Miguel de Jesús partiréis a vuestra madre tierra España; y según dice mi sobrino, para no volver; no teniendo aliciente para permanecer en el Valle de México, he decidido partir a tierras del poniente; a la Nueva Galicia que llaman ustedes. Que es en la demarcación de Santiago de Compostela; Aztlán, para los naturales.

—Sabéis de que es nuestro deseo que nos acompañéis a España. Sois parte de nuestra familia y en este momento refrendo la invitación para que vayáis con nosotros.

—Agradezco, Gonzalo, pero no podría dejar el mundo mío.

—Es mi deseo, antes de partir, vender la mayoría de mis bienes. Pero dejaré una parte para vos y otra para fray Julián, y así tengáis de qué vivir. Y una parte más para el hijo mío, por si algún día regresara.

—Por la parte que me ofrecéis, agradezco a vos, Gonzalo. Es mi deseo declinar a tal merced en favor de los niños desamparados y huérfanos de Xochimilco.

—Pero, el orfanatorio seguirá en pie; con los bienes ordenados por vuestra hermana, que en paz goce de Dios.

—Son muchos los necesitados. Prefiero deis a ellos y no a mí.

—Juan Bautista, como sabéis, en esta casa siempre ha se respetado la vuestra voluntad. Si vos así lo decidís, así será. Tan sólo ruego a Dios que os proteja; que a vos acompañe a donde quiera que vayáis.

—Lo agradezco, Gonzalo. Ahora debo daros un apretón de manos por la despedida, pues partiré de madrugada.

Juan Bautista extendió la diestra al soldado español. Gonzalo la estrechó con fuerza. Luego, Juan Bautista prodigó al estilo de su padre Océlotl (ambos con los brazos extendidos y tomándose por los codos), un abrazo cariñoso y dilatado al sobrino, murmurando delicadas y dulces palabras. Lo mismo hizo con fray Julián.

Abandonaba la sala de estar, cuando escuchó nuevamente la voz de Gonzalo:

—Juan Bautista.

Se detuvo. Volvió el rostro hacia Gonzalo. Permaneció callado, expectante.

—Deseo también un abrazo vuestro, muchacho. Algún día comprenderéis que la vida es así. Si debo pedir os perdón por algo, por alguna cuenta pendiente, lo hago en este momento. Digo, en nombre de la hermana vuestra, de mi querida esposa.

Juan Bautista cerró los ojos. En ese instante acudían a su mente los recuerdos de la muerte de su padre, de la pérdida de la madre, de la destrucción de la hermosa Tenochtitlan. Con los ojos entornados y húmedos, y enronquecida la voz, contestó:

—Dejemos las cosas así, Gonzalo. Os deseo una buena noche.

XXIV

Al primer canto de gallos, estaba yo en pie. Desde la noche anterior había preparado mis enseres. Ya en marcha, un estrecho camino de carretas, flanqueado por ahuehuetes, me conduciría hasta el embarcadero de Xochimilco.

No quise tornar la vista hacia la hacienda de Gonzalo. Intuí, porque le conocía muy bien, que tras una de las ventanas el padre Julián oraba por mí y me dirigía a distancia la bendición.

La brisa fresca me aliviaba del bochorno de la despedida. Atrás dejaba a Miguel de Jesús, único vínculo de sangre con mi familia original; único asidero carnal a mi mundo, perdido para siempre. Por otra parte, la partida me desvinculaba del mundo que recién habían impuesto los extranjeros, los que habían llegado para quedarse. Sabía que marchaba hacia la libertad, hacia las tradiciones, las costumbres ancestrales, hacia la tierra original, ¡hacia Teuhtli!

Por todo ello, me negué a volver el rostro, aunque intuyera la amable presencia de fray Julián o adivinara, en el entorno del portón, la querida figura de mi sobrino.

Sentir que soltaba amarras de éste mundo recién impuesto, le daba un aire de ligereza a mi ser entero. Advertía los miembros todos de mi cuerpo acomodarse al largo viaje que tenía al frente. Mis ánimos iban “in

crescendo”, según recordé la frase de Marcos, el organizador del templo de Xochimilco.

Al llegar al embarcadero, apagué la tea de pino que me venía alumbrando. Ya me esperaban. Era el único pasajero a esas horas de la madrugada. Abordé la pequeña embarcación. El canoero enfiló rumbo al poniente, hacia Coyoacán. Ahí desembarcaría para luego enfilarse hacia el río Grande, compañero que me conduciría a destino. Cuando desembarqué, el sol empezaba a despuntar. El alboroto de las aves me dio la bienvenida a tierra. Un pájaro ribereño sobrevoló la canoa. Con sus chillidos me espantó los pensamientos: ¡Chicot, chicot! parecía que así chillaba la avecilla. Sonreí. Sí, yo era de nuevo Xicote, el inquisitivo avispon mexicano.

Al fin me hallaba en camino hacia el encuentro con Teuhtli. Había cumplido el último de sus encargos: dibujar esculturas de Tula Xicotitlan. Iba ligero, como había aprendido del viejo curandero. Llevaba una manta y un par de cordones de ixtle para instalar la hamaca, que en algunas partes de mi recorrido habría de librarme de picaduras de insectos y mordeduras de reptiles venenosos durante el sueño. Llevaba mi honda inseparable, instrumento de caza y de defensa. También, un cuchillo de hierro, regalo que me hiciera Miguel de Jesús. Un calabazo buchón, colgado al hombro, donde cargaba el agua. Los papeles pintados, metidos en un trozo de bambú, sellado con cera de abejas para protegerlos de la humedad.

Por el camino hallaría alimentos. Conocía el terreno y sabía dónde encontrar raíces y frutos. De vez en cuando asaltaría los nidos de codornices y guajolotes.

El río Grande lucía limpio y transparente, días antes de la época de lluvias. Como en la primera vez, me

dejé arrastrar por su corriente sobre un tronco. Había aprendido, de mi viejo maestro, a caminar de noche, sobre todo en ciertos lugares, para evitar grupos hostiles. Por él hice míos la cautela del venado, la pisada de algodón del ocelote y el silencioso desliz de la serpiente.

Llegué al lago Chapallan al amanecer. La calma rezumaba ahí. Jirones de neblina coronaban las aguas. Algunas aves extendían sus alas al sol, otras buscaban alimento y con trinos saludaban al nuevo día.

Decidí descansar en la ribera y reanudar la marcha al caer la tarde. Había recorrido gran parte del trayecto. Estaba cerca de mi destino. El sol ascendía. Sentí hambre. Sentí el lugar tan tranquilo, que me atreví a salir del escondite. Me dispuse a pescar. Penetré en un montecillo en busca de varas para atrapar los peces. De súbito me hallé preso de gritos y de golpes. Sin darme tiempo para huir o defenderme, tres hombres cayeron sobre mí, atándome las manos tras la nuca. Fue todo tan fugaz, como lluvia de estrellas. Me empujaron por una veredilla, sin dejar de aullar. Aún no me despabilaba de golpes y de voces, cuando nos detuvimos bajo un árbol gigantesco. Allí se encontraba un hombre de rostro tenebroso, pintado con las rayas de la guerra. Me escrutó con la mirada y preguntó:

—¿Vienes del Anáhuac?

—Sí, —contesté con enojo.

—¡Suéltenlo!, —ordenó a los guerreros y volvió a hablar—. Desde hace días sueño la presencia de un hombre que ha de venir del centro. Cuéntame de tu vida. Quiero saber si eres el esperado. ¿Cómo te llamas, quién eres, a qué has venido?

Me desataron y tuve que contestar sus preguntas. Noté su interés por el relato de la muerte de mi padre.

—¡Detente ahí, hermano!, —exclamó—. Eres a quien espero. Yo soy Huizcáyotl, caudillo supremo del desierto. Has llegado a tiempo. Estamos en guerra contra los castellanos. Sé que vamos a luchar contra uno de los principales, tal vez contra el Malinche.

Sus palabras hicieron que fijara mi atención en él, en su semblante, en sus gestos, en su tono de voz. Me recordó a Tecólotl, el hechicero alborotado que salvara la vida, junto con Teuhltli, luego de ser liberados por mi abuelo Totohuey, en el lago de Texcoco.

—¿También eso lo soñaste?, —le pregunté con escondida burla.

—No. Eso lo sé de fuentes ciertas. La Cofradía me lo ha hecho saber y... ¡esos saben todo!

—¿La Cofradía aún...?

—Por los siglos de los siglos, como dizque dicen los castellanos.

—¿Pertenece a la Cofradía del Caracol?

—¡Ni lo quiera Tezcatlipoca! Yo soy hechicero. Pero ellos nos tienen al tanto. Ahora ya somos de su agrado. Después de la garrotiza que les endilgaron los extranjeros en lo de México, se han vuelto menos quisquillosos. Tienen una red de orejas mejor que la que tenía Moctezuma. En cada población, ya sea de indios o de castellanos, hay ojos y orejas de la Cofradía.

—Y yo...

—Me han hablado los dioses. Me han demandado sacrificar a uno de los grandes capitanes castellanos. Así, los desterraremos para siempre. Echarán una peste que sólo a ellos mate y no a los naturales.

—Pero es que...

—Sí, sí, entiendo. No crees en esto. Pero mira, nuestros dioses han regresado y...

—Pero yo ¿qué pitos toco en esta danza?

—Es condición de los dioses que quien atrape al dicho capitán sea quien más ofensa de ellos hubo y ¿quién mejor que tú, pues por el brazo de uno de ellos tu padre ha muerto?

—No lo creo. Lo de los castellanos no tiene remedio. Si mataras uno, vendrían mil.

—Sí, lo mismo dicen todos los cobardes: “Estos vinieron para quedarse; tiene más remedio el piquete de isa que esta maldición de Tezcatlipoca”. Ya parece que los estoy escuchando. No sé cómo se las arreglan para ser tan derrotistas, para guardar tanto desaliento en sus corazones de tórtola.

—No puedo detenerme; tengo que llegar a Aztlán cuanto antes.

—Todo está listo. Los pueblos del poniente se han preparado para la batalla final. Sólo te esperábamos. Si no estás convencido, ya te convencerás, pues tiempo sobraré. Ahora, en marcha, que nos espera largo caminar.

¿Qué podía hacer? El río de la vida, como Teuhtli expresara, me había atrapado una vez más. Lo tenía merecido, por dejarme ver de día. Mas, ya estaba aquí. Encontraría ocasión para escapar. Sabía de la fiera de los hombres del desierto; de estos que ahora me obligaban a seguirlos. Cazadores fuertes y despiadados. Valientes y certeros con sus flechas. No podía, por ahora, hacer nada. A mi favor contaba con que Huizcáyotl me consideraba útil para sus propósitos. A su lado, mi vida estaría segura, por lo menos.

La imagen de Malinche, arengando a los de Cholula frente a la pirámide, me vino a la memoria. A estas fechas sin duda, pensé, era él un hombre viejo para las batallas. ¿Serían ciertas las palabras del hechicero acerca de la venida de uno de los capitanes de la guerra de México? ¿Era una treta suya para amarrar la voluntad de los pueblos chichimecas y dirigirla al propósito de liberarse de los castellanos? Huizcáyotl intentaba resolver esa tarea con un acto de magia: atrapar a un hombre para sacrificarlo. ¡Y le creían sus seguidores!, como pude comprobarlo durante el tiempo que viví entre ellos.

El hechicero gozaba de la estima entre los caciques chichimecas. Le escuchaban con respeto cuando discutía con ellos los planes de la guerra. De él fue la idea, según me confió, de desviar las aguas de un río cercano para inundar la planicie alrededor del peñón donde preparaban su fortaleza. Antes, había recomendado poner trampas para los caballos: redes de ixtle sujetas al suelo con estacas, invisibles en el terreno inundado. Recomendó una mezcla de veneno de víboras con manteca de armadillo para untar en la punta de sus flechas. Contaba con un grupo de jóvenes entusiastas para recorrer los campos en busca de serpientes. Él mismo encabezaba aquella comisión y yo no me separaba de su lado. Recuerdo la ocasión en que atrapó una víbora de cascabel. La colgó de la rama de un mezquite. Para mantenerla tirante amarró a su cola una piedra. Con su navajilla de obsidiana le hizo un corte alrededor del cuello y le enterró las uñas desprendiendo un poco de su piel. Cogió ésta con los dedos pulgar e índice de ambas manos y tiró fuerte hacia abajo, despellejando al animal de un solo movimiento. La piedra cayó al suelo y Huizcáyotl

se quedó con el pellejo entre las manos. El animal se retorció doliente, mostrando sus blancas carnes como de pescado, mientras el hechicero lo devoraba ahí mismo.

—Si haces esto, —me dijo—, las serpientes nunca te morderán. Te considerarán uno de los suyos.

Durante los días que viví al lado del hechicero visitamos varias poblaciones. Huizcáyotl hablaba con los caciques, invitándoles a unirse a la causa para detener, decía, el mal común. Se reunía constantemente con otros hechiceros, de las comunidades cercanas y lejanas. Dedicaba especial cuidado a la preparación de la captura del capitán español. Platicaba con el grupo de jóvenes que tenían esa misión, repitiéndoles su plan hasta el cansancio. A dicho grupo había puesto el nombre de Aguiluchos y estaba al mando de su propio hijo, Tlotli Gavilán.

Una tarde, con gravedad me dijo Huizcáyotl:

—Ha llegado el día. Prepara tu ánimo y acomoda tu corazón.

De alguna manera me alegré, pues se presentaba la ocasión para salir de aquella situación desagradable. Empecé a urdir un plan para escapar. Sin duda, la batalla me brindaría mil ocasiones para ello. Revisé mis enseres y todo estaba en su lugar. No había perdido nada, durante la estancia entre los guerreros del desierto.

La batalla fue terrible. Nunca había participado en una. Y en ésta, junto al grupo Aguiluchos, tan sólo me tocaba esperar el momento propicio para atrapar al capitán enemigo. Una parte del ejército chichimeca, según el plan del hechicero, trataría de aislarlo, y nosotros de atraparlo.

El terreno nos favorecía. Los caballos se atascaban y algunos quedaban atrapados en las redes. La lluvia es-

taba de lado nuestro. En dos o tres acometidas de los castellanos, les hicimos mucho daño. Por fin se retiraron. El ejército chichimeca, envalentonado, los persiguió causándoles bajas e infundiéndoles miedo. Huían en desbandada. Pero el capitán castellano era valiente, desmontó y con su ejemplo animó a la retaguardia a hacernos rostro. Los caballos, ya en terreno duro y llano, empezaron a mellarnos. Los del grupo Aguiluchos nos manteníamos apartados del combate, esperando nuestra oportunidad. Nos encontrábamos agazapados entre matorrales, al borde de una meseta, desde donde mirábamos la lucha sangrienta. Ésta se desarrollaba abajo, en un vallecillo. Huizcóyotl nos había obligado a tragar peyote “para levantar los ánimos”, había dicho, “para acomodar los corazones”. Yo, me sentía fuerte, lleno de enjundia. La batalla me arrastraba en su corriente.

Miramos que el ejército enemigo subía a la meseta. Muchos de los nuestros, agotados quizá, dejaban de luchar. En la retaguardia de los castellanos, el capitán y algunos más hacían frente a un aguerrido grupo chichimeca. Nosotros, los del grupo del secuestro, a la par de la retaguardia castellana, pero a varios cuerpos de altura, avanzábamos por el filo de la meseta, sin perderlos de vista; esperando el momento del asalto. Y cuando llegamos a la boca de la veredilla por la que los castellanos subían, sólo quedaban abajo el capitán y otros dos. Venían desmontados, arriando por delante a sus caballos.

Fue entonces que me dijo Tlotli Gavilán:

—¡Eh, Xicote! Iremos a rescatar a mi padre, que ya lo han rodeado. Cuida de que éstos no suban. No tardaremos, para auxiliarte.

Me dio una vara larga y puntiaguda, a manera de lanza.

Atenacé con coraje aquella vara y propiné un piquete al primero de los caballos, que ya asomaba la testa. Mi arremetida no pudo ser más afortunada pues, la punta de la lanza llegó hasta uno de los ojos del animal, vaciándolo al instante. La sorpresa y el dolor hicieron que el animal parara de manos, perdiera el equilibrio y rodara cuesta abajo, golpeando a su paso al resto de caballos y jinetes. Miré que arrastraba al capitán y caía sobre él, apachurrándole; dejándole en el fondo de la cuesta. Bajé tan ligero como pude. Reparé en que yo estaba solo. El resto de mis compañeros, y el mismo hijo de Huizcáyotl, que deberían ahora estar a mi lado, se encontraban arriba, luchando contra algunos castellanos que habían regresado. Era el momento de escapar de los chichimecas, me dije, de seguir mi camino hacia Aztlán. Pero ¡oh dioses! reconocí al capitán. ¡Era el matador de mi padre! Su barba y cabellera de fuego, inconfundibles, lucían enmarañadas, ya sin el yelmo que les cubriera en la batalla. Me acercaba, atónito, incrédulo ante lo que miraba. Sentí un aguijón en mis entrañas al descubrir su espada. Yacía a una brazada distante de él. Como un aletazo de murciélago llegó a mi memoria el tajo terrible que hiciera rodar la cabeza de mi padre. ¿Sería la misma espada? Acudieron a mi mente las imágenes que tanto me acosaran cuando niño: los últimos pasos de mi padre, su cuello en borbollones, sus dedos crispados, el capitán tras de mí como fiera encarnizada... Sentí hervir mi sangre. Avancé enardecido. Tomé el arma. Me acercaba a modo. El viejo capitán, con últimos hálitos de vida, me miraba, murmuraba.

Le advertí deshecho. El tórax hundido por el golpe. Las costillas rotas, como afiladas astillas, le estarían martirizando los dentros. Estaba sufriendo su purgatorio cristiano en el umbral de la muerte. Su queja grave, profunda, revelaba gran dolor.

Me miró angustiado.

—¿Vos acordáis de la matanza que habéis urdido en Cholula?, —le pregunté en su lengua. ¿Vos recordáis al niño aquel?

El hombre abrió en todo lo que pudo sus ojos azules. Habló con dificultad:

—Sí. Veo que... sois vos. Nunca... olvido la... mirada de... mis enemigos.

—Qué vuelcos de la vida, ¿no creéis?

—Sí... mozo. La vida concede... revancha. Ahora podréis vengar la muerte de... vuestro padre. Cof.

—No.

—Dadme... doncel, cof, cof... el tajo final. Aliviadme y aliviáros, cof... por la muerte aquella.

—¿Y alcanzar así la gloria eterna, capitán? ¿Os resulta indigna la muerte, endilgada por el culo de un caballo?

—Por piedad... mozo.

Le miré detenidamente. Si algo quedaba de aquel despojo de hombre era tan sólo el sufrimiento. “La muerte lo alcanzará hoy mismo o al día siguiente”, pensé. ¿Tenía caso cercenarle la cabeza como él lo hiciera con mi padre? ¿Por qué habría de importarme liberarlo del dolor, de la tortura de sus vísceras rotas, con un solo tajo?

Sin embargo, era yo un nudo de emociones. La vida me ponía frente a la posibilidad de vengar la muerte de mi padre; de aliviar en algo los recuerdos amargos de mi

infancia; de sacrificar, en aras de la memoria de Océlotl, a su victimario. Sentía, como en aquel infame día, hervir la sangre en mis adentros; acelerarse mi respiración; mi corazón golpear en las sienes, en la garganta... Pero recordé las palabras de Teuhtli; “nunca mates inútilmente, sin necesidad”. También recordé su explicación acerca del ojo del águila, “es como si la corriente de este río se mirara así misma, y al hacerlo, tuviera el poder de detenerse”.

El castellano volvió a hablar:

—Dad el golpe ya, cof... muchacho; por amor a Dios.

Lo miré con desprecio. Esboqué una sonrisa y dije:

—No puedo hacer más por vos, capitán; luego echaros el caballo encima. Cuézase en vuestro infierno.

Escuché el rechinar de sus dientes y un ¡ay! profundo de dolor. Solté la espada y me escurrí entre los matorrales.

Sin perder más tiempo, encaminé mis pasos hacia la laguna de Chapallan. Debía alejarme del territorio en guerra cuanto antes. Ardía en deseos de llegar a Aztlán.

Sentía una dicha enorme.

La desgracia en el asesinato de mi padre me liberaba de una vieja opresión. Al fin veía, de alguna manera, una victoria mínima de los dioses mexica; pero al fin, victoria. Escuchaba la algarabía de mi corazón.

Recordé en esos momentos una ofrenda musical a dios Tezcatlipoca, durante el Encuentro del Canto Florido. Había empezado con suaves invocaciones de flautas y caracoles a los señores del inframundo. Éstos, contestaban con el ronco rugir del jaguar. De pronto, los teponaxtles resonaban con violentas percusiones, cual

tormenta granizada. Mientras tanto, mozas y mozos danzaban de manera intensa. En mi estado perturbado, veía la energía que emanaba de su sensualidad. Energía que ascendía y trasponía los techos del palacio y se entregaba en ofrenda a los dioses. Así sentía ahora mi corazón; desplegando su energía hacia las alturas, con su ritmo violento y copado de alegría.

Proseguí mi camino. Extremaba precauciones para evitar ser presa de uno u otro bando. La mala suerte me había arrastrado lejos del lago Chapallan. Pero si con alguna virtud contaba, era mi sentido de orientación y el recuerdo vivo de las veredas que pisaba. Tenía otra cosa a mi favor: la firme determinación de volver a ver a Teuhtli, de entregarle su encargo y de vivir el resto de mis años en la hermosa región de Aztlán.

Días después encontré el río del poniente, serpenteando entre sauces y guamúchiles. El tiempo de lluvias había pintado sus aguas de chocolate. Busqué un tronco, lo eché a la corriente y me deslicé por ella hacia la costa. Que alegría de estar, ¡oh dioses!, sobre las aguas del viejo compañero. Se gozaba aquí de la tranquilidad. Las garzas, frutos de nieve, hacían tiritar las ramas de los árboles. Relámpagos de loros verdecían el cielo. El dulce canto de la paloma urgía a su pareja a obedecer el mandato de los dioses... ¡Oh!, paz y vida aquí en el río. ¡Ay!, guerra y muerte entre los hombres. ¡Oh!, cuánto me agradaba pensar, y a cultivar este arte me dirigía hacia Aztlán, para quedarme definitivamente al lado de Teuhtli.

Cierta tarde, en que el recorrido encajonaba al río entre paredones de basalto, descubrí la cueva en la que habíamos pernoctado el viejo curandero y yo, durante

mi primer viaje. Decidí descansar allí. No quería perder el tronco y lo saqué de la corriente. Aguas arriba había encontrado un árbol cargado de frutos maduros y guardaba provisiones para la cena y la primera comida del día siguiente. No había por qué exponerse durante el resto de la tarde. Me dispuse a paliar el cansancio durmiendo un poco. Al parecer, la caverna no era refugio tan sólo de Teuhtli, pues encontré en esta ocasión ciertos enseres de cocina dejados generosamente por algunos otros peregrinos. Entre estos hallé una ollita de barro. Pero también encontré leña y hojarasca para encender una fogata. Antes de entregarme en los brazos del sueño vespertino, fui por agua al río y por un manojo de hierbas aromáticas, las que abundaban en la orilla de la corriente. Haría con ellas una infusión para disfrutarla por la noche. Lamentaba la falta de miel de las abejas silvestres de color dorado. Ya me resarciría de ello en Aztlán, prometí.

Desperté cuando pardeaba el mundo. Aproveché los últimos resplandores del día para encender la fogata. Cocí las hierbas en la ollita de barro y esperé la llegada de la noche. Se encendieron los murmullos de la selva. Los grillos y las cigarras enseñorearon la oscuridad con chirridos diversos. Escuché, lejanos, los truenos que anunciaban tormenta. Tras la boca de la caverna los relámpagos despintaban, de vez en vez, la negrura de la noche.

No tardaría la lluvia. Imploré a Tláloc que ésta no fuera abundante, que no dejara el río intransitable por varios días.

Era una noche sin luna. Oscura pero cuajada de estrellas, que asomaban aquí y allá, en los claros de cielo

que aún quedaban entre los nubarrones negros. Siempre que observaba el cielo en estas condiciones me venían a mente las creencias de mi pueblo. Personificados en esas luminarias ¿me estarían observando ahora mi padre y mi hermana Flor del Alba? ¿Mi abuelo Totohuey y mi madre Yaretsi, “la bien amada”? Estos últimos nunca vueltos a ver. ¿Estaría entre ellos Moctezuma, urgiendo venganza contra los que destruyeron México? O, siguiendo las enseñanzas de la nueva religión, en la que seguramente antes de su muerte fuera bautizado ¿imploraría perdón para los teules? ¿Le habría alcanzado el tiempo al uey tlatoani para imbuirse del corazón amoroso de Jesús Cristo?

Recordé las explicaciones de Teuhtli acerca de los guerreros interiores ¿Sería el amor otro nombre del tercer guerrero? ¿El amor, sentimiento puro que impulsara a mi madre a regresar a Cholula, en mi busca, desatendiendo el peligro? ¿El amor, que hiciera a María Inés permanecer al lado de Gonzalo, cuando tuviera mil oportunidades para escapar? ¿El amor, que floreció en Gonzalo e hiciera desposar a mi hermana y que diera vida al hijo de ambos? ¿Era el amor el tercer guerrero, al que Teuhtli llamó en aquella lejana ocasión el No Hace Daño? Tendría que comentarlo con el viejo maestro.

Me entretenían estos pensamientos cuando el viento fresco empezó a correr por el cañón del río. Se alteraba en ráfagas suaves y violentas. Una de éstas penetró en la caverna y casi apaga la fogata. Tuve que atizarla, revitalizarla con algunos leños. Un rayo cayó al fin en el árbol cercano. Un fuerte aleteo irrumpió en mi refugio. Un ave de grandes alas había llegado a la caverna, posándose en la saliente de una roca, a tres brazadas de altura

de donde me encontraba, según calculé. Por la luz que la hoguera proyectaba hacia el techo pude darme cuenta de que se trataba de un águila real. El símbolo altivo del pueblo mexicana. Estandarte de la antes hermosa México Tenochtitlan. Imagen que yo viera en la pared del fondo de la sala donde se llevara a cabo el Encuentro de la Flor y el Canto.

Fascinado y palpitante me encontraba observando al magnífico animal, que no despegaba su mirada del fuego. El águila real, personificación de Uitzilopochtli, el dios de la guerra. El representado en lo más alto del templo mayor de mi ciudad natal, al lado de Tláloc, antes de la llegada de la espada y la cruz. El desterrado de su nicho sagrado, como yo de mi ámbito original. El águila real, ideal del valor y exaltación espiritual de nuestro pueblo, será mi compañera en esta noche, pensé. Sentí cual si un mensaje recibiera del más allá, de la región sagrada del silencio. La presencia de un espíritu protector. No pude evitar pensar en Océlotl, mi padre; y en todos los miembros de mi familia. Estaba exaltado a esas horas de la noche. Elevé una plegaria, enseñada por mi madre durante la niñez. Oración “para los que han partido al mundo de las sombras”. Lo hice en náhuatl, por supuesto.

Esa noche llovió, pero no tan fuerte y prolongado. Cuando desperté, con la primera claridad del día, al mirar hacia el techo de la caverna me di cuenta de que mi compañera había partido. Me asomé hacia el río. La corriente se había incrementado poco y me permitiría continuar.

Reavivé la lumbre y puse la infusión a calentar. Luego de beberla, recogí mis enseres y bajé a la pequeña

playa de arena. Ahí estaba el tronco. Lo arrastré a la corriente, lo monté y proseguí el viaje.

Aún me quedaban guayabas en el bolso. Las fui degustando una a una con fruición; mi primer alimento del día, de esa fresca jornada.

El chirrido de guerra de un ave de rapiña desgarró la mañana.

Levanté el rostro hacia las alturas. ¿Era verdad lo que veían mis ojos? Un ave de amplias alas acompañaba con su vuelo mi discurrir aguas abajo.

XXV

A Martín de Mérida.

Querido hermano:

Mi alma desolada se encuentra.

En este día ha se dado santa sepultura al magnífico señor don Pedro de Alvarado, adelantado y gobernador de Guatemala; grandísimo conquistador de México; esforzado y valeroso capitán, émulo del inmortal Ruy Díaz el Campeador.

Mi espíritu se encuentra atormentado. De sobra conocéis los lazos de amistad que me atan a su nombre. Entumecido de ánimos, no guardo lugar para otros sentimientos que no sean la tristeza y el dolor. Escribiros es ahora bálsamo y paño de lágrimas en que desahogo las penas. Doy gracias a Dios que aún tengo a vos para estos descargos, aunque habré de esforzarme para contaros la historia desde el principio. A ello me dispongo:

Tuve noticias del regreso de don Pedro a la Nueva España, desde su Guatemala, por un propio que mandó a la villa de Chibirito, en la provincia del Menchoacán, a mí y a su deudo Juan de Alvarado. Con el propio nos decía que había desembarcado en el puerto de La Natividad y se aprestaba a venir, pues había concertado una reunión aquí, con el señor visorrey don Antonio de Mendoza. El dicho mensaje alegró a mí mucho, porque

si era grande el deseo de estrechar su diestra, tenía en mente algunos negocios con el adelantado.

El día llegó de la dicha reunión con el visorrey Mendoza. En la villa de Chiribito me enteré, por boca del mismo don Pedro, que iba en expedición hacia las islas de la especiería, por la mar del sur. Esto en atención a una capitulación de nuestra Cesárea y Católica Majestad el Rey don Carlos. Pero, los arreglos que con don Antonio de Mendoza hubo, lo retuvieron en México seis meses.

Cuando llegó el tiempo de su marcha, don Pedro con su labia virtuosa me convenció para que le acompañase a donde su armada estaba. De tal manera que, a mediados de mil quinientos cuarenta y un años, del nacimiento del Nuestro Señor Jesús Cristo, salimos de México hacia el Reino de Nueva Galicia. Luego de varias jornadas de camino llegamos al poblado de Zapotlán. El adelantado decidió que el contingente descansara allí por unos días. Estando en Zapotlán llegaron emisarios del señor gobernador de Nueva Galicia, don Cristóbal de Oñate, para solicitarle, en el nombre de Dios y del rey, auxilio y protección contra los indios chichimecas que les hacían mucha y fiera guerra. Que en varias ocasiones casi veían perdida la ciudad de Guadalajara y otras villas como Purificación, Eatzatlán y Chapala. El adelantado despachó a los mensajeros del gobernador con la promesa de que a mayor brevedad dispondría sus tropas de tal manera que, a todas las villas amenazadas llegara la ayuda. Y que él personalmente, con cien soldados, saldría hacia Guadalajara.

Recuerdo que don Pedro, ante los emisarios del gobernador puso muy buena cara y mostró buenos mo-

dales. Pero por la noche, luego de la cena, hizo a mí estos comentarios:

—Culpable de esto es el tal Nuño Beltrán de Guzmán por no apaciguar a los indios como Dios manda. Dizque “conquistador de Nueva Galicia”. ¡Jé! ¡Bufón tan sólo ha sido!, lambiscón de palacio, cernícalo con influencias, besamanos del arzobispo de Rosano...

Escuchaba yo y miraba a don Pedro a la luz de las candelas. Se había tornado en trueno. Tenía la mirada encendida, lumbre en los ojos. En pocas ocasiones le había visto tan exaltado. A duras penas, me atreví a preguntarle:

—Don Pedro, ¿cuál es la causa de vuestra inquina contra el antes presidente de la Primera Real Audiencia, don Nuño Beltrán de Guzmán?

—¡Presidencia que le quedó muy grande! Fue menos que eso. Un tarugo que por sus robos y torpezas hoy lo tienen en aprietos. ¡Oportunista! Como lo fueron también sus secuaces Delgadillo y Matienzo. Y digo que oportunistas y ladrones fueron y nada más, porque, aprovechando los títulos y canonjías que se les otorgaron, que no a mérito propio, si no a sus coqueterías en la corte; robaron y mancharon fama y honra de quienes, merced a nuestras espadas, hicimos la conquista de México. Y que si no por ello fuera, no se tendría lograda y tantas ánimas del infierno rescatadas. Ya parece que veo a esa tercia de amujerados reculando ante las fuerzas del Moctezuma, o haciéndoles agua el sieso ante el Guatémuz. Pues no sólo la fuerza y valentía aquí fue menester, si no que la astucia y mañas de don Hernando, que él sí sabe dónde duermen las palomas, y que en ello, el dicho Guzmán no le llega a los tobillos. Que ha-

cer las cosas bien no es decir “échate otra cañita”. Y para las muestras un botón, pues mira lo que vino a hacer de esta tierra de Nueva Galicia, que con sus torpezas, más alborotó a los indios que los apaciguó. Y ahora viene este Oñate a pedirme chichi, como dicen los mexicanos. Este gobernadorzuelo de Guadalajara, que es de los mismos del Guzmán. Y digo “uñate” que no Oñate, porque sospecho que también gusta de la uña como su amo. Iré a socorrerles nada más para que sepan lo que es un verdadero conquistador, que no un pelele como el tal don Nuño, que más bien “uño” deberían nombrarle.

A estas alturas de la plática, don Pedro estaba que echaba chispas, y de él salió el comentario acerca del regreso de su primer viaje de España, en mil quinientos veintinueve años, ya casado con doña Francisca de la Cueva, quien feneciera en nomás llegando al puerto de la Vera Cruz. Y a luego que fue a México, la Real Audiencia le embargó sus bienes y caballos, dejándole una mula solamente. Cuando fue a reclamar a la sede de la Audiencia, también le quitaron la dicha mula. “Y me mandaron a mi casa, a pata como los perros, a mí, el conquistador de México ¡estos advenedizos! Y a luego después, también me dieron cárcel. Y ya no se platique más de estos granujas, amigo Gonzalo, que nomás de acordarme truenan a mí las tripas de rabia. Mas, a lo hecho pecho. Mañana, Dios mediante, estaremos en camino a Guadalajara. Entonces ahora sí, indios chichimecas, sabrán quien es el magnífico don Pedro de Alvarado, conquistador de México, del Tututepeque, Guatemala, Honduras y el Cuzcatlán. Que ahí les va el Cid de Extremadura, bárbaros de marras”.

Con la diligencia que en sus años de plenitud lo distinguió, don Pedro al día siguiente mandó distribuir su gente. Tantos a Etzatlán. Tantos a Purificación. Otros tantos al cuidado de la armada, que se encontraba, como ya es dicho, en el puerto de la Natividad. Otros más allá y otros acullá. Los soldados que con él fuimos a Guadalajara éramos ciento. Y como por el camino le pregunté por qué teniendo él su reino, familia, títulos y méritos tan bastos, no viera llegado el tiempo de sentar cabeza; hacer prosperar su hacienda y procurar tan merecido descanso. Contestó: “Hombre soy de honor y de palabra, y esta empresa a las islas de la especiería es compromiso con mi rey don Carlos. Ello, más que una carga, es bendición de Dios. Que si en colusión con el visorrey ahora empeño la mitad de la mía armada en la empresa del Cíbola, es porque se sabe son ciudades completas de oro macizo, según las ha visto fray Marcos de Niza. Y mucha fama de ello habrá. Pero, y más importante, porque sé que don Hernando también las busca. Y buena oportunidad es para mí demostrar quién es el de más grande mérito, y no vuelva a decir el Marqués del Valle que hube yo venido a Indias a robar gallinas”.

Cuando esto dijo, quedé sorprendido, pues ya he platicado a vos, hermano mío, del incidente de las gallinas en Cozumel. ¡Veintidós años hacía de ello y aún aquella espina tenía clavada! Entonces, le pregunté si tenía malas amistades con don Hernando durante los últimos años. Él contestó “tengo mucho tiempo sin verlo, mas, he sabido que está mohíno porque casé con doña Francisca y no con la una su prima Zúñiga. Pero ha hecho corajina porque me le alcé con lo de Guatemala. Pero ¿de qué se asusta? ¿No hizo él lo mismo con Diego

Velázquez, cuando lo de México? Machetazo a caballo de espadas fue eso. Que quien a hierro mata, no puede morir a besos”.

En Guadalajara nos recibieron con muestras de amor y agradecimiento. Nos alojaron. A don Pedro hospedaron en casa de una parienta suya, Magdalena de Alvarado, esposa que era de un tal Juan del Camino. Y fue tanto el jolgorio de los siguientes días, que nomás en fiestas y saraos nos quería tener aquella gente. Hasta pareció al adelantado que se habían olvidado de los motivos de nuestra venida. Entonces le habló al gobernador Oñate así:

—Me parece señor gobernador que tiempo es de echar mano al asunto que ha traído a mí. La mía armada esperando está en puerto para cumplir compromisos con su majestad el rey don Carlos y con su señoría el visorrey. Al mal tiempo demos prisa, que entre más pronto finiquitemos esto, mejor para vosotros y para mí será.

—Paréceme, don Pedro, —contestó el de Oñate—, que mejor será esperar al día de San Miguel, cuando cesan las lluvias. Ir ahora sería perder adrede, por lo anegado de los caminos y por los pantanos, que no son a propósito para los caballos y sí para la indiada.

—Imposible para mí esperar dos meses y medio el temporal de secas. No soy de los que en el descanso ceban. Y paréceme harta vergüenza que cuatro gatillos encaramados hayan dado tanto tronido, que alborotan el reino.

—Señor, será mejor que esperemos al visorrey Mendoza y su ejército, que en el dicho tiempo aquí estarán. Que estos indios son muchos y bien apertrecha-

dos en sus cerros y peñoles; y más fieros que los que vos vencisteis en México.

Oído esto, a don Pedro le tornó cenizo el rostro y se le pusieron las venas del cuello casi a reventar. Revi-
rando al gobernador Oñate, dijo:

—Ya que tanto temor os han metido estos encue-
rados, que no osáis enfrentarlos hasta que las fuerzas
del visorrey arriben... esperad aquí, que con mi gente y
nadie más, en cuatro días allanaré la tierra.

¡Ay, cuánta razón tenía el de Oñate! hermano
Martín. Hubiera querido Dios en aquellos momentos
conceder oídos buenos al adelantado. Que en nomás
empezando el combate, era de ver los indios trepados
en sus cerros, apertrechados entre siete albarradas, con
harta gente en hervidero parecido a colmena y el dicho
cerro rodeado de lodazales que hasta la cintura nos al-
canzaban. Y los caballos, torpes por ello, y el cielo no
dejaba de llover a chorros. Era tanta la desventura nues-
tra que en la primera ofensa que les hicimos nos mata-
ron ciento de los indios nuestros y veinte españoles. La
lluvia de piedras, flechas y jabalinas que nos arrojaban
era más tupida que la lluvia de agua. Y como en la se-
gunda arremetida nos tumbaron lo mismo o más; y no
pudiendo valernos de los caballos, que harto hacían por
no ahogarse en el lodo; tuvo don Pedro a bien tocar a
retirada, buscando campo propicio. Luego que salimos
a terreno duro, con la indiada engallada tras nos, les
dimos buena tundida con los caballos. Pero ellos eran
muchos, como ciento para cada uno de nosotros; y con
los aires de triunfo que traían... Mas, en cierto mo-
mento parecieron conformarse con el mucho daño que
nos habían hecho. Nosotros, que perdiéramos bríos en

el lodo, pensamos en retirarnos poco a poco, un tanto para reponernos y otro por tenerlos en campo más a modo. El adelantado ordenó subir a terreno más alto, un llano que nos convenía. Iniciamos el ascenso por unos paredones inclinados. Don Pedro, a la retaguardia, se hizo uno con los de la infantería, dando ejemplo de coraje y asestando tajos a diestra y siniestra entre los pocos indios que aún nos perseguían. Para ello era sin par el de Alvarado. Nunca vi en guerras de Indias hombre de brazo incansable como él, ni de más valor.

Todos habían subido ya, menos el escribano Baltasar Montoya, don Pedro y yo. Desmontamos y los caballos íbamos arriando cuesta arriba. Montoya iba el primero y, casi al final de la cuesta, no supe de donde salió al paso, sorpresivamente, un indio que, con vara larga picó y le asustó el caballo. El animal desplomó, golpeando a Montoya y a mí, y arrastrando a don Pedro en su caída.

A mí, que era el penúltimo que subía, la cabeza del animal golpeó una de mis piernas y un ojo su cola, y me tumbó también. En el fondo de la barranquilla miré al adelantado dolido y de los pechos machucado por el caballo del escribano. La sangre salía por sus oídos y boca. Intenté ir hasta él para socorrer, mas no pude. Tenía yo rota una pierna. Miré hacia arriba, buscando socorro. Entre gritos y maldiciones, algunos de los nuestros luchaban contra los indios que habían provocado el desastre. De pronto vi bajar a uno de aquellos enemigos, dirigiéndose de prisa hacia el adelantado. Al parecer tenía sólo ojos para él y no advertía a Montoya ni a mí. La espada de don Pedro yacía cerca de él. El indio la descubrió. Soltó una cuerda que traía entre manos y

recogió presto el arma de nuestro capitán. La estuvo contemplando por instantes, como hechizado. Luego avanzó hacia el herido, sin despegar de él su mirada. Don Pedro lo advirtió y trató de incorporarse. Estaba boca arriba y con los codos levantó un poco la cabeza. ¡Jesús el Cristo! Me pareció aquel indio a Juan Bautista, mi cuñado. Su cuerpo era igual, mas, tenía desfigurado el rostro con las rayas de la guerra y encuerado. No estaba yo seguro de que era él; todos los indios se parecen, pensé. Además estaba yo con dolor insoportable, a punto del desmayo, al borde del delirio. El indio avanzó decidido. Le veía yo con la vista casi velada, como entre cortina de nubes. Pareció a mí que don Pedro y el indio aquel dialogaban. Lo cual era imposible. Ahora admito que en tal momento no estaba yo en mis cabales.

Pareció a mí ver el rostro tenso del indio, trabadas las quijadas y los ojos ebrios, cuando levantó la espada como para asestar el golpe fatal. Exclamó una última frase, que no me llegó clara ni entendí. Sorpresivamente, lanzó hacia un lado el arma y se escurrió entre el herbazal.

Prestos al auxilio acudieron nuestros compañeros. Los indios habían cesado de darnos guerra, temerosos tal vez al daño de nuestros tiros. En una parihuela fue trasladado el adelantado a un poblado que se dice el Atenguillo. Otro día le llevaron hasta Guadalajara. Su agonía duró por más de una semana. Y el día de Nuestra Santísima Señora del Refugio entregó su alma al cielo. Antes había puesto a luz su voluntad acerca de sus bienes.

El día anterior a su fallecimiento pidió que me llevaran a su presencia. Quería hablar a solas conmigo. Con dificultad, dijo así:

—Amigo Gonzalo... un último favor he de pedir... y es que... no ha de saberse, en este asunto, lo del indio. Que más bien a mi honra y fama conviene hacer saber que debida es mi desgracia al descuido de Montoya y no a tales manos. Que ya encontraréis vos las maneras de convencer al escribano, que con sólo haber salido sin rasguño, por bien pagado debe darse. Para ello autorizo a vos el uso de una parte de los dineros que os dejo en custodia. Pues bien sabéis que en esta vida, en tratándose de ganar voluntades, el oro ablanda más que el sebo.

Y no he de deciros más, hermano Martín. Que el recuerdo de su muerte me causa harto pesar.

Esperadnos; que pronto iremos a España.

Escrita que fue en Guadalajara, del reino de la Nueva Galicia, de este Virreinato de la Nueva España; a los cinco días del mes de julio, día de Santa Filomena, de mil quinientos cuarenta y un años del nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo.

Quando Gonzalo regresó a Xochimilco, ordenó siete misas por el alma de don Pedro y se dispuso descansar durante algunos meses en su estancia.

Había decidido vender la mayor parte de sus bienes e irse a vivir definitivamente a España. Sólo dejaría una parte, como herencia para su único hijo, Miguel de Jesús; y una parte más, para fray Julián. Por asuntos relacionados con dichas ventas, se desplazaba constantemente a la ciudad México. Estando en ésta, cierto domingo, luego de salir de misa, alguien le saludó y preguntó:

—¿Sois don Gonzalo de Mérida?

—Para servir a Dios, al rey y a vos.

—Soy Ángel Ignacio, propio y sirviente de mi señora doña Marina, viuda de Jaramillo. Ha me mandado a preguntaros si tenéis bondad de verle en su casa de Coyoacán, para algo importante que tratar con vos.

—Decid a vuestra señora que luego de unos negocios que tengo durante la mañana, iré a verla por la tarde.

A Gonzalo intrigó el asunto. Tenía varios años sin saber de la antes lengua de Cortés, luego de casada y viuda de don Juan de Jaramillo. Le complació la noticia. Siempre es grato saludar a los viejos conocidos, pensó.

Después del mediodía llegó Gonzalo a la casa de Coyoacán; la que don Hernando heredara a doña Marina y al hijo de ambos, Martín Cortés. Por el camino habíase preguntado acerca de cómo luciría ahora esta mujer, luego de cuarenta y un años de edad.

A Gonzalo esperaba una cálida bienvenida y la mesa servida. Fue conducido hasta el comedor. Doña Marina le recibió con sonrisa amable, ataviada con blanco huipil de algodón, bordado con grecas mexicanas. Gonzalo correspondió también con amplia sonrisa y exclamó:

—¡Doña Marina!, bien se ve que los años no pasan por vos.

—Por favor, Gonzalo, no aduléis. Agradezco a vos el cumplido, pero reconozco estar entrada en carnes.

—Pero no tanto, señora. No seáis tan dura con vos. Veo que todavía hay sol en las tapias.

—Por Dios, Gonzalo; dejaos de galanteos que la tarde del tiempo nos ha atropellado. Mejor será que sentemos a la mesa, pues este pavo al pepián está muy digno del paladar del finado señor Moctezuma.

Comieron, y tras una larga plática de sobremesa, en la cual remembraron de los años pasados, doña Marina dijo:

—Han me llegado noticias de que pronto iréis a España. Quisiera preguntaros si harías a mí merced de llevar una carta para don Hernando.

—De mil amores, señora; soy vuestro servidor. ¿La tenéis escrita o es necesario que regrese?

—De ninguna manera. Aquí la tenéis.

Gonzalo recibió la carta y la guardó en su bolso. Luego dijo:

—Bien, señora; debo retirarme. Me esperan en el embarcadero.

Se despidieron y, cuando Gonzalo trasponía la puerta, la mujer preguntó:

—Gonzalo, ¿aún acostumbráis mirar a las doncellas que bañan en el arroyo?

De Mérida abrió cuanto pudo los ojos, como queriendo hurgar en la memoria; luego, soltó la carcajada. Ambos reían ahora, casi al punto de destrabarse las mandíbulas. Cuando les calmó la risa, Gonzalo preguntó:

—¿Me habéis visto en aquella ocasión, doña Marina?

—No os vi. Os olí.

—¡Cómo!

—Quedó cautivo vuestro aroma en mi ser desde que os miré por vez primera, en Potonchán, ¿recordáis?

—Sí.

—Y otra cosa he de deciros. Que deseaba entonces me hubieran entregado a vos y no a Portocarrero, luego de aquella mañana del bautismo.

—¡Señora, por favor!

—Sí. Es que vos olíais diferente.

—¿A qué, Marina?

—Olíais a... jarrito nuevo.

XXVI

La noche y yo llegamos a la par a Aztlán. Abandoné a merced de la corriente el tronco que venía montando. Salí de las aguas del río y me dirigí a la cercana aldea. Encontré a Teuhtli feliz por mi regreso. Advertí que conservaba su vivacidad y fortaleza. Le entregué los últimos dibujos encomendados, guardados en una caña de carrizo. Había cuidado de ésta durante la batalla, colgándola a mi cuello. El viejo me condujo a una choza, alta y circular, construida con troncos y hojas de palmera, para albergar a la Congregación de Buscadores, el grupo de estudio de libros pintados, bajorrelieves y relatos de abuelos. Me invitó a formar parte de este grupo.

Expresé mi felicidad por su invitación. Tocándome en un hombro, dijo:

—Me alegra tu regreso. Tus vivencias serán de mucha utilidad a la Congregación. Ahora, vayamos a tomar los alimentos. Los amigos y un venado sobre brasas nos esperan.

Después de la cena y una vez frente a la choza de nuestro dormitorio, externé la pregunta que días atrás venía aleteando en mi pecho:

—Maestro ¿es el amor otra manera de nombrar al tercer guerrero?

Guardó silencio. Siempre era así, antes de contestar las cuestiones importantes. Al fin, habló:

—Pudiera ser. No lo había pensado. ¿Recuerdas entonces, cuando claramente te dije que sólo era una, entre varias maneras de decirlo?

—¿Por qué es tan difícil que aflore el tercer guerrero en los hombres?

—Los hombres están más atentos al afuera que al adentro, más ocupados de sus logros exteriores que de los interiores. La presencia del tercer guerrero, creo, es resultado de una intensa búsqueda, tras una labor de recogimiento, de observación interior, de abandono de lo mezquino. Pero, hijo... no me abrumes con tales preguntas ahora; déjame disfrutar del gusto de verte, luego de tantos años... Ten piedad de este viejo y cuéntame de ti.

Ambos echamos a reír. Le platiqué de mi estancia entre los chichimecas; de la guerra contra los castellanos; del encuentro sorpresivo con el matador de mi padre. Narré en detalle los momentos que viví con la espada del capitán español entre mis manos, pendiendo sobre su cuello; del diálogo que sostuvimos. Le confesé: “creo haber experimentado el ojo del águila en ese instante”.

Él se apresuró a decir:

—No te confundas, Xicote. Para ello se requieren muchos años de recogimiento. Pero hiciste bien en no matar a un semejante sin necesidad. Eso hace perder al hombre la oportunidad valiosa, algo irrecuperable. Ya lo comprenderás.

Le narré también de lo acontecido en mi viaje a Tula Xicotitlan, en cumplimiento de su último mandato. Inicié así mi relato:

Había llegado al sitio por la mañana. Caminaba por las calles del pequeño poblado que ahora existe, adjunto a

las ruinas de lo que fuera la ciudad tolteca, cuando encontré un mercado. Buscaba algo para comer y tropecé con un tendido de arracadas, pulseras y otros objetos de tal naturaleza. Una joya llamó mi atención, me pareció familiar: un collar de solitaria cuenta verde, hermosa piedra chalchihuite; idéntico al que poseyera en la niñez y que había dejado como ofrenda en el lugar de la muerte de mi padre. Al tocarlo y preguntar por su precio en semillas de cacao, escuché la voz de una mujer:

—Veinticinco.

Retiré mis ojos del collar y los posé sobre la dueña del tendido. Ella, sin dejar de mirarme, preguntó:

—¿Te parece caro?

—No, sólo pensaba en que es casi idéntico a un collar que poseía en la infancia. Pero aquél tenía en la base de la piedra el esbozo de una avispa.

A la mujer pareció alumbrársele el rostro. Con los ojos muy abiertos, volvió a interrogar:

—¿Piedra engastada en cobre?

—¡Sí!, —contesté de inmediato.

—En casa tengo algunos collares así, que he comprado a comerciantes de Cholula.

El nombre de la ciudad sagrada me hizo albergar esperanzas de encontrarme con la joya que mi madre me regalara en los tiempos lejanos de mi niñez.

—¿Podría verlos? ¿Está lejos tu casa?, —pregunté a la mujer.

—No, pero debemos esperar a que termine la jornada.

Convenimos en vernos al caer la tarde. Regresaría yo al mercado, luego de realizar la tarea que me había traído a Tula. Me confió que vivía en una aldea cercana

y prometió llevarme allá. Así, cuando el sol se encontraba en los tres cuartos de su recorrido, regresé al mercado. Ya me esperaba, nos dirigimos hacia su casa.

El sol se ocultaba cuando llegamos a la pequeña aldea, entre árboles y al pie de un monte. Encontramos a su hombre en el patio del jacal, tendido sobre una hamaca. Le saludé, ¡oh dioses!, y me pareció su rostro conocido. ¿Dónde le había visto antes? Tendría él, calculé, alrededor de cincuenta años de edad. Entablamos la charla mientras la mujer buscaba las joyas. Volví a escrutar el rostro del hombre, forzando en vano mi memoria para recuperar por completo los retazos de aquel recuerdo. El hombre se incorporó y, en fugaz descuido, la manta que le cubría resbaló y dejó al desnudo uno de sus hombros. Con ligero movimiento volvió a cubrirlo, pero había revelado su secreto. En el hombro izquierdo tenía un lunar en forma de tarántula. El mismo que había mirado, hacía años, en una de las salas del palacio de Moctezuma, cuando mi padre me llevara al Encuentro del Canto Florido. Hasta entonces recordé completamente al hombre. ¡Oh cielos! Recordé también los versos del poeta ¿Acaso aquí a la tierra hemos venido sólo a conocer el rostro de nuestros amigos?

—¿Eres Temilotzin?, —me atreví a preguntar.

El hombre se sorprendió, se puso a la defensiva. Sus miembros de guerrero se tensaron. Me encontraba, sin duda, ante uno de los héroes de la resistencia mexicana durante la caída de Tenochtitlan.

—¿Quién eres?, —preguntó Temilotzin, con la respiración alterada.

—El hijo de un viejo amigo tuyo. Océlotl.

—¿El guerrero jaguar, comisionado en Cholula?

Asentí. Entonces se abrió en una plática franca y suelta. Me preguntó por mi familia y le conté lo que sobre ella sabía. Le narré los acontecimientos de la muerte de mi padre y del encuentro con mi hermana.

Después, tocó a él contar sus vivencias acerca de la enfermedad mortal y desconocida. Los terribles días del sitio. La tortura del hambre y la sed. El dolor por los niños, los viejos y las mujeres. La lucha sin tregua contra los castellanos y sus aliados. Y al final, la derrota. Había sufrido el cautiverio en compañía de Cuauhtémoc y otros nobles mexica, durante cuatro años. Después, los había llevado el Malinche, durante la campaña hacia las tierras del sur. Allá había presenciado el asesinato del último señor de los mexica.

Cuando, luego de varios meses de ausencia, los castellanos tuvieron que regresar a México, se dieron cuenta que era más fácil hacerlo por mar. Al abordar el barco desataron a los prisioneros, entre los que se encontraba él y un compañero llamado Ecatzin. Ellos, durante los días de navegación, estuvieron planeando la fuga tan pronto se acercaran a la costa. Los castellanos traían a bordo un jaguar cautivo, regalo de un cacique del sur. Al parecer, Malinche pretendía llevarlo al rey de España. Y una mañana, por descuido, la fiera había escapado de la jaula, provocando en cubierta el terror entre los castellanos. En la confusión Temilotzin se había lanzado al mar. No supo si su compañero lo hizo, pues no volvió a verlo. Los castellanos, al parecer, no se habían percatado de su fuga. Cuando casi le rendía el cansancio, fue rescatado por unos pescadores nativos. Ya en tierra, se dio cuenta de que felizmente había llegado a un lugar cercano a Xicalanco, población mexica. Allí lo

ayudaron y permaneció por años oculto, sin revelar su identidad. Con el tiempo, había regresado al altiplano.

Temilotzin concluyó su relato con los ojos húmedos y la voz dolida. Al parecer, lo lastimaban los recuerdos. Pero su dolor no me impidió preguntarle por la derrota mexicana. Tal vez, me dije, no haya mejor oportunidad.

—¿Por qué perdimos la tierra, siendo superiores en número?

El otrora comandante águila, cual si filosos dardos punzaran sus costados, se estremeció ante la pregunta inesperada. Le adiviné haciendo esfuerzos por contener un sentimiento, preso en su pecho por tanto tiempo. Habló al fin:

—Nuestra desgracia ha sido... como la historia de dos hermanos en pugna que, cada uno por su lado, han visto en la alianza con los extranjeros la oportunidad para aniquilar al otro. Se olvidaron del tercer hermano, el pueblo; el que impulsó a Cuauhtláhuac contra los extranjeros. El mismo que recogió en escombros el joven Cuauhtémoc, despojado de su vigor por la viruela y el agotamiento.

Temilotzin no quiso hablar más. Suspiró como si de pronto se le hubiera humedecido la nariz. Con digna mirada de guerrero mexicana me dio a entender que era hora de retirarme. Yo, echando al hombro mi bolso de fibras de *mexcalli*, tomé el camino a Xicotitlan.

Terminé mi relato y sorprendí a Teuhtli mirando al horizonte. Como penetrando en el eco de mis últimas palabras. Luego, habló:

—El tercer guerrero llega cuando es convocado por

uno de los dos primeros. Pero antes, es necesaria la tierra fértil donde ha de germinar su semilla. Esta tierra, creo, es el amor. El primer guerrero del pueblo mexicana, el Me Conviene, personificado por Moctezuma y los sacerdotes de Uitzilopochtli, tuvo la posibilidad de conciliar con sus hermanos. Al no hacerlo, dejó la iniciativa al segundo guerrero, el Me Agrada, personificado por la Cofradía del Caracol. Ésta que, para convocar al amor, intentó valerse de la antigua religión de Quetzalcóatl. Pero, antes de florecer en el Anáhuac el tercer guerrero, llegaron los teules.

Las palabras del curandero me sumieron en la meditación. Nos abrigó el silencio. Por fin, brotó de mis labios la pregunta:

—¿Acaso la Cofradía no pretendía el solio, el trono del señorío del Anáhuac?

—Sí; pero sólo como un medio. En el fondo, ellos querían restituir a Quetzalcóatl en el lugar predominante; como en los gloriosos tiempos del tolteca.

—¿Entronizar al dios benévolo?

—Sí; aunque estaban equivocados; porque Quetzalcóatl no es un dios.

—¿Qué, entonces?

—Una figura poética.

—¿Una metáfora?

—Sí. Una flecha que apunta a la belleza, pero también a la verdad.

—¿A la libertad?

—¡Xicote!, vas de prisa. Pero...

—¿Qué?

—La libertad es una consecuencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es el tercer guerrero, sino el resultado de la presencia de éste.

—Ya me perdí.

—¿Has oído hablar de Tloque Nahuaque?

—¿El dios concebido por Netzahualcóyotl?

—Así es.

—¿La deidad del cerca y el lejos?

—No. El numen del Uno y el Todo a la vez. “El que no puede nombrarse”. La concepción del centro y los rumbos del todo.

—¿Dos líneas que se cruzan? ¿Cuatro extremos, cuatro puntos?

—Dos guerreros que se cruzan en el centro.

—¿La cruz de los castellanos?

—Espera, Xicote. Deja para después la cruz de los castellanos y permíteme completar la idea del Uno y el Todo: Una cruz horizontal, yacente; cuyo centro es atravesado por una tercera línea que se proyecta hacia arriba y hacia abajo. La cruz horizontal representa los rumbos del mundo medio, el que habitamos y compartimos con plantas y animales. El extremo proyectado hacia abajo, es el Mictlán, el mundo de los muertos, del pasado. El extremo hacia arriba, es el mundo de las esencias que el hombre ha divinizado; entre ellas Tláloc, Uitzilopochtli, Quetzalcóatl...

—Entonces, el símbolo del Uno y el Todo, del Tloque Nahuaque; el dios único al que se refiere Netzahualcóyotl en sus poemas, ¿sería un punto desde donde parten seis rayos para formar una esfera?

—¡Exacto, Xicote! La forma perfecta del Todo. La forma de nuestros frutos de arrayán, de las naranjas de España y de Meztli, la luna.

—¡Teuhtli!, tus palabras me recuerdan a las rocas esféricas de Ahualulco.

—De Ahualulco y de otras regiones del sur. Así materializaban nuestros abuelos al que “no debe nombrarse”. Habían llegado a esa concepción.

—Pero, ¿dónde quedó el tercer guerrero?

—He pensado mucho en la cruz; en lo que has podido platicarme acerca de la religión de los castellanos. Pienso que el brazo horizontal significa el mundo donde vivimos. Que la extremidad hacia arriba es la luz, el conocimiento del Todo, la consciencia de todo.

—¿Incluyendo a la poesía y la música?

—Sí. Y que la extremidad hacia abajo es la oscuridad, la ignorancia y la perversidad.

—¿La muerte estéril de Cuauhtémoc, la hoguera a Qualpopoca?

—Eso creo también. Pero sigamos: La cruz, con sus cuatro rayos confluyendo en el centro, que es...

—¿El corazón de Jesús?

—Sí. La consciencia amorosa.

—¿El arriba y abajo... el amor y el temor?

—Sí. El temor, que engendra odio y empeños de poder.

Ambos callamos. Miré a Teuhtli con los ojos entornados y la respiración profunda, como reponiéndose de un esfuerzo realizado. Yo sentía como si un chorro de luz iluminara mi interior; que una onda de calor y de alegría invadía todo mi cuerpo. El sereno entusiasmo que me poseía en ese momento, me obligó a preguntarle:

—Maestro, ¿Es la consciencia amorosa el tercer guerrero?

XXVII

Gonzalo de Mérida regresó a España en el año de mil quinientos cuarenta y dos. Encontró enfermo a su hermano y casi en bancarrota la hacienda de sus padres. Llegó acompañado de su hijo y con el oro suficiente para iniciar nueva vida. Ambos, con su presencia, inyectaron ánimos e ilusiones a Martín y le restablecieron en parte la salud.

Miguel de Jesús encontró en el tío al amigo con quien gastar sus horas en la conversación. Le preguntaba sobre la historia de España, vida y milagros de santos, costumbres y lugares. Buscaba motivos para ponerle alegre. Aprovechando sus habilidades de carpintero le construyó una silla de montar especial, así Martín pudo liberarse por horas del sillón que le tenía cautivo durante más de la mitad de su existencia. A caballo recorrían los campos de la propiedad paterna. Por las tardes disfrutaban de un libro muy leído entonces, de amantes y alcahuetas, *La Celestina*. Fueron los mejores amigos mientras Martín sobrevivió a sus dolencias. A pesar de ellas, el tío se mostraba amable con el sobrino. El aire, el sol y la compañía del muchacho fueron sacándole a flote el gusto por la vida, permitiéndole de vez en cuando bromear sobre su invalidez y abrir su corazón, mostrando sus sentimientos, anhelos y frustraciones. Por eso, fue inevitable que Miguel de Jesús encontrara entre las cosas

del tío un atado de papeles. Martín, al sorprenderle interesado en ellos, dijo:

—Son cartas y notas de diario que vuestro padre ha enviado por los tantos años de su estancia en Indias. Pretendía que escribiera sus andanzas, pero mis dolencias y preocupaciones por la hacienda me han obligado a renunciar a tal empresa.

El mozo pidió licencia para leer el legajo y el tío aceptó con agrado.

—Mi señor padre ha me contado parte de sus correrías pero sin duda hay aquí mucho que ignoro. Después de leer estas fojas tal vez pueda convencerlos de que escribamos juntos sus andanzas.

Cierta noche Gonzalo despertó angustiado. Había soñado con doña Ana y ahora le torturaba el dolor de cabeza. Abandonó el lecho y se dirigió a la ventana. Al abrirla se encontró con un cielo cual si lo hubiesen barrido. La brisa de la madrugada, que anunciaba la primavera, lo liberó de la modorra, mas no del malestar. Hizo un esfuerzo por rescatar los detalles del sueño y recordó que perseguía a la mujer, montados ambos en caballos de hierro, los que por patas tenían ruedas y se desplazaban a gran velocidad, dejando a su paso una estela de humo y fuego. Era el sueño más extraño de cuantos le habían acontecido. Pensó en los artefactos metálicos y los consideró augurios infernales a conjurar con la santa confesión. Hacía algunos meses que no confesaba sus pecados, justo días antes de su regreso a España. Recordó que nunca había confesado sus eternos sueños, con la mujer eterna, y mucho menos su desliz con doña Ana De Los Monteros. Decidió hacerlo en la primera oportunidad. Desde que había salido de Sevilla a causa

del incidente desgraciado, había pisado la ciudad sólo de paso a Santiponce. Había prometido nunca regresar, al suponer la muerte de Ana y dada la renuencia de Helena por verle. Ahora creía tener motivos para volver. Sentía necesidad de confesar su falta en el mismo lugar donde la había cometido. Ordenar, en el mismo templo en cuyo atrio había conocido a Ana, algunas misas en pro del alma de ella. El dolor de cabeza no cedía y recordó que había traído desde la Nueva España la raíz que le diera a conocer su difunta María Inés. Comió un poco de ella y, como siempre, el malestar cedió.

Por la mañana comunicó al hijo y al hermano su decisión de realizar el viaje a Sevilla. Al día siguiente, durante el trayecto, a través de la ventanilla de la carroza se regodeaba con los paisajes que vieran sus ojos de lejana juventud durante el primer viaje a la capital andaluza, cuando su padre los llevara a estudiar letras y números.

Llegó a destino al caer la noche. Se instaló en el mesón donde antaño se hospedaran Martín y él. Supo que los antiguos dueños habían fallecido y un hijo de ellos se hacía cargo del negocio. La construcción lucía con pocas modificaciones. Reconoció a algunos empleados de antaño, en quienes el tiempo había hecho mella. A él también el tiempo le había cobrado algunas cuentas. Del accidente, cuando la muerte de don Pedro, había salido mal librado: cojeaba ligeramente de un pie y le bailaba con frecuencia un ojo.

Esa noche, la primera después de tantos años en el mesón de su juventud, volvió a soñar con Ana. Despertó en la madrugada y ya no pudo dormir. En este sueño, la mujer se encontraba en la cima nevada de una

montaña, esperándole con los brazos abiertos. Él subía con agotador esfuerzo y cuando casi la alcanzaba, ella se convertía en paloma y volaba sobre un valle enorme, en cuyo fondo se hallaba la ciudad de Moctezuma, embelecida por los destellos del lago. El ave del sueño le hizo recordar el instante en que conociera a Ana: se había dirigido entonces a la catedral de Santa María para “recibir la cruz de ceniza” y, al llegar al Patio de los Naranjos se vio sorprendido por una nube de palomas que alzaba el vuelo. Cuando la niebla de alas se hubo dispersado había aparecido ella, como un ángel, completamente vestida de blanco. Impávido, la miró acercarse. Y aunque venía acompañada de la nodriza y el patio lucía atestado de fieles, él no tuvo ojos para nadie más. La miró venir tan sólo a ella, radiante, con sus ojos moros alumbrándole el alma y llenándole el vientre de mariposas; sin reparar en la vieja que caminaba a su lado y, unos pasos atrás... ¡Jesús del huerto! el viejo Gome y los hermanos de Ana, mal encarados, fieros, hombres de sangre en el ojo, bigotillos en punta cual cola de alacrán y polvorín en la mirada. Habían pasado, dejándole allí como escultura en piedra; y luego de un instante, el regreso de ella, sabrá dios con qué pretexto, acompañada siempre por la vieja, y la mirada de ella... “esa mirada que pareció a mí decir —soy vuestra, Gonzalo, ¡existo! Esa mirada, doña Ana de los míos sueños, que encendiera la mecha de mi destino; por el amor de Dios... ¿en dónde estáis? ¿No basta a vos que os haya perseguido durante todos los tiempos y en todos los rincones de este mundo?”.

Gonzalo se pilló hablando solo, con el pecho oprimido. ¡Ah!, cuánto deseaba una jarra de vino. Recordó, de sus años juveniles, los momentos de farra con sus

amigos de la palomilla en las alegres noches de Los Jardines de Babilonia. ¿Qué habrá sido de Helena? Hasta ahora no sabía de ella. ¿Viviría aún? ¿La encontraría en su taberna? Se hizo el propósito de encaminar sus pasos hacia aquellos rumbos, al caer la noche.

El alba lo sorprendió en vela. Tan pronto pudo asearse, abandonó el hostel para ir a la catedral y tratar lo relativo a su confesión y las misas por el alma de doña Ana. Casi al pisar el atrio, el perfume de los naranjos perturbó sus ánimos. Lo asaltó la sensación de estar viendo la misma mañana de veintiséis años atrás. Los mismos aromas, el mismo paisaje, la misma atmósfera. Los elementos confluían ahora para que aquella mañana se repitiera. Avanzó unos pasos. Al fondo, la gente salía del templo. Entonces ¡oh Cristo! se levantó la nube de palomas y, Gonzalo permaneció con el aliento suspendido y la mirada en las aves. De un momento a otro... pensó. Mas, ¡uff!, tras la cortina de alas aparecieron los chiquillos en tropel. Exhaló. Sintió el cansancio pesando en sus párpados. Entró a la iglesia, arregló sus asuntos y regresó a la posada para dormir durante el día.

Despertó cuando se insinuaba la noche. Recordó el incidente de la mañana y se burló de sí. —¡Tonto!, —se dijo—. ¿Cómo esperar a verla, si ha muerto?

Se tranquilizó. Antes de cenar, tomó un baño. Al vestirse, encontró en el bolsillo de su jubón la raíz para el dolor de cabeza. Decidió llevarla consigo, por si llegara a necesitarla. Salió a la calle luciendo sus mejores galas, rematadas por una capa negra de lana, que mandara confeccionar tan luego había llegado de la Nueva España. Le adornaban también una gruesa cadena y dos anillos de oro. Con el ala del sombrero, donde ostenta-

ba una hermosa pluma de quetzal, pretendía ocultar el defecto de uno de sus ojos. Su gentil estampa delataba al caballero que, en la conquista de México, había ganado fortuna y honra. Le parecía que, más que menguar su dignidad, aquella casi imperceptible cojera era trofeo de guerra que la incrementaba. No quiso ir por el camino corto. Tomó el de siempre, el de los años juveniles, el que tantas veces transitara con la palomilla. Las mismas calles, adoquinadas por las mismas piedras, y las mismas casas. “Parece a mí que el tiempo en Sevilla camina lento, y que todo sigue igual”, pensó. Disfrutó del saludo de la gente. Miró a los niños correr de esquina a esquina, gozando del eterno juego de “los encantados”. Tras recorrer algunas calles, volvió a sentir el aroma rejuvenecedor de los naranjos. Aspiró profundamente, sacó el pecho y enderezó la espalda. Se encontraba a unos pasos de Los Jardines de Babilonia.

Encontró a un grupo de jóvenes en la puerta del establecimiento, simulando recibir a los que entraban. ¡Ah!, en cuántas ocasiones hicieron lo mismo él y sus compañeros, dizque dando la bienvenida a los clientes, tan sólo para observarlos con suspicacia. Los muchachos le abrieron paso solícitamente. Uno de ellos exclamó:

—¡Oh, vuestra señoría! A leguas se ve que la fortuna os ha sonreído.

Entró sin mirar a quien le hablaba, pero escuchó risillas apagadas tras de sí. Se trataba de una burla, juego conocido y practicado desde antaño por él mismo. Atenazó el mango de su espada ante el impulso de volverse para hacer escarmiento en los jóvenes. Se contuvo. Avanzó entonces en dirección de la mesa de siempre, la preferida de la palomilla, cerca de la pista de las bailao-

ras, que por suerte se encontraba sin ocupar. Pidió una jarra del mejor vino y se dispuso a disfrutar de la noche.

La bebida y el zapateado de las mujeres le hicieron olvidar a los jóvenes bromistas de la entrada. Se hallaba tan a su gusto en aquel lugar, luego de larga ausencia. Después del turno de las muchachas bailaoras, un anciano trovador subió a la tarima y con la guitarra se acompañó un cantar, que así decía:

¿Do están los perros Engracia

los perros en dónde están?

¿Dónde la honra de mi hija

que al vuestro cuidado ha?

¿Por qué abierta está la puerta,

la trasera del corral?

¿Y por qué abierto el balcón

de la hija de mi mal?

¿Dónde el maldito bellaco

que ha se atrevido entrar,

con el filo de su estoque

al corazón me a dar?

¡Contestad traidora Engracia!

¿El bellaco a dónde va?

Si no dais respuesta cierta

os haré viva quemar.

Perdonad señor don Gome,

perdonad a María Engracia,

hecho lo he por la niña,

condoleos la mía desgracia.

El doncel que vos buscáis,

—No apretéis tanto mi cuello—

hoy mismo habréis de encontrar

en hostel de Montebello.

*¿Por los perros preguntáis?
Perdón, lo hice por la niña;
que, tras perra en brama van
la noche entera en campiña.*

El anciano romancero, tan luego hubo terminado su actuación, se retiró para perderse en un rincón del antro, que en esos momentos lucía repleto. En tanto, Gonzalo hervía en sus pensamientos, alborotados por el romance.

Desde la tarima un hombre gordo y vestido de negro anunció:

—¡Y ahora, vuestras mercedes escucharéis los versos de la noche; los versículos, versiculillos, versicule-ros... dedicados al caballero de la mesa tres!

Aludido, Gonzalo se remolineó en su asiento.

El anunciante bajó del estrado y subió uno de los jóvenes burlescos de la entrada y, señalando a Gonzalo, recitó:

*¡La vida vivió lo y desvivió lo,
Dejó le tan sólo
la pata bandola
y el ojo virolo!*

Un estruendo de carcajadas azotó al lugar. Gonzalo echó mano a su espada, pero cuando levantó la mirada se percató de que al menos media docena de estoques desenvainados apuntaban hacia él. Los gritos de la mujer que, desde un rincón en penumbras se acercaba presurosa, congelaron el conato.

—¡Oh mis hijos! ¡Por el amor de Dios, guardad los fierros!, —ordenó a los jóvenes. Y dirigiéndose a Gon-

zalo, dijo—: Y vos, ángel mío... ¿no os acordáis que fuisteis mozo y mismas bromas hicisteis? Porque en esta casa ha sido, es y será lo que así reza: “Más vale el verso que el esfuerzo”. Y aquello también que así dice “el que no quiera ver bultos que no salga de noche”. Entonces, entendidos todos, guardad las matadoras que ahora toca brindar por la vida y la alegría. ¡Que la casa invita un ánfora!

Todos rindieron ánimos ante la mujer y envainaron sus armas.

Gonzalo, que pasaba de la ira al anonadamiento, se encontraba incrédulo ante la madura Helena. La mujer estaba un poco cargada en carnes pero conservaba su belleza.

—Sí, soy yo, —volvió a hablar la mujer—. ¿Creéis acaso que no os he reconocido? Que a nadie más “ángel mío” llamare... aunque nada sienta ahora al decirlo.

—¿De tan ingrato recuerdo soy a vos?

—De hermosos recuerdos sois. Los más bellos de la mía vida. Pero, como reza el refrán: “agua que no has de beber...”.

—¿Y por un dicharacho me habéis arrojado a derrochar lo mejor de la mía existencia?

—Por lo que veo, no podréis quejaros; ha ido a vos de maravilla, —dijo Helena, y echó una mirada a los jóvenes que paraban oreja al diálogo. A estos se dirigió con gritos:

—¡Eah pues! ¿Qué os pasa, pichones en pelechando? ¡Ahuecad el ala, que mis intimidades no son pregón del rey!

Helena sentó al lado de Gonzalo; y él, sin dejar de mirarle, dijo:

—Siento ganas locas de abrazaros.

—Pues guardad distancia, que no sabéis de los compromisos que esta mujer tenga por ahí. Además... ¿habéis ya olvidado a doña Ana? Vi a vos interesado en el cantar de Gome.

—¿Guardáis celos aún? He creído que sólo amor sentíais por mí.

—Escuchad, vanidozuelo: cuando os conocí pensé que Dios del cielo se me aparecía. Dudé entre si era amor de mujer o cariño de madre lo que había de dispensaros. Tanta falta hacían a mí ambos. Fui muy feliz como amante vuestra, hasta que... ¿acaso ignoráis lo que después aconteció? ¿Es que he de pasar el trago amargo de contároslo?

—Ansioso estoy por saber lo que vos quisisteis darme a entender en aquella carta del adiós.

Helena se aflojó en un suspiro y miró dulce y largamente a Gonzalo. Luego, como si un gran esfuerzo le fuera en ello, habló:

—Después que los Monteros a vos buscaron y al vuestro hermano cazaron, dejándole por muerto, anduvieron indagando por vuestra familia, acerca de la casa de los padres. Porque sabía yo de lo que eran capaces el viejo y sus demonios, pues conocía su historial maligno, decidí atajar el fuego y no que en infierno se trocara. Y como el viejo viudo desde hacía algunos años se había obsesionado conmigo, hasta llegar a la locura de proponerme matrimonio; una tarde fui a visitarle. Don Gome quedó sorprendido. Se deshacía en atenciones por mi persona. Pero cuando le participé del asunto que me llevaba, su rostro ensombreció y preguntó la causa del interés mío. Tuve que mentirle. Le dije que un parentesco

lejano me unía a la familia vuestra. El viejo se encabritó y casi me echa de su casa. Mas como vos sabéis, que el toro entre más bravo más el capote enviste, empecé a tenderle el trapo hasta rendirle. Así, con mañas de fiesta brava y coqueterías de mujer deseada, le obligué a mostrar la cerviz, hasta hacerle decir:

—Verdad hay en las vuestras palabras, señora mía. Mi niña ha salido pura de este trance pues he llegado a tiempo para impedir su deshonor. Pero el suceso ya es comidilla entre el populacho. Y en cuánto agregan aquí y más inventan allá, se dan los hechos por consumados. Y no sabe vuestra merced lo que eso arde.

Y le decía yo:

—Cuánta razón asiste a vuestra merced, don Gome. Pero si sabéis que la lengua no tiene hueso, y lo mismo es hacerla para allá que para acá ¿por qué prestarle tanto oído? Si habréis de cuidar de las hablillas, en ello os irá la vida. Y vuestra señoría tiene asuntos más valiosos en que emplearla; acordes a vuestra dignidad y poder. Por otro lado, don Gome —y fingiéndome abochornada, desprendí de los hombros el manto que llevaba, dejando al descubierto el atrevido escote—, vengo presta para lo que dispongáis, y ansí finiquitar asunto tan penoso. —Crucé entonces las piernas y el viejo se agitó hasta el punto de la tos. Sus ojazos de buey miraban a mí con apetitos apenas contenidos. Sentí que era el momento de propinar la estocada. —Decid don Gome, si es cuestión de dineros...

—¡Cómo os ocurre, hermosa Helena! Que no a ello se deben mis penas. De sobra sabéis del bálsamo que a mi cuerpo urge, y si vos lo prodigáis... Que si el asunto por allí hubiereis comenzado, desde cuando estaríamos

celebrando. Digo a vos que el trato hecho está y bien hecho. Y juro por Cristo que por olvidada tendré la afrenta si vos aceptáis mis condiciones.

—Y así, viví en amores con él por algún tiempo. El viejo ni siquiera tenía que salir de casa. Iba yo a diario a visitarle. Pero no creáis que fueron días perdidos. Aprendéis de la gente si ponéis ojo avizor. Conocí de las miserias de un pobre rico, que posee sólo sus bienes. También debió aprender de mí; por lo menos a bañarse, a dejar de heder a chivo correteado. De cualquier manera, se rindió pronto. No más de un año duró su enjundia. Aquel que parecía cohete de trueno, resultó sólo de luces. Tal como se dice en Andalucía, “fue más suero que requesón” o, como decís los que de la Nueva España venís, “resultó ser más aguamiel que pulque”. Al final quedé con los bienes de Gome. El viejo estaba solo: doña Ana desaparecida y uno de los hijos destripado en pleito callejero. El otro, el más alocado, había embarcado a Indias y nunca más se supo de él. Esa es la historia, Gonzalo. ¿Aún dudáis de si era amor el mío?

Gonzalo estaba absorto. Helena lo sorprendió con el rostro dulcificado. Le dio la impresión de estar mirando a un santo de madera de la iglesia, a una escultura de carne y hueso. Él, sin descomponerse, preguntó con voz arrulladora:

—Helena, ¿querríais casaros conmigo?

Ella engrandeció los ojos, aspiró profundamente e intentó levantarse. Con la misma suavidad con la que había formulado su pregunta, Gonzalo le tomó del brazo.

—Contestad, por el amor de Dios.

La mujer suspiró y dijo:

—Vuestra propuesta, Gonzalo, locura es. Con las mercedes, títulos y hacienda que habéis ganado en lo de Méjico podréis emparentar con familia de alcurnia. ¿Qué puedo yo ofrecereros? ¿La vergüenza, la deshonra?

—El amor.

—En la vida, el amor no basta, Gonzalo. Estamos obsesionados por los sueños.

—Por Jesús Cristo, Helena; dejaos de filosofías y contestad que sí.

—Hablando de contestar, hace un rato hice a vos una pregunta. ¿Habéis olvidado a doña Ana?

—Dejad a los muertos en santa paz.

—¿Y si ella viviera?

—Helena, he pedido a vos una respuesta y no es bueno que juguéis conmigo.

—Tenéis la razón, y la respuesta tendréis. Mas, antes, he de pedir os vuestra ayuda para cumplir uno de mis sueños. Porque habéis de saber que también los tengo. ¿Aceptáis?

—De todo agrado.

—Acompañadme a mi alcoba, que tan bien conocéis.

Gonzalo siguió a la mujer, serpenteando entre la clientela. Al entrar, se sorprendió por encontrar aquella habitación sin cambio alguno.

—Esperando este momento, no he movido cosa alguna desde que partisteis, —dijo ella y sacó de un arcón unas prendas que mostró a Gonzalo—. Mirad, son la camisa y la capa que vestíais el día del encuentro con don Gome. ¿Las recordáis?

—¡Sí! Pero... ¿les habéis restaurado?

—Y no tan sólo eso. Las he mandado a mi sastre para que modifique un poco las tallas y a vos queden a medida. Probáoslas por favor.

—¿Pero, que pretendéis?

—Dos cosas solamente. Primera, veros de nuevo vestido con estas prendas, para hacer de cuenta que estoy frente al ángel mío y no frente a su señoría don Gonzalo de Mérida y Olivares, Conquistador de Méjico y brazo derecho de don Pedro de Alvarado. Y segunda; que salgáis así ataviado al salón y brindéis con los jóvenes por esta noche, como en aquellos tiempos. El día de mañana, con las mismas ropas de mi ángel, vendréis aquí para decir que me amas, que habéis olvidado a doña Ana y me ofrecéis matrimonio. ¿Tomáis esto a bien?

Gonzalo contestó:

—Tenéis más ánimos que una tormenta en plena Mar Oceana. Me sacudís y hacéis por donde os place. ¡Dadme la ropa!

—¡Ah!, otra cosa...

—¿Otra más?

—Dejad aquí esas joyas que mi ángel no traía, y poneos este sombrero.

Gonzalo mudó de ropas. Cuidó de no olvidar la raíz medicinal. La llevó consigo, en el bolsillo de su antigua camisa. Regresó al salón y alternó con los jóvenes.

Hacía años que no reía tanto. ¿Tomaría de más o los muchachos le habrían hecho alguna broma? No lo supo. Pero luego de algunas horas, el sueño lo atrapó en la mesa. El velador lo despertó cuando el salón se mostraba desierto. Salió a la calle y la suave brisa lo despabiló. La cabeza le dolía. Ya en camino, recordó que en el salón había soñado con doña Ana. Se bañaba ella en

una fuente rodeada por palmeras de dátiles. Le había dicho, “la vida es círculo eterno, amado mío”. El dolor de cabeza le era insoportable. Sentía que de un momento a otro le estallaría el cráneo. Reparó en la raíz y la sacó. La mordió como nunca y estuvo masticando desesperadamente. Salvó con estoicismo su sabor amargo. Le asaltó el impulso de escupir el bocado, pero era tan fuerte el dolor... Quería arrancárselo a la brevedad. Mordió y tragó de nuevo, volvió a tragar y el dolor desapareció. Se sentía pleno de energía. A su alrededor chisporroteaban estrellitas de colores. Notó que no rengueaba, que su vista se aclaraba. Aún en la oscuridad su visión mejoró. Se vio invadido por olas de entusiasmo. Le llegó claro el recuerdo de los niños indios de Guatemala, bañándose desnudos bajo la lluvia. Deseó estar acompañándolos, participando de su felicidad y su inocencia; deseó volver a la niñez para, junto con Martín, volar cometas de papel en las orillas del Guadalquivir. Quiso jugar con su espada, pero se dio cuenta que no la traía. En su lugar encontró un palo de escoba. Estalló en carcajadas, celebrando la travesura de los jóvenes del antro. ¡Ay, pícaros, —gritó—, os habéis pasado de chorizo! —Sintió tremendas ganas de jugar. Desenvainó el garrote, lo montó cual si caballo, como lo hacía cuando niño en Santiponce. Se alejó a todo galope sin preocuparse del rumbo. No paró hasta llegar a una plazuela. “Desmontó” y utilizó entonces el palo como espada. Inició un duelo con rival imaginario ¡Eh, a mí bellaco, desenvainad, si es que el miedo no provoca cagaros en las bragas! ¡Uno, dos, tres adelante; uno, dos atrás! ¡Alto ahí, bellaco! ¡No pongáis pies en polvorosa! Desde un balcón, una pareja de ancianos, en vela por el escándalo, le miraban. Gonzalo les es-

cuchó decir: “está loco de atar”. Él les gritó ¡Los adultos son ustedes, ja, ja, ja,! Luego montó en su “caballo” de palo y se alejó a galope tendido por las calles de Sevilla.

Desembocó en una callejuela cerrada. Allí desembocaron también sus juegos. Si horas antes se había reprochado el descontrol por los versos burlescos de los jóvenes, ahora celebraba su lúdico atrevimiento. Le llenaba de gozo este pequeño triunfo sobre su dignidad. Descubrió al final de la callecilla una fuente de piedra, rasa de agua, abrevadero de caballos. Gonzalo se quitó el sombrero y sumergió en ella su cabeza. Decidió regresar a la posada. Remontando la callejuela no tardó en advertir que, pasos adelante, se bifurcaba ésta. Se percató de que estaba cerca de la casona de Los Monteros. —¿Cómo estará ahora? ¿Oscura y solitaria? ¿Alguien la habitará?, —se preguntaba—. No estaría mal pasearse por ahí. Lástima que no traiga la espada, siempre han sido peligrosos estos rumbos. Por lo menos he traído el garrote, que servirá para espantar a los perros.

Remontó el callejón que llevaba al río. El mismo que transitara a toda carrera durante aquella noche, veintiséis años antes, perseguido por las maldiciones y los ecos del arcabuz del viejo Gome. “Noche muy diferente a ésta, entonces asustado mozuelo; pero ahora, curado ya de espantos, soy capaz de apalear al mismo diablo”, pensaba.

A la vuelta del recodo se topó con la casona. Se acercó al portón de madera y pegó el ojo en uno de los resquicios que el tiempo había abierto entre los tablo- nes. Su pulso y respiración se desbocaron al advertir una ventana iluminada. Se encontraba frente a la entrada trasera que se abría en el muro de piedra que circulaba la

casona; a unos metros del lugar por donde había penetrado y salido en aquella ocasión. Por ahí mismo decidió entrar ahora. Saltó para prenderse del remate del muro y ascendió poco a poco. Sentado, estuvo oteando la finca y el patio de baldosas. Ahí se estaba aún la estatua ecuestre de granito, que pretendía representar a un caballero feudal. Y ahí, abajo, casi a sus pies, distante de la barda tal vez una brazada, se encontraba también la roca bola que al momento de la huida le había facilitado el ascenso al muro. Miró los árboles vetustos que daban sombra al patio, en el que adivinaba manchones de hierbas, aquí y allá, abriéndose espacio entre las baldosas. Un ave nocturna chilló y arrancó un reparo a Gonzalo. Éste la descubrió entre las ramas. El pajarraco, nervioso, le miraba cual lo que era, un elemento extraño en el entorno. Gonzalo le replicó, molesto por el susto ¡Vade retro, ave de mal agüero, que no es con vos la cosa! Escuchó ruidos de picaportes y al voltear hacia la casa miró abrirse la ventana iluminada. En la cortina, ligera y translúcida, se proyectaba una silueta femenina. Gonzalo, en cuclillas, concentró su mirada en la silueta aquella, queriendo adivinar en sus formas, en sus detalles... La cortina se abrió y una mujer quedó enmarcada en la ventana. Ondas frescas y perfumadas de azahar invadieron a Gonzalo y le aflojaron las urgencias. Se abandonó a la atmósfera de dulzura y sintió aletazos de sueño entre los párpados. A punto estuvo de caer del muro. Tal peligro lo alertó, despabilándolo. Como relámpagos le asaltaron entonces algunos pensamientos. Recordó los versos tantas veces recitados durante la niñez: “Halcón que se atreve/ con garza guerrera/ peligros espera...” A su mente vinieron también las palabras de Moctezuma: “El tiempo es sier-

pe que se muerde la cola”; y las de el Alquimista: “Hay que detenerse a tiempo, hay que cambiar el sentido a nuestra vida”. Sintió punzante el dolor de cabeza. Metió la mano al bolsillo de la camisa y sacó lo que quedaba del camotillo. Recordó a María Inés diciéndole “... poco, porque mucho daña”. Pero doña Ana estaba ahí, y parecía llamarle. Dio dentelladas a la raíz, masticó y tragó hasta terminarla. Empezó a mirar tan claro, cual si hubiera luna llena.

—¿Sois vos, doña Ana? ¡Qué hermosa lucís! El tiempo no ha pasado por aquí. ¿Me habéis visto? ¿Me llamáis? ¡Presto voy!

Gonzalo saltó sobre la roca bola. Sus zapatillas resbalaron, haciéndole deslizar de espaldas hasta las baldosas y golpear fuertemente su nuca en la piedra. Pero la cabeza ya no le dolió. No le dolería jamás. Se incorporó de un salto y miró la escultura ecuestre, a dos o tres brazadas de él. El guerrero en piedra era, ahora lo veía clarísimo, Pedro de Alvarado, que enarbolando espada lo exhortaba a seguir adelante. Con enérgico paso Gonzalo llegó hasta la casona y tras ágil salto alcanzó el balcón.

—¿He tardado mucho, doña Ana de mis sueños?

—No, porque habéis vivido para mí.

—Ahora nada podrá separarnos, ¿verdad?

—Ni ahora ni antes ni después, amado mío. Jamás.

Gonzalo sintió cómo todos los momentos felices de su existencia confluían en una onda que le envolvía completamente. Fue un instante: esa eternidad congelada tras la cortina de sombras que asfixiaban los últimos destellos de su conciencia.

Esa misma noche, Helena soñó a Gonzalo como un doncel en vega florida, persiguiendo mariposas. Un río,

imposible de salvar, los separaba irremediablemente. Al despertar, tuvo la certeza de que jamás volvería a verlo con vida. Por la mañana, lo buscó en el mesón donde él se hospedaba y, al no encontrarlo, se dirigió a la casona de Los Monteros.

Luego de acompañar a los deudos de su amado durante los penosos trámites funerarios, la Cíngara vendería sus propiedades, para rendirse a una existencia de contrición.

Seis meses después, Martín de Mérida siguió a su hermano en el viaje sin retorno. Miguel de Jesús regresó a Nueva España y, tras meses de búsqueda, se reencontraría con Juan Bautista, su único hilo de sangre en el inmenso mundo en que le había tocado vivir.

El círculo y la espira
se terminó de editar en septiembre de 2021
en el Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad 203, delegación Ixtapa,
48280, Puerto Vallarta, Jalisco, México.
www.cuc.udg.mx

La edición consta de 1 ejemplar.

Diagramación: Laura Biurcos Hernández
Ilustración y fotografía de cubierta: Elodia Ximénez
a partir de *El círculo y la espira*, técnica mixta.



El joven español Gonzalo de Mérida, por líos de faldas se ve obligado a huir hacia Indias Occidentales, durante la primavera de 1517. Salva así la vida pero compromete la de su hermano gemelo Martín, al ser confundido por don Gome de los Monteros, el padre ofendido, quien le propina un tiro de arcabuz en la espalda y lo deja por muerto.

En la isla de Cuba Gonzalo conoce a Pedro de Alvarado, quien lo enrola en las filas de Hernán Cortés y en su empresa militar hacia el hoy territorio mexicano.

Martín de Mérida, inválido de por vida y cautivo en un sillón, alivia en algo su existencia, siguiendo las aventuras de los conquistadores en la lectura de las cartas que Gonzalo le envía periódicamente desde el "Nuevo Mundo".

Por otra parte, Xicote, un niño mexicana, hijo del comandante del destacamento militar de Moctezuma en la ciudad consagrada a Quetzalcóatl, a escondidas presencia la muerte de su padre, por la espada de Pedro de Alvarado, en la matanza de Cholula. Xicote huye enloquecido del lugar y ya distante, pierde el sentido. Es rescatado por el viejo curandero Teuhtli, quien lo protege y lo educa mediante su muy particular filosofía.

Esta historia novelesca aprovecha el carro de La Historia de la Conquista de México como hilo conductor para discurrir en dos vertientes: los testimonios epistolares de Gonzalo de Mérida y la narración de las vivencias de Xicote. Las vertientes española e indígena se alternan y fluyen paralelas, hasta llegar a confluir casi al final, con la unión del español y Flor del Alba, hermana del meshica.

Un ataque de viruela sobre el Valle de México deja en situación de viudez a Gonzalo, quien regresa a Sevilla en 1547, en compañía de su hijo mestizo; en donde encuentra un desenlace insospechado.